
RESISTENCIAS
MIRIAM ALCARAZ DIEZ

Resistencia(s)

MIRIAM ALCARAZ DÍEZ

RESISTENCIAS



Nací en Barcelona a finales de 1981, la pasión por la enseñanza y la escritura ha sido fundamental en mi vida. Me considero maestra de vocación y escritora de corazón. De pequeña siempre llevaba una libreta conmigo; lista para capturar la inspiración en cualquier momento. Escribir no es solo una habilidad, es una forma de vida; una manera de explorar la realidad desde diversas perspectivas. Compartir mis textos con el mundo ha sido una revelación, permitiéndome expresar todo lo que guardaba dentro. Esta novela es un sueño hecho realidad, el primero de muchos proyectos creativos que seguiré explorando con entusiasmo.

Instagram:
@andanzas_escritas

Diseño de portada: Miriam Alcaraz Diez
Maquetación: Sonia de Juana Calvo
Primera edición: Marzo 2024

ISBN:
DL:

A las personas increíbles que siempre creyeron en mí.

Capítulo 1

Si fue por el trillado cambio climático, la séptima profecía del fin del mundo o por el famoso 8G, nadie lo sabe, pero la cuestión es que ese día amaneció de noche y nadie supo dónde encontrar el sol. En pocas horas, las redes eléctricas fueron cayendo una a una, y la ciudad empezó a cubrirse de una neblina grisácea más que inquietante.

Decidí salir de casa después de pasarme horas frente al televisor escuchando noticias apocalípticas sobre la falta de luz solar y sus consecuencias terribles para nuestra existencia, la falta de suministros básicos, los saqueos, la violencia desatada en cada rincón y un sinfín de desgracias más. Como era previsible, también cayó la red eléctrica de mi zona. Ese apagón parecía ser el definitivo y andaba bastante aturdida. Se respiraba un solemne silencio en casa y una madeja de gritos afuera. Me asustaba pensar en que pudieran entrar en mi casa estando aún dentro. Corría verdadero peligro quedándome quieta.

Tuve la suerte de poder contactar con mi madre cuando el día empezó a torcerse. Mi hermano Max la llevaría al búnker de la comunidad. Allí, en la Cerdaña, las instalaciones estaban mucho mejor, menos gente y más dinero. Mi idea era ir a reunirme con ellos huyendo de masificaciones. La frontera estaba cerca y eso era un buen chaleco salvavidas. En Francia las cosas parecían ir algo mejor, hablaban de un país democrático con condiciones económicas y laborales más dignas.

En España íbamos de mal en peor. Desde las elecciones del 2024 en las que arrasó la extrema derecha, habíamos visto cómo nuestros derechos se iban recortando día a día y año en año. Comenzaron con la privatización de la sanidad, el abandono a la deriva de la enseñanza pública, la sacada de pecho de los militares y la desaparición del moribundo estado de bienestar. Las jornadas laborales se ampliaron, los sueldos bajaron y los derechos de los trabajadores quedaron en el olvido. La inteligencia artificial había entrado con fuerza en el mundo empresarial. A España no le interesó regularizar sus usos dado que los *lobbies* del sector presionaron con fuerza para tener carta blanca en el mercado. Todo ello derivó en la galopante abolición de miles de puestos laborales usurpados por las máquinas. Aquello generó grandes dosis de impotencia y desesperación en gran parte de la sociedad, condenada a la pobreza y a la desesperanza. Las medidas populistas del partido ganador, al que bautizaron irónicamente con el nombre de "Juntos hacia Delante", también conocido como el JD, fueron su gran

gancho para ganar en las urnas: el famoso cheque bebé o la supuesta bajada de impuestos. La gente compró sus discursos ultranacionalistas y la defensa de la tradición, generando un odio directo a la inmigración, a la que culpabilizaban de todos nuestros males. No se escondían, se declaraban fervientes partidarios de la familia patriarcal, defendiendo con uñas y dientes el heteropatriarcado y postulándose abiertamente en contra del feminismo, la comunidad LGTBI+ y el aborto. Estaban íntimamente relacionados con los dogmas ultracatólicos; gozar del apoyo de la Iglesia fue crucial para lograr su triunfo.

Quedé en reunirme con mi familia en el búnker número siete. Un cáncer de pulmón galopante fulminó a mi padre prematuramente justo antes del COVID-19, fue muy doloroso para todos verlo apagarse así de rápido sin poder hacer nada por ayudarlo. Desde entonces, mi madre se trasladó a la Cerdaña para estar cerca de mi hermano y de mi sobrino. Hacía años que pagaba las cuotas del búnker con puntualidad y eso nos daba derecho a un estudio de cuarenta metros cuadrados, todo un lujo comparado con el hacinamiento que se vivía en los búnkeres públicos.

Me apresuré a coger el frontal led, la cartera con la documentación y el abrigo de esquiar. Atiné a colgarme mi mochila SOS y escondí en el bolsillo del abrigo el espray de pimienta que tanto hizo reír a Mateo tiempo atrás: “Lo tuyo empieza a ser grave, Lili. AliExpress te va a nombrar clienta del año gracias a tus arranques de pánico”, me dijo aquel día. “¿Qué has comprado esta vez? ¿Un espray de pimienta?”.

Cómo extrañaba a Mateo y cómo lo envidiaba por no tener que vivir todo esto. Pensando en él recordé la sertralina, no me la podía dejar. La ansiedad era galopante dentro de mí y sin pastillas estaba perdida.

Cerré la puerta con doble giro de llave en un intento absurdo de evitar allanamientos. 15% de batería, siempre la misma historia. Me enfadé, la batería se me había viciado en las últimas semanas y no saqué tiempo para comprar una nueva. De poco me serviría el teléfono sin red eléctrica ni telefónica, pero en él habitaba media vida mía, así que me lo llevé también.

Bajé las escaleras corriendo y al llegar a la plaza fui consciente del caos que se venía. Grupos diseminados de gente deambulando de un lado para otro. El dueño del *paqui* de la esquina custodiando su negocio con cuatro paisanos más, el bar Tamayo con la persiana a la mitad (no sabía si sus dueñas estaban dentro o les habían reventado la persiana). El Good Nails resistía, nadie estaba interesado en unos cuantos pintauñas, y la papelería Neku ya había sido desmantelada, los botes de golosinas estaban esparcidos por el suelo como si de una lluvia de estrellas se tratase. Pensé en Marta, la dueña, que llevaba

más de treinta años en su tienda y se jubilaba ese verano. Aquella mujer bajita y regordeta con sonrisa afable era un verdadero icono para la plaza.

El viento empezó a soplar con vigor y cuando venían rachas fuertes tenía que agacharme para evitar caerme al suelo. Caminé alejada de los balcones intuyendo varios objetos voladores a mi alrededor. Fui en busca de mi amiga Astrid, pero no respondió nadie en su casa. ¿Dónde andaría? No podía entretenerme más y partí decidida a subirme en mi coche. Ese plan resultó ser una gran desilusión; ya lo habían asaltado. Ventanillas rotas, dos ruedas robadas y el motor desvalijado.

Volví hacia la plaza mientras aquel viento se llevaba momentáneamente la neblina gris. Con las prisas me había dejado el reloj y no tenía ni idea de la hora que era.

—¿Liliana? —Me giré y vi a Astrid. Nos abrazamos entre lágrimas, temblando. No supe si de miedo o de frío.

—¡Joder, Astrid, joder! No te encontraba, qué susto.

—Salí a picarte, pero ya no estabas. Nos habremos cruzado —respondió excitada.

—Vente conmigo, mi madre tiene el búnker de la Cerdaña, ¿recuerdas?

Mi amiga vivía en el bloque número cinco; éramos inseparables desde la juventud. Ella había venido de Menorca para estudiar enfermería y decidió quedarse a vivir en la península puesto que la isla daba poco de sí. Nos conocimos en el grupo de teatro, ese año representamos *La casa de Bernarda Alba*. Desde entonces compartimos multitud de espacios creativos, festivos y activistas. Montamos una modesta compañía de teatro social callejero que nos dio vidilla durante tres años. Nos unían muchas cosas y nos convertimos en una especie de hermanas postizas. Ambas sentíamos que nuestro vínculo era para toda la vida.

Ahora que estábamos juntas, no quería separarme de ella. No había sido consciente de la soledad que soportaba hasta que la tuve abrazada. Nuestro encuentro era la única cosa buena que me pasaba en las últimas horas. Recientemente salía poco de casa, Astrid nunca me abandonó, pero mi desidia le era difícil de sostener y no nos veíamos tan a menudo como antes.

—Lili, ahora hay que ir a la boca del metro. He oído en la radio que han activado el Protocolo 13. Esta zona no tiene búnker público, nos toca ir al metro.

—¿El Protocolo 13?, ¿estás segura?

El 13 hacía referencia a ataques de origen desconocido, probablemente, de origen exterior. Atemorizar a la población a base de protocolos enloquecedores resultó ser la gallina de los huevos de oro de Juntos hacia Delante. Los años post-COVID-19 fueron un

terreno fértil donde abonar sus miedos. Esta estrategia le funcionó a la perfección, la gente dejó de pagar a las funerarias para pagar cuotas desmesuradas por búnkeres privados donde refugiarse de las futuras desgracias que nos acechaban. Estaba siendo una auténtica locura. Los protocolos que proclamaban en sus discursos populistas parecían sacados de una película de ciencia ficción y la llegada del CMEX-26 no hizo más que empeorar las cosas. Los ciudadanos estaban dispuestos a sacrificar su libertad y sus recursos por una promesa de seguridad incierta.

El CMEX-26 fue el último virus descontrolado altamente contagioso, más incluso que el COVID-19. Atacaba al sistema nervioso central del individuo y en cuestión de días lo dejaba en estado senil o, en el peor de los casos, lo llevaba a la muerte cerebral. Los "afortunados" que se contagiaban con baja carga viral padecían de amnesias transitorias que podían tardar meses o incluso años en revertir. Había un 20% de la población que parecía ser inmune a la enfermedad, pero la comunidad científica aún no sabía el motivo de dicha inmunidad. Ser inmune suponía ser carne de laboratorio y la gente empezó a falsificar sus datos médicos por miedo a ser estudiados como cobayas. No tardaron en aparecer los oportunistas sin escrúpulos que te ofrecían dichos servicios en el mercado negro o la *dark web* a precios desorbitados.

El primer brote registrado de la enfermedad tuvo lugar en Guadalupe, México, a finales del año 2026. La población mundial se redujo casi 15% en cinco años, los Gobiernos aprobaron rápidamente nuevas leyes a favor de la eutanasia, ya que tener a un alto porcentaje de la población en estado senil no era sostenible económicamente. La moral de la extrema derecha hizo una excepción usando la palabra de Dios como aval y también secundó dicha ley. Al fin recuperábamos el derecho a morir dignamente.

Astrid y yo sabíamos que llegar al 13 no era buena señal. El día seguía torciéndose a la velocidad de la luz.

Decidimos ir bajando por la arboleda, muy atentas a las rachas de viento. Astrid llevaba una pequeña radio de pilas de los años 90 y unos cascos, una reliquia de su padre. Por suerte, las comunicaciones por radio aún resistían.

—¿Alguna novedad? —le pregunté nerviosa.

—No podemos ir a la línea azul, ha habido un derrumbamiento. Una desgracia. No sé cómo ha podido pasar, las interferencias no me dejaban escuchar bien los hechos. Tendremos que ir a la línea roja, la de Hospitalet.

—¿Qué dices?, ¿no sería mejor pararnos en el aparcamiento de la plaza Cataluña y esperar a ver qué pasa?

—No sé, las noticias son confusas. Vamos bajando y decidimos.

Venga, ¡corre!

Aquel enero hacía un frío de narices. Me subí la bufanda todo lo que pude para cubrir mi rostro. En ese momento me pareció que dejábamos de ser dos personas para convertirnos en dos pares de ojos andantes de cualquier videojuego barato. Nos cruzamos con varios grupos de personas huyendo desesperados como nosotras. Astrid y yo llevábamos solo nuestras mochilas colgadas a la espalda, pero la mayoría iban cargados con maletas y bártulos varios. Con aquella estampa, recordé la multitud de imágenes que había visto durante últimos años por la televisión de refugiados huyendo a toda prisa sin mirar atrás, con la casa a cuestas. Me entristeció ver a abuelos maltrechos, que apenas podían caminar, luchando por llegar a los búnkeres; o a criaturas con caras de pánico que miraban asustadas a su alrededor sin comprender nada.

Cuando llevábamos recorridos unos metros en aquella situación, todo empezó a temblar. La tierra parecía abrirse bajo nuestros pies. Corrimos tanto como pudimos hasta acabar cayendo en los matorrales del final de la arboleda. Por instinto de supervivencia, nos abrazamos fuerte en posición fetal, deseando que todo pasase rápido. No pude aguantarme y me meé encima del miedo.

—He perdido mi frontal —dije con la voz quebrada.

Cuando los temblores cesaron, retrocedimos poco a poco palpando el suelo en busca del frontal. Sin él, nos quedaríamos prácticamente a oscuras y lo necesitábamos para poder seguir.

—Está aquí, ¡lo tengo! —susurró Astrid. Como si hablar bajito nos fuera a librar de este lío.

Probé a encenderlo y funcionaba. La radio tenía muchas interferencias, pero aún nos servía como punto de conexión con el mundo exterior. Astrid usó los cascos para poder escuchar mejor las noticias.

—Lili, han salido los militares. Han decretado toque de queda hasta nuevo aviso. La avenida Laureà Miró está asediada, tendremos que ir en dirección a la montaña, por las urbanizaciones de La Miranda.

—Volvamos a casa —le dije con miedo. La violación del toque de queda del Gobierno podía suponer la muerte o, en el mejor de los casos, una detención traumática o un viaje sin retorno a las COTAVO.

—¿Qué dices?, los temblores están derrumbando edificios enteros. No podemos meternos ahora en casa, es una ratonera. —Astrid me hablaba con determinación—. Iremos hacia La Miranda, allí solo hay casas unifamiliares y correremos menos riesgo de que se nos caiga un edificio encima.

Por la arboleda encontramos a gente herida cuyos gritos me sobrecogieron. La escena era surrealista, como si estuviera atrapada en

una pesadilla. No me daba tiempo a procesar todo lo que sucedía, me sentía desbordada. Nos acercamos a una abuela que estaba tendida en el suelo con un fuerte golpe en la cabeza y no dejaba de suplicar ayuda. Astrid la examinó durante unos minutos y, poco después, apareció una mujer corriendo aproximándose a nosotras.

—¡Mamá, mamá! —gritó la hija al ver a la anciana en el suelo. Su voz vibraba con el miedo.

—Tranquila, vamos a ayudarla, no parece grave —dijo Astrid con serenidad, palpando la herida con cuidado—. Debemos llevarla a un lugar seguro.

—Mamá, vamos a llevarte a casa de Clara —profirió la hija, acercándose a su madre—. Sufre demencia a causa del CMEX, iba con ella del brazo, pero los temblores la asustaron y salió corriendo

—Bueno, por suerte no ha pasado nada serio. Astrid es enfermera, puedes estar tranquila... ¿Está cerca la casa? —pregunté ansiosa. La situación no admitía demoras, deseaba huir hacia La Miranda cuanto antes.

—Sí, aquí mismo en la arboleda. Muchas gracias por ayudarnos, de corazón... —respondió la hija, sus ojos vidriosos reflejaban gratitud y angustia.

—Para eso estamos —se apresuró a decir Astrid con una sonrisa—. Te ayudaré a levantarla. Yo sostendré este hombro y tú el otro. A la de tres, la incorporamos.

—Gracias... —repitió la mujer.

Con cuidado, levantaron a la abuela y avanzamos por la arboleda. Me coloqué detrás de ellas, sintiendo la tensión del momento y la fragilidad de la vida. Los temblores habían cesado, pero el aire seguía cargado de incertidumbre. A los pocos minutos, llegamos a la casa adosada que buscábamos. Golpeamos la puerta con urgencia hasta que una mujer mayor nos abrió.

—Sara, ¿estáis bien? ¿Quiénes son ellas? —preguntó frunciendo el ceño.

—Estamos bien, tía. Ellas nos están ayudando. Necesitamos un lugar seguro para mi madre, está herida —explicó Sara con apuro.

La mujer asintió de inmediato.

—Por supuesto, entrad. Pongamos a tu madre en el sofá. ¡Madre mía! Vamos de susto en susto. Yo no sé cómo no me da un infarto —se lamentó Clara, cediéndonos el paso con gesto amable—. Acaban de decir por Radio Nacional lo de la petroquímica, que desgracia...

—¿Qué han dicho? No sabemos nada... —pregunté ansiosa.

—Pues ahora dicen que la falta de luz solar se debe a una gran nube tóxica. Creen que ha explotado la petroquímica de Martorell. —La mujer hablaba con temor—. Ya no sé en qué creer...

—¡Qué fuerte! —exclamó Astrid.

—Pero si ha explotado, habrá arrasado con la ciudad, ¿no? Es increíble... —expresé consternada por la noticia.

—¡Dios mío!, no quiero ni imaginarlo —continuó Clara visiblemente afectada—. También han dicho que han puesto en cuarentena a la población de toda esa zona hasta Collbató. Parece que la lluvia de esa nube es altamente corrosiva, puede quemar la piel y quién sabe qué más. No se sabe la magnitud real de todo esto...

—Tía, cuando mamá se recupere un poco, nos iremos al metro, ¿de acuerdo? —apuntó Sara con cariño.

Clara suspiró agradecida mientras nosotras acomodábamos con cuidado a la abuela en el sofá de la sala, iluminada por la tenue luz de las velas. Al comprobar que la señora estaba estable y consciente, nos despedimos con una mirada cómplice de aquellas tres frágiles mujeres y seguimos nuestro camino.

Cuando apenas llevábamos unos pocos metros recorridos, mis ojos se posaron en dos niñas que gritaban cerca del cuerpo inmóvil de una mujer, intuí que sería su madre. Un corrillo de gente con un par de linternas intentaba socorrerlas y, desde cierta distancia, vimos cómo empezaban con las maniobras de reanimación cardiopulmonar. Se me encogió el alma con cada sollozo de aquellas pobres niñas, la mayor no debía tener ni ocho años. Imploré internamente al cielo que la mujer se recuperara, sus hijas la necesitaban. Pasados unos minutos, seguimos cabizbajas hacia nuestro destino. La mujer estaba siendo atendida y nosotras no podíamos hacer más.

Sentía mucho frío, mearme encima había sido un desastre. Tenía la vulva y las piernas heladas, y sabía que sin el calor del sol tardarían horas en secarse.

—Astrid, tía, me he meado encima y estoy helada. No puedo pensar.

—Va, tranquila, hay mucha ropa por el suelo, las tiendas reventadas, algo encontraremos de camino.

Había ido rellenando mi mochila SOS en momentos de mucha ansiedad. Curiosamente, hacer la mochila me brindó un extraño alivio. Pasé noches enteras colgada en internet buscando artilugios varios y fue así como descubrí que AliExpress era una auténtica maravilla en el tema. Esta especie de obsesión mía comenzó con el inicio de la guerra en Ucrania y siguió *in crescendo* con las paranoias de Mateo entorno a la seguridad. En aquella época, mi objetivo fue conseguir una mochila totalmente efectiva y muy ligera; por ese motivo, en cuanto a ropa, solo puse una toalla pequeña de microfibra, un polar, unas bragas y unos calcetines. ¿Por qué no puse unos leotardos?

En fin, Astrid tenía razón; las tiendas estaban saqueadas y el viento había arrasado con la ropa de varios tendederos, esparciéndola por

todos lados. Algo tendría que haber para mí. Al llegar a la esquina de la plaza con la calle Mayor, vi la tienda de Margarita y, como era de esperar, los oportunistas ya habían pasado por allí. Me apresuré a entrar pensando que ya se lo pagaría a Marga cuando aquel lío acabara. Era una emergencia, seguro que lo entendería. Llevaba años comprándole ropa y, en momentos de apuro, me dejaba pagarle la cuenta a plazos.

Rebusqué entre las cuatro prendas que quedaban y me hice con un *jogger* deportivo color negro. Me iba un poco grande, pero resultó ser ideal. Dejé mis pantalones mojados en el suelo y salimos corriendo, temiendo que los militares llegaran. Astrid agarró unos guantes para ambas; su mente práctica me maravillaba.

—Se lo pagaremos cuando todo esto termine —le dije, tratando de justificarme una vez más.

—Venga, vamos, iremos al trastero a por el patinete. No dará para mucho, pero avanzaremos más rápido hasta La Miranda.

Seguimos caminando rápido calle abajo hasta llegar al aparcamiento. Sorprendentemente, el candado del trastero aún resistía. Astrid fue muy ágil y en poco tiempo ambas estábamos subidas en el patinete, avanzando a oscuras por calles solitarias. Una vez pasado el complejo de La Miranda giramos hacia el norte, en dirección a la montaña. Nos ocultábamos de las pocas personas que, como nosotras, se atrevieron a saltarse el toque de queda y huyeron hacia la montaña. La mayoría de la población apostó por refugiarse en los famosos búnkeres ubicados en el centro de la ciudad. Sabíamos que no era seguro hablar con nadie ni tampoco ser vistas. Mientras avanzábamos por las últimas calles de la urbanización, tuvimos un susto considerable. Tres *machirulos* se nos cruzaron en mitad del asfalto dispuestos a impedirnos el paso. No parecían tener buenas intenciones e imaginé lo peor. Le grité a Astrid que no parase y me aferré fuerte a ella para no caer. La calle tenía una ligera pendiente y el patinete comenzó a ganar velocidad. No nos matamos de milagro. Creo que al vernos tan decididas se hicieron a un lado en un acto instintivo de protección, y nos lanzaron un aluvión de insultos. Alcancé a oír: “Putas, mierdosas, bolleras, locas” y descalificativos similares. Seguimos sin mirar atrás, sintiendo aún la sacudida del susto en nuestros cuerpos.

El patinete se quedó sin batería pasado el Club de Tenis Sant Gervasi, en plena montaña de Collserola. Decidimos abandonarlo allí mismo y caminamos en silencio, con el frontal apagado, durante otro buen trecho hasta llegar a la Font de Can Merlès. Durante un largo lapso de tiempo, no cruzamos palabra, pero íbamos fuertemente agarradas de la mano. Estábamos juntas en eso y nos apoyábamos mutuamente. Después del incidente con aquellos tres tipos,

caminábamos en un estado de alerta permanente; sentía el cuerpo contracturado y adolorido de sostener tanta tensión. Me parecía ver sombras de gente en cualquier lado y me sobresaltaba con facilidad. Astrid, en comparación, parecía ir un poco más serena que yo.

Al llegar a la fuente, ya había perdido la noción del tiempo y sin el sol me resultaba difícil orientarme. Astrid me dijo que eran las cinco de la tarde. Llevábamos casi todo el día sin comer ni beber, así que no amorramos sedientas a la fuente cuando la vimos. Me apresuré a sacar el paquete con ocho barritas energéticas de la mochila y acordamos que nos comeríamos solo una cada una. El futuro se nos presentaba incierto y preferimos racionar la comida. Astrid sacó un paquete de avellanas y saboreamos un puñado. Aquellas avellanas me supieron a gloria. Llenamos la botella de agua plegable que llevaba y nos sentamos a pensar en cuál sería la mejor opción. Resultó ser una suerte encontrar a Astrid; poseía una mente práctica y era muy hábil tomando decisiones. Sentía que ella también estaba asustada, pero su reacción era ponerse en guardia, en alerta, como si de una gata se tratase. Yo, en cambio, parecía un caracol. Quería esconderme en mi caparazón y esperar sin hacer ruido a que aquella pesadilla se esfumase. No era capaz de pensar con claridad en situaciones de máximo estrés, por ese motivo, me obsesionaba imaginando diferentes catástrofes. Solo me relajaba cuando me preparaba para ellas, cuando ideaba planes lo suficientemente viables como para resolverlas.

Conocíamos bastante bien aquella zona montañosa de las excursiones a caballo con el Poni Club. Durante una temporada, nos aficionamos a salir los domingos con un grupo de jinetes locales. Abandoné esos encuentros dominicales después del reclutamiento de Mateo, pero seguía recordando bien algunas de las rutas. Siempre había gozado de un buen sentido de la orientación, aunque de noche, debía esforzarme por reconocer los caminos bajo la tenue luz del frontal. El paisaje, de noche, parecía ser completamente nuevo.

—Quizás podríamos hacer noche en la Ermita de la Salud, en el Papiol —me propuso Astrid, planteando una opción.

—No es mala idea. Cogeremos la variante que pasa por Sant Bartomeu de la Quadra. Ir por la C-16 dirección Las Planas es muy arriesgado, está demasiado cerca de Barcelona.

—Sí, podría haber militares en los túneles de Vallvidrera. En Sant Bartomeu está Santi, ¿recuerdas?

—Perfectamente —expresé con nostalgia—. Hace demasiado que no nos vemos... ¿Aún sigue tan activo en la CUP?

—Sí, ya lo conoces... Intentaremos tirar de contactos para subir a la Cerdaña. Andando tardaremos días —respondió más animada—. Todo bien con Santi, ¿no?

—Sí, sí. Lo que ya sabes, hace como tres años que no nos vemos. Es

bastante surrealista verlo justamente ahora…

Santi me había gustado mucho en el pasado. Nos encontramos en algunas de las barbacoas que se organizaban en Can Paskual, una de las casas ocupadas de Collserola con más vida y buen rollo de la época. Tuvimos nuestras noches locas, pero cuando me atreví a lanzarme y a proponerle algo más serio, no recibí la respuesta que anhelaba. Santi no era el tipo de hombre que buscaba compromisos. Fantaseé noches enteras imaginando que me pedía salir, que estaba colado por mí y que éramos la pareja feliz. Demasiadas películas románticas en mi vida y demasiadas perdices comiendo anises. Así de mal me iba. Era obvio que arrastraba mucha frustración en el plano sexoafectivo, pero por mucha terapia que hacía, no traspasaba el muro.

En los últimos tres años, le seguí la pista a través de Astrid. No sabía cómo retomar el contacto con él y me conformé con ir sabiendo cosas de él a cuentagotas. De vez en cuando, él me enviaba mensajes genéricos de paellas o barbacoas colectivas que se celebraban en Campreciós, pero nunca me animaba a ir, y mucho menos con Mateo de la mano. Santi compartía una masía autogestionada a las afueras de Sant Bartomeu, hacía poco más de dos años que decidió huir de la gran urbe. Se dedicaba a realizar chapuzas varias a particulares y a la elaboración de quesos artesanos. Astrid me contaba que no le iba mal. Era un tipo alto y corpulento, con una barba oscura de tres días. Tenía una sonrisa afable y una mirada azul celeste perturbadora. Tocaba versiones de Yan Tiersenn o canciones revolucionarias del estilo *Bella Ciao* con su *cello* y su amplificador en todas las fiestas. Allá a donde iba, desprendía un buen rollo impresionante. A mí me encantaba, pero ante su negativa, empecé con Mateo y mi vida tomó otro rumbo. Quién hubiera imaginado que con el tiempo todo cambiaría tanto. En fin, las cosas fueron como fueron. Consolidé mi relación con Mateo y, poco a poco, nos fuimos dejando arrastrar por los tradicionalismos amorosos, abandonando las asambleas y las fiestas revolucionarias que solíamos frecuentar. Fueron años bonitos en su inicio y muy confusos al final.

Calculé que para llegar andando a Sant Bartomeu necesitaríamos un par de horas, puede que incluso tres si teníamos que ser cautas e ir escondiéndonos. Los caminos de Collserola estaban desolados y en aquellas circunstancias, eran más que inseguros, tanto por posibles militares como por asaltantes oportunistas. Ser mujer nos dejaba en clara desventaja. Además de asaltarnos, podían agredirnos sexualmente o incluso matarnos. Me sumergí de nuevo en una avalancha interna de pensamientos desastrosos. En ese momento, era crucial que dominase mi mente. Llegaríamos a Can Campreciós, la masía autogestionada de Santi, y estaríamos a salvo. La barrita no me

había saciado; continuaba teniendo una sensación terrible de agujero negro en el estómago. Debía concentrarme en buscar bien la ruta y en no perdernos. Eso me ayudaría a estar mentalmente ocupada.

Salimos escopeteadas de allí en cuanto intuimos que no estábamos solas. Corrimos un buen trecho del camino como dos avestruces asustados, hasta asegurarnos de que nadie nos seguía. Del esfuerzo me entraron ganas de vomitar la barrita y las cuatro avellanas.

Capítulo 2

Al llegar a Campreciós la vimos salir. Se paró frente a la puerta principal con una escopeta de caza apuntando en nuestra dirección.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Carmen de muy mala gana.

—Carmen, es de fiar. Yo respondo por ella. La escopeta no es necesaria.

—Los acuerdos de la asamblea son claros: Nadie nuevo y nadie con microchip. Fijo que lleva microchip. —Bajó la escopeta y apuntó al suelo.

—Pero no es nueva, estuvo tiempo atrás con nosotras —respondió Astrid con contundencia—. Es Liliana, de Esplugas, la compañera de Mateo.

—Sí, ya sé quién es, pero hace como unos tres años que no aparece en ningún acto y mucho menos en las asambleas —respondió tajante negando con la cabeza—. Esperad ahí, no deis un paso más.

Carmen entró en la casa y cerró la puerta con desaire. Aquella mujer no era muy alta, pero imponía respeto. Tenía el pelo canoso y corto, deduje que se lo cortaba ella misma porque pude verle varios mechones desiguales. Vestía unos tejanos viejos y una sudadera negra en la que se podía leer el lema 'Ni una menos' en color lila. Hacía más de tres años que no la veía, pero su aspecto y temperamento seguían prácticamente iguales.

El panorama era controvertido. Según las noticias, los microchips intradérmicos habían sido un gran éxito para detener la enfermedad del CMEX-26 en etapas iniciales. Estos dispositivos reprogramaban las células, suministrándoles la información necesaria para detener la propagación del virus y evitar daños neuronales irreversibles. No obstante, solo funcionaban en el primer estadio de la enfermedad. Debían cambiarse cada dos años y, ante este nuevo escenario, no tardaron en salir múltiples grupos en su contra. Aquellas voces argumentaban que los microchips atentaban contra la privacidad de las personas, que eran un método encubierto de control social e incluso sostenían que inducían enfermedades de forma intencionada. Además, se rumoreaba que la extrema derecha hacía uso de ellos para llevar a cabo lavados de cerebro y una infinidad de teorías más. La ingeniería informática irrumpió con fuerza en el mundo controvertido de las farmacéuticas, revolucionándolo de arriba abajo. La famosa inteligencia artificial avanzaba a pasos agigantados ante nuestras narices, sin que pudiéramos hacer nada para detenerla. Era evidente

que tras aquella investigación se escondían intereses oscuros; creer que el Estado velaba por nuestra salud resultaba cada vez más difícil de creer. Cuando en España nos obligaron a implantarnos el microchip, ya no quise leer más sobre planes o teorías de conspiración. Me llevó tiempo decidirlo, pero al final opté por someterme y andar tranquila por la calle a tener un temor constante de ser descubierta como una disidente. Las Comunidades de Trabajo Asistencial Voluntario, las COTAVO, empezaron a llenarse con aquellos a quienes llamaban "antisistema" y yo no quería acabar allí. Lo de voluntario era una falacia. Todos sabíamos que ser llevados a las comunidades era un viaje sin retorno. No gozabas de derecho a juicio y pasabas a ser propiedad del Estado. Una cadena perpetua no revisable de por vida. A la extrema derecha no le temblaba el pulso y disfrutaba de la mano dura que aplicaba.

Me puse el microchip con desconfianza; en el fondo no creía en su poder de curación, pero ante aquel escenario no encontré una alternativa mejor. Aunque mis temores al contagio no desaparecieron por completo, el miedo a ser detenida y maltratada se apaciguó bastante.

Astrid se giró de repente y me clavó la mirada.

—Tía, ya te dije que lo del microchip era un error y tú erre que erre con ponértelo... ¿No ves que si no te detienen por una cosa, será por otra? Están pirados. ¡Joder! —estaba enfadada conmigo y no escatimó en reproches.

—Lo hemos hablado un millón de veces, ¿qué quieres que te diga? Entré en pánico y la obsesión de Mateo por la seguridad solo hizo que empeorar las cosas, me lo tuve que poner... —dije avergonzada—. Con el primer contagio tuve pocas amnesias, pero aún las arrastro, sigo sin estar al 100%. ¿Tú crees que tendré la misma suerte si vuelvo a contagiarme?

—Joder, Lili, no se puede vivir con tantos miedos... Aquí te lo vas a tener que quitar si no quieres complicarlo todo —sentenció.

—Me estoy poniendo de los nervios, el día de hoy es una auténtica mierda y solo me faltaba el tema este del puñetero microchip... —me lamenté. No conseguía pensar con claridad, la cabeza me iba a explotar de la tensión.

Astrid no me contestó y, con una actitud visiblemente inquieta, empezó a morderse las uñas de la mano izquierda. Llevaba años intentando superar ese tic nervioso. No tenía ni idea de a qué se refería con lo de complicarlo todo ni en qué movidas andaba metida; hacía tiempo que prefería saber poco sobre estos temas revolucionarios. Debo admitir que me sorprendió encontrar tal panorama en la casa. Santi era un buen tío, si estaba en la masía nos dejaría entrar. Dejarnos ahí tiradas no era ético ni moral.

La espera resultó tediosa. Pasamos una hora fuera observando cómo el antiguo portón de madera se resistía a abrirse. Campreciós era una masía incluida en el inventario del Patrimonio Arquitectónico de Cataluña, pero cuya conservación dejaba mucho que desear.

Me entretuve un rato observando su arquitectura. Era una masía modesta formada por planta baja y primer piso, orientada hacia el sur. Tenía un tejado a dos aguas y una chimenea de piedra. En la planta baja se apreciaban dos puertas de acceso y podía intuirse un pequeño patio invadido de malezas. El piso de arriba poseía varias ventanas con barrotes de hierro oscuro, tanto en la fachada principal como en la posterior. De la fachada emergían innumerables brotes de malas hierbas que, junto al color grisáceo de la piedra enmohecida, le daban un aire de abandono y dejadez. Me fijé también en las dos construcciones anexas al edificio principal y en su también pésimo estado de conservación. Parecían haberse construido con posterioridad con la finalidad de guardar provisiones y herramientas. Una de ellas estaba coronada con una chimenea. Pensé que tal vez tenían un horno de leña. Sobre sus puertas de entrada había escritos un 1 y un 2 respectivamente.

Al fin, el portón de madera se abrió pasadas las nueve de la noche y vimos salir a un hombre menudo de barba canosa y pelo frondoso que rondaba los setenta. Poseía infinidad de surcos en la cara que le conferían un aire afable y cojeaba ligeramente de la pierna izquierda. A medida que se acercaba, lo reconocí. Era Toni, el compañero de Carmen. Vestía un cortaviento azul oscuro y unos pantalones de chándal gris desgastados.

—¡Toni! —Astrid fue corriendo hacia él y le dio un efusivo abrazo.

—Me alegro mucho de verte, ha sido una sorpresa, de verdad.

—Yo también, Toni. Lo que hemos pasado ha sido muy fuerte. —A Astrid se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas—. Hemos oído cuatro cosas con la radio antigua de mi padre, pero las informaciones son confusas. Han decretado toque de queda, los militares salieron a la calle, la tierra se puso a temblar, todo estaba a oscuras, empezaron a saquearlo todo y asaltaban a cualquiera por la calle… Gente herida, gritos. Nos fuimos corriendo sin mirar atrás. —Noté cómo su voz temblaba de miedo.

Toni le sostenía las manos como un padre lo haría y escuchó paciente todo lo que narraba. Me acerqué a ellos con prudencia y me abrazó a mí también con emoción. Estaba exhausta y mi adrenalina cayó en picado con aquel abrazo.

A Toni y a Carmen los conocía de las asambleas en Cal Suís, la masía autogestionada de Esplugas de Llobregat, de la época de lucha activa contra el Pla Caufec, el plan urbanístico que afectaba parte de la montaña de Collserola. Fueron años intensos, la lucha nos unió a

todos, pero también nos confrontó con varias miserias personales y colectivas con las que no contábamos. Logramos parar las obras unos cuantos años, pero hubo vínculos personales que quedaron bastante dañados desde entonces y no se habían podido restablecer. Mateo y yo fuimos desvinculándonos poco a poco de todo el movimiento.

—Sabíamos que esto podría pasar y llevamos dos años organizándonos —manifestó Toni—. Tenemos un problema contigo, Lili. ¿Llevas microchip?

—Sí —respondí con temor.

—Si quieres quedarte tenemos que desactivarlo. Los drones no dejan de pasar, no podemos correr ese riesgo. Nos pones a todas en un serio peligro.

Si por desgracia nos detenían, el hecho de no llevar microchip suponía una falta muy grave, alta traición a la patria. Motivo de aislamiento y de traslado inmediato a las COTAVO

—Me pides algo muy arriesgado, si nos detienen será mi sentencia de muerte —expuse con voz temblorosa.

—No acabas de entender la gravedad de esta situación. El sistema nunca va a ayudarte y mucho menos ahora con el Protocolo 13. Eres un peón más para su guerra, da igual si llevas microchip o no. Si te capturan, ya está. ¡Piénsalo! Al Estado le importas una mierda. ¿De verdad crees que el microchip es para mejorar tu salud? —me preguntó con incredulidad.

—Ya, ya sé que al Estado le importamos una mierda —respondí agitada.

—Aquí los drones pasan cuatro veces al día con el escáner aéreo buscando gente para reclutar —continuó Toni—. Hemos sido testigos de verdaderos dramas en otras casas del municipio. Hace tiempo que lo hacen. Nosotras hemos conseguido mantenernos invisibles y, de momento, nos consta que no hay interés en enviar un comando de rastreo personal hacia aquí. Por eso la casa no está cuidada y parece abandonada. Liliana, hay que desactivar tu microchip, por el bien de todas las personas que estamos aquí. ¡Tenemos poco tiempo!

Lo que Toni me decía me superaba con creces y no era capaz de integrarlo, me sobrevino una crisis de pánico casi de inmediato. A los pocos segundos me invadió un fuerte mareo y empecé a experimentar serias dificultades para respirar con normalidad.

Lo último que recuerdo fue una luz blanca y un fuerte golpe en la cabeza.

Capítulo 3

—Pues ya está, parece que se despierta —dijo Carmen con su particular tono arisco levantándose de la silla que había junto a la cama.

—No te muevas, Lili. He tenido que darte un par de puntos en la cabeza, te caíste a plomo sobre una piedra afilada. Nada grave, pero ha sido bastante aparatoso, salía mucha sangre. Has tenido suerte de caer de lado. En urgencias vi accidentes muy graves de caídas como la tuya hacia delante: tabiques nasales rotos, dientes partidos, labios abiertos... ¡Muchas desgracias! —Astrid tenía una manera muy particular de animarme—. Carmen te ha dado unas gotas de tintura de manzanilla, pasionaria y valeriana para el ataque de pánico.

—Un té de cúrcuma te iría de perlas para la inflamación, pero la acabamos el mes pasado y no hemos vuelto a conseguirla —apuntó Carmen—. Después te subo un té de sauce blanco, que aún me queda un poco en la despensa. El ungüento de árnica te lo pones cuando esté cicatrizado, ¿vale?

Asentí en silencio con la cabeza. Aquella mujer con semblante serio era una aficionada a la fitoterapia y a todo lo relacionado con el mundo de las hierbas. Muchas de sus recetas ya las hacía su abuela Petra. En las épocas de Cal Suís, había organizado diversos talleres de plantas medicinales autóctonas, de elaboración artesana de ratafía y de ungüentos para el dolor de espalda, entre otras cosas. Siempre se llenaban. Decían por la zona que tenía buena mano para curar y, desde su jubilación, había ayudado a mucha gente a aliviar diferentes tipos de dolencias en la pequeña consulta pirata que montó en su casa de Finestrelles. La consideraban una especie de bruja moderna con exceso de temperamento. Nunca me puse en sus manos; a punto estuve de llevar a Mateo en su peor momento de estrés postraumático, pero sus desaires me incomodaban muchísimo y no podía sostener más mierda en aquellos momentos. Estaba desesperada, pero Carmen no fue una opción. Sabía que nuestra decisión de alejarnos de las asambleas provocaría miradas y gestos de desaprobación.

—¿Despertó la bella durmiente? —Volteé la cabeza despacio en dirección a aquella voz conocida.

Santi estaba junto a la ventana, esbozando una sonrisa de oreja a oreja. En aquellos momentos experimenté un gran alivio, como si el tiempo y todos los acontecimientos demoledores de los últimos dos años no hubieran existido nunca. Santi sonreía y me miraba con

dulzura, hacía demasiado tiempo que no nos veíamos. Sentí punzadas de nostalgia y de alegría a partes iguales. Vestía unos tejanos claros holgados y una camisa abierta en tonos marrones sobre una camiseta blanca. Seguía apasionado por los collares de piedras y parecía llevar una amatista colgando alrededor de su cuello.

Al momento, me fijé que a su lado había otra persona, era Arnau. No sabía si eran los efectos de la tintura de Carmen o era real lo que veía, pero Arnau hacía movimientos extraños y cuando crucé la mirada con él, empezó a gritar a pleno pulmón. La cabeza me iba a estallar de un momento a otro.

—¡Mala, mala! —Arnau empezó a gritarme en bucle, se tapaba las orejas y daba vueltas por la habitación. Tuve miedo, lo veía fuera de sí. Él no era así—. ¡Eres mala!, ¡mala!

No aguantaba el dolor de cabeza y solo podía maldecirlo por aquellos gritos. Cada vez que me decía "mala", sentía un martillazo al lado de la oreja. Resultaba insoportable.

—Relájate, relájate —le susurró Santi en tono amable, tratando de calmarlo—. Es Liliana, no hay peligro, la gente mala no está. Es la compi de Mateo, ¿te acuerdas? Respira, nadie va a hacerte daño. Estoy aquí.

—Soy Lili, de los *Informatiks Team* —intervine.

Al oír aquellas dos palabras, dejó de gritar. Santi actuó con rapidez y consiguió abrazarlo por detrás para contenerlo. Arnau dejó de deambular por la habitación y enseguida constaté que se había contagiado. El CMEX-26 lo había marcado profundamente y lo veía angustiado. Toni se lo llevó fuera con cariño y Carmen se fue tras ellos segundos después. Mi cabeza empezó a mejorar, no soportaba los gritos.

El CMEX-26 no tenía piedad ni con los infectados ni con sus allegados. Aún nos esperaban dos años de caos hasta poder domar esa dura pandemia mundial. Debo confesar que en ocasiones pensé que nunca terminaría.

Arnau era un viejo amigo al que le perdí la pista después de la muerte de Mateo. La última vez que nos vimos fue poco después de aquel triste velatorio.

—Arnau no está bien —se justificó Santi acariciándome la mano—. Se contagió hace seis meses y, desde entonces, sufre de una amnesia transitoria muy grave. Al principio pensamos que habría daño degenerativo, pero los resultados del TAC no mostraron lesiones importantes. Nadie puede predecir cuándo comenzará a recordar o cuándo se regenerarán los daños cerebrales. De vez en cuando recupera fragmentos de su infancia y a veces nos confunde con sus padres, pero del pasado más inmediato, nada de nada —Lo escuchábamos con compasión—. Carmen está probando con el

cannabidiol, dicen que el CBD ha dado muy buenos resultados en casos como el suyo.

—¿Y su familia? —pregunté intrigada apartando la mano de Santi con disimulo. Empezaba a ruborizarme con aquella proximidad.

—Nosotros somos ahora su familia, nos comprometimos a cuidar de él. Su padre lo daba todo por perdido y pretendía acogerse a la ley de eutanasia. Lo último que sé de él es que se fue a Castellón a vivir con su único hermano vivo. Su madre murió recientemente y su hermana sigue en Austria desde el covid —nos informó—. Con mucho esfuerzo conseguimos que no firmara los papeles a cambio de traerlo aquí. Fue muy duro, chicas.

—Nos vamos a la mierda, ¡el mundo se va a la mierda! —intervino Astrid con ira—. Es que cada vez que oigo la historia me hierve la sangre...

Dejé por unos instantes a Astrid con su enfado y reparé en la habitación. Estaba recostada en una cama de matrimonio a ras de suelo construida con unos *pallets*. Las paredes estaban pintadas de un amarillo pastel que se había ido cayendo con el tiempo. Hacía falta volver a rascar toda la pared y pintarla de nuevo. La humedad del ambiente podía sentirse en los huesos. Vi algunos *posters* antiguos colgados con temática reivindicativa y una pizarra de corcho con varias fotos y algún viejo papel escrito a mano. Todo ello clavado con chinchetas de colores. En una esquina de la estancia, al lado de la única ventana que había, atisbé una silla de madera y un pequeño armario tallado de color marrón oscuro con los pomos color cobre. Una luz led a pilas iluminaba parcialmente el lugar; aquí tampoco había electricidad, pero habían sido previsores y parecía que se las apañaban bien. Observé el techo con detenimiento, daba la impresión de estar bien conservado. Las vigas de madera se veían en buen estado y no parecía tener goteras. El ambiente era frío y húmedo, pero extrañamente me sentía acogida y protegida entre esas cuatro paredes.

—Bueno, Astrid, por suerte está aquí con nosotros. Hay que quedarse con eso —matizó Santi en tono conciliador.

—Sí, por supuesto, pero me cabrea. ¡Qué falta de humanidad!, ¡su propio hijo! El egoísmo humano me supera, ¡joder!

Astrid era incapaz de contenerse, las injusticias le hacían hervir la sangre y empezaba a despotricar sin descanso del sistema y de las personas. Estaba comprometida con la causa, se quejaba continuamente, pero todos sabíamos que era una apasionada y que, en el fondo, creía en un cambio de sociedad real. A mí todo aquel discurso me parecía una utopía, pero ella confiaba plenamente y se implicaba hasta las últimas consecuencias. A menudo la dejaba hablar y me conmovía su entrega. Llevaba varias multas por desobediencia a sus espaldas y a punto estuvieron de quitarle la licencia para trabajar,

pero ahí estaba ella, con sus ideales y sus ilusiones más vivas que nunca. Se había casado con la lucha y aquello de “Hasta que la muerte nos separe” tomaba más sentido que nunca.

Reconozco que sufría mucho por ella. Se exponía demasiado y corría riesgos, a mi parecer, innecesarios. Tenía miedo de perderla cualquier día por su poca cabeza y su rebeldía feroz. El Gobierno del JD no se andaba con tonterías y ella se ponía en el punto de mira intencionadamente. Era una mujer más bien menuda de estatura, con un cuerpo robusto y fuerte. Admiraba el tamaño de sus pechos; yo heredé los genes de mi abuela y tuve francas dificultades en aceptar mi escasez de pecho. Intentaba aprender de ella, de su actitud frente a la vida. Disfrutaba de sus curvas, de sus imperfecciones e incluso las potenciaba y sabía sacarles partido. Le gustaba llevar cortes de pelo extremados y poco convencionales. Ahora se había rapado uno de los lados de la cabeza y lucía un buen escalado por debajo de las orejas. El color negro azabache con el que se teñía le resaltaba los *piercings* de las orejas y potenciaba su tez blanca y sus ojos verdes rasgados. Puede que yo tuviese un cuerpo socialmente más aceptado gracias a mi delgadez natural y a mi sobrada altura, pero Astrid no tenía nada que envidiarme. Cómo me hubiese gustado transgredir mi propia norma interna y haberme atrevido con un buen rapado de pelo para dejar atrás mi habitual trenza cobriza. Con mi amiga aprendí que la belleza era una cuestión de actitud y, sobre todo, de amor propio.

—Lili —me dijo Astrid con semblante serio—, hemos desconectado tu microchip. No había tiempo para deliberaciones. Ha sido por el bien de todas y por el tuyo.

Le lancé una mirada llena de rabia, estaba muy enfadada y la ansiedad me acechaba de nuevo. Apreté mis labios y retuve mis palabras hirientes porque Santi estaba allí presente y no quería exponerme. En mi interior ardía de ganas de gritarle a Astrid. La cabeza seguía martilleándome sin darme apenas tregua y me costaba respirar. Con esfuerzo rebusqué en mi mochila y encontré un diazepam. No quería pensar más, el día había sido muy descorazonador. Solo quería llorar.

Capítulo 4

Los dos días siguientes los pasé en la cama; el golpe en la cabeza y el estrés me dejaron fuera de juego. El primer día estuve en silencio, muy indignada por lo del microchip. Siempre intentaba huir de las confrontaciones directas, pero esa vez no pude disimular mi enfado y a Astrid no le quedó más remedio que disculparse, aunque con la coletilla final de “Ha sido por tú bien, Lili”. Poco a poco fui sosegando mi ira inicial, consolándome con la idea de llegar cuanto antes a la Cerdaña para esconderme en el búnker familiar. Tenía mis esperanzas puestas en esa idea. Necesitaba encontrar un lugar seguro donde pudiera pensar con claridad sobre qué diablos hacer con mi vida. Me sentía perdida y confusa.

Qué poco sabía en aquellos momentos que mis planes se desmoronarían.

Astrid y yo dormíamos en la habitación que nos había cedido Santi, estar en su cama y entre sus cosas me hizo sentir extraña. Él se trasladó a una estancia muy pequeña de invitados situada en la planta baja. Arriba había tres habitaciones más: la de Arnau, la de Toni y Carmen, y la cuarta, que originalmente iba a ser una biblioteca tipo estudio, pero que terminó convirtiéndose en una habitación llena de trastos en la que apenas se podía entrar. Contábamos con una letrina y una pequeña ducha solar en uno de los anexos de la casa principal. Sin embargo, las veces que hacíamos uso de ella eran escasas, dado que el agua salía helada por la ausencia de luz solar. Mi pelo parecía un estropajo; gracias a la trenza, lograba disimular un poco la mugre. Por la noche hacíamos uso del orinal, un objeto totalmente nuevo para mí, aunque mucho más agradable que aquella letrina oscura con olor a químicos y llena de cucarachas.

La primera noche hubiese pagado por poder cerrar la habitación con llave. Dormí muy intranquila teniendo a Arnau en aquellas condiciones tan cerca de nosotras. ¿Y si venía a por mí con un cuchillo?, ¿y si me estrangulaba en mitad de la noche? Tanto Arnau como yo nos encontrábamos en unas condiciones delicadas en aquellos momentos.

Era incapaz de reconocerlo en tal estado mental. Aquel chico brillante y risueño que recordaba de tiempos pasados parecía no ser él. Por fortuna, después de aquella primera noche, empezó a relajarse y aceptó mi presencia con más agrado. Por algún motivo que escapó por completo de mi control, dejé de suponer una amenaza para él;

creo que por momentos recordaba a los *Informatiks Team*. Nuestros ciclos de sueño se vieron alterados en las noches siguientes; sentíamos el cuerpo descontrolado, sin saber cuándo tocaba dormir y cuándo no. Comentábamos entre nosotros que la sensación era similar a estar en un *jet lag* permanente o a tener una resaca interminable de esas en las que disfrutas toda la noche y acabas viendo salir el sol. Me llevó varias lunas recuperar cierto descanso.

La planta baja de la casa comunicaba con una bodega a través de una trampilla de madera bastante carcomida. Allí habían ido acumulando provisiones por si la situación se complicaba. Desde hacía meses, los cortes en el suministro de agua eran frecuentes; la sequía y la contaminación hicieron que el agua potable se volviera inservible. En Campreciós se autoabastecían en todo lo que podían. Habían desarrollado un sistema de recolección de agua de lluvia con filtros naturales y sostenibles que me pareció una auténtica obra de ingeniería. En el patio teníamos la suerte de contar con un pequeño pozo del que aún podíamos extraer agua. Sin embargo, debido a los altos niveles de contaminación ambiental, ninguna de aquellas reservas era segura, por lo que continuábamos usando pastillas potabilizadoras. Los casos de cólera u otras intoxicaciones debido a la mala calidad del agua eran algo común en nuestro día a día.

Santi y Toni estuvieron toda una mañana trabajando para poder adaptar un alternador a una bicicleta vieja que rondaba por la casa. Estaban motivados para lograr su objetivo, parecían dos niños construyendo un set de Lego. El proceso para crear una bicicleta capaz de generar electricidad parecía ser relativamente sencillo.

—Mira, al pedalear se entra en contacto con esta polea y el alternador, que gira a modo de dinamo, transforma la energía cinética producida por el movimiento de los pedales en energía eléctrica —me contaba Santi con entusiasmo.

La electricidad generada quedaba almacenada en una batería portátil de baja potencia, la cual nos servía para mantener encendida unas pocas horas al día una pequeña nevera y una placa de inducción para cocinar. Cocinábamos cada dos días e íbamos comiendo lo justo para que las provisiones nos duraran el mayor tiempo posible. Al inicio, me sentí incómoda por estar allí disfrutando de sus comodidades y recursos. Con el paso de los días, me relajé pensando en que fueron ellos los que nos invitaron a quedarnos y parecía que lo hacían de corazón. Incluso Carmen empezaba a mostrar una mueca que se asemejaba a una sonrisa. Ellos nos tendieron la mano y creo que nosotras les aportamos un aire fresco a sus vidas. Nuestra convivencia en aquellos días afianzó vínculos que perdurarían en el futuro.

Por las noches hacíamos guardias en parejas, lo cual tampoco

contribuía a que recuperara mi sueño. Teníamos varias tareas a realizar, una de ellas era encender la estufa de leña bien entrada la madrugada, durante unas cuatro horas aproximadamente, para calentar un poco la casa. Elegíamos ese momento para evitar llamar la atención debido al humo que generaba. También salíamos a dar un par de rondas por los alrededores. Había un sistema de alarma casero distribuido por el perímetro de la casa, a unos cincuenta metros de distancia, que debíamos revisar y mantener dada su escasa fiabilidad. Otra tarea era la de llenar un par de cubos medianos con agua del pozo o del depósito de lluvia. Con esa agua nos aseábamos al día siguiente como buenamente podíamos a falta de poder usar la ducha solar. Anhelaba con todas mis fuerzas un buen baño caliente y un secador de pelo. Otra parte del agua la utilizábamos para lavar los orinales, los cuatro platos o para cocinar. Por último, en un par de jarras de tres litros, purificábamos de manera más cuidadosa el agua recolectada para poder consumirla con cierta seguridad. Las pastillas escaseaban e intentábamos optimizarlas, de ellas dependía gran parte de nuestra salud.

Las noticias del exterior nos llegaban a cuentagotas a través de la radio de Astrid. En Campreciós la vida parecía ir a otro ritmo y a medida que pasaban los días empecé a acomodarme. El toque de queda seguía vigente en la zona y no retiraban el Protocolo 13.

Por otro lado, el sol no había vuelto a brillar, aunque durante el día había empezado a clarear y podíamos distinguir con más facilidad el día de la noche. Nos encontrábamos en plena naturaleza, aunque el paisaje lucía lúgubre y triste. La neblina gris se hacía presente de nuevo en ausencia del viento. El invierno no daba tregua, intensificando el frío día tras día, y en las primeras horas de la mañana, las temperaturas caían hasta el punto de helar.

—¿Alguien ha visto a Arnau esta mañana? —nos preguntó Carmen.

Astrid y yo estábamos concentradas mirando un mapa con caminos de montaña. Nuestra intención era partir hacia la Cerdaña a finales de semana y consultábamos diversas opciones. Manteníamos la esperanza de que la situación se tranquilizara para entonces y pudiésemos viajar con mayor facilidad. Lamentablemente, los contactos con los que contaba Astrid no eran factibles en aquellos momentos. La situación era incierta y complicada para todos.

—Lo vi salir hace un rato —respondió Astrid.

—¿Estaba bien?, ¿lo viste tranquilo? Es extraño que no ande por aquí, no suele alejarse. Tiene que tomarse el CBD —insistió la mujer con cierta preocupación.

—No sé decirte, no me fijé mucho en él.

Arnau manifestaba una obsesión evidente por las aves. Según nos narró Toni, esta pasión surgió a raíz de su contagio por el CMEX-26.

Los pájaros formaban parte de su propia identidad; los perseguía incansablemente, entablaba conversaciones con ellos y les proporcionaba alimento. Su relación con las aves superaba incluso la que tenía con nosotros. A pesar de la situación actual, en la que los pájaros vivos eran escasos, Arnau persistía en su búsqueda durante horas sin desanimarse.

Tenía un vivo recuerdo de su pasión por la ornitología. En ocasiones anteriores, nos había contado cómo su padre lo llevaba desde que era muy pequeño a observar aves en el Delta del Llobregat y, con los años, él mismo amplió sus conocimientos por su cuenta. Mateo y yo solíamos ir con él de excursión por Collserola. Recuerdo cómo Arnau disfrutaba mostrándonos aquellas que eran visibles a simple vista a lo largo del camino. En el transcurso de esas caminatas, nos deteníamos varias veces para escuchar y reconocer sus cantos. De hecho, aprendí mucho de esas experiencias; Arnau resultó ser un excelente maestro en este aspecto.

Sin embargo, era evidente que su pasión por las aves se había convertido en una auténtica obsesión a raíz del contagio por CMEX-26.

—Habrá ido a buscar pájaros, ¿has mirado en el olivo? —intervine distraída.

Observar a Arnau con los pájaros me había sosegado, el amor que les profería parecía ser de otro planeta. Parecía transportarse a otro mundo cuando estaba con ellos, como si los pájaros fueran una especie de refugio para él, un retorno a momentos de su vida especialmente felices. En aquellos últimos meses, había recuperado la esencia de un niño, lleno de vitalidad y alegría. Cada mañana, se lanzaba al patio con la misma emoción, saltando y riendo como un chiquillo. Verlo así me recordaba la alegría que solía irradiar en el pasado. Feliz y risueño.

"¡Pajaritos, pajaritos! Buenos días. ¡Pajaritooooos!", los llamaba bien temprano cada mañana. Les había construido un par de comederos y los había colgado estratégicamente en el olivo que teníamos en la entrada del patio. Arnau dedicaba una buena parte de sus mañanas a observar esos comederos con una mezcla de entusiasmo y ansiedad. Lo veíamos ir y venir incansablemente del pórtico de la casa al olivo, rastreando el cielo en busca de los pequeños seres alados. Carmen, por su parte, le había regalado unos prismáticos verdes de los que no se separaba ni un segundo. Los llevaba colgados de su cuello día y noche, como si fueran una extensión de él mismo.

—¡Mira, mira, una tórtola, una tórtola! —gritaba—. ¡Allí, allí! ¡Un mirlo!

Aunque rara vez le respondíamos, él mostraba una gran satisfacción con cada uno de sus descubrimientos. A menudo,

celebraba sus hallazgos dando pequeños saltos alrededor del árbol. A pesar de que sus voces solían espantar a las aves en cuestión de segundos, Arnau continuaba insistiendo una y otra vez, sin desfallecer.

—Pajariiiitos, pajariiiitos. Aquí está el tito Arnau. Pajaritooooos.

Carmen salió por el pórtico en busca de Arnau mientras Astrid se levantaba a coger la radio de su padre. Nos quedamos en silencio intentando sintonizar alguna frecuencia de noticias. Llevábamos tres días en la casa y no sabíamos prácticamente nada del mundo exterior. Encendíamos la radio varias veces al día, esperando ansiosamente escuchar alguna novedad.

En Radio Nacional confirmaban la explosión en el campo petroquímico de Martorell, aunque la magnitud de la desgracia no se decía. Corrimos en busca de Santi, que estaba con Toni en la cocina arreglando una vieja mesa de madera.

—Tenemos noticias nuevas, la radio de Astrid ha podido sintonizar Radio Nacional. Al fin confirman la explosión en la petroquímica de Martorell —les informé ansiosa.

—Sí —siguió Astrid—, han confinado la zona. No me queda claro si ha arrasado con parte de Martorell o qué narices ha pasado. Pero el tema es grave, muy grave.

—Joder, ¿en serio? Vayamos a la caseta dos, tenemos un telégrafo. Hay que contactar con las compis de Can Figuera —dijo Santi, saliendo a toda prisa.

Lo fuimos siguiendo de cerca hasta la caseta número dos, en aquellos tres días no habíamos entrado en ese lugar y no tenía ni idea de lo que podría haber allí dentro. Pensé que quizás con ese telégrafo podría enviarles un mensaje a mi familia, después le preguntaría a Santi. Mi madre debía de estar sufriendo mucho por no tener noticias.

Toni se apresuró a sacar un manojo de llaves de su abrigo.

—¡Mierda, no tengo las llaves! —murmuraba Santi. A decir verdad, no lo había visto nunca tan nervioso y me estaba empezando a preocupar, otra vez, la maldita ansiedad.

—Espera, abro yo. —Toni pasó entre nosotras para abrir la puerta metálica que daba entrada a una única sala polivalente.

La caseta había sido utilizada como estación de radio pirata en el pasado, contaba con todo lo necesario para ello. Creo que además de retransmitir, también se habían dedicado a realizar escuchas ilegales a la policía y a algunos políticos. Localicé con la mirada varios cuadernos con iniciales de personas y en muchos de ellos podía leerse la palabra "buitres". Ese era el apodo que usábamos para referirnos a la policía dentro del colectivo asambleario. Actualmente, la radio estaba en desuso porque, según nos contó Toni, dejó de funcionar dos años atrás. Pensé que era una verdadera imprudencia tener todo aquel material allí; si hubiera algún registro, nos detendrían sin dudarlo.

¿Para qué guardaban aquellos cuadernos? Ya no eran útiles, la información estaba obsoleta. Era una auténtica gilipollez.

—¿Por qué no quemáis todo esto? —pregunté sin vacilar señalando a los cuadernos—. Si nos pillan con esto, vamos directos a las COTAVO...

Nadie me respondió, estaban ocupados abriendo una caja metálica donde guardaban un telégrafo. Quería gritarles que era mucho peor tener todo eso en casa que llevar el maldito microchip por el que tan acusada me sentí. Traté de reprimir mis pensamientos y me consolé pensando en que, a finales de semana, partiríamos a la Cerdaña con Astrid como habíamos previsto.

Por el suelo había cajas llenas de polvo con diferentes números de la revista *Barrakuda*. Estaba claro que algo tenían que ver ellos en la edición y redacción de aquella revista clandestina. Había oído rumores sobre esto, pero nunca lo había confirmado. El Gobierno llevaba tiempo intentando censurarla sin éxito. Sabía que los de *Barrakuda* habían dejado de publicar hacía unos dos meses; la policía estaba cerca de atraparlos y optaron por detenerse un tiempo. Emitieron un comunicado en Twitter explicándolo. Durante unos minutos, me quedé muda en un rincón del habitáculo, observando todo con asombro. Todo lo que contenía aquella caseta nos comprometía y empecé a experimentar mucho miedo.

—Pasa, Lili. ¡Qué haces ahí parada! —me espetó Astrid.

Los tres estaban situados alrededor de un telégrafo que debía tener más de cincuenta años. Vi salir a Toni corriendo en busca de la batería, no podían encenderlo. Me acerqué y me puse al lado de Santi. Desde allí pude ver un par de portátiles de alta gama y un módem sobre la mesa del telégrafo.

—Enviaremos un telegrama a Can Figuera, esto podría ser un sabotaje. Hay personas infiltradas, adelantaremos la asamblea de invierno para averiguar qué es lo que está pasando realmente.

Toni hablaba muy seguro, con solemnidad, parecía un general del ejército informando de la situación a su pelotón. Escucharlo me aportó cierta paz.

—Nosotras no podemos viajar —continuó Toni—, habrá que ir parte del camino a pie y os retrasaríamos. Mi rodilla no aguantará ese trote. Carmen y yo nos quedaremos aquí esperando noticias y vigilando la casa.

Al conectar el telégrafo, no dio tiempo a telegrafiar nada; recibimos una misiva de inmediato enviada aquella misma mañana:

“Los higos florecen pronto en febrero”

Se convocaba una asamblea urgente en Can Figuera, la palabra "pronto" hacía referencia al primer viernes de mes. Dado que

estábamos a finales de enero, teníamos alrededor de una semana para llegar a Sant Mateu del Bages. Can Figuera se encontraba en plena sierra de Castelltallat.

—Espera, espera —interrumpió Astrid con la radio en la mano y los auriculares puestos—. Están informando de que la enorme nube tóxica y una tormenta de lluvia ácida se están aproximando hacia nosotros. Un cambio en los vientos hará que lleguen esta misma noche. Hay que confinarse. ¡Rápido!

Mi esperanza de poder contactar con mi madre se esfumó con aquellas repentinas noticias, no había tiempo para eso y, a decir verdad, era irreal comunicarme por esa vía tan anticuada. Tendría que esperar un poco más a que la red telefónica se restableciese.

Con apremio, empezamos a sellar las ventanas y puertas con espuma de poliuretano y a tapar las salidas de humo con cinta aislante. Santi era un manitas y lo tuvimos todo listo con gran rapidez.

Toni salió alterado a buscar a Carmen, que aún andaba fuera con Arnau ajena a todo lo que estaba sucediendo. Los encontró cerca del camino, Arnau no dejaba de decir que un mirlo estaba herido.

—¡Arnau, hay que irse ya! Y no, no te puedes llevar al mirlo —le gritó Toni.

Él y Carmen lo tomaron del brazo, arrastrándolo a regañadientes hasta la casa. Arnau se resistía a irse, no dejaba de girarse con desespero, una y otra vez, buscando su mirlo herido con la mirada triste.

—El mirlo está esperando a su mamá, está bien. Vamos un rato a casa y mañana le damos de comer, ¿te parece bien?

Carmen le hablaba con la dulzura de una madre; era increíble ver cómo se relacionaba con Arnau, era el único que conseguía ablandarle el corazón. Poco a poco, él fue cediendo a sus deseos y se dejó llevar, metiéndose con premura en casa. Lo vimos subir corriendo a su habitación entre sollozos, mientras nosotros continuábamos apresurados con el plan del confinamiento. Astrid y yo fuimos a recoger agua del pozo, llenando todos los cubos, ollas y jarras que encontramos. La incertidumbre de cuántos días estaríamos encerrados hacía que el tema del agua fuera esencial, más aún considerando que después de la lluvia ácida, la calidad del agua empeoraría mucho.

Carmen bajó de consolar a Arnau. Yo sabía de su infertilidad gracias a Astrid, y al verla actuar así con él, intuí que ese era un tema que aún le escocía. Si lo pensaba bien, aquella mujer siempre había tomado un papel bastante matriarcal dentro del colectivo asambleario.

Cuando parecía que ya teníamos la situación bajo control, sonó una de las alarmas del perímetro. Mi corazón parecía a punto de estallar y un hormigueo de pánico empezó a adormecer mis manos. Carmen y Santi cogieron las escopetas con firmeza y se colocaron tras

la puerta principal.

A través de los portones de madera entreabiertos de la ventana, lo reconocimos. Era Biel entrando por el patio. ¿Qué cojones hacía allí?

Capítulo 5

Biel no era trigo limpio, sabíamos que en los últimos tiempos andaba por Bilbao vendiendo su sistema innovador de purificación de aire para grandes superficies. Llevaba tiempo trabajando en ello y no había dudado en venderse a Taler, una de las multinacionales farmacéuticas más controvertidas del mercado, con el fin de impulsarse al éxito. Era muy conocido en diferentes colectivos activistas por su magnetismo y su poder de seducción. Bajo la bandera del famoso poliamor (mal entendido), había ido sembrando dramas sexoafectivos por doquier. El tipo era atractivo, pero parecía carecer de un mínimo de empatía aceptable. El sector más feminista le había parado los pies en múltiples ocasiones y, finalmente, los rumores sobre él acabaron haciendo mella en la ciudad. Su carisma disminuyó significativamente en los últimos meses en los que Mateo y yo aún continuábamos activos en el movimiento. Él, haciendo gala de su narcisismo natural, abandonó la ciudad y se mudó a Bilbao para poder empezar de nuevo con su farsa. Era increíble verlo allí plantado en el patio de Campreciós. Qué *déjà vu*.

Santi abrió la puerta pequeña de casa y salió con una mascarilla puesta y otra en la mano. Desde dentro estábamos observando por la ventana, muy atentos a todo lo que sucedía entre ellos.

—¿Biel? —dijo Santi con incredulidad.

—Santi, por fin os encuentro. No sabía a dónde ir y me acordé de Campre. ¿Puedo quedarme unos días? ¡Qué suerte que estéis aquí! —Biel hablaba muy rápido, le faltaba el aire e iba apoyando sus manos en las rodillas para inspirar mejor; parecía que había llegado corriendo.

Astrid y yo intercambiamos miradas. La llegada inesperada de Biel nos había tomado por sorpresa y no sabíamos cómo reaccionar ante la posibilidad de confiar en él nuevamente.

—No te esperábamos, te hacíamos en Bilbo. ¿Llevas microchip? —le preguntó Santi mientras le lanzaba una mascarilla.

—No, te lo juro. Lo de Bilbo es una larga historia —respondió mostrándole el cuello por ambos lados—. Me lo hice sacar.

—Espera, no te acerques, tío. Déjame pensar un segundo, no es que no confiemos en ti, pero la situación está tensa —explicó Santi con precaución mientras se alejaba un poco.

Biel parecía no llevar microchip; no había rastro de él y una pequeña cicatriz le daba credibilidad a su relato. No obstante, no

sabíamos nada de él desde hacía mucho tiempo, lo que nos llevaba a considerar la posibilidad de que fuera un vendido, un infiltrado más del Gobierno. Biel era un misterio. Personalmente, no hubiera dado la cara por él; su narcisismo me revolvía el estómago y sabía que Astrid compartía esa sensación. En el pasado no se había portado bien ni con Mateo ni conmigo. Lo vi fugazmente en el entierro y, como Arnau, después se esfumó. En aquellas circunstancias, no lo podíamos dejar pasar, pero tampoco teníamos el corazón de hierro para abandonarlo a su suerte con la amenaza tóxica que se nos avecinaba.

Después de algunas deliberaciones rápidas, decidimos que aquella noche durmiera en la caseta uno. Le acomodamos unos cojines del sofá y una manta, le dejamos un par de conservas y un litro de agua. Dormir cerca de la letrina no era agradable, pero meterlo en casa era una imprudencia en mayúsculas. Lo tendríamos un día entero en cuarentena y, mientras tanto, pensaríamos qué hacer.

Biel aceptó y entró en la caseta sin apenas decir palabra. Santi le indicó que sellara las ventanas y la puerta con la cinta aislante que le proporcionamos. Biel parecía comprender la magnitud de la amenaza que nos acechaba y se puso rápidamente a ello.

—¡Es Biel, es Biel! —exclamó Arnau, bajando de su habitación y dando voces. Su ventana daba al patio, lo que probablemente le permitió observar con detalle la escena que acababa de ocurrir—. ¡Biel, Biel, el trisquel, rojo, rojo! ¡El trisquel!

Arnau se dirigió hacia Biel y le dio un efusivo abrazo. Nuestro visitante le respondió con unas ligeras palmadas en la espalda.

—¡Cuánto tiempo! Me alegro de verte, tío —expresó Biel mostrando cierta incomodidad.

Nos quedamos atónitas ante la reacción de Arnau. Recordaba a Biel. Fue un momento fugaz dado que, segundos más tarde, se apartó y volvió a preguntar por su mirlo herido, perdiéndose de nuevo en su particular desierto. A pesar de su brevedad, aquel momento nos conectó con la esperanza. Quizás Biel era la llave que Arnau necesitaba para acceder a sus recuerdos olvidados. Dada la amistad que compartieron en el pasado, no era sorprendente que Biel pudiera ser una pieza clave en su proceso de recuperación. Era obvio que había conectado con algo importante al ver de nuevo a su amigo. Sus palabras también me trajeron a la mente el recuerdo del trisquel rojo de Mateo, un enigma que me mantuvo intrigada durante meses. Una extraña coincidencia.

De reojo, noté cómo Carmen dejaba escapar un suspiro de alivio, y pude ver una pequeña sonrisa en el rostro de Toni, apenas visible bajo su bigote. Al fin, Arnau estaba reconociendo a alguien por sí mismo, y eso era un gran paso.

—Esto es el CBD, ya os lo decía yo que funcionaba. Ni al Gobierno

ni a las farmacéuticas les interesa reconocerlo, se les va al garete el negocio que tienen montado, pero, a la vista está que funciona, funciona perfectamente. —Carmen mostraba con orgullo la tintura de cannabidol—. Ven, Arnau, que te tocan las gotitas.

Santi cerró la puerta de la caseta con llave y entramos de nuevo en la casa dejando a Biel en la letrina. Cuando vi la oportunidad de estar con Astrid unos minutos a solas, saqué el tema del trisquel rojo. Ella estaba al corriente de la historia de las llaves y del código. A Mateo siempre le negué que alguien más lo supiera, pero Astrid era como de mi familia. Nos quedamos desconcertadas, el trisquel parecía ser importante para Arnau. Intentamos hablar con él de nuevo y le apretamos para que nos diese información sobre el trisquel, pero fue una experiencia frustrante. Arnau volvía a estar desconectado y no soltaba prenda.

No encontraba los recuerdos adecuados; en su lugar, conectó con la perdiz roja y solo repetía ese nombre. Al oírlo, recordé una de las excursiones pasadas al Montseny con Mateo, donde pudimos ver algunos ejemplares de esa ave. En aquella ocasión, nos deleitó con algunas de sus curiosidades. Fue ahí cuando aprendí que esta ave finge estar herida o incluso muerta para proteger a sus polluelos cuando advierte la amenaza de un depredador. Cuando dicho depredador se acerca engañado, ella empieza a revolotear, a saltar y a correr de forma escandalosa, alejándose de la zona donde los pollitos permanecen inmóviles, mimetizados con el suelo. Solo cuando la distancia es segura, la madre se aleja volando. No siempre lo consigue, y a veces muere por salvar a sus polluelos. Este acto heroico tenía a Arnau maravillado en su día, y parecía recordarlo de alguna manera en el presente.

Desistimos de la idea de sonsacarle algo al respecto del trisquel; lo seguiríamos intentando más adelante. Era asombroso cómo accedía parcialmente a algunos recuerdos y, en cambio, con otros no había manera.

—¿Seguro que no recuerdas el trisquel rojo? —insistí por última vez.

—La perdiz roja, sí, sí, la perdiz roja es una supermadre —me respondió de nuevo encallado en su historia mental, no había forma de sacarlo de ahí.

—Ese era íntimo de Mateo, ¿verdad? —me espetó Carmen refiriéndose a Biel con recelo y entrando en el comedor.

—Bueno, los tres eran íntimos. Arnau, Mateo y Biel. *Los Informatiks Team*—respondí en estado de alerta.

—Hace tiempo que no viene a asambleas ni a nada. Como tú, vaya —siguió—, ¿seguro que no sabes nada de él?

—Qué va, se esfumó después de la muerte de Mateo —dije dolida

—. Han sido tiempos duros...

—Para todas, Lili, para todas... —puntualizó.

—Si tú lo dices... —contesté agitada, sintiendo cómo mis orejas empezaban a arder.

—Siento lo de Mateo, de verdad, pero todas hemos perdido mucho en estos años. Quizás te iría bien ver más allá. —Me miró fijamente mientras yo contenía mis lágrimas para no darle el gusto de verme llorar—. Sin ir más lejos, Ona Reverter, seguro que la recuerdas del barrio. Se contagió el año pasado. Una mañana cogió el coche y sufrió un lapsus mental que hizo que perdiera el control del vehículo y cayera barranco abajo con los dos niños. Ninguno sobrevivió. Su compañero, Sebas, es un muerto en vida desde entonces. O el caso de Pepe y Júlia, los de la asociación de vecinos —continuó con los ojos vidriosos—, Terminaron internados en un geriátrico, dementes perdidos...

—Joder... —suspiré, abatida.

—Aquí vamos esquivando el virus, tratamos de ser prudentes. Supongo que entiendes que tomemos medidas de seguridad por el bien de todas, ¿verdad?

—¿Hablas de la movida con el microchip? —pregunté confundida.

—Entre otras cosas —respondió con firmeza.

Me quedé perpleja, había logrado intimidarme. Durante unos segundos me quedé en silencio y solo alcancé a encoger los hombros con resignación.

—Tengo la sensación de que me estás culpando de algo —me defendí una vez recuperada la respiración—, y yo sufro esta mierda igual que vosotros. ¡No soy el enemigo, Carmen!

—Solo te pregunté por Biel porque me pareció sorprendente que aparezcáis por Campre de repente con menos de una semana de diferencia. Ponte en mi lugar, ¿qué pensarías tú? —Carmen parecía menos desconfiada al exponer sus argumentos.

—Pues no sé, no tengo ni idea —respondí descolocada—. No sé cómo ha llegado Biel aquí ni qué intenciones trae, pero yo estoy de paso, no pretendo quedarme si es eso lo que te preocupa.

—Venga, vamos a dejar el tema ya ¿no? —intervino Astrid—. Hemos llegado a Campre de pura casualidad huyendo del caos apocalíptico que había en la ciudad. No sé cuántas veces tendré que repetir lo mismo...

—Ya, ya —dijo Carmen en tono más conciliador—. Mañana habrá que interrogar a Biel porque siento que hay algo aquí que no cuadra. Llamarme bruja, pero al verlo me ha entrado un mal rollo que no acabo de sacarme de encima.

—Mira —me apresuré a decir—, por fin coincidimos en algo.

Carmen esbozó una leve sonrisa y me alargó la mano mientras

Astrid nos miraba perpleja desde el sofá.

—No me juzgues por desconfiar, están pasando demasiadas cosas horribles y nos jugamos la vida —confesó.

—Gracias —respondí propinándole un abrazo del todo imprevisto.

Aquella mujer mostraba dureza en sus palabras, pero su sinceridad la honraba, no fue una conversación agradable, aunque con el tiempo vi que era necesaria. A partir de aquel momento, la tensión entre ambas empezó a difuminarse y nos dimos la oportunidad de compartir.

Entretanto, en Campreciós, nuestro confinamiento continuaba. Decidimos pasar la espera y aquella situación de tensión de la mejor manera posible. Carmen bajó a la bodega y subió con dos botellas de vino tinto. Toni y Santi se encargaron de improvisar una ensalada fría de garbanzos con maíz dulce y pepinillos. Astrid y yo comprobamos por enésima vez que las ventanas y las puertas estuvieran bien selladas. Hacía un rato que una nube negra con tonos rojos y anaranjados se posaba insolente sobre nuestra casa, podían verse multitud de destellos, como pequeñas explosiones eléctricas, en su interior. Arnau obedecía con agrado a las indicaciones de Toni y pedaleaba un poco más sobre la bicicleta para poder tener encendida la luz de pie durante unas cuantas horas. Con el frío que hacía, la nevera se mantenía bien por sí sola, y usamos la batería para iluminar nuestra velada en el comedor. Esa noche no pudimos encender la estufa, habíamos tapado el tubo para evitar filtraciones, así que nos envolvimos con las mantas y nos pusimos los gorros parar intentar entrar en calor. Aquellas eran nuestras mejores galas para la ocasión que se nos presentaba.

Recuerdo aquella noche con mucho cariño, como un oasis en mitad del desierto. Después de cenar, Santi sacó su *cello* para tocar su versión de *Bella Ciao, Let Her Go, Despacito* y otras tantas melodías que nos llenaron el alma. Hacía tanto que no sonreía, que no bailaba, que no me emborrachaba un poco. Santi seguía cautivándome, aquel hombre me encantaba, no podía evitarlo. Poseía bondad y me aportaba confianza. No había dejado de gustarme, no obstante, a esas alturas de la historia yo ya había decidido que no me enamoraría nunca más. No quería volver a sufrir y amar implicaba sufrimiento. Lo tenía más que comprobado, aun así, verlo tocar el *cello* con pasión y ternura me conectaba de nuevo con la vida.

La noche fue especial, ya dicen, que la sombra de la muerte hace brillar con más fuerza la vida. Nosotros seis estábamos intentando sobrevivir en un mundo totalmente abandonado a su suerte y lo hacíamos de la mejor manera que sabíamos: cuidándonos. Recordé la escena de la película de *Titanic* en la que los músicos no dejaron de tocar aun sabiendo que el barco se hundía. Aquellos músicos fueron el

último haz de esperanza para muchas personas. Su entrega total me conmovió.

Arnau estaba feliz y bailaba desinhibido por la sala. Santi le hizo el típico origami en forma de grulla y se lo regaló durante la cena para que pudiera acordarse de su mirlo. Arnau lo abrazó muy fuerte, invadido por la emoción.

—Gracias, Santi, mi amigo. Te quiero, te quiero mucho —repetía.

Arnau hacía volar la grulla por todo el comedor y nos la iba acercando a los ojos, para que la viéramos bien.

No pude contener mis lágrimas, las notaba bajar recorriendo mis mejillas. Astrid me agarró la mano y me la apretó fuerte como muestra de cariño. Por norma general, a ella no le gustaba mostrar demasiado sus emociones, creo que la hacían sentir vulnerable. Bajo su fachada de mujer dura y fuerte, yo sabía que en el fondo se escondía una Astrid tremendamente sensible. Le sonreí entre lágrimas con agradecimiento, qué suerte tenía de poder contar con su amistad incondicional.

Cuando pude darme cuenta tenía a Arnau con su grulla apuntando a mis ojos.

—No llores Lili, yo voy a cuidar al mirlo. No llores, Lili —repetía sin cesar.

Fue entonces cuando me abrazó. Como por instinto, lo envolví entre mis brazos como a un hijo y, en aquellos instantes, pude sentir un amor indescriptible. No podía dejar de llorar, la inocencia que desprendía me traspasó de arriba abajo. No recordaba el tiempo que hacía que no lloraba, lloré tanto en el pasado que creí que me había secado por dentro. De repente, dejé de sentir aquel frío interno que se había acomodado libremente en mis entrañas durante los últimos meses. La pureza de Arnau lo había partido en dos y, a pesar de todo lo vivido, en aquel instante, me sentía muy bien. En aquellos momentos, Santi estaba tocando *Perfect* de Ed Sheeran y yo no dejé de abrazar a Arnau hasta los últimos acordes de la canción. Nos mecimos al ritmo de la música e incluso creí confundirlo con Mateo. La ternura me brotaba libre por todos los poros de la piel. Él iba canturreando la canción a su manera y a mí aquello me hacía sonreír. Arnau ya no me sentía como una amenaza, había algo de él que reconocía nuestra amistad pasada y me lo demostraba de la única manera que sabía hacerlo: con cariño.

La velada avanzaba entre risas, canciones y la calidez del vino tinto. A pesar de la inquietud que se cernía sobre nosotros, nos dejamos llevar por la corriente alegre que se tejía en el aire. En un momento de pausa musical vi a Arnau sumido en sus pensamientos y decidí preguntarle con delicadeza.

—¿En qué piensas, Arnau? —proferí en un tono suave.

Sus grandes ojos se posaron en los míos y una tímida sonrisa se dibujó en su rostro.

—El mirlo —respondió con una simplicidad que irradiaba pureza.

—¿El mirlo herido que encontraste? —repliqué mientras él asentía con energía.

—Yo cuido al mirlo —agregó orgulloso mientras mi sonrisa se entrelazaba con la suya.

—Pronto podrás volver a cuidarlo, estoy segura —le garanticé con un tono de esperanza que buscaba reconfortarlo.

Santi continuó tocando el *cello* y me fijé en sus dedos danzando sobre las cuerdas con pasión, sin poder evitar sentir la excitación que me provocaba verlo entregado a su instrumento. Sentí su música llenando el espacio y acariciándome el alma, como si las notas vibraran libres en mi piel. El vino había surtido su efecto, desatando mis inhibiciones más allá de lo que debería, y hacía rato que había pasado el número de copas seguras.

Hacía esfuerzos por frenar las fantasías eróticas que invadían mi mente, temiendo que alguien pudiera descubrir mis pensamientos. Me parecía que, si me observaban, captarían de inmediato el rubor que me recorría por dentro. Mi mente se entregaba a la visión de Santi explorando cada recoveco de mi cuerpo con la misma intensidad y pasión que ponía al tocar el *cello*. Era difícil dejar de fantasear, me sentía atrapada entre dos realidades paralelas. Finalmente, me levanté a por más vino en un intento absurdo de despistar mi atención de Santi y de recuperar el control de mi mente y de mi cuerpo ardiente.

El estruendo de la tormenta parecía ahogar mis pensamientos, pero la atracción que sentía por Santi seguía palpable, como un fuego que arde en lo más profundo. A pesar del caos de la tempestad, mi mente seguía siendo un torbellino de emociones, enredando mis deseos con la realidad que se imponía detrás del cristal. La lluvia ácida arreció con violencia sobre la medianoche, marcando el inicio de una intensa tormenta. A medida que las cortinas de agua y los destellos eléctricos dominaban el paisaje, nuestro grupo se reunió junto a la pequeña ventana del comedor para observar el espectáculo en silencio. Aquella lluvia parecía ser más corrosiva de lo habitual, cuando parase tendríamos que valorar los daños causados sobre el terreno y sobre el agua.

Mientras la lluvia ácida seguía cayendo con fuerza, me encontré reflexionando sobre mi papel dentro de aquel peculiar grupo. No podía negar que cada vez me sentía más parte de él e incluso empezaba a tener la sensación de que contaban más conmigo. La inesperada llegada de Biel me había dado la oportunidad de expresar mis opiniones y de involucrarme en las decisiones. Era obvio que en torno a Astrid no había apenas dudas, la desconfianza principal recaía

en mí. Si Carmen se mostraba menos reticente como había dejado entrever, la dinámica seguramente cambiaría a mi favor.

La lluvia ácida continuaba su caída implacable en el exterior, mientras nosotros parecíamos unos prisioneros en nuestra propia casa. Aquel espectáculo nos sobrecogió a todos. Fue en medio de aquella escena que Arnau nos sorprendió con un intento desesperado de fuga; lo sorprendimos arrancando con urgencia la cinta aislante que sellaba la puerta principal.

—¡Arnau, suelta eso! —le ordenó Carmen con firmeza.

—Biel... está afuera... Biel —repetía angustiado.

—Cálmate —lo tranquilizó Toni, acercándose por detrás—. Biel está a salvo en la caseta.

—Ver a Biel... ver a Biel —imploraba en un ciclo sin fin.

—Mañana lo veremos. Ven, te acompañamos a la cama —le informó Carmen con ternura.

Arnau se resistió e intentó forcejear, Santi se aproximó rápido hacia ellos.

—Mira, fíjate en la ventana —dijo, tomando su mano y dirigiéndolo hacia nosotras—. Está lloviendo mucho, Arnau. Esta lluvia no es buena, ¿me estás escuchando? Es muy mala.

Arnau se quedó ensimismado mirando la intensa lluvia caer. Poco a poco, fue relajando su cuerpo y asintió con la cabeza. Parecía que había desistido de la idea de ver a Biel, se volteó y caminó cabizbajo hacia las escaleras. Carmen y Toni lo acompañaron hacia el piso superior, convenciéndolo de nuevo de que Biel y su mirlo estaban bien. Santi se quedó con nosotras unos minutos más, guardando su *cello* y reponiendo la cinta aislante de la puerta.

—¿Os quedáis un rato? —preguntó.

—Sí, ¿tú? —respondió Astrid.

—Yo me voy a la cama, estoy petado. Ah, una cosa, he puesto esta madera aquí por si se colase agua por debajo de la puerta. Está lloviendo a mares... —nos informó.

—Sí, a ver si para de una vez —contesté.

—Buenas noches... —se despidió con un tono tranquilo antes de irse.

Santi me sostuvo la mirada con aquellos ojos que tanto me gustaban y, en esa ocasión, decidí no apartar la vista. Al momento, sentí como nuestra tensión sexual iba *in crescendo*. En aquel instante, Astrid se encontraba de espaldas guardando unos platos en el armario de la cocina, cuando se giró para despedirse nuestro momento se rompió y Santi se marchó. El hormigueo de mi estómago permaneció conmigo unos minutos más, intenté disimular y me puse a recoger las cuatro cosas que quedaban en la mesa con una sonrisa absurda dibujada en la cara.

Después de organizarlo más o menos todo, nos quedamos charlando en el sofá, tapadas hasta la nariz y con un plus de alegría infusionado por el vino. Filosofamos sobre el amor y sus tesituras, Astrid me confesaba anécdotas divertidas de sus extravagantes novias y, con gracia, trataba de persuadirme para que abriera de nuevo las puertas al amor. Era astuta como una buena gata vieja, y ya se había percatado de la historia que flotaba en el aire entre Santi y yo. No había como engañarla.

Siempre había admirado la libertad que manifestaba Astrid en sus relaciones, su naturalidad y su saber hacer. Entre risas y bostezos ya no logramos subir a nuestra habitación, sucumbimos al cansancio y al vino allí mismo, en aquel sofá de tres plazas en el que apenas cabíamos las dos juntas. Nos debimos dormir bien entrada la madrugada mientras oíamos cómo la tormenta seguía en plena actividad. Presentía que aún le quedaban varias horas para desgastarse.

De repente, el estruendo de un trueno resonó, sacándome de mi sueño. Observé el reloj en la pared: eran las cuatro de la madrugada, apenas había conseguido dormir durante una hora seguida. Mis ciclos de sueño seguían sin encontrar su ritmo, la ausencia de luz solar me pasaba factura. Tenía el cuello agarrotado de haberlo apoyado durante un largo rato en el duro brazo del sofá. Astrid, por su parte, dormía plácidamente, enroscada como un ovillo bajo la manta.

Decidí levantarme en busca de agua con la firme intención de subir a mi cama, era absurdo seguir durmiendo hecha un higo en aquel incómodo sofá. Una buena infusión hubiese sido de gran ayuda para contrarrestar mi insomnio, pero la idea de calentar agua me pareció una tarea titánica. Ponerme a aquellas horas a pedalear en la bicicleta para generar electricidad se me hacía un mundo, así que me conformé con un simple vaso de agua.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —oí de repente tras de mí.

—¡Joder! Qué susto tío —exclamé, apoyando el vaso en la encimera para no derramar el agua, mientras mi corazón latía desbocado.

Santi había aparecido en la cocina como un gato sigiloso. No me había percatado de su llegada y no solté un grito de puro milagro.

—¿Has escuchado el trueno? —pregunté casi por inercia.

—Ya ves, con lo que me ha costado dormirme… —dijo mientras se aproximaba a mí y tomaba un vaso. ¿Le habría costado dormirse por nuestra tensión sexual?

No sé bien qué me pasó en ese momento; me ponía nerviosa que él estuviera allí, y cuando lo vi acercarse, automáticamente me moví para dejarle pasar. No calculé bien las distancias y terminamos chocando de frente de manera muy torpe.

—Ostras, perdona, quería dejarte paso... —Había derramado casi toda el agua de mi vaso en su pantalón—. Vaya tela, con el frío que hace.

Santi explotó a reír y aquella reacción inesperada me dejó fuera de juego.

—¿Te hace gracia? —pregunté, arqueando una ceja con curiosidad.

—Es que el golpe ha sido tan absurdo que me ha dado por reír —explicó, luchando por no reír de nuevo—. Tengo las bolingas congeladas, eso no te lo voy a negar.

Aquí pudo conmigo, exploté a reír cuando le oí decir aquello con esa cara de payaso que ponía de vez en cuando.

—¡Shh! Vamos a despertar a la jefa —me advirtió en voz baja, señalando a Astrid con la cabeza mientras se reía—. No me hago responsable de si se despierta con un humor de perros, ¿vale?

—Sí —susurré, tratando de contener la risa—. Nos puede caer la del pulpo...

—¿Te hace una copa de vino? —me propuso con una sonrisa—. Ya sé que no son horas, pero es que estoy como si fueran las cuatro de la tarde.

—Venga, vale —respondí sin vacilar. Acepté la oferta sin pensarlo, como si el mundo hubiera decidido detenerse por un momento solo para nosotros dos. Diría que el vino jugó a mi favor y me acalló la mente.

Santi cogió la botella de vino y con su otra mano, agarró suavemente mi muñeca. Salimos de aquel comedor ocupado por Astrid en dirección a su habitación. El simple contacto de su mano reavivó las brasas de nuestro fuego antiguo. Aquellas llamas ya eran imparables. Llevaba toda la noche conteniéndolas, pero ya no podía más. No hacía falta hablar en ese momento; nuestras miradas y gestos decían más de lo que las palabras podrían expresar.

Entramos besándonos en la habitación y fuimos despojándonos poco a poco de nuestros ropajes hasta quedarnos desnudos frente a frente. Hubo silencio. Nos regalamos unos segundos mágicos para reencontrarnos. Respirando, mirándonos. Sentí mi cuerpo anhelante llamando al suyo y empecé a recorrer su piel con mis manos como si de un mapa se tratase. Sentí su corazón acelerado bajo su piel suave y cálida. Conocía bien los lugares que recorría con mis dedos, pero me dejé sorprender de nuevo. Las primeras veces no vuelven, aunque en aquel instante, sentí algo nuevo moviéndose entre nosotros. Los encuentros con Santi siempre tuvieron algo de animal y de ternura a la vez. Redescubrir nuestros cuerpos y sus intersticios fue como volver a casa. Nos dedicamos un largo tiempo a acariciarnos, a mirarnos, a lamernos, a besarnos. La ternura inicial dejó paso a un fuego voraz. Mi cuerpo ardía bajo el suyo. La lengua de Santi lamió con deseo mis

pechos y fue bajando lentamente por mi barriga hasta llegar a mi clítoris palpitante y a mi vulva mojada. Deseaba que me penetrase. Estaba tan falta de piel que anhelaba sentirlo caliente y latiente dentro de mí, sin barreras. Solo piel, solo amor, solo sexo. Sucumbimos al instinto con fuerza hasta que caímos rendidos y extasiados de placer. Abrazados entre sudor y fluidos.

Tuve una sensación placentera de atemporalidad, me parecía estar viviendo en aquel pasado en el que aún gozaba de libertad. Lo de decidir no usar preservativo no había sido buena idea y ya me estaba arrepintiendo de nuestro arrebato irracional. Algunos pensamientos alarmantes se dispararon en mi cabeza, pero me esforcé por silenciarlos y logré sucumbir al cansancio. Nos dormimos acurrucados bajo las mantas, oliendo a sexo y sintiendo el latir del corazón ajeno en aquella pequeña cama de noventa.

Yo solo quería detener el tiempo.

Capítulo 6

Después de unas escasas horas de sueño nos levantamos sobresaltados.

—¡Noooooooooo, noooooooooooooo!

El grito desesperado de Carmen nos arrancó de nuestro sueño de inmediato. Eran las ocho de la mañana. Tenía el cuerpo agarrotado de haber dormido agarrados toda la noche en aquel estrecho colchón. La cabeza volvía a martillearme, no sabía si por el cansancio de la noche, el exceso de vino o por la caída del primer día. ¿Qué sucedía?

Miré hacia fuera. Por fin había dejado de llover, pero la nube tóxica seguía amenazante planeando sobre nuestras cabezas. Entonces, un aullido desgarrador emergió de Carmen, como el de una loba herida. Me heló la sangre. Algo terrible debía de estar ocurriendo. A través de la ventana, la vi arrodillada en el suelo embarrado, sosteniendo el cuerpo de Arnau. Carmen lo mecía y se lo acercaba al pecho mientras imploraba auxilio. La escena era angustiante y desconcertante.

—¡Ayuda, por favor, ayuda! ¡No te mueras, no me hagas esto, Arnau! —Carmen lloraba y gritaba con desesperación desde el patio. Nos vestimos rápido y salimos a toda prisa de la habitación. Encontramos a Astrid recién levantada y visiblemente descolocada mirando por la ventana del comedor.

—¿Cómo no lo hemos oído salir? —atinó a preguntar, con una mezcla de incredulidad y culpa en su voz.

No respondimos. Nos ajustamos las mascarillas y salimos apresurados hacia fuera. Arnau yacía en el suelo mojado, con unas llagas horribles en las áreas de su cuerpo que quedaban expuestas. Estaba inconsciente. La lluvia ácida resultaba corrosiva para nosotros también, era más que evidente viendo el cuerpo maltrecho de nuestro amigo. Sus heridas eran más que preocupantes, y no podíamos perder tiempo.

—Carmen, ¿qué haces sin mascarilla? ¡Ve adentro, ya! —le gritó Astrid angustiada.

Ante su negativa, nos vimos obligadas a separarla con fuerza del cuerpo de Arnau. No reaccionaba y seguía exponiéndose deliberadamente a un grave peligro que aún no sabíamos determinar. Podía ser el agua, pero también podía ser algún gas o algo del ambiente.

—¡Carmen, por tu seguridad, necesitas entrar ya! —le insistí.

—¡No, dejadme!, Arnau, cariño, estoy aquí. No pasa nada, Arnau —repetía sin tan siquiera mirarnos.

—¡Carmen, por favor! ¡Tenemos que cuidarnos todos! Le rogué, viendo que continuaba fuera de control. La situación se volvía cada vez más angustiante.

Toni y Santi intervinieron con rapidez y lograron agarrarla para llevarla dentro. Astrid les gritó que le lavaran bien las manos y la cara; Carmen también empezaba a tener algunas llagas con mal aspecto.

—Sí, vamos Santi —dijo Toni apurado— hay que quitarle la ropa mojada y echarla a quemar.

Mientras ellos atendían a Carmen, nosotras dos nos quedamos con Arnau; aunque nuestras protecciones eran limitadas, confiábamos en que nos bastarían para unos minutos. Me crucé la mirada con Astrid, el estado de Arnau era muy preocupante.

Astrid se abalanzó sobre él para comprobar si tenía pulso y acto seguido empezó con las maniobras de reanimación cardiopulmonar. Era una mujer resolutiva, trabajar en urgencias le aportó una gran dosis de seguridad para afrontar este tipo de situaciones. Me asombraba la fuerza que mostraba al realizar las maniobras, no tardó ni diez segundos en comenzar a sudar del empeño que le ponía. Zarandeaba a Arnau como si fuera un muñeco. Sabía perfectamente cómo proceder ante una emergencia como aquella. Yo, en cambio, me quedé paralizada, incapaz de reaccionar.

—Un, dos, tres, cuatro, cinco... ¡Aparta, tía! —me espetó.

Los minutos parecían eternos. Santi volvió junto a nosotras, visiblemente alterado, mientras Astrid intentaba con todas sus fuerzas reanimar a Arnau. Parecía enfadada. Yo seguía sin saber qué hacer ni cómo ayudar. Trataba de mantener la calma, inhalando y exhalando con profundidad, para no sufrir un ataque de ansiedad y empeorar así las cosas.

—¿Qué narices ha pasado? Arnau, colega, despierta. ¡Por favor! —suplicaba Santi.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Estaba de rodillas, estupefacto, mirando las maniobras de Astrid y agarrando con fuerza la mano de Arnau. Parecía devastado, abrumado por la tristeza. Me agaché para abrazarlo, tratando de consolarlo.

—Santi —murmuré entre lágrimas—, se va a recuperar, estoy segura... Todo saldrá bien... —Mis palabras sonaban casi como un mantra, aunque ni yo misma las creía. Sentía que me ahogaba y mis manos temblorosas empezaron a sudar.

—Mira, aún lleva la grulla —me indicó Santi entre sollozos—. ¿De dónde ha sacado las llaves para abrir? Ayer las guardé en la caja metálica, me acuerdo bien.

—¿Y cómo no oímos que se marchaba? —inquirí con desesperanza.

—Parece que respira —intervino Astrid con dureza—. ¡Hay que entrarlo ya! No podemos seguir tanto tiempo expuestas.

Me volteé y vi a Biel apoyado en la ventana de la caseta como si se hubiese fundido con las piedras grises de la pared que lo sostenía. Su rostro era un enigma y no pude descifrar su expresión. Una corriente helada recorrió mi espalda al cruzarme con su gélida mirada. Había abierto ligeramente la ventana de la letrina; supuse que para poder escucharnos.

—¿Y tú qué coño miras? —le increpé frenética, acercándome a la ventana. Aquella reacción irracional me desconcertó incluso a mí. Sentí deseos de abofetearlo, de gritarle, de escupirle, de soltar toda mi frustración. Biel arqueó las cejas, aparentemente sorprendido.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó alterado—. ¡Abre la jodida puerta y os echo un cable! Qué cojones... Vino a verme hace un rato y como me tenéis aquí encerrado no pude llevarlo dentro. Os estuve llamando a gritos, suerte de Carmen ¡Joder! ¿Está bien?

—Déjalo Lili, no hay tiempo para esto —sentenció Astrid agarrándome del brazo—. Está jodido —le espetó a Biel—. Muy jodido. Cierra la maldita ventana...

Santi me miraba confuso, parecía no saber qué decir ante aquella disputa. Si era cierto que Biel había gritado, nosotros no lo habíamos oído.

Después de aquello, nos centramos de inmediato en Arnau. Entre los tres lo cargamos en brazos y lo llevamos de vuelta a su habitación. Subir las escaleras con su cuerpo inerte fue toda una hazaña. Llegamos a su cama jadeantes, sin apenas aliento. Le quitamos toda la ropa y la tiramos fuera para después quemarla. Carmen y Astrid cogieron unas toallas y empezaron a lavarlo a conciencia. Yo me encargué de ir calentando el agua y de subirla lo más rápido posible. Arnau parecía estar en estado muy crítico, Astrid le iba controlando el pulso con temor a que sufriera un nuevo paro cardíaco. En los últimos minutos, le había subido la fiebre y emitía unos sonidos guturales de dolor inquietantes. Carmen empezó a vaporizarle agua de hamamelis en las llagas y después las cubrió con arcilla verde. Con destreza, envolvió la zona con un fino plástico de cocina y le colocó unos paños encima para evitar que se le enfriase el cuerpo. Tras vestirlo con un pijama de franela, lo tapamos bien para preservar su calor corporal. Astrid le inyectó un calmante y nos quedamos en silencio a su lado, esperando. Aquello no podía estar pasando, era incomprensible. Arnau era un ser especial que solo quería cuidar de sus pájaros como hacía cada mañana, no se merecía tal sufrimiento. La vida estaba siendo nuevamente injusta y golpeaba con saña a los más indefensos. ¿Por qué salió?, ¿lo llamó Biel? Varias dudas asaltaron mi mente tratando de entender lo que acababa de suceder.

—Se recuperará, ¿verdad? —me atreví a preguntar con angustia.

—No sé, estas horas son cruciales —respondió Astrid abatida.

Después de la descarga de adrenalina que había experimentado, la observé cansada y muy preocupada. Mi mente seguía elucubrando sobre lo sucedido, pero el ambiente era tan solemne que no osé compartir mis sospechas en aquel momento.

Aquella tarde, Arnau empezó a convulsionar y a expulsar un líquido espumoso por la boca. Desconocíamos qué agente tóxico estaba detrás de eso, pero para prevenir que se ahogara, lo acomodamos de lado. Arnau seguía roncando fuerte y aquella espuma desprendía un olor muy desagradable. Olía como a huevo podrido, como si algo dentro de él estuviera en plena putrefacción. Carmen le daba friegas con alcanfor y aceites esenciales en las plantas de los pies e iba recitando unas palabras que no logré entender y que sonaban a un mantra. La dejamos hacer. Pensé que mientras se mantenía ocupada cuidándolo, podía desconectar un poco del dolor terrible que sentía.

Al caer la noche, sufrió otra subida abrupta de fiebre y con ella empezaron de nuevo los temblores y los sonidos guturales de dolor. Arnau parecía estar sufriendo mucho y sentí punzadas en el corazón al escucharlo. Le agarré su mano en un intento de transmitirle algo de alivio. Astrid corrió a administrarle otro calmante que lo ayudase a mitigar su tormento. Solo cabía esperar a que su cuerpo venciera por sí solo al patógeno que lo invadía por dentro; las heridas eran un foco de infección y carecíamos de antibióticos para detenerla. Aquello no pintaba bien, no pintaba nada bien. Carmen seguía esforzándose por curarlo con todo lo que tenía a mano. Aunque por dentro temía lo peor, quería mantener la esperanza. Creía en el conocimiento antiguo de Carmen y en su dedicación total. Pensaba que, uniendo sus fuerzas, esas dos mujeres podrían salvarlo; eso se repetía en mi mente una y otra vez.

La espera fue agónica, Carmen no se movió ni un segundo de su lado. Al verla, tuve claro que Arnau representaba al hijo que nunca tuvo. Se desvivía en cuidados y, tan atea como era, la vi pidiéndole ayuda al cielo con desesperación. Fueron momentos muy duros. Arnau no superó aquella noche y nos dejó con su particular sonrisa en los labios bien entrada la madrugada. Nuestro pajarito dejó de brillar y una oscuridad densa y amarga cubrió nuestros corazones.

Los gritos desgarradores de Carmen llenaron el espacio. Lloramos y velamos el cuerpo de Arnau durante horas. Nuestro niño, el ser más puro de aquella casa, había emprendido el gran vuelo demasiado pronto y estábamos rotos por dentro. Vi a Astrid enfurecida, propinaba patadas a la puerta y maldecía al Gobierno, a Dios, al virus y a todo lo que cruzaba por su mente. La dejamos desahogarse hasta

que, por decisión propia, abandonó la habitación durante unas horas. A su regreso, la observé más serena. Abrazó el cuerpo de Arnau y rompió a llorar sobre su pecho. Carmen se aproximó a ella y la rodeó entre sus brazos con ternura. Permanecieron así durante un largo rato, compartiendo su dolor en silencio. Yo no tuve coraje para tocar el cuerpo sin vida de nuestro amigo, volví a quedarme paralizada en un rincón de la habitación. Me senté en el suelo junto a la esquina de la ventana y observé cómo un pequeño gorrión se posaba en el marco de madera. En el pasado, Arnau me mencionó que los gorriones eran símbolo de alegría e inocencia. Aunque pareciera absurdo, sentí que el espíritu de Arnau estaba con nosotros y que nos enviaba a ese gorrión para recordarnos que fuésemos felices. Esbocé una sonrisa de alivio y ternura al ver a aquel pequeño pájaro revoloteando al otro lado de la ventana. Pensé en que Arnau por fin podía volar libre como las aves que tanto amaba. Santi vino a sentarse a mi vera, con aquel trágico accidente nuestro encuentro quedó relegado a un segundo plano. Me abracé a él con fuerza buscando cobijo.

Por la mañana, Toni nos confrontó con la cruda realidad: debíamos decidir qué hacer con el cuerpo de Arnau. Sugirió que lo envolviéramos con las sábanas usadas de su cama y lo lleváramos a la bodega hasta que pudiéramos salir del confinamiento y darle un entierro digno. Era el lugar más frío de la casa y eso retrasaría la putrefacción del cuerpo. Nadie quería dejarlo allí solo, pero tuvimos que hacerlo por nuestra propia salud. Aquello fue de las cosas más duras e impactantes que me ha tocado vivir. Le pusimos unas ramas de romero y unas bolsitas de lavanda seca en el cuello y en el abdomen antes de comenzar a envolverlo con máximo respeto para bajarlo a la bodega. Carmen encendió un trozo grande de palo santo y lo pasó con delicadeza por encima del cuerpo inerte mientras pronunciaba unas palabras de purificación y bendición. Aquel ritual *post mórtem* me conectó de inmediato con el antiguo Egipto: las sábanas cubriendo su cuerpo, el olor de los aceites que había usado Carmen para intentar sanarlo, las ramas de romero, la lavanda seca, la atmósfera llena del humo de palo santo... Desde bien pequeña, sentía una fuerte atracción hacia la civilización egipcia y durante años había ido documentándome para saciar mi curiosidad. Las fórmulas químicas precisas que los embalsamadores egipcios usaban todavía eran un enigma. Las últimas investigaciones que encontré databan del 2023, cuando descubrieron un alijo de vasijas en un taller de momificación del yacimiento de Saqqara. Por fortuna, las vasijas aún conservaban restos de substancias y tenían textos escritos con instrucciones. Gracias a aquellos maravillosos hallazgos, la comunidad científica pudo desvelar nuevos misterios en torno al embalsamamiento. Identificaron resinas, aceites, ceras y fragancias

que se podían usar como antifúngicos y antibacterianos para preservar los tejidos humanos, reducir olores desagradables, sellar los poros de la piel o reducir la hidratación. Las mezclas, por ejemplo, incluían sustancias como resina de elemí, resina de pistacia, subproductos de enebro o ciprés y cera de abejas, unos insectos muy apreciados por los egipcios. Todos esos aromas se aglutinaban en mis fosas nasales y me conectaban con la esperanza de la vida después de la muerte. Estaba cansada del catolicismo que se imponía en nuestra sociedad actual, en cambio, creía firmemente en la reencarnación del alma y me consolaba imaginando a Arnau volando libre.

El cuerpo de Arnau seguía rígido y frío, Astrid nos explicó que el *rigor mortis* estaba llegando a su grado más elevado. Su tez palideció casi en el mismo instante en el que dejó de respirar, dando paso a un color grisáceo como el del cielo que nos acompañaba. Nunca había tenido un cadáver entre las manos y fue abrumador presenciar la cruda realidad sin edulcorantes.

Tras la muerte prematura de Arnau, me quedé sin palabras y me sumí en un dolor tan profundo, nuevo y antiguo, que me parecía no sentir absolutamente nada. Aquel frío interno se volvió a apoderar de mí. Aquella experiencia me había afectado en lo más hondo y era incapaz de procesarla. Acordarme de Mateo fue inevitable después de la trágica muerte de Arnau.

El pasado me devoraba como una fiera hambrienta y todo aquello era demasiado para digerir.

Capítulo 7

La lluvia ácida había quemado todo lo que tocó, el césped parecía paja y descubrimos varios pájaros, ratoncitos y demás animalillos muertos en el patio. El agua ya no era segura para beber sin tratarla y la tierra estaba altamente contaminada. No se podría cultivar durante años. No quería pensarlo, pero subsistir en aquel lugar y en tantos otros de los alrededores, sería casi imposible en un futuro inmediato.

Ante aquel escenario me invadió una enorme desesperanza. La explosión petroquímica había causado estragos indescriptibles. ¿Cómo se podría resolver tal desastre medioambiental? Nos seguían llegando noticias caóticas del exterior. La ciudad estaba sin agua potable y nuevos virus se propagaban sin control; mientras, las autoridades hacían llamados a mantener la calma. Pensé en aquellos privilegiados con búnkeres privados como los de mi familia, estarían a salvo hasta que agotaran sus provisiones. Mientras tanto, la mayoría de la gente malvivía en condiciones inhumanas en las estaciones de metro o en aparcamientos subterráneos. Habíamos acertado eligiendo huir cuando todo estalló, ahora era prácticamente imposible salir de la urbe. El estado de alarma dejaba la puerta abierta de par en par a multitud de abusos policiales justificados bajo el lema: "Por la seguridad de todos".

—Las noticias que llegan desde Radio Nacional son alarmantes —informó Astrid durante la asamblea—. La ciudad de Barcelona y sus alrededores están sumidos en el caos. Los militares han cerrado los accesos para garantizar el toque de queda. Arrestan a cualquiera que encuentren por la calle y desafíe el estado de alarma impuesto.

—¿No has logrado sintonizar alguna otra cadena? —preguntó Toni con cierta esperanza.

—Diría que han cerrado los medios de comunicación independientes. ¡Malnacidos! —Astrid estaba acelerándose por momentos.

—Los telegramas que hemos recibido de los compas de Barna confirman lo que estás diciendo... ¡La situación es catastrófica! —añadió Santi con preocupación.

—¿Pero qué narices pretenden hacinando así a la gente? No consigo entenderlo —reflexioné en voz alta desde el sofá.

—Jodernos, Lili, jodernos —respondió Carmen enojada—. Campreciós puede dejar de ser un lugar seguro en las próximas semanas. Cuando levanten el toque de queda, mucha gente querrá

huir de las ciudades a toda costa. Yo si fuera ellos, también lo haría... No tardarán en llegar los asaltos y los saqueos...

—Bueno, no nos adelantemos —intentó calmar Toni—. Si es necesario, nos organizaremos con los compas de La Resistencia y buscaremos una forma de salir de aquí.

—¿Hacia Francia? —inquirí con curiosidad.

—Si tenemos que huir, no veo otra opción que Francia o Andorra. Allí tenemos contactos importantes que nos pueden ayudar —me informó Toni.

—Esperemos no llegar a un exilio forzado —matizó Carmen agotada—. ¡Menudos cabronazos estos del JD y todos sus secuaces! Al menos en Francia o en Andorra no gobiernan los fascistas...

—¡Callad, callad! —pidió Astrid agitada—. Van a emitir un comunicado especial.

Astrid se apresuró a desconectar los cascos de la radio y subió el volumen al máximo para que pudiésemos escuchar las novedades anunciadas por el Estado. Nos levantamos y nos reunimos en torno a la radio, ansiosos por conocer las novedades anunciadas.

Queridos compatriotas, les habla el presidente:

Estamos pasando por momentos excepcionales. Lamento informarles que, en la última semana, han sucedido explosiones simultáneas en diferentes plantas petroquímicas del territorio español, provocando daños de grandes magnitudes. Ciudades como Barcelona, Madrid, Valencia y Huelva se encuentran confinadas y mantienen el Protocolo 13 hasta nueva orden.

Demuestren coraje y valentía, ni por un instante duden de que juntos superaremos las adversidades con la ayuda de Dios Nuestro Señor. El JD no les abandona, nunca les abandonaremos.

Una vez más, el ejército trabaja sin descanso para restablecer el orden en dichas ciudades y vela por la seguridad de todos los españoles.

En las próximas horas, los hombres sanos de entre 18 y 25 años serán llamados a filas para incrementar la seguridad del país. Será una oportunidad única de demostrar el amor a España. Todo aquel que no se presente será duramente castigado por deshonra a su Patria.

Ahora es el momento de ser solidarios y valientes. Un español nunca agacha la cabeza, un español lucha con fuerza y con honor por los suyos.

A partir del día de hoy, quedan clausurados los medios de comunicación independientes con el fin de evitar fake news *que entorpezcan gravemente nuestro trabajo. Radio Nacional y Televisión Española son y serán los únicos canales de comunicación legales y fiables. El acceso a Internet también se verá restringido hasta nuevo aviso, queda totalmente prohibido el uso de las VPN. El Estado velará por el cumplimiento íntegro de estas medidas e impondrá las sanciones oportunas*

contra quien ose transgredir la ley.

Los servicios de inteligencia sospechan de un ataque exterior directo a nuestra Patria y no descansaremos hasta esclarecer los hechos acontecidos e impartir justicia. Los culpables pagarán por esto, no tengan duda de ello. Como presidente de esta gran nación me comprometo personalmente a cumplir esta misión. Daremos con los terroristas y serán duramente castigados.

Ahora es momento de unirse, de luchar juntos, de tener fe y de rezar por el bien de nuestro país.

Salud, Patria y Honor.

¡Viva España!

—Vaya mierda de discurso —sentenció Carmen alejándose un poco de la mesa—. Putos fachas...

—Y que lo digas —la apoyó Astrid enojada—. Me entran arcadas cada vez que oigo a este imbécil. Va a rezar Rita la Cantaora, ¡vamos! Para rezar estamos... Será sinvergüenza...

—¿Habéis oído lo de las explosiones simultáneas en diferentes plantas petroquímicas? —pregunté alarmada, jugueteando nerviosa con mi trenza.

—Justo eso iba a decir —respondió Santi frunciendo el ceño—. Hablan de terrorismo, el JD siempre lo magnifica todo a su favor, pero esto no se debe a accidentes fortuitos. ¿Quién anda detrás de toda esta movida?

—La asamblea de invierno es urgente, hay que organizarse. ¿Continúan activos los topos de la Nacional? —preguntó Astrid dirigiéndose a Santi.

—Sí, hubo bajas, pero aún mantenemos un par de contactos importantes dentro del cuerpo de policía. El puente es Chema, de Can Garriga, el de las melenas de Radio Perdida, ¿sabes?

—¡Ah, sí! Ya sé quién dices. Pero hasta ahora no hemos tenido noticias de él, ¿verdad? —indagó Astrid pensativa.

—De momento no. Les envié un telegrama al comando Girona después de la llegada de Biel, pero aún no han dado señales de vida. A veces tardan un poco en responder...

—No es fácil mantener las comunicaciones. Entre el puto CMEX-26 y la persecución incansable de la poli, muchos grupos se han disuelto —añadió Carmen, regresando al grupo con un mapa de Cataluña en mano—. Mirad aquí, os mostraré las ubicaciones clave de La Resistencia

Carmen extendió un mapa de Cataluña sobre la mesa de la sala mientras nos congregábamos todos a su alrededor.

—Quedamos pocos comandos activos en territorio catalán: nosotros cubriendo Barna con la gente de Can Paskual. Las de Can

Garriga de Caldes de Malavella con las del Mas Rocacorba de la Garrotxa que cubren la zona de Girona —Carmen iba marcando en el mapa con un rotulador rojo las casas mientras la escuchábamos con atención—. Después en Lleida están las de Can Figuera cerca de Manresa con la gente de Lo Tort de Balaguer y, por último, la zona de Tarragona la cubren las compis del Mas Fullola por el Perelló y las de Can Dalmau cerca de Prades.

Era la primera vez que tenía una idea real a grandes rasgos de cómo estaba la situación de la llamada “Resistencia” a la que hacían referencia. Pregunté un poco más sobre la organización que tenían y me estuvieron contando por encima el funcionamiento base. Aquellos comandos eran los centrales, los puntos de encuentro principales de una red de personas más extensa. De ellos salían pequeñas cédulas de gente que también colaboraba con la causa de maneras muy diversas. Por ejemplo, tenían personas infiltradas en organismos públicos como en juzgados, hacienda o incluso el cuerpo de Policía Nacional. Cuando el JD suprimió a los Mossos d’Esquadra por traición, perdieron efectivos importantes de información que colaboraban con La Resistencia. Había diferentes redes de pequeños comercios repartidas por todo el territorio que ofrecían trueques de víveres para intentar autoabastecerse lo máximo posible y salir del sistema económico del Estado. También me hablaron de familias que acogían a criaturas huérfanas de compañeros desaparecidos, enfermos o muertos para evitar que fuesen llevados a orfanatos crueles regentados por órdenes religiosas de dudosa reputación. O incluso nombraron una red de sanitarios que asistían a manifestantes heridos, practicaban abortos clandestinos, conseguían recetas médicas, etc. Astrid estaba con ellos, ya lo sabía, en el pasado tuve que pedirles ayuda urgente y no dudaron en echarme un cable.

No negaré que una parte de mí respiró esperanza al conocer toda aquella información y sentí una profunda admiración por mis compañeros. Ya no los podía mirar de la misma manera, se entregaban, se arriesgaban día a día por un bien colectivo. Sabía que estaba en el bando de los buenos, pero sentía un miedo atroz al implicarme en toda aquella lucha clandestina. El miedo me paralizaba y no dejaba de pensar en que estábamos en el mundo real y aquello no era un videojuego en el que pudiese ganar una vida nueva si las cosas se torcían en mi contra. Mis deseos de huir hacia la Cerdaña en busca de paz y seguridad aún seguían candentes.

Habían transcurrido varios días desde la explosión en Martorell y los gases parecían comenzar a disiparse en la atmósfera. Aunque la luz del día ganaba fuerza, seguía habiendo incertidumbre sobre el nivel de contaminación con el que lidiábamos a diario. Salir sin nuestras mascarillas ya no era una opción. Desde que nos enteramos de lo

sucedido en la petroquímica y fuimos testigos de la trágica muerte de Arnau, las empezamos a usar en espacios exteriores.

El inquietante zumbido del dron continuaba acosándonos. Sobrevolaba nuestra zona cuatro veces al día. No podíamos despistarnos en el exterior, era de vital importancia mantenerse atentos para escondernos en casa cada vez que lo oíamos venir. El sonido de sus hélices se me ha quedado grabado en la cabeza. A día de hoy, todavía me atormenta en mis pesadillas.

Por otro lado, aún teníamos sin resolver el tema de Biel. Con el fallecimiento inesperado de Arnau pasó dos noches en cautiverio. Cuando nos veía pasar nos insistía en que lo dejásemos salir, pero ninguno de nosotros le prestó demasiada atención. Estuvimos demasiado abrumados con lo de Arnau y nos desconectamos del mundo exterior durante un tiempo. Biel se mantenía expectante en el marco de la ventana, observando nuestros movimientos y pidiendo salir.

—¿Qué hacemos con ese? —exclamó Carmen visiblemente enfadada durante la comida.

Nos miramos en silencio sin saber qué decir. Prefería tenerlo encerrado a dejarlo vagar por la casa. Su presencia me incomodaba y su llegada era todo un misterio sin resolver. Desde la muerte de Mateo que no sabía nada de él y en los últimos tiempos antes de aquello estuvo muy extraño con nosotros dos. Al principio pensé que serían celos de Mateo por trabajar con su padre en la farmacéutica Castro, pero no lo acabé de entender.

—Yo no me fío de él... —respondí con nerviosismo.

—Ya, a mí tampoco me gusta, pero no podemos encerrarlo como a un prisionero *in aeternum*. Habrá que oír lo que tiene que contar —intervino Santi.

—¿Y qué te hace pensar que no es un farsante? Acordaros de los pocos escrúpulos que tuvo al venderse a Taler, sabiendo de sobras la reputación de la farmacéutica —Carmen también desconfiaba, era evidente—. Por no hablar de su padre que se codea con lo peor de la alta sociedad. Dudo que haya partido peras con él...

—Ya, ya. Si todo eso lo sé y lo comparto —siguió Santi—. Lo único que quiero decir es que quizás tendríamos que darle la oportunidad de explicarse, de saber qué narices hace en la vida y después decidir qué hacemos.

—Santi —intervino Astrid—, ¿cuánto hace que no tienes noticias de él? Hace meses que le perdimos la pista, podría ser un infiltrado, no hay que descartar esa posibilidad. ¿Toni, tú qué dices?

—Y no la descarto —insistió Santi antes de dejar hablar a Toni—. Repito, solo digo que le demos la oportunidad de explicarse.

—Pongamos que es un infiltrado —continuó Toni—, ¿qué

conseguimos con echarlo de Campre? Nada, que nos delate. ¿No sería mejor tenerlo controlado? —Toni siempre aportaba serenidad y cordura a nuestras dudas—. Yo estoy con Santi, creo que lo mejor es dejarlo hablar y después ver qué hacemos.

—*Okey*, pues hagamos eso —respondió Astrid—. Dejémosle hablar.

—Le he estado dando vueltas a la muerte de Arnau... —Era el momento de compartir mis dudas sobre Biel—. Algo me suena mal. Biel dijo que nos estuvo llamando durante un rato, ¿Tú saliste a por Arnau gracias a la llamada de auxilio de Biel? —le pregunté directamente a Carmen.

—No, yo bajé por las escaleras y vi la cinta de la puerta en el suelo. Salí corriendo al patio temiendo que Arnau hubiera salido. Cuando estaba fuera escuché a Biel pedir auxilio —relató Carmen pensativa.

—Algo así me imaginaba. Él dice que nos estuvo llamando a gritos, pero me parece imposible que ninguno lo oyéramos, ¿no creéis? —pregunté atenta a la reacción de los demás.

—A ver, yo estaba con resaca, no es la primera vez que no oigo ni el despertador al lado de mi oído sonando a todo trapo —confesó Astrid—. No sé qué decir, en mi caso no es raro que no lo oyera...

—Puede que solo le diera tiempo a gritar un par de veces y ya coincidiera con la aparición de Carmen, ¿no? —sugirió Santi dubitativo.

—¿Qué sugieres exactamente? —me preguntó Toni.

—No lo sé, pero no me gusta —repliqué con evasivas.

—A mí me preguntó ayer por Arnau —apuntó Carmen—. Tuvo que hacer el papel de su vida si estaba mintiendo, porque parecía francamente afectado. Biel me da mala espina, ya lo sabéis, pero no veo por qué querría que Arnau muriera, eran amigos. ¿Qué ganaría con su muerte?

—Bueno, no sé —me apresuré a decir—. Solo quería compartir esto con vosotros porque me quedé preocupada. Quizás tengáis razón y son paranoias mías.

Quise cerrar el tema cuanto antes, empezaba a sentirme acorralada. No tenía pruebas que demostrasen la magnitud de aquellas acusaciones y hablar de Arnau y de su muerte aún me perturbaba demasiado. Era un tema sensible para todos y quizás me precipité compartiendo mis elucubraciones.

Después de algunas deliberaciones más, decidimos dejarlo salir y escuchar lo que tenía que decirnos. Acordamos no enseñarle la caseta dos en ninguna circunstancia y no hablar por el momento de nuestro inminente viaje a Can Figuera.

Capítulo 8

En el pasado, tuve una relación cercana con Biel durante nuestros años en la facultad de ingeniería informática. Al principio, fue un estudiante mediocre, pero con la muerte de su madrastra dio un giro radical y empezó a destacar por sus buenas notas. Solía encontrármelo en la biblioteca y en La Bodegueta con Mateo y Arnau, el trío inseparable. Era un tipo espigado y de andares altivos. De pocas palabras, pero con un carisma natural.

El final fatídico de su madrastra fue portada en las noticias de sucesos y no tuvo cómo evitar su exposición pública. Las extrañas circunstancias que rodearon aquella muerte planearon sobre su cabeza durante semanas. Algo no cuadraba, aunque la policía no halló pruebas incriminatorias de delito y dio por cerrado el caso con la hipótesis del suicidio. Algo me decía que Luís Castro tenía algo que ver con su muerte, estar casado con una persona como Elena quizás empezaba a ser un lastre para su imperio o tal vez, ella descubriera algo. Fuera como fuese, lo del suicidio no me parecía creíble.

Desde aquel episodio traumático fuimos testigos de la transformación de Biel. Se volvió más retraído y enigmático, alejándose progresivamente de las demás personas. Biel siempre aspiró a grandes cosas, aunque no tuvo reparos en desafiar a su padre al involucrarse en movimientos sociales. Sospecho que deseaba ganarse el respeto de su progenitor y anhelaba su atención. Trabajó en la empresa paterna por un tiempo, pero luego optó por distanciarse y emprender sus propios proyectos. Finalmente, ideó un sistema de purificación de aire y, después de mucho insistir y de llamar a la puerta de varios contactos de papá, consiguió un puesto en Taler, otra farmacéutica de renombre internacional. El año pasado pidió un traslado a Bilbao y nadie más supo de él.

No sentía envidia alguna hacia Biel. Para mí, lo primordial era asegurar la estabilidad laboral y económica. La investigación no me atraía en lo más mínimo. Imaginaba largas horas de esfuerzo, buscando patrocinadores, tratando de impresionar a todos... Solo de pensar en ello me agotaba mentalmente.

En mi caso, durante el último año de carrera conseguí un empleo en el Departamento de Salud. Empecé en el servicio de atención al usuario y, a medida que pasaba el tiempo, fui cubriendo diversas bajas laborales hasta asegurarme una vacante en la administración del Hospital Comarcal de Martorell. Me dedicaba a volcar datos médicos

en la base de datos y a registrar las defunciones. Si bien podía resultar monótono, cumplía con el propósito que buscaba: mantener mi economía estable y disfrutar de un horario intensivo para compartir más tiempo con Mateo.

Volviendo a Biel, sabíamos que su padre era un pez gordo, tenía un puesto más que respetado en las altas esferas empresariales y políticas. La farmacéutica Castro gozaba de un amplio reconocimiento nacional e internacional, sobre todo después de su colaboración en la investigación de los microchips contra el CMEX-26. Mateo me contó que Luis Castro era un hombre rígido y frío. Educó a Biel, su único hijo, con mano dura y poco cariño. Elena, su madrastra, lo crio con amor desde temprana edad, pero no pudo protegerlo de los abusos paternos y, con los años, Biel fue generando una gran aversión hacia ella. Diría que la culpaba por ello y nunca fue capaz de perdonarla. En algunas noches de borrachera, Biel le confesó a Mateo acciones imperdonables de su padre bajo la mirada sumisa de Elena, según él, quería hacerlo fuerte para convertirlo en un digno heredero de su imperio.

Después de unas cuantas deliberaciones más, dimos por concluida la asamblea sobre Biel y nos dirigimos al patio para ver cómo salía de su cuarentena. Aquel día el frío apretaba, había más claridad diurna, pero el sol continuaba sin mostrarse y el ambiente gélido persistía. Biel nos observaba con cautela, sin proferir palabra alguna. Santi procedió a revisarlo en busca de micrófonos u otras posibles amenazas, asegurándose de que no llevaba ningún objeto sospechoso. Estaba limpio.

—Puedes quedarte unos días, ocupa la habitación de Arnau, toma estas sábanas —Santi parecía reticente a usar la habitación, y nosotras tampoco queríamos. La idea de descansar en la cama de un difunto me ponía los pelos de punta.

—Gracias. Siento lo de Arnau —fue lo máximo que pudo expresar. A pesar de tantos años compartidos, su mensaje se redujo a esas cuatro palabras sin sabor.

Después de aquella penosa intervención, se hizo un silencio muy incómodo y él se dispuso a seguir a Santi hacia su nueva habitación.

—Espera un momento —Carmen parecía irritada—, antes de que te acomodes, necesitamos saber qué te ha traído a Campre. Hace tiempo que ya no formas parte de nuestro círculo y tu llegada nos desconcierta. —Carmen estaba elevando su tono y Toni intervino sujetándola del brazo para contenerla.

—¿Os habéis enterado del choque de trenes de Girona? —Biel nos miraba con firmeza, lanzando una pregunta que nos tomó totalmente por sorpresa.

—No. Sigue —Santi parecía impaciente y yo sentí un nudo de

ansiedad crecer en mi interior. Demasiadas desgracias convergiendo. Esto sonaba mal, muy mal.

—Los apagones en el Baix Llobregat y en Barcelona empezaron con la explosión de la petroquímica en Martorell, pero dos días más tarde hubo un choque de trenes a la altura de Caldes de Malavella, otro desastre medioambiental en mayúsculas.

—¿Cómo sucedió eso? No han dicho nada en el comunicado oficial —intervino Astrid descolocada.

—¿En Caldes? —insistió Santi visiblemente inquieto, conocía bien esa cara, estaba preocupado.

—Sí, sí, en Caldes de Malavella. Un media distancia lleno de pasajeros ha impactado contra un tren de mercancías peligrosas, muy inflamables y tóxicas al ser inhaladas. Vimos una gran columna de fuego desde kilómetros a la redonda. —Lo observé ansioso por desvelarnos lo ocurrido—. La población de la zona está confinada desde entonces, no pudieron evacuarlos dado que el incendio empezó de inmediato.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Carmen con desconfianza.

—A través de algunos contactos de mi padre con los que aún mantengo relación. Ha habido detenciones. Es evidente que el Gobierno está detrás de esto. Mis contactos hablan de un desastre medioambiental sin precedentes.

—¿Cuándo dices que pasó esto? —interrumpió Astrid visiblemente afectada.

—La tarde antes de mi llegada, hace dos días. Las provincias de Girona y Barcelona están afectadas con el Protocolo 13. Estaba planificado, os lo aseguro. Al Gobierno le interesa este estado de alarma.

—¿Cómo que está planificado? —Me estaba alterando mucho y Biel seguía inquietándome, me resistía a creer aquella historia—. ¿Un complot de quién?, ¿para qué?

—Me infiltré en Taler para recabar información. No sé por qué os explico esto —dijo en un intento de dejar de hablar.

—Sigue —Carmen lo miraba con una hostilidad evidente.

—¿Creéis que iba a ser tan tonto como para aceptar trabajar para Taler?, ¿de verdad? —preguntaba con cierto desespero—. Lo hice para conseguir información comprometida, hace tiempo que voy detrás de destapar el Proyecto *Boomerang*.

—Lo que cuentas no suena muy creíble, ¿no te das cuenta? —Astrid tampoco parecía creerse aquella patraña de topo obligado.

—Es la primera vez que oímos hablar de tal proyecto —apuntó Toni.

—Puedo demostrarlo —respondió Biel con semblante serio—. Tengo información confidencial.

—¿De qué hablas? No te andes con rodeos, ¿dónde la tienes? —Carmen seguía apretando y Toni la seguía conteniendo.

—Está todo aquí —dijo señalando su cabeza—. No pude llevarme documentos físicos, pero le envié un USB encriptado a un contacto en la Seu d'Urgell.

—Vamos, Biel —Astrid rio—, las series de Netflix te han afectado el cerebro. Tienes información, pero no la tienes; está en tu cabeza. Claro, claro. —Seguía riendo nerviosa y se disponía a irse cuando Biel soltó la noticia del próximo ataque.

—Escuchadme bien, hay otro atentado planeado en la provincia de Tarragona. ¡No es una broma! Tenéis que creerme —Biel empezaba perder la compostura, levantando la voz y moviéndose de un lado a otro—. No es accidental, ¡os lo juro! Hay muchos intereses políticos y económicos detrás de generar este estado de emergencia máxima. Taler ha estado preparando desde el verano fármacos para contrarrestar estos neurotóxicos que flotan en el aire y el Gobierno está involucrado. Además, han desarrollado nuevos fertilizantes y químicos para potabilizar el agua. Monopolizar las petroquímicas y las farmacéuticas es una jugada maestra. Eso es el Proyecto *Boomerang.*

—Entonces, según tú, ¿han contaminado el agua, el aire y la tierra intencionadamente para vender sus futuros productos? —dijo Santi, tratando de asimilar la gravedad de la acusación.

—Por supuesto —respondió Biel con convicción. El estado de emergencia máxima les brinda la oportunidad de instaurar una dictadura sin restricciones. Necesitamos ese USB, contiene información crucial sobre el Proyecto *Boomerang*. Debemos filtrarlo a la prensa internacional, no veo otra opción. —Vi como movía la cabeza de un lado a otro, luchando por controlar sus emociones.

—¿Y qué pintamos nosotros en todo esto? Vamos, di —intervine, sintiendo como mis nervios se desmoronaban. Las revelaciones de Biel me estaban abrumando y deseaba que dejara de hablar de una vez y se marchase. No quería saber nada más sobre aquella supuesta conspiración, ni sobre el Proyecto *Boomerang,* ni mucho menos sobre él.

—Vine a Barcelona la semana pasada para reunirme con una periodista internacional de renombre, un contacto crucial. Acordamos encontrarnos de nuevo en la Seu en dos semanas para entregarle la información, pero pasó lo de Martorell antes de lo previsto. —Biel parecía preocupado y no dejaba de rascarse la cabeza—. Joder, confío en que se presente igualmente a nuestro encuentro. Luego sucedió lo de Girona y salí corriendo de la ciudad, temiendo ser descubierto. No pude regresar a Bilbao y es solo cuestión de tiempo que alguien de allí sospeche. Tampoco podía quedarme atrapado en la urbe, tengo que llegar a la Seu. —Dirigió su mirada hacia Santi y endulzó su tono de

voz—. No sabía a quién acudir y me acordé de Campre y de la peña. Sabía que Arnau andaba por aquí, aunque no esperaba encontrarlo tan tocado —expresó apesadumbrado.

Nos quedamos estupefactos. Si era verdad lo que contaba, nos enfrentábamos a algo muy gordo, de unas magnitudes que me sobrepasaban completamente. David contra Goliat. ¿Qué pretendía?, ¿qué nosotros cinco le ayudásemos a salvar el mundo desde una casa rural? ¿En serio? La idea me parecía completamente descabellada. Mis preocupaciones fueron en aumento al ver que el resto empezaba a creerlo y a implicarse en el asunto del USB. No daba crédito a lo que oía. ¿De verdad pretendían hacer algo? Aquello era suicidio y a pesar de mi depresión, no quería morir.

De repente, la luz del patio se encendió, aquella fue la primera noticia esperanzadora en muchas horas. La red eléctrica y telefónica de la zona parecían haber sido restablecidas.

Carmen y Toni acompañaron a Biel a su nueva habitación. Lo estuvieron entreteniendo, mostrándole mapas de la zona mientras discutían sobre las diversas opciones de transporte para el viaje a la Seu.

Nosotros tres corrimos a la caseta dos para intentar contrastar la información que nos había dado Biel. Astrid encendió la radio de su padre, Radio Nacional empezaba a hablar de un accidente ferroviario en las cercanías de Girona, pero no comentaban nada de los gases neurotóxicos liberados en el ambiente.

—Están dando información muy escasa sobre lo que ha sucedido. Intentaré sintonizar otras frecuencias, aunque dudo que permitan a alguien más retransmitir por radio, lo seguiré intentando —dijo Astrid con frustración.

—¡Maldita sea! El comando de Caldes no ha dado señales de vida —expresó Santi con ansiedad.

Él y yo nos pusimos manos a la obra con el portátil. Los años en ingeniería informática no habían sido en vano, seguía controlando bastante bien aquellos aparatos. A veces, me resultaba más fácil descifrar dispositivos electrónicos que entender a ciertas personas.

—Lili, ¿puedes intentar hackear la base de datos de Taler? Parece que hay línea telefónica y el módem funciona. ¿Es una locura? —me preguntó Santi acercándose a mi silla.

—Buf, estoy bastante oxidada, lo que me pides no es fácil, son horas, quizás días. Primero tendría que ocultar la IP para que no nos rastreen y trabajar a través de una VPN debido a las restricciones en la red —le expliqué con sinceridad—. El riesgo es alto. Si algo sale mal, nos descubrirán. Este tipo de empresas tiene antifaces de última generación.

—Inténtalo, por favor. Si tienen planeado un ataque en Tarragona,

necesitamos saber dónde y cuándo para alertar a los comandos locales—. Santi sostenía mi mano con firmeza mientras hablaba muy cerca de mí. No pude evitar sentir de nuevo aquel cosquilleo en el estómago, con los acontecimientos demoledores de las últimas horas no habíamos podido hablar sobre nuestro encuentro y yo me moría de ganas de volver a liarme con él. El sexo me conectaba con la vida. Me sorprendí besándole, no lo tenía previsto, algo dentro de mí fue más fuerte que mi cabeza. Santi me sonrió y se aproximó a mi oído.

—Te tengo ganas, Li, muchas ganas... —me susurró metiendo la mano por debajo de mis bragas—. ¿Nos buscamos en el silencio de la noche? Dejaré mi puerta abierta. —Su aliento cálido en mi oreja, su lengua recorriendo mi cuello y aquella mano acariciándome con deseo me excitó al momento. Tuve que apartarlo con cariño y respirar hondo para volver a centrarme en lo del hackeo de Taler mientras sentía la humedad imparable entre mis piernas. Volví a respirar hondo y me puse a teclear. Santi me ponía a mil y aquel morbo me encantaba. Astrid estaba a apenas cinco metros de nosotros y de momento no quería hacer público nada de aquello.

Santi se dio media vuelta sonriendo y se puso de inmediato con el telégrafo. La falta de noticias del comando en Caldes era inquietante. Les envió un nuevo telegrama esperando recibir buenas noticias. Luego se entretuvo con la radio de la caseta, se resistía a darla por perdida. Durante aquellos días ya había intentado revivirla sin éxito, así que no albergaba demasiadas esperanzas en que lo consiguiera. Se pasó un buen rato haciendo pruebas hasta que logró hacerla funcionar por primera vez, aunque con una calidad de sonido muy precaria. Estaba emocionado con su logro, era un verdadero manitas y disfrutaba de aquellos desafíos mundanos.

Las escuchas con la radio de la caseta no aportaron mucha información nueva. Las comunicaciones internas de la Policía Nacional confirmaban el choque de trenes y elevaban el número de víctimas mortales a más de mil. El Protocolo 13 seguía en vigor, y aunque las líneas telefónicas y eléctricas estaban siendo restablecidas en la provincia de Barcelona, eran propensas a caídas frecuentes. Mis intentos como *hacker* aficionada se veían constantemente interrumpidos por esos cortes. En medio de todo esto, no podía evitar preguntarme por qué había aceptado involucrarme en todo este asunto.

Para intentar calmar mi ansiedad, aproveché unos minutos de estabilidad en la red para enviarle un correo electrónico a mi hermano, necesitaba saber de ellos. Por algún motivo que desconocía, sus teléfonos seguían sin línea. Al abrir mi cuenta, vi que ellos me habían adelantado: me informaban que estaban bien, que en la Cerdaña habían reducido las restricciones y que habían regresado a

casa hasta nuevo aviso. Leer esas palabras fue un alivio, así que les respondí que yo también estaba bien y que llegaría un poco más tarde de lo planeado. Les mencioné que estaba viajando con unos amigos y que nos estábamos apoyando mutuamente. Decidí no darles más detalles para no preocuparlos y por temor a que mi correo fuera leído por agentes de control del Estado.

Astrid me sacó de mis pensamientos cuando se acercó para informarnos de que en la Radio Nacional anunciaban que la nube tóxica ya no suponía un peligro de salud pública. Aquello era sospechoso; si el Estado quería enfermar a la población para vender su fármaco, probablemente mentían acerca de la nube.

—Mirad un telegrama de Girona —la interrumpió Santi con emoción.

Varias rosas marchitas en el camino,
el campo suspira, triste y sombrío.
El rocío, lágrimas que se derraman,
febrero trae esperanza si el viento aclama.

Nos quedamos petrificados, había bajas y no parecían ser pocas. Los compas de Girona no estaban bien y no sabíamos si lograrían llegar a la asamblea.

Capítulo 9

Mientras intentaba acceder a la base de datos de Taler, empecé a pensar de nuevo en Biel. No sabíamos para quién trabajaba y él tampoco había hecho referencia a nada ¿Se había infiltrado por su cuenta? Era poco probable. ¿Quién había detrás de este supuesto operativo? Su padre era un tipo influyente, ¿Castro estaba detrás de todo aquello? Aquella hipótesis tampoco me encajaba. Tenía muchas preguntas y ninguna respuesta clara.

Santi aparecía cada cierto tiempo para ver cómo estaba y para interesarse por mis avances. Aquel día su presencia no dejaba de ruborizarme, prefería no verlo hasta acabar con el hackeo de Taler, necesitaba centrarme. Casi ni hablaba, le dejaba ir unos cuantos monosílabos automáticos hasta que se iba nuevamente de la caseta. No podía despistarme en aquellos momentos tan cruciales. El mundo se iba a la mierda y yo pensando en gilipolleces banales.

Tras varios intentos fallidos de hackeo, me vi obligada a pedirle a Biel las credenciales de la empresa para intentar acceder con ellas. Subí a su nueva habitación, pero antes de entrar, me detuve unos momentos observándolo desde la puerta entreabierta. Me sorprendí de mi propio descaro mientras lo espiaba. ¿Qué estaba haciendo? Parecía buscar algo con desespero entre las cosas de Arnau. Movió algunos libros de un estante cercano a la cama y vi cómo daba con un aparato que parecía ser un teléfono móvil bastante antiguo. Rebuscó en el bolsillo de su pantalón y sacó un papel pequeño, lo miró y tecleó algo en el dispositivo. Tuve que esconderme rápido en mi habitación al advertir cómo se percataba de que la puerta no estaba bien cerrada. El corazón me bombeaba con fuerza. Me apoyé de pie detrás de mi puerta, conteniendo el aliento. Me pareció sentir cómo él respiraba desconfiado al otro lado. Esperé varios minutos antes de salir de mi habitación, la ansiedad me dominaba. Respiré profundo y volví de nuevo a su puerta fingiendo ser la primera vez que estaba allí.

—¿Biel? —Cogí el pomo de la puerta y lo abrí poco a poco—. ¿Biel?

—Dime. —Me dio tiempo a ver un movimiento rápido de su mano saliendo de la almohada—. No te esperaba, me estaba instalando. —Lo noté incómodo con mi llegada.

—Estoy intentando acceder a los datos de Taler, ando un poco oxidada, necesito probar con tus credenciales.

—Pero yo no tengo acceso a los informes restringidos, de poca cosa

te van a servir. El Proyecto *Boomerang* es confidencial —se excusó.

—Imagino, pero tengo que probar de entrar en su red y hackearla desde dentro, tendré solo unos minutos antes de que descubran el ataque. Con suerte conseguiré algo. No tenemos ni idea de dónde y cuándo tendrá lugar el atentado de Tarragona. ¿No querías ayuda? —le respondí con un toque de ironía.

—Puedo intentarlo yo mismo, conozco de primera mano su sistema operativo. —Me miraba con una sonrisa amable y directa.

—No, prefiero trabajar sola. Apunta las credenciales aquí. —No permitiría que entrara en la caseta dos. Su aparente buena voluntad no hizo más que incrementar mi desconfianza.

—¿Todo en orden? —pregunté, mirando a mi alrededor—. ¿Necesitas ayuda con esos libros? —señalé a los libros que había dejado sobre la cama.

—Ah, ¿eso? Se me cayeron por accidente al hacerme la cama, siento el desorden. Iba a descansar un poco, deberíamos partir hacia la Seu mañana noche, a más tardar. Si me dejases ayudarte, acabaríamos antes —dijo paciente.

—No hace falta, con esta información no creo que tarde demasiado en poder hackearlos. —Me di la vuelta hacia la puerta y la cerré tras de mí sin mirar atrás. Sabía que Biel me había mentido deliberadamente sobre los libros, ocultaba algo.

—*LilBit* de nuevo al ataque, ¿eh? —oí que me decía desde lejos.

Con sus credenciales y unos cuantos dolores de cabeza más, logré acceder a las entrañas de Taler. Biel estaba en lo cierto, el Proyecto *Boomerang* era real, pero la información que contenía estaba clasificada. Habían censurado parte los documentos que abrí. Fui directa a abrir el archivo *Tarraco*.

—¡Venid, rápido! —exclamé.

—¿Qué tienes? —Astrid estaba impaciente.

—Veréis, Biel dice la verdad respecto a la existencia del Proyecto *Boomerang*, he entrado en Taler y existe tal proyecto. Solo he podido hacer dos pantallazos antes de que me denegaran el acceso. He salido rápido por miedo a que nos rastrearan, tienen un sistema operativo muy potente y están blindados. Por no hablar de que el Estado ha prohibido el uso de las VPN...

—¿Y? ¿Qué has averiguado? Eres una máquina, *LilBit* ha vuelto al ruedo. ¡Lo has conseguido! —Santi estaba orgulloso, podía sentirlo.

Mi época de hacker aficionada había sido de utilidad para algunas de las acciones que llevamos a cabo, pero abandoné ese alter ego hacía ya mucho.

—Mirad —les dije, mostrándoles la pantalla del ordenador—, hablan de la nuclear de Ascó, es muy preocupante. La magnitud de esto es muy gorda.

—Pero, ¿cuándo?, no veo cuándo —Astrid estaba pegada a la pantalla revisando los pocos datos que teníamos de aquellos dos documentos clasificados.

—Espera, vamos a leer bien lo que tenemos —dije, intentando mantener la calma—. Esto de aquí parecen códigos de algo...

—El único que podría ayudarnos a descifrarlos es Biel —apuntó Santi levantando una ceja.

—¡Buf! —resoplé ansiosa—, ¿lo dejaremos entrar aquí? Hay un montón de mierda comprometedora aquí dentro... Es que aún no entiendo qué hacéis con todo eso —insistí.

—Bajaremos esas cajas a la bodega —Santi señalaba los cuadernos de las escuchas—. Y las revistas las taparemos con unas lonas junto al telégrafo.

—Podríamos ir quemando los cuadernos por las noches en la estufa, ¿no? —Yo seguía muy preocupada por aquello.

—¡Ostras, Li! Ya hablaremos de esto en otro momento, me estoy poniendo nervioso —me espetó Santi agitando sus brazos.

—Vale, perdona, es que este tema me tiene preocupada... —me justifiqué mirándolo a los ojos. Me quedé bastante parada con su reacción, aunque en aquellos momentos todos estábamos bastante desquiciados.

Nos pusimos a tapar las revistas y Astrid y Santi bajaron los cuadernos a la bodega, mientras yo seguía indagando un poco más en los documentos.

—¡Hostias! —grité.

—¿Qué pasa? —preguntó Astrid entrando de nuevo a la caseta con Santi.

—Mira quién sale por aquí, esto no es casualidad —proferí, señalando la pantalla

—El doctor Heiner... —leyó Astrid con asombro.

—¿Quién es ese? —intervino Santi acercándose al ordenador.

—Es una larga historia, intentaré resumirla —expuse levantándome agitada de la silla.

—Sí, por favor, ponme al día porque no pillo nada —me pidió Santi con cara de sorpresa.

—Cuando Mateo trabajó en la farmacéutica de Castro, empezó a tener comportamientos extraños. Se obsesionó con nuestra seguridad y a menudo creía estar en peligro. Una madrugada que él salió a trabajar, no pude más y revisé sus cosas —daba vueltas mirando al suelo intentando recordar los detalles.

—Sigue, por favor —me pidió Santi intrigado.

—Pues bien, encontré unos documentos inquietantes sobre el geriátrico El Trébol y un medicamento llamado Rotavil que estaban firmados por este tipo, un tal doctor Heiner —levanté la cabeza y me

paré frente a la mesa—. Por lo que investigué en su día, se relacionaba mucho con Castro.

—Pues si es tan amiguito de Castro, el padre de Biel estará en esto de los atentados, ¿verdad? —preguntó Astrid.

—Tendría lógica que, siendo tan amigos, Castro esté al corriente e incluso participara de alguna manera en esta movida para sacar tajada —respondió Santi, respirando hondo mientras acariciaba su barba.

—Pues ya me diréis qué hacemos ahora con Biel... —intervine.

—Que baje igualmente a ver estos códigos, no le digamos nada de Heiner. Esperemos a ver qué dice él primero —propuso Santi, anotando los códigos en una libreta—. No le mostraremos los pantallazos, solo los códigos.

Así lo hicimos; fuimos a por Biel y lo llevamos a la caseta. Se mostró muy deseoso de colaborar en algo. Nos sentamos junto a la mesa y le mostramos la libreta.

—Mira, son estos —le indicó Santi con el dedo.

— RS469, PJ208, TH203... —Biel no quitaba ojo del folio e iba haciendo cálculos de cabeza, murmuraba operaciones y cifras que no comprendíamos.

—¿Los reconoces? —preguntó Astrid mordiéndose las uñas.

—Juraría que estos códigos corresponden a los agentes tóxicos que serán liberados en el próximo ataque. Me preocupa mucho el TH203 porque solo se encuentra en centrales nucleares...

Nos quedamos mudos conteniendo la respiración, lo de la central de Ascó parecía ir en serio.

—¿Veis? —continuó elevando el tono de voz—. Es lo que os dije, pretenden contaminar el agua con vertidos tóxicos, seguro. No le veo otra explicación. ¿Has conseguido algo más? —volteó la cabeza y fijó la mirada en mí.

—No, estaba todo clasificado —respondí negando con la cabeza.

Biel se llevó los códigos a su habitación para intentar averiguar alguna cosa más. Cuando lo vimos entrar de nuevo en Campre, corrimos a por el telégrafo.

—Hay que avisar al comando de Prades y del Perelló, son los que están más cerca —Santi se atascaba al hablar—. ¡Corren peligro!

—Quería contaros algo que vi antes—intervine nerviosa—, cuando subí a buscar a Biel lo vi revolviendo las cosas de Arnau. Descubrió un teléfono antiguo, cuando entré por sorpresa en su habitación, lo escondió corriendo bajo la almohada y me dijo que haciendo la cama se le habían caído unos libros. Me mintió en la cara...

—Sería el teléfono viejo de Arnau —respondió Astrid, mirándome con cierta incredulidad—, ¿qué quieres decir? Todas tenemos teléfonos...

—Sí, Arnau tenía un teléfono que era una auténtica tartana

—reforzó Santi mientras mandaba la misiva a los compas de Tarragona. —Yo mismo lo vi y no había nada. Te lo prometo, cuatro fotos de pájaros y ya está.

—Vale, oído cocina —dije molesta—, todos tenemos teléfonos, pero ¿por qué le interesa el de Arnau?

—No sé, Li, pero si Santi dice que no hay nada importante en él, pues ya está, ¿no? Que le den a Biel —me cortó Astrid con desaire.

—¡Joder tía! Cómo te pones —respondí enfadada levantándome de la mesa.

—Hostia, Li, es que Santi ya te ha dicho que él mismo vio ese teléfono y solo tenía fotos de sus pájaros. Biel no me gusta, pero tampoco hay que ver fantasmas en todas partes —replicó.

—Vaya, ¿ahora resulta que veo fantasmas? Flipo mucho contigo, ¿eh? —me estaba agitando por momentos y sentí como mis manos empezaban a temblar.

—Ya estamos —respondió subiendo el tono de voz—, solo digo que nos centremos, tía... Que te veo obcecada.

—¿Qué pasa que aquí decides tú lo que es válido o lo qué no? —respondí alterada.

—¡Ey! Venga, haya paz —intervino Santi cruzándose nervioso entre las dos—. No saquemos las cosas de quicio. Está mal que registre las cosas de Arnau, pero te prometo que ese teléfono es un trasto viejo con fotos de pájaros.

Me callé conteniendo mi enfado monumental de la manera más digna que pude. Astrid también parecía bastante enfadada. Me giré hacia el ordenador y fingí que revisaba la información que teníamos mientras no dejaba de darle vueltas a las palabras de Astrid. No quería hablar con nadie.

—Mientras discutíais —siguió Santi—, les he mandado un telegrama a la peña de Tarragona.

—Van a necesitar ayuda —le dijo Astrid —. Hay que salir para Can Figuera lo antes posible, podemos dividirnos. Unas van hacia Can Figuera para intentar frenar esto con las demás y otras vamos a la Seu en busca del USB. —A pesar de nuestra reciente disputa, Astrid parecía capaz de concentrarse y de ser práctica.

—Aún tenemos la red de *Barrakuda* —propuso Santi más sereno—. No podemos detener físicamente el atentado, pero sí que podemos avanzarnos a él informando a la población. En Can Figuera hay el material necesario para llevar a cabo este plan, podría evitar muchas intoxicaciones.

—Eso puede funcionar —Astrid iba de un lado a otro pensando.

—Sí, puede que sea nuestra mejor opción, pero editar, imprimir y distribuir un número nuevo de *Barrakuda*... ¿De cuánto tiempo hablamos? Y, por otro lado, ¿es seguro activar de nuevo la revista?

—expuse con ansiedad, distanciándome un poco de mi enfado. Parecía Pepito Grillo.

—Estuvieron cerca de pillarnos, es verdad, pero hay que intentarlo. ¿Qué más podemos hacer? —Santi me miraba agobiado, en situaciones de estrés se ponía muy ansioso—. Dado el poco tiempo del que disponemos, solo editaríamos un panfleto de una hoja bajo el logo de *Barrakuda*.

—Hay que intentarlo, no podemos quedarnos de brazos cruzados, ¿no? —Astrid volvió a increparme, no entendía su actitud.

—¿Quién ha dicho nada de eso? —le respondí enfadada—. Solo digo que valoremos bien lo que hacemos, podemos no salir vivas de esta. ¿Te das cuenta? —Estaba de nuevo irritada con su comentario.

—No es momento para flaquear, esto pasa por encima de ti y de mí —sentenció Astrid dando un golpe en la mesa.

—¡Joder Astrid, vamos a dejarlo, no me entiendes! —Quería decirle que dejase de hacerme sentir culpable por querer valorar un poco mi vida, pero mi asertividad escaseaba y solo fui capaz de acabar con la conversación torpemente y llevándome el malestar en la mochila.

—Ostras chicas, basta ya… —nos pidió Santi de nuevo, resoplando—. Me estáis poniendo más nervioso de lo que ya estoy con toda esta movida.

Escuchar la demanda de Santi nos hizo parar nuestra batalla y empecé a sentir vergüenza de nuestra actitud.

Esperamos un rato más en la caseta por si los de Tarragona contestaban. Al ver que no lo hacían, salimos hacia la casa e improvisamos una asamblea urgente en el comedor, centrándonos en el plan de la Seu d'Urgell. Esta vez, Biel también estuvo presente y activo en la reunión. No podía olvidar lo que había visto horas antes; no nos lo había contado todo. ¿Y si finalmente era un topo? No me creía que se quedara el teléfono si solo tenía fotos de pájaros. Antes de terminar la asamblea, reuní valor e inventé una excusa verosímil para ausentarme unos minutos y poder subir en busca de aquel teléfono.

No estaba acostumbrada a correr ese tipo de riesgos y me alteré. Subí las escaleras de dos en dos y entré rápidamente en su habitación, dirigiéndome a la almohada. No había nada. Revolví entre los libros; tampoco encontré nada. ¿Dónde demonios lo escondía? Cuando estaba a punto de salir de la habitación, oí pasos acercándose hacia mí. No tenía tiempo para escabullirme. Tuve que improvisar y me oculté debajo de la cama. Era un cliché, me había escondido en el primer lugar donde cualquiera buscaría. ¡Qué mala decisión! Sentí cómo mis niveles de ansiedad subían desorbitadamente; debía controlarme. Si Biel me sorprendía, nunca descubriría lo que escondía y no sabía cómo podría reaccionar.

Bajo la cama, encontré el papelito que le había visto sacar de su bolsillo horas antes. En él estaba el famoso logo del trisquel rojo junto con una serie numérica. Lo escondí dentro de mi puño. Al fin tenía una prueba real de que estaba escondiendo algo y Astrid tendría que tragarse sus palabras. Recordaba perfectamente el logo del trisquel rojo de aquella carta de Mateo con la llave; Arnau gritó eso el día anterior y ahora aquel papel de Biel con otro trisquel rojo. Demasiadas casualidades juntas.

Justo en ese momento, Biel entró en la habitación. Pude ver sus botas de montaña acercándose a la cama. Me maldije otra vez por el escondite tan inconsistente que había escogido mientras contenía todo lo que podía mi respiración y me arrinconaba al máximo contra la húmeda pared. El corazón me latía en los oídos y un sudor frío me recorría el cuerpo. Bajo aquella cama empezaron por primera vez los *flashbacks*, estaba bastante recuperada de mi contagio por CMEX-26 aunque aún tenía borrosos varios episodios de mi pasado. Gracias a aquellos *flashbacks*, pude rellenar pequeñas lagunas.

Capítulo 10

Mateo:
Polita, he quedado con los Infomatiks Team para tomarnos unas cañas. ¿Te vienes?

Lili:
¿Dónde?

Mateo:
En La Bodegueta a las ocho, ¿vienes?

Lili:
Vale, un rato, mañana madrugo...

Mateo:
Gracias. ¿Sabes que te quiero?

Lili:
Venga, calla, que me sacas los colores por teléfono. TQM.

Biel, Arnau, Mateo y yo fuimos juntos a la facultad de ingeniería informática, ellos tres venían juntos del instituto, un trío inseparable. Cuando empecé con Mateo, hicieron una excepción y me adoptaron en el grupo. De vez en cuando me sumaba a sus encuentros, aunque confieso que siempre me sentí un poco apartada de su particular historia.

Al llegar a La Bodegueta, Arnau y Mateo ya estaban sentados en su mesa habitual al fondo del local. La Bodegueta era un bar social, una cooperativa. Podías disfrutar de conciertos reivindicativos y tenían una agenda cultural bastante interesante. El *team* solía reunirse allí todos los viernes noche, aunque aquella semana habían adelantado la cita al jueves. Las caras conocidas abundaban en el local. Astrid y yo también solíamos pasarnos con frecuencia a echar unos vinos con las chicas del grupo de teatro.

—¿Te pido algo? —me saludó Mateo, rodeando mi cintura al verme llegar.

—Sí, una caña —respondí, besándolo antes de que se dirigiera a la

barra. Mientras él se alejaba, me deshice del abrigo y tomé asiento frente a Arnau.

—¿Qué pasa, Lili? —Arnau poseía una mente privilegiada y destacaba por su sentido del humor, sabía romper las tensiones del ambiente—. ¿Ha ido bien el día?

—Sí, ahí vamos. Me han llamado para una entrevista en Salud, quizás me dan algo de administrativa. No me motiva demasiado, pero necesito la pasta.

— Ah, pues a ver si hay suerte, tía —Arnau levantó la mirada justo cuando Mateo regresaba con mi caña y una sonrisa en el rostro. Se mostraba contento de que estuviera allí.

—¿Sabéis lo de Gutiérrez? —prosiguió Arnau, acercando su cerveza a los labios.

—¿Gutiérrez, Gutiérrez? ¿La de Derecho de Empresa y Ética? —preguntó Mateo, intrigado, al sentarse de nuevo con nosotros.

—La misma, la madre de Biel. Bueno, técnicamente, la madrastra —contestó Arnau, apoyando el vaso en la mesa—. Me han contado en la uni que la han encontrado ahorcada en su despacho. ¡Flipa!

—No fastidies... —exclamó Mateo, con los ojos bien abiertos. Me fijé en su expresión de sorpresa y preocupación, sus cejas fruncidas daban una pista de lo mucho que lo afectó la noticia.

—¿Se ha suicidado? —pregunté, confundida, jugueteando con el final de mi trenza.

—Se rumorea que sí, pero en las noticias aún no han dicho gran cosa, la han encontrado esta misma mañana. Estaba la zona de despachos acordonada y la pasma entrando y saliendo. Como en las películas, ¿sabéis? —nos contó Arnau bajando la voz y mirando a su alrededor.

—No sabía nada, me dejas de piedra. Le he escrito a Biel como si tal cosa para decirle que se pasara hoy. Vaya metedura de pata. —Mateo sacó el teléfono de su bolsillo y comenzó a revisar el chat con Biel, mientras yo percibía su preocupación por la situación.

—No lo sabías, *amore*. No creo que se enfade, os conocéis desde hace años. —Pasé mi brazo con cariño sobre sus hombros y lo abracé. A pesar de mis palabras, noté que Mateo seguía absorto en su teléfono, revisando el chat con Biel sin levantar la vista.

No podía imaginar a Gutiérrez suicidándose; simplemente no encajaba con su carácter. A pesar de haber convivido con Biel durante años, él raramente hablaba de ella, lo que sugería que su relación era más bien distante. Elena le hizo de madre, o al menos lo intentó. Su madre biológica murió en el parto, así que fue ella quien lo vio crecer. Diría que empezó con Castro cuando Biel no tenía ni los dos años. Yo disfrutaba de sus clases y de sus indirectas ingeniosas contra el sistema. Elena no era precisamente protocolaria: vestía con colores

estridentes, no tenía reparos en soltar palabrotas y, sobre todo, se regodeaba al lanzar burlas sarcásticas a los cuatro dinosaurios de derechas con los que compartíamos aula. Era reconocida por su compromiso con la izquierda y su activismo feminista. Si bien estaba muy implicada socialmente, algunos de los más cercanos a Biel sospechábamos que en casa adoptaba un papel sumiso, y que las decisiones eran dictadas por Castro. Biel solía tacharla de hipócrita, sostenía que su fachada feminista se desvanecía en el ámbito doméstico. Yo prefería pensar que Gutiérrez debía sentirse aterrada por ese hombre y que no sabía cómo proteger al niño de sus garras. Era difícil de concebir que alguien tan increíble como ella estuviera envuelta en una situación íntima tan turbia.

Saqué mi móvil y me puse a buscar en redes sus últimas publicaciones. Justo cuando iba a comentarles la última foto que subió Elena a Instagram, noté como Mateo me daba una patadita por debajo de la mesa para indicarme que levantase la vista.

—Biel, tío, ¿qué haces aquí? —Arnau no pudo ocultar su desconcierto—. ¿Estás bien? Sabemos lo de Elena, qué fuerte.

—No quiero hablar del tema —lo cortó Biel cabizbajo sin apenas mirarnos—. Vengo a desconectar y a tomarme unas cañas. He tenido bastante monotema por hoy.

—Lo siento, tío —atinó a decir Mateo mientras se levantaba nervioso de la silla y le tocaba el hombro a su amigo—. Te pido una cerveza, ahora vuelvo.

—No sé qué decir —intervine con un tono de voz suave—. Estamos aquí para lo que necesites. Siento mucho lo de Elena...

—Gracias —respondió con un suspiro.

Nos quedamos atónitos y sin saber bien qué decir. No se habló más del asunto durante aquel encuentro, la velada fue de lo más incómoda y en aquella ocasión, Arnau no se atrevió a hacer gala de sus bromas. La actitud que mostró Biel no era normal en él. Pensamos que quizás estaba en shock por la noticia, pero con el paso de los días, nunca lo vimos afligido por la pérdida de Elena. Más bien, parecía ausente y se encerraba cada vez más en sí mismo.

Los rumores en torno a la muerte de Gutiérrez no tardaron en inundar las aulas. La mayoría de nosotros nos resistíamos a aceptar la versión oficial del suicidio, pero la Policía Nacional cerró rápidamente el caso y dejó de investigar. El hecho de que la víctima fuera una mujer con ideas de izquierdas no debió ser de su interés, y ya les vino bien secundar la historia del suicidio.

En la facultad, los rumores no cesaban. Algunos decían que Castro la había silenciado debido a algún motivo oscuro, otros especulaban que su activismo feminista la había puesto en el punto de mira y la habían eliminado para callarla. También se propagaban teorías sobre

ajustes de cuentas y un sinfín de especulaciones más que las habladurías se encargaron de difundir sin compasión. Me indignaba la falta de respeto que mostraban hacia Biel; algunas teorías incluso lo señalaban directamente a él.

La verdad que había detrás de todo aquel asunto, nunca salió a la luz. La versión oficial del suicidio no me convencía en lo absoluto. Sospechaba de Castro, pero no había ninguna prueba fehaciente que respaldara mi teoría.

Capítulo 11

Biel se sentó en la cama y respiró profundamente; parecía nervioso, golpeaba con su bota el suelo sin cesar. Al poco tiempo, se levantó, lo vi coger el abrigo que colgaba de la silla del escritorio antes de salir. Recuerdo perfectamente lo nerviosa que estaba aquel día; mi corazón latía acelerado, mis manos temblaban y sentía una fuerte opresión en el pecho. Fue una experiencia breve pero agotadora. Esperé unos minutos más y me atreví a salir de debajo de la cama e ir directa al comedor.

—¿Dónde andabas, nena? —Astrid me miraba de arriba abajo, visiblemente extrañada—. Hemos acordado salir mañana después del segundo escaneo del dron. Santi ha podido cargar la batería del Patrol. Iremos hasta Manresa; creemos que aguantará hasta allí.

Astrid me hablaba con calma, parecía haber superado su enojo anterior. Yo aún estaba alterada por la situación que acababa de vivir en la habitación de Arnau y apenas pude asentir con la cabeza. Hacía esfuerzos por recobrar la concentración; estaban hablando de cosas muy importantes y no quería perderme detalle alguno. No dejaba de pensar en mi propio plan: iría con ellos hasta la Seu y de allí a la Cerdaña, con Astrid o sin ella. No era el mejor camino para llegar, pero ir acompañada gran parte del trayecto me compensaba. A Astrid la veía cada vez menos interesada en llegar al búnker y más entregada a la lucha.

—Tendremos que esquivar los controles —siguió Santi cogiendo el bolígrafo para hacer anotaciones—. La radio de Astrid no será suficiente, a primera hora pincharemos la radio de los picoletos para averiguar sus posiciones.

Santi parecía convencido de que todo iba a ir como la seda, pero las cosas estaban lejos de salir según lo planeado. Su positivismo natural me fascinaba. Sin embargo, yo intuía que este viaje sería complicado y tenso; nos saltaríamos el toque de queda, con todas las implicaciones que eso conllevaba.

—¿Quiénes vamos? —pregunté cuando recuperé el aliento.

—Vais vosotras, Toni y yo nos quedamos. No estamos para ese ajetreo y aquí podemos ser más útiles. Si surge alguna emergencia, volved a Campre o enviad un telegrama; estaremos esperando, —Carmen hablaba con serenidad—. Nosotras nos encargaremos de Arnau en cuanto podamos.

—Sí, mi rodilla va de mal en peor con esta humedad y sin la

cúrcuma vuelve a dolerme bastante —se lamentó Toni.

—Ya te he dicho que pruebes el CBD. Mira que eres cabezota... —le espetó Carmen con expresión cansada.

—¿Biel también viene? —insistí, retomando el hilo del viaje.

—Claro que vengo, ¿cómo pretendes llegar a mi contacto sin mí? Vamos, es que no hay dudas con eso, ¿no? —Biel entró por la puerta del patio y se puso a la defensiva al oír mi pregunta—. Voy un momento al baño y lo que me encuentro al llegar...

—Sí, también contábamos contigo —intervino Astrid, mirándome de nuevo fijamente y frunciendo el ceño—. La idea es llegar por carreteras secundarias hasta las afueras de Manresa. Una vez allí, tendremos que hacer el resto del camino a pie hasta Can Figuera; la batería del todoterreno no dará para mucho más.

—¿Pensáis parar en las Ortiz? —preguntó Biel, acercándose al mapa que sostenía Carmen.

—Sí —se apresuró a responder Santi—, a ver si pueden ayudarnos a llegar antes a la Seu. No podemos hacer todo el trayecto de una vez...

—La periodista me espera el 7 de febrero; tenemos que llegar antes para recuperar el USB, —informó Biel, contando los días con los dedos.

—¿Y ahora lo dices? —lo miré sorprendida.

—Pensaba que habíamos hablado de fechas —respondió con naturalidad—, pero eso ahora, qué más da, hay que llegar lo antes posible. Por el bien de todas.

—¿Dónde has quedado exactamente?, ¿quién es tu amigo? —Seguía concentrada en mis propios pensamientos, necesitaba saber todos los detalles para calmar mi mente y elaborar mis planes: a, b y c. No me conformaba con solo un plan; me pasaba horas imaginando maneras de lidiar con diversas tragedias, y esta información era crucial.

—Os lo diré cuando lleguemos a la Seu, es por vuestro bien —respondió Biel en tono condescendiente.

—¿Por qué? —continuó Astrid, acercándose a la cara de Biel.

—Deberías compartir esa información, si te pasa algo no conseguiremos nuestro objetivo —Santi intentaba mediar siendo amable, pero su nerviosismo era palpable.

—Lo siento, es mejor que no sepáis los detalles. Si os pillan y os someten a duros interrogatorios, no podréis evitar hablar... Tendréis que confiar en mí.

"Tendréis que confiar en mí", decía. Qué ironía, el tipo que abandonó a Mateo en su peor momento, que se desentendió de Arnau y que se vendió a Taler. Aquel tipo tenía la desfachatez de pedirnos lealtad y confianza, ¡qué poca vergüenza! Sentí mucha ira. Lo miraba

con rabia y fantaseaba con abofetearlo y patearlo mientras le gritaba que era una mierda de persona. Empecé a comprender que estaba profundamente enfadada y que Biel representaba a la perfección todo lo que detestaba. Me obsesioné con destaparlo, pero no quería precipitarme; necesitaba encontrar el maldito teléfono de Arnau. ¿Dónde lo habría dejado? Me levanté agitada y salí por la puerta, cerrándola de un portazo. Había escuchado suficiente. Me alejé rápidamente de la casa, descendiendo por el camino hasta llegar a un montículo desde el cual se podía contemplar el paisaje. Desde lejos, si miraba a la gran urbe, parecía que todo estaba bien. El sol no brillaba, pero pude cerrar los ojos unos instantes e imaginar que todo estaba como una semana atrás.

Volví a sacar de mi bolsillo el papel que encontré bajo la cama de Arnau. Aquel trisquel seguía siendo un enigma.

Piensa Lili, piensa.

Capítulo 12

Las últimas noticias informan de la agresividad y la virulencia del CMEX-26, el nuevo virus detectado en Guadalupe, México.

La comunidad científica alerta de los daños neurológicos que provoca en el ser humano, pudiendo generar un estado senil irreversible e incluso, en el peor de los casos, una muerte cerebral del paciente. El sistema de salud mexicano está desbordado, registrándose casos en todo el país. Ya ha dejado a multitud de personas incapacitadas de por vida y en un estado de dependencia. La situación es cuanto menos alarmante. Se tiene constancia de contagios alrededor de todo el mundo. España registra 22 casos desde el pasado 18 de diciembre de este mismo año 2026.

En la última rueda de prensa de esta misma tarde, el Gobierno del JD ha anunciado medidas extraordinarias para frenar los contagios. Bajo el lema "Juntos cortamos la cadena de contagio", se recuerda la poca seriedad del Gobierno del PSOE durante la era covid y se decretan medidas más estrictas, tomando el modelo chino de 2019 como referencia de disciplina y solidaridad.

A medianoche de hoy, entra en vigor el estado de alarma. Se establece el confinamiento de la población general durante todas las fechas navideñas. Los servicios de primera necesidad seguirán activos y se habilitarán hospitales de campaña en las principales ciudades españolas bajo la dirección del ejército y de la Cruz Roja, en previsión de un aumento de casos en los próximos días.

Recomiendan llamar al 112 si tienen síntomas de estar contagiados. Los servicios de emergencia procederán a explicarles el protocolo a seguir según la gravedad del caso.

El JD también recuerda que saltarse el confinamiento supone el arresto por parte de los agentes de la autoridad y que los reincidentes serán trasladados a las COTAVO sin posibilidad de reinserción.

Se abre la posibilidad al reclutamiento de jóvenes masculinos de entre 20 y 35 años para garantizar la seguridad del país. En los próximos días, se enviarán las citaciones a los domicilios de los requeridos para prestar sus servicios por el bien de España y de todos los españoles. El presidente del Gobierno, Benito Trillo, se muestra orgulloso con el plan de actuación del Ejecutivo y manifiesta su plena confianza en la labor de los sanitarios y los agentes del orden público.

Por otro lado, la comunidad científica alerta de que el origen de los contagios podría estar relacionado con algún patógeno de origen desconocido presente en diferentes alimentos, podría deberse al uso de

algún pesticida, aún sin determinar. No se recomienda consumir nada en crudo ni poco cocinado por el momento.”

—¿Crees que te llamarán a filas? —pregunté angustiada, apagando el televisor.

—Del JD me espero cualquier cosa. Las citaciones de las que hablan no son legales, pero si me llega una, no podré negarme.

—Vayámonos hoy mismo a la Cerdaña con mi madre. Podemos esconderte en el búnker durante unos días. Si salimos ya, llegaremos antes de que empiece el confinamiento.

No, *polita*, eso supone estar huyendo siempre por traición a la patria. Te pongo en peligro a ti y a tu familia también. —Me abrazaba fuerte, temblando de miedo. Mateo no era muy alto, pero tenía una espalda fuerte y ancha, y sus abrazos me envolvían de seguridad.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados, vayamos a la Cerdaña e intentemos pasar al lado francés. Allí no son tan radicales. Vete a saber qué hacen contigo si te reclutan —insistía desesperadamente en huir, pero Mateo parecía resignado a su destino.

—Las fronteras están cerradas por el virus, no hay cómo salir del país y si nos cogen huyendo, vamos directos a las COTAVO.

—¿Qué locura es esta?, se han vuelto locos, no quiero perderte, no puedo perderte. —No pude contener el llanto. Nos quedamos un buen rato abrazados en el sofá. Temía perder a Mateo; en aquellos últimos años, había sido mi motor, el mástil de mi barco, y no era capaz de imaginarme la vida sin él. No sé si fue el miedo a perdernos, pero después del shock inicial, hicimos el amor con una pasión y un desenfreno que no eran para nada habituales en nuestra relación. Hacía tiempo que la rutina había invadido nuestros encuentros sexuales y apenas tenía orgasmos con él. Aquel día fue diferente; retozamos en el sofá, sobre la mesa de la cocina y bajo la ducha, como si no hubiera un mañana, hasta quedar literalmente exhaustos. A la mañana siguiente, me desperté nuevamente angustiada con el tema del reclutamiento.

—¡*LilBit,* Mateo! ¿Cómo no lo hemos pensado antes? —dije, mirándolo a los ojos con esperanza en la cara.

Era una *hack*er aficionada. Había hecho mis pinitos en diferentes acciones reivindicativas, y no se me daba nada mal. Hacía tiempo que no hacía trabajar a *LilBit*, pero aquella misión merecía la pena; teníamos una oportunidad.

—Puedo intentar falsificar tus datos en el censo municipal. Joder, cómo no lo había pensado antes. Venga, ¡vamos a probarlo! —insistí, mientras él esbozaba una tímida sonrisa que hacía aparecer esos hoyuelos en sus mejillas que tanto adoraba.

Aquel plan parecía ser nuestra brecha de luz en el sistema represivo de la extrema derecha. Era peligroso, mucho; sin embargo,

la desesperación aumentó mi adrenalina al 200%. Cuando me concentraba en algo, era capaz de ser muy obsesiva hasta lograr conseguirlo. Lo intentamos durante dos días, haciendo turnos y apenas durmiendo. Hackear la base de datos del sistema no era una tarea para novatos. Además del censo municipal, debíamos acceder al documento de identidad y a la base de datos de la Policía Nacional; aquello ya eran palabras mayores.

A pesar de nuestros titánicos esfuerzos, no llegamos a tiempo, y me llevó mucho tiempo dejar de culparme por ello. El 23 de diciembre, sin previo aviso, un operativo de reclutamiento llamó a la puerta. No entregaron ni siquiera una citación. Apenas pudimos despedirnos. Recuerdo la mano fría de Mateo apretando la mía y aquel beso con sabor a derrota y a miedo. Sentía que le había fallado.

—Volveré pronto, y a salvo, te lo prometo —me susurró al oído.

Quería creerme aquellas palabras, y me las repetí durante meses como un mantra.

—¿Dónde se lo llevan? ¿A qué cuartel? —pregunté con cautela a los buitres.

—No tenemos esa información. Debería estar orgullosa, su novio servirá con valentía a su país. —Aquellas palabras me atravesaron. ¡Malditos bastardos fanáticos! ¿Qué orgullo ni qué valentía? Ardía de rabia por dentro y un miedo atroz recorrió mi columna vertebral.

—Te quiero, te quiero mucho, cariño. —No quería dejar ir su mano.

—Y yo a ti, *polita*. Todo va a ir bien... —Vi en su mirada ternura y miedo, no pudo disimular.

Salió con la mirada gacha, con su particular mechón ondulado, cubriéndole media frente. La puerta se cerró tras ellos y la soledad de nuestra casa cayó sobre mis hombros. Algo me decía que nada iba a salir bien, nada de nada. Aquella noche no paré de llorar, y me pasé las navidades metida en la cama, abrazada a su almohada. Podía sentir su olor en ella.

Me fue llegando información del exterior a cuentagotas. Arnau también había sido reclutado, pero debido a su miopía, lo tenían en el servicio de limpieza y podía dormir en su casa. Biel tiró de contactos de su padre y lo pusieron a trabajar con el mantenimiento informático del 112, así que teletrabajaba desde casa. Le pedí ayuda en múltiples ocasiones para que recolocasen a Mateo en un puesto como el suyo, pero no dejó de darme largas y se excusaba diciendo que él no podía hacer nada. Su egoísmo fue deplorable. Biel vigilaba su trasero y el de nadie más.

De Mateo no supe nada hasta semanas después. Yo trabajaba desde casa, volcando datos médicos del hospital, y aproveché a *LilBit* para rastrear su pista. Las últimas anotaciones lo situaban en el hospital de

campaña de Plaza España, en Barcelona. Respiré algo más aliviada; no estaba en las COTAVO y seguía vivo.

Hacía días que andaba muy mareada, con la tensión por los suelos y con muchas náuseas. Cogí un par de días de vacaciones para intentar reponerme y le pedí a Astrid que se acercara a verme cuando acabara su turno en el hospital, con un test CMEX-26. Estaba asustada.

—Sale negativo, Li. Menos mal nena, veo cada drama en el hospital... —dijo aliviada, mostrándome el test con una sola raya.

—No estoy fina Astrid. A menudo todo me da vueltas, tengo náuseas y ando muy olvidadiza —le conté con voz temblorosa.

—¿Pero has comido algo crudo? —Me preguntaba mientras me tomaba la tensión— Espera, no hables. 9/5. Es baja, sí, pero tampoco para estar tan tirada.

—No recuerdo haber comido nada crudo, llevo a rajatabla las medidas, ya me conoces... —respondí incorporándome del sofá.

—¿Cómo llevas las reglas?, ¿pierdes mucha cantidad de sangre?, ¿cuándo te vino por última vez? Podría ser un poco de anemia de hierro.

¿Cómo había podido pasar aquello por alto? La obsesión por buscar a Mateo me había tenido tan absorbida que ni pensé en mi menstruación.

—¿Estás bien? —preguntó Astrid cogiendo mi mano—. Estás muy pálida y fría nena...

—¡Joder, Astrid! Acabo de caer en la regla —la voz me temblaba—, la última vez que recuerdo haberla tenido aún estaba aquí Mateo y de eso hace mínimo un mes y medio... Tía, no puedo estar embarazada, ahora no... —Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Espera, no avancemos acontecimientos —Me abrazó fuerte—. Tengo test en casa; los voy robando poco a poco del hospital para mujeres que los necesiten. No hay forma de conseguirlos sin pasar por el médico.

—No, no, al médico no voy.

—Eso te iba a decir, ni se te ocurra pisar la consulta del ginecólogo porque te meten directa en el programa de seguimiento de natalidad, una abominación igual que la de ilegalizar los métodos anticonceptivos. ¡Malditos cabrones!

—La última vez que me acosté con Mateo fue especial, diferente a todas las otras veces, como más animal, ¿sabes? —le conté a Astrid casi sin mirarla, sintiendo cierta vergüenza al hablar tan explícitamente de mi vida sexual—. No recuerdo que se corriera dentro, nunca lo hace; lo tenemos muy pactado, pero yo qué sé... el momento fue puro fuego y quizás nos despistamos en algún polvo... ¡Joder!

Astrid se fue en busca del test y en poco tiempo ya teníamos el

resultado: era claramente positivo. Me quedé sin respiración y rompí a llorar. Astrid me consolaba con todo lo que podía, me decía que, aunque estuviera perseguido por la ley, ella podía ayudarme a detenerlo. No podía pensar con claridad, tenía mucho miedo y Mateo no estaba allí en aquel momento tan delicado. No deseábamos descendencia; el mundo se derrumbaba y no queríamos traer a un nuevo ser a un sitio como aquel. Tenía mis ideas muy claras, pero a la vez se me despertó un instinto maternal inesperado que me desbordaba. Experimenté un torrente de sentimientos encontrados.

—Necesito algo de tiempo, Astrid. No puedo pensar, estoy cagada tía…

—Entiendo, nena, pero según esto estás de unos dos meses —me dijo mostrándome la hoja de interpretación de resultados—, no tienes mucho margen y si vas a interrumpir, necesito un tiempo para organizarlo todo. Cada vez nos cuesta más encontrar gines dispuestas a arriesgarse. Desde los últimos fusilamientos de médicos insumisos hay mucho miedo.

—¡Uf! Me entran escalofríos… y Mateo sin aparecer —respondí temblorosa.

—¿Has hablado con Biel sobre eso de buscarle un puesto en el 112 con él?

—Muchas veces, pero pasa… Muy fuerte. Se desentiende completamente.

El tiempo corría y tenía que decidir sola. Elegí con la cabeza, no era justo traer a un bebé en aquel escenario penoso y desalentador. El corazón se me partía; estar pasando por aquella situación justo en aquellos momentos fue un duro golpe. La culpa pesaba sobre mis espaldas como una gran losa.

Una semana más tarde, Astrid llegó con nuevas noticias.

—Ya está todo organizado, este jueves a la una de la madrugada pasará un taxi a recogerte en la calle de atrás, a la altura del aparcamiento de tierra. Tendrás que meterte en el maletero, el taxista es del colectivo. Yo te estaré esperando con la doctora en el local de detrás de la frutería de Flor. Colabora con la causa cuando puede, muy maja, la verdad.

—Estoy muy asustada… —le confesé, abalanzándome hacia sus brazos.

—Yo estaré ahí contigo, te prometo que no te va a pasar nada —me consolaba Astrid entre sus brazos.

Aquel oscuro jueves salí de casa con cuidado de no ser vista y me apresuré a llegar al descampado lo más rápido que pude. Los policías de balcón estaban en cada esquina y no era seguro estar en la calle; cualquier vecino, afín al régimen, podía denunciarme. Aquellos espías caseros abundaban como en la era covid, pero esta vez, a diferencia de

la anterior, podían llamar a los nacionales y complicarte fácilmente la vida. Los chivatazos y las traiciones entre vecinos fueron un escándalo. La envidia humana se hizo de nuevo presente como en tantos otros episodios de nuestra historia. No habíamos aprendido nada.

El taxi ya me esperaba con las luces apagadas. Me acerqué a la ventanilla del conductor y le pedí un cigarrillo, tal y como me instruyó Astrid. El tipo me hizo señas para que me pusiera detrás del vehículo y abrió el maletero desde su asiento. Me metí dentro y cerré con fuerza. El trayecto no fue largo, pero pasé bastante angustia al verme encerrada; antes de salir de casa me tomé los dos diazepames que me consiguió Astrid y, por suerte, empecé a notar los efectos a medio camino. De repente, el coche se detuvo en seco.

—¡Deténgase! —gritaron—. Documentación y licencia para trabajar a estas horas.

Mierda, mierda, mierda... Supuse que eran los nacionales. Iba medio atontada con los ansiolíticos, pero el miedo se me clavó en el estómago igualmente. Fueron unos minutos interminables hasta que sentí, aliviada, cómo arrancaba de nuevo el taxi. A los pocos minutos se volvió a detener, y se abrió la puerta del maletero. El tipo la accionaba desde dentro. Bajé y atisbé la puerta trasera metálica del local de Flor. Llamé tres veces como acordamos y esperé inquieta a que abriesen. El taxi se fue a toda prisa del lugar mientras el portero automático me daba paso. Recorrí un pasillo lúgubre hasta llegar a otra puerta, volví a llamar tres veces y esperé, con la respiración entrecortada por la mezcla de ansiedad y temor. Mientras esperaba, abrí la bolsa de plástico que colgaba del pomo de la puerta y me puse la mascarilla y el antifaz.

—Pasa —me dijo Astrid dándome un abrazo. Tanto ella como la doctora iban con mascarilla y llevaban un antifaz tipo veneciano de color negro. La imagen me dio pavor—. La doctora —presentó Astrid llevándome junto a la mujer—. Siento lo de las máscaras, es por seguridad. Si por desgracia nos detienen, no podremos identificarnos, aunque nos torturen. Aquí nadie sabe los nombres reales de nadie. Soy Alba y tu Marta.

Las aclaraciones de Astrid estuvieron muy lejos de reconfortarme.

—Buenas noches —La doctora se levantó de la silla—. Intentaré ir rápido, sé que es un momento doloroso para ti. ¿Has tomado las pastillas?

Tenía un tono de voz dulce y envolvente que agradecí profundamente. Vestía una bata desechable de quirófano color verde con el gorro a conjunto. Astrid iba igual. Asentí con la cabeza.

—Bien—prosiguió con calma—, si estás preparada, puedes quitarte toda la ropa de cintura para abajo y abrirte la camisa—. ¿Llevas

sujetador?

—No —atiné a decir.

—Perfecto, Marta. Es para ponerte los parches del electrocardiograma. Alba te irá controlando la tensión y el corazón, es todo bastante rudimentario, pero estás en buenas manos. —Me sorprendió cogiéndome fuerte de la mano y mirándome a los ojos con cariño. Quise abrazarla, pero me contuve—. Cuando estés lista te tumbas en la camilla y nos avisas.

Se giraron en silencio y procedí a seguir sus instrucciones lo más rápido que pude. El silencio que se respiraba era abrumador, la sala estaba muy poco iluminada y olía bastante a humedad. Habían puesto una sábana desechable sobre aquella camilla improvisada que en realidad era una mesa larga de madera con una almohada para la cabeza. Al subirme, empezó a rechinar, añadiendo tensión al ambiente.

—Ya estoy —susurré al cubrirme con la otra sábana de papel.

Las dos mujeres se dieron vuelta y vinieron rápido hacia mí, deseaba desmayarme para no tener que vivir aquel momento. Astrid se colocó junto mí y acarició mi brazo.

—Te pongo los parches, estarán un poco fríos —dijo con cariño—, y aquí te pongo el tensiómetro, intenta no mover este brazo.

La camilla era terriblemente incómoda, ya tenía el coxis clavado y no llevaba ni cinco minutos tumbada.

—Antes de empezar te voy a contar un poco cómo irá la intervención para que lo sepas y puedas estar más tranquila —empezó a hablar la doctora aproximándose, al otro lado de la camilla, frente a Astrid.

—Primero te haré una ecografía, no tienes que ver nada si no quieres —siguió.

—No, por favor, no podría... —intervine sintiendo las lágrimas correr.

—Tranquila, no verás nada —se apresuró a decir—. Ya sabes que no tenemos anestesia, lo siento mucho. Los diazepames te harán estar tranquila y mi compañera te inyectará un calmante. No te voy a engañar, te va a doler, pero será rápido. Es muy importante que no te muevas.—Agarré fuerte su mano y respiré profundamente—. No hay potro para sostener tus piernas y tendremos que inmovilizar los tobillos. Si te mueves, podría dañar tu útero y sería muy grave, siento tener que hacer esto.

—Yo sujetaré tus muslos —intervino Astrid acariciando mi frente—. Será rápido, verás...

—Después procederé a realizarte la intervención con sumo cuidado, si te duele mucho, avisa y te pondremos más medicación, pero sobre todo, no te muevas —insistió—. Cuando acabe te quedarás

unos minutos tumbada mientras recogemos y el taxi te llevará de nuevo a casa. Te daré unos calmantes para los días siguientes, puedes tener bastantes dolores, pero si no sufres una hemorragia considerable, está dentro de lo esperado. Reposo absoluto, mínimo tres días, ¿de acuerdo?

—Sí —respondí acojonada—, confío en ti. —Agarré su mano con fuerza y la miré con desesperación.

—Vamos a cuidar de ti, tranquila —respondió con cariño.

Flexioné mis piernas y las abrí lo más que pude mientras Astrid y la doctora me ataban los tobillos con fuerza a las patas de la mesa, fueron muy respetuosas, pero me sentí muy violentada.

—Veamos —dijo la mujer sentándose frente a mi vulva expuesta—, según el ecógrafo estarías ya de unas trece semanas, vamos muy justas de tiempo. El reposo va a ser muy importante, ¿de acuerdo? Voy a empezar introduciéndote el espéculo, lo notarás frío.

Me giré con desesperación buscando a Astrid, me dio un fuerte abrazo y me susurró.

—Eres una guerrera, Li. Tengo que sujetarte las piernas, pero será rápido, te lo juro. Aguanta cariño. Te quiero mucho...

Al oír sus palabras me desmoroné, sentía culpa, pena, miedo... Un cóctel de emociones muy duro de digerir. Rompí a llorar en silencio y cerré mis ojos mientras Astrid abría con firmeza mis muslos.

—Voy a ello —me dijo la doctora—, sobre todo, no te muevas. Intenta relajar un poco la zona y te dolerá menos.

Aquella mujer afable introdujo algo dentro de mí que se me clavó en lo más profundo de mi ser. Sentí que las entrañas se me estremecían, mientras Astrid evitaba con fuerza mi instinto de cerrar las piernas. Lancé un grito ahogado de dolor y después otro de desesperación. Lloraba por mí, por Mateo, por aquel ser al que estaba despidiendo sin haberle dado la oportunidad de nacer, lloraba por todo. Otra punzada eléctrica me atravesó por dentro y fue tal el dolor que experimenté que perdí el conocimiento. Me desperté segundos más tarde con los golpes de Astrid en la cara para hacerme reaccionar y con el calor de la sangre saliendo entre mis piernas temblorosas.

—Ya está, cariño, ya está —me repetía mi amiga con lágrimas en los ojos—. Ya ha pasado, eres muy fuerte... Te he inyectado otro calmante y la doctora está controlando la hemorragia, tiemblas por la pérdida de sangre, pero está todo bajo control. —La recuerdo abrazándome y besándome la cara.

Estaba aturdida, en una nube, sintiendo cómo mi cuerpo temblaba como una hoja bajo el viento sin control.

Agradecí los cuidados y el respeto con el que me trataron, pero salí de allí muy afectada física y moralmente.

Capítulo 13

El ruido del dron acercándose me trajo de nuevo de vuelta a la realidad. Maldita sea, me había quedado demasiado tiempo fuera. Corrí como nunca lo había hecho, bajé derrapando por el montículo, frenando con las manos para no caerme y subí por el camino embarrado hacia la casa dando zancadas. No me di cuenta a tiempo de un socavón y caí de cara contra el suelo sin poder poner las manos para protegerme. Un chorro de sangre caía sobre mi ojo izquierdo y me bajaba hasta el cuello. Me levanté rápido sin poder valorar la magnitud de mis heridas, me quité la dichosa mascarilla medio rota y me puse a correr de nuevo a zancadas. Me caí y me levanté un par de veces más hasta que llegué al portón. Lo abrí de un porrazo y me tiré al suelo abatida. Santi y Toni vinieron desconcertados a socorrerme y cerraron la puerta de inmediato. Por poco nos descubren a todos debido a mi irresponsabilidad.

—¿Estás bien? Estás sangrando —me preguntó Santi mientras me sostenía la cabeza con sumo cuidado para que Toni me limpiase las heridas con un trapo húmedo.

—No parece grave, un buen golpe en la ceja. Tienes las manos llenas de arañazos. ¿Te duelen? —asentí con la cabeza— Voy a por el ungüento de llantén que hizo Carmen.

Toni bajó a la bodega y cuando abrió la puerta nos llegó un fuerte hedor a muerte, Arnau seguía ahí.

—Me despisté, lo siento. Estaba muy cabreada con la actitud de Biel y necesitaba estar sola. —me justifiqué con Santi.

—Tranquila, por suerte no ha pasado nada, pero vaya susto que me has dado, te he visto entrar ensangrentada y he pensado lo peor. —Santi me abrazó—. No he tenido oportunidad de decírtelo, pero estoy feliz de tenerte en casa y de que estemos juntos en esto. Te he echado de menos, Lili.

Sentí como mi corazón se aceleraba mientras Santi me tocaba la cara con suavidad y me miraba fijamente con sus grandes ojos azules. No fui capaz de mediar palabra; las mariposas vinieron sin avisar, revoloteando por mi estómago. Hacía mucho que no sentía aquella atracción por nadie. Cerré los ojos y me pegué fuerte a su pecho, deseando que no acabase nunca aquel abrazo.

—¡Uf!, hay que pensar cómo solucionar lo de Arnau —nos interrumpió Toni, saliendo de la bodega cubriéndose la nariz con un pañuelo—, no podemos seguir así.

Nos separamos ruborizados ante esa interrupción y la magia del momento se desvaneció entre el aire pestilente del ambiente. Estábamos cruzando una línea invisible que no tenía pensado cruzar y estaba perdiendo el control de la situación. Cogí el ungüento de Carmen y me escabullí hacia mi habitación escapando de todo aquello. Mañana empezaba nuestro viaje hacia el norte y me sentía el cuerpo hecho trizas, no sabía cuándo volvería a tener la oportunidad de descansar una noche seguida sobre un colchón.

Recordar el embarazo y lo que conllevó me removió las entrañas, no fui capaz de bajar a compartir cama con Santi y me quedé hecha un ovillo junto a Astrid.

—¿Estás bien, nena? —me preguntó al verme así de abatida.

—Hoy he estado teniendo recuerdos del embarazo... Aún me duele, Astrid... —respondí mientras las lágrimas corrían por mis mejillas.

Desde que me contagié del CMEX-26 después de la muerte de Mateo, algunos recuerdos del pasado me asaltaban de repente sin previo aviso. Tuve suerte de no sufrir grandes síntomas, pero aún tenía ciertas lagunas mentales que se rellenaban poco a poco con el tiempo.

—Fue muy *heavy*, Li, muy *heavy*... —Me abrazó y no me soltó en toda la noche.

Capítulo 14

Antes de subirnos al Patrol, decidimos ocuparnos de Arnau. No podíamos mantenerlo en la bodega por más tiempo y Carmen y Toni no podrían moverlo solos.

Subirlo de la bodega al patio fue toda una odisea sin precedentes. El hedor que desprendía su cuerpo era insoportable. Usamos mascarillas, pero de poco sirvieron; el olor a muerte se nos quedaba impregnado en la piel y el pelo. A Biel no le quedó más opción que ayudarnos y he de reconocer que, en esta ocasión, parecía hacerlo de corazón. La peor parte del traslado fueron las escaleras. Lo agarramos entre los cuatro y dejamos a Toni y Carmen acabando el hoyo. A la de tres, cargamos su cuerpo inerte usando las sábanas para agarrarlo y empezamos a subirlo. Fuimos haciendo algunos descansos por el camino para recobrar el aliento, pesaba una barbaridad y, aun siendo cuatro, el esfuerzo fue descomunal. Para calamidad nuestra, en el tramo final de las escaleras la tela de la sábana se rasgó por un extremo y la parte superior de su cuerpo quedó al descubierto, chocando con fuerza contra los escalones. Un sonido hueco retumbó bajo nuestros pies y nos cortó la respiración. De inmediato ofrecimos una gran resistencia corporal para evitar que el cadáver cayera rodando escaleras abajo y nosotros con él. Su cabeza se desarticuló como la de un títere; sus gafas de pasta verde cayeron rodando y Santi las pisó sin querer. Contuvimos de nuevo la respiración al contemplar la imagen dantesca que se nos presentaba. Estaba lleno de larvas y de gusanos de diferentes tamaños que habían acelerado su descomposición devorando gran parte de su piel. Nunca había visto un cuerpo en tales condiciones y me sobrevinieron unas ganas tremendas de vomitar. Tardé meses en volver a recordar a Arnau en vida con un aspecto saludable; su imagen putrefacta se me quedó grabada a fuego en la retina. Biel y Santi se apresuraron a cubrirlo de nuevo con la sábana mugrienta y mojada de líquidos apestosos derivados de la podredumbre. Sus caras no podían ocultar el impacto y la repulsión que sentían. A Astrid la noté visiblemente afligida; acostumbraba a lidiar con la muerte, pero aquel dramático espectáculo superaba con creces a sus vivencias hospitalarias. Arnau merecía ser recordado de otra forma, no lleno de gusanos, podrido y pestilente. Qué injusticia, pensé.

Con mucho esfuerzo y encogiendo el corazón, conseguimos sacarlo fuera y dejarlo en el hoyo. Habíamos decidido enterrarlo cerca del

olivo que tanto le gustaba. No disponíamos de apenas tiempo para despedirnos, el dron pasaba en media hora y debíamos cubrir bien su cuerpo antes.

Como homenaje de despedida, construimos unas grullas coloridas de origami y escribimos mensajes en ellas. *"No olvidaré tu sonrisa, cuidaremos tus pajaritos. Vuela alto amigo. Abraza a Mateo de mi parte"*. Le hubiese escrito muchas cosas más, pero en aquellos momentos mi mente andaba colapsada; estaba mirando a la muerte de cara y mis peores fantasmas revivían en mi interior. Colocamos una a una las grullas alrededor de su cuerpo para que lo acompañaran en su viaje. Santi había sacado su *cello* decidido a regalarle su última canción. Empecé a oír los primeros acordes *The sound of silence* de Simon and Garfunkel, y sentí como la melodía podía acariciarme el alma. Sin hablar, nos fuimos agarrando las manos en señal de amor y respeto, esta vez no contuve mis lágrimas y dejé que afloraran en silencio. Cerré mis ojos y vi cómo Mateo lo venía a buscar; los dos me sonreían, estaban bien.

Cuando los acordes cesaron, nos apresuramos a cubrirlo con tierra y corrimos hacia la casa. Antes de entrar, volteé por última vez mi cabeza hacia su tumba y vi cómo dos hermosas tórtolas se posaban sobre ella. Algo dentro de mí se quedó en paz al contemplar aquella imagen.

El dron pasó pocos minutos después de nuestra ceremonia improvisada. Cogimos las mochilas y nos subimos al Patrol para iniciar nuestra ruta. Poco a poco fuimos dejando atrás las siluetas de Carmen y Toni, que no dejaron de decirnos adiós con la mano. Aquella partida fue emotiva para todos; recuerdo aquel último abrazo que nos dimos con añoranza. El futuro se nos presentaba incierto; había elegido sumarme a esa locura de plan sin apenas pensarlo y, a aquellas alturas de la historia, solo podía confiar en que saliera bien. No era creyente, pero aquel día me descubrí rezando para mis adentros a un dios que no me resultaba compasivo.

Me inquietaba compartir el espacio reducido del todoterreno con Biel, mi rabia andaba desatada. Hacía días que me había quedado sin la sertralina y empezaba a ver las cosas del color que eran. Llevaba un enfado monumental con él y me resultaba difícil contenerme.

Fuimos sorteando caminos secundarios de montaña, evitando los controles policiales que localizamos con la radio. Eso nos hizo demorarnos más, y un viaje de hora y media, se convirtió en uno de casi cuatro. Los caminos eran bastante agrestes y nos pasamos gran parte del trayecto cruzando los dedos para no pinchar una rueda o para no quedar encallados en cualquier socavón. Santi conducía el Patrol con seguridad, aunque lo escuché resoplar en un par de lugares en los que estuvimos a punto de quedarnos encallados en el barro.

Admiraba el temple que tuvo durante el trayecto; yo no sé si hubiera sido capaz de conducir aquella tartana por semejantes caminos.

La energía eléctrica del Patrol nos dio para llegar hasta el complejo deportivo de Sant Joan de Vilatorrada, pasado Manresa. A pesar de las vueltas que hicimos, conseguimos llegar un poco más lejos de lo esperado. Escondimos y abandonamos el vehículo en una callejuela alejada del núcleo urbano y empezamos a andar. Según el mapa que llevaba Santi, teníamos unos dieciocho kilómetros a pie, y yendo bien, sin imprevistos, nos quedaban aún otras cuatro horas de camino, montaña a través. Fuimos en dirección Canet de Fals, dado que era la ruta que nos parecía más segura. Confiábamos en que nadie del pueblo nos había visto ni podría delatarnos.

La caminata por el monte se me hizo insoportable, me acordé de las innumerables veces que pensé en hacer ejercicio físico y desistí antes incluso de intentarlo. Mi dejadez era un lastre del cual no podía deshacerme; estaba muy floja y las botas me regalaron unas ampollas que no tardarían en reventarse para dar lugar a dolorosas llagas. A pesar de eso, no me quejé e intenté no atrasarlos. Caminaba en la retaguardia, pero no me detenía. Estaba atormentada mentalmente; mientras intentaba no flaquear, luchaba con mis pensamientos de cansancio extremo. Aún sentía el cuerpo revuelto con los recuerdos crudos del aborto y la decisión de no haber bajado a la habitación de Santi aquella noche me generaba cierta inquietud.

Me veía mal físicamente, si no conseguíamos transporte hasta la Seu, no llegaría a pie en aquel estado y tendría que quedarme en Can Figuera.

En la última etapa del camino, tuvimos que improvisar y escondernos bajo unos matorrales durante una larga hora. La respiración de Biel cerca de mi cara me resultaba irritante. Un helicóptero sobrevolaba la zona, eran ya las seis de la tarde e íbamos a quedarnos a oscuras en breve. No esperábamos encontrar helicópteros en esa zona y eso nos hizo sospechar que las cosas no iban bien. El ambiente nos resultaba enrarecido. Esa parada resultó angustiante, pero me permitió recuperar algo de fuerzas para retomar el camino. Bajo aquellos matorrales, experimenté otro *flashback*; las situaciones de estrés estaban disparando esos recuerdos.

Capítulo 15

Sonó el timbre. Era la cartera, una mujer de mediana edad muy peculiar. Tenía una voz radiofónica y sufría de una leve cojera, solía tener los días torcidos y no daba ni los buenos días.

—¿Mateo Robles Penas vive aquí?

—Sí, está de servicio —respondí observando la carta que sostenía entre sus dedos.

—Traigo una carta certificada. ¿Qué hacemos? ¿Usted es…?

—Liliana Mir Ibáñez, su pareja.

—Si me da su DNI, la puede recibir usted misma. Anótelo aquí y firme.

Cerré la puerta con extrañeza, Mateo aún no había vuelto a casa después de ser reclutado. Conseguimos hablar por teléfono tres veces en todo ese tiempo, pero no pude contarle nada del aborto por miedo a que nuestras conversaciones estuvieran siendo grabadas, seguía afectada por ese tema. Durante esas escasas llamadas, me esforcé por fingir que todo iba bien y que estaba perfectamente. Nuestras conversaciones fueron frías y entrecortadas, sabía que los compañeros lo vigilaban; trabajar para el Gobierno requería tener los ojos bien abiertos y saber cubrirse siempre las espaldas. Colgaba el teléfono y me echaba a llorar en soledad durante horas. No tenía ni idea de cómo le revelaría aquel terrorífico episodio.

A Mateo lo fueron cambiando de puesto por diferentes hospitales militares de todo el país. Yo confiaba en que pronto pudiera obtener una vacante cerca de casa y lo dejaran pernoctar conmigo. Su pasado de activista y simpatizante de la izquierda no lo había ayudado en nada y, por ahora, seguía cubriendo plazas en lugares que sus compañeros fascistas desechaban. Mateo sabía que pasar desapercibido era la mejor opción; no destacar y limitarse a trabajar. Habían habilitado tiendas de campaña del ejército para los reclutas, los llamados Hogares del Bien. Si te destinaban cerca de casa, podías pedir un permiso especial para pasar el día festivo semanal en familia y, con algo de suerte, cuando las tiendas estaban abarrotadas y sin camas libres, te dejaban dormir en tu domicilio. La vida en los Hogares del Bien era insalubre, con poca higiene, escasez de agua potable, falta de camas, comida basura… Parecían más presos que salvadores de su patria. Así era el JD, austero para las necesidades verdaderamente importantes y derrochador para otras absurdas como podían ser eventos, desfiles y demás.

No sabía si abrir la carta o guardarla en un cajón hasta su regreso. ¿Quién iba a escribirle ahora? ¿Sería un permiso del Estado? ¿Noticias de él?

No estuvo bien, lo sé, pero le abrí esa carta sin remordimientos. Lo que contenía no hizo más que incrementar mi curiosidad. En ella había una llave que pendía de un llavero rojo en forma de trisquel en el que se podían leer una serie de números: *13122409.* ¿Qué significado tenía aquello? Puse la casa patas arriba buscando alguna caja o algo similar que pudiese abrirse con esa llave, no encontré nada. Me pasé horas pegada al ordenador intentando averiguar qué era aquel código numérico o a que podía hacer referencia, descarté números de teléfono y cuentas bancarias. Estaba perdida y no lograba resolver el misterioso enigma. La llave tampoco me dio grandes pistas. Era común, de tamaño pequeño, como las que abren taquillas, candados o cajas metálicas. ¿Quién le enviaba aquello a Mateo y por qué?

El sobre no llevaba remitente y el matasellos procedía de la Seu d'Urgell. ¿Quién estaba allí? No recordaba a nadie que viviese allí y Mateo nunca nombró a ningún pariente ni amigo de aquella zona. Tenía a su pequeña familia repartida entre el País Vasco y Barcelona, pero en la Seu d'Urgell no, lo recordaría. Para no perderla con mis despistes habituales, la uní a mi manojo de llaves. Cuando volviese Mateo, le preguntaría el significado de todo aquello.

Capítulo 16

El zarandeo de Biel me hizo volver de inmediato a los matorrales. Había que irse y avanzar rápido; estaba cayendo la noche y teníamos que llegar a Can Figuera cuanto antes.

Mientras caminaba y me esforzaba por seguirles el ritmo, la imagen de aquel extraño llavero con el trisquel rojo, como el que encontré bajo la cama de Biel, volvió a aparecer en mi mente. ¿Qué relación tenía Biel con eso? Estaba muy confusa. No podía perderlo de vista, parecía esconder algo. No podía ser casualidad que Biel quedase justamente en la Seu con su contacto y que la carta del trisquel de Mateo tuviese el matasellos de allí. Algo tenía que ver, pero no sabía qué.

Después de una hora más de camino, casi a oscuras por la montaña en la que estuve agonizando en silencio por mis llagas en carne viva, divisamos Can Figuera. Aquella casa imponía respeto; las hermanas Ortiz debían de estar dentro de la casa principal porque no parecía haber movimiento en el exterior.

La casa pertenecía al conjunto arquitectónico de Sant Cristòfor de Figuera, en plena sierra de Castelltallat, y descansaba sobre un pequeño cerro. De día, las vistas tenían que ser alucinantes. La casa principal estaba anexada a una antigua ermita románica bien conservada y rodeada por un muro de piedra gris con una gran arcada que nos indicaba su entrada. Fuera del muro se podían ver dos casas más en buen estado; Santi me contó que en el pasado fueron destinadas al turismo rural, pero que en esos momentos permanecían cerradas a la espera de la retirada del estado de alarma. Can Figuera era la típica masía catalana de piedra. Las dos casas destinadas al turismo rural habían sido construidas con delicadeza, respetando el entorno e imitando el estilo arquitectónico del lugar. Pese a ser un complejo grande en extensión, estaba tan integrado en el entorno que transmitía solidez y armonía.

Me fijé en una furgoneta blanca, antigua, aparcada junto al muro, aún de las de gasolina. La gente de campo las seguía usando en sus terrenos privados, dado que el Gobierno prohibió su uso a principios del 2026 y no podían circular por la vía pública. Quien pudo permitírselo se pasó al vehículo eléctrico.

Las hermanas Ortiz rozaban ya los cuarenta años y eran mellizas. Regentaban la casa familiar y habían estado a cargo del negocio durante la última década. Marta Ortiz estaba casada con José Valls, el

cual fue reclutado tres meses antes de nuestra llegada, cuando ampliaron la franja de edad hasta los cuarenta. Tenían a Telma, una hija adolescente de quince años. Júlia Ortiz vivía con ellos. Ambas habían heredado el negocio y el complejo de viviendas de sus progenitores. Santi nos puso al día de la situación por el camino. Fue así como me enteré de que Júlia enviudó como yo en plena pandemia del CMEX-26. Hacía muchos años que no las veía, pero guardaba buen recuerdo de ellas. Eran cariñosas y amables, siempre dispuestas a ayudar. Seguro que serían unas buenas anfitrionas.

Actualmente, estaban las tres solas al frente de la casa. Teniendo en cuenta los asaltos y los robos, sumado a la escasez de suministros básicos y al cierre temporal de la casa rural, seguro que no debía de ser fácil sobrevivir en aquel lugar aparentemente idílico.

Capítulo 17

Las Ortiz eran como dos gotas de agua: espigadas, huesudas, de tez blanca y cabello rubio ceniza ondulado. En el pasado las diferenciaba por el peinado, una se pasaba las planchas y la otra se lo rizaba. A temporadas, alguna se desmarcaba con un tinte de color o unas mechas. Después, Júlia empezó con los *piercings* y los *tattoos*, y ya no hubo más confusiones de identidad. Al verlas, noté que aquello de diferenciarse con el pelo seguía vigente en ellas. Júlia nos sorprendió con un rapado al uno muy rompedor. Marta, en cambio, lucía un look más convencional con una media melena por encima del hombro. Salieron a nuestro encuentro con una sonrisa. No me decepcionaron, seguían igual de hospitalarias. La vida no las había tratado bien, pero apostaban por seguir sonriendo, o eso decían. Al poco tiempo de llegar nos contaron la situación de Telma, la hija adolescente de Marta. Se contagió de CMEX-26 durante el verano pasado y estaba postrada en la cama. Sobrevivió al virus, pero seguramente hubiera preferido seguir el destino de su difunto tío, a seguir encarcelada en un cuerpo que no respondía y con una mente hueca.

Marta y Júlia estaban volcadas en cuidarla. Como Telma era menor de edad, no tenía hechas sus últimas voluntades y, en esos casos, la familia decidía si se le aplicaba la eutanasia o no. Las hermanas Ortiz se mostraban esperanzadas en nuevos y milagrosos avances médicos para los próximos años, por lo que no querían ni oír hablar de dejar ir a su niña. “Tiene toda la vida por delante”, decían. No les faltaba razón, ¿pero qué tipo de vida? Aquello era una muerte en vida como tantas otras que había repartidas por todo el mundo. Oírlas hablar como si Telma estuviese allí con nosotros era delirante, se retroalimentaban una a la otra sin dejar que nadie más hablase. Me sorprendió verlas en aquel estado mental.

—Telma está mejor, ya tiene las escaras cicatrizadas —empezó diciendo Marta.

—Sí, sí, cicatrizadas por completo —le respondía Júlia.

—Eso mismo. Gracias a la arcilla verde y a la crema de árnica.

—Aquí todo lo que usamos es natural.

—Es capaz de respirar por ella misma, señal que aún recuerda cómo vivir —insistía Marta.

—Por supuesto, mira cómo no se ha olvidado de eso. Este estado es transitorio —reforzaba Júlia, mirándonos con una sonrisa en los labios.

Podían mantener una conversación así durante mucho tiempo hasta que alguien lograba interrumpir su verborrea y captar su atención. Las Ortiz no estaban bien y tenían una manera curiosa de mostrar su depresión. Constaté que habían aprendido a aparentar una normalidad inexistente y al escucharlas pensé que para ellas era real. Supuse que creían todas aquellas fantasías porque no estaban preparadas para asumir la cruel realidad que tenían. Vivían inmersas en un estado de negación patológico.

Santi les mandó un telegrama avisándoles de nuestra llegada cuando partimos de Campreciós para no asustarlas con nuestra presencia. Nos recibieron con los brazos abiertos y nos ofrecieron un buen plato de arroz hervido de bienvenida. Los alimentos escaseaban y aquel cereal insípido supuso un manjar. Las hermanas pensaron que lo mejor sería que aquella noche durmiéramos en la ermita románica. Las dos casas rurales estaban cerradas y no querían levantar la mínima sospecha de movimiento en ellas. El helicóptero revoloteaba por la zona desde hacía una semana y aún no sabían por qué. Aceptamos su propuesta y nos pusimos a mover unos colchones para instalarnos en la ermita de Sant Cristòfol de Figuera, la cual databa del siglo XII.

La ermita era un templo románico bastante pequeño, con una nave rectangular y un ábside semicircular. Estaba adosado a la masía de Can Figuera y lucía un campanario de torre en su parte posterior, con unas campanas restauradas a principios de este mismo siglo. Una característica que la diferenciaba de otras ermitas de la época era su fortificación, realizada hacia el siglo XVI. La idea de dormir en un lugar con tanta historia y carga espiritual me resultaba inquietante. El lugar estaba muy frío y Marta nos encendió una estufa de gas antigua para intentar romper el helor. Odiaba ese tipo de estufas, aquellas reliquias ya estaban casi extinguidas y me provocaban dolores de cabeza agobiantes. Las veía como un peligro, unas auténticas bombas de fuego o de gas. Las causantes de morir quemada viva o de morir dulcemente intoxicada. Aquel aparato era de todo menos inofensivo.

Cogí mi colchón y me aparté lo más que pude hacia el ábside, no me gustaba dormir tan cerca de Biel ni de la maldita estufa. Hacía unos años que me había vuelto delicada para dormir, necesitaba oscuridad y silencio. Tenía un sueño excesivamente ligero y no podía abandonar mi estado de alerta ni durmiendo. Los terrores nocturnos que sufría Mateo habían acabado generándome un trastorno del sueño que no lograba resolver y aquellos días sin luz solar solo hicieron que incrementar mi insomnio.

Mientras organizaba mi cama de aquella noche, vi cómo Astrid salía de la ermita y volvía a casa de las Ortiz. Intuía que había empezado su cruzada personal para liberar a Telma del amor enfermizo de su madre y de su tía. Durante la cena, había intentado

confrontarlas con la realidad sin lograr ningún éxito. Ella era de las que no se rendían fácilmente, era muy posible que hubiese vuelto a la casa principal con la idea de hacerlas reflexionar entorno a la eutanasia. Solo esperaba que fuera delicada, había mucho dolor dentro de aquellas dos mujeres y parecían convencidas de estar haciendo lo mejor para Telma.

De reojo vi cómo Biel se metía dentro del saco de dormir sin apenas mediar palabra. Como sospechaba, no tardó ni dos minutos en deleitarme con sus ronquidos. Mi noche iba a ser larga en aquellas condiciones sonoras. La acústica de la ermita ponderaba los gruñidos de Biel.

Decidí sentarme un rato en el colchón a ver fotos del móvil, traerlo no había sido tan mala idea. Con la vuelta de la electricidad pude cargarlo y volver a conectarme con mi vida. Mirar fotos me trasladaba a un pasado más feliz con los míos, con Mateo.

Capítulo 18

Hacía dos semanas que Mateo había vuelto a casa. Lo catalogaron de no apto después de más de un año de servicio y aquello le quitaba el derecho a cualquier prestación económica hasta que pudiese encontrar un trabajo nuevo remunerado.

Ser declarado no apto era visto como una humillación para la sociedad y podía resultarle difícil reinsertarse en el mundo laboral. A mí me daba absolutamente igual aquel papel; estaba feliz de tenerlo en casa de vuelta. Mi alegría inicial se fue difuminando a medida que pasaban los días. Mateo no era el mismo, estaba extraño, distante. Durante varios momentos del día se quedaba bloqueado mirando a un punto fijo, no sabía qué le pasaba por la cabeza y cuando le preguntaba, no quería hablar sobre ello. A menudo le sudaban las manos y lo veía muy ansioso. Por las noches solían despertarme sus gritos y sus patadas: sufría terrores nocturnos. Por la mañana le preguntaba y decía no acordarse de nada. ¿Qué le habían hecho a mi Mateo?

Me concentré en cuidarlo. Pedí avanzar mis días de vacaciones para poder estar juntos y reencontrarnos. Confiaba en traerlo de vuelta, pero por mucho que me esforzaba, no conseguía llegar a él. Había un muro invisible entre nosotros y no dejaba de culparme por no haberlo podido salvar de aquel reclutamiento forzoso, por no haber tenido el coraje de huir cuando aún estábamos a tiempo. Mateo no me contaba casi nada de lo que había visto durante esos meses, quise saber por qué fue declarado no apto, pero él solo me repetía que no lo sabía. Una y otra vez.

Yo no perdía la esperanza en su recuperación. Necesitaba poder compartir con él lo del aborto, no me sentía bien cargando sola con aquel secreto. Aquel bebé también era parte de él. Se me movían sentimientos muy dispares y totalmente irracionales. En ocasiones me sentía enfadada con él por no haber estado, por no haber tenido cuidado al correrse aquel día, por no sostenerme, por haber tenido que pasar por aquel matadero clandestino sin él, por la pena que sentía desde entonces… Y en otras ocasiones una culpa insaciable aparecía sin avisar, devastando todo lo que encontraba a su paso y me sentía como una auténtica mierda.

La ansiedad mental se me estaba haciendo insostenible, pero nunca encontraba el momento idóneo para hablarlo. Volvió tan abatido que no tenía coraje de cargarlo con más cosas y confieso que tenía mucho

miedo a ser juzgada con dureza por haber tomado la decisión que tomé. Me repetía que Mateo nunca me haría eso, que él hubiese hecho lo mismo en mi lugar, que ninguno de los dos quería un bebé en aquellas circunstancias, pero nada conseguía sosegar mi angustia. Aquel secreto fue haciendo mella en mí, necesitaba soltarlo y una noche, cuando ya no pude más, me atreví a dar el paso. Desde el regreso de Mateo que apenas nos tocábamos, había algo en mi interior muy irracional que evitaba el contacto físico con él. Intentaba esforzarme por superar aquel rechazo, pero solo conseguía incrementar mi frustración. Mateo tampoco se mostraba receptivo; vino tocado emocionalmente de aquellos meses de servicio y no era capaz de sostenerme. Estaba absorto en él mismo y no veía más allá. Sentía mucha tristeza en mi interior, como un agujero negro insaciable…

—¿Estás dormido? —le pregunté, abrazándolo por detrás en la cama a oscuras.

—No... —susurró somnoliento.

—Tengo que contarte algo importante, lo necesito —empecé. Mateo hizo el gesto de voltearse, pero lo abracé más fuerte para detenerlo—. Prefiero que hablemos así...

—¿Qué pasa, *polita*? —preguntó intrigado.

—Pasaron cosas muy fuertes para mí cuando te reclutaron —La voz empezaba a temblarme y cogí aire para recuperarme—. ¿Recuerdas la última noche que nos acostamos?

—Claro, fue especial, la he recordado infinidad de veces...

—Pues perdimos el control... —solté con prudencia, acariciándole el brazo.

—¿Cómo dices? —Noté preocupación en su tono de voz.

—Que me quedé embarazada, amor... —Las lágrimas empezaron a inundar mis ojos, y tuve que respirar hondo para poder seguir. Mateo se dio la vuelta y me besó la cara.

—Hostia, Li... —Lo sentía nervioso y lo agarré de las manos—. ¿Y qué pasó? ¿Cómo...?

—Aborté, Astrid me ayudó. Fue terrible —Rompí a llorar, no podía pronunciar aquella palabra sin partirme en dos—. Lo siento, cariño... Te eché tanto de menos...

Mateo rompió a llorar conmigo y me abrazó. Tardó unos segundos en poder articular alguna palabra.

—Soy yo quien lo siente... Lo siento muchísimo... —Mateo enjugaba mis lágrimas con ternura.

Hubo un antes y un después a raíz de aquella conversación. Fue un cambio gradual, tranquilo y paulatino. Poco a poco nos fuimos acercando, sentía que ya no se me cerraba el cuerpo cuando él se aproximaba. No éramos los mismos, algo nuestro se quedó

irremediablemente por el camino, y nuestra relación se hallaba en plena transformación. Las vivencias del último año se habían llevado por delante una parte importante de nuestra inocencia. Amaba a Mateo, pero no sentía lo mismo por él. Estaba muy confundida con aquellos sentimientos nuevos que me recorrían por dentro.

Una mañana, le hablé sobre la misteriosa carta que recibí a su nombre meses antes. Con tanta intensidad emocional, por poco me olvido de ella.

—Cariño, llegó una carta certificada para ti hace unos meses. La abrí pensando en que podía ser algo importante, perdona —Mateo me miraba atento a lo que contaba—. La cuestión es que en el sobre no había ninguna carta, ni comunicado ni nada que se le pareciese. En su lugar, había una llave con un llavero en forma de trisquel y unos números.

—¿Dónde la tienes? ¿Se la has enseñado a alguien? —Aquella actitud me sorprendió, se puso nervioso.

—Espera, está con mi manojo de llaves y no, no se lo he contado a nadie.

Aquello no era del todo cierto, Astrid lo sabía, pero al verlo tan agitado decidí no mencionarlo. Mateo cogió la llave y la sostuvo unos instantes, respiraba más aliviado, lo podía ver en su cara. Me acerqué a él y le agarré la mano suavemente.

—¿De qué va esto Mateo?, ¿esperabas esta llave?, ¿para qué?, ¿qué abre? —No podía reprimir mis preguntas, llevaba meses sin respuestas y Mateo parecía ser la clave para descifrar ese enigma.

—No puedo decirte nada, *polita*. Por tu seguridad es mejor que no sepas nada —Mateo hablaba con ansiedad en su voz.

—Pero Mateo, quiero estar contigo en esto. Estás tan nervioso...

—Esta vez no puedo contártelo, en serio. Pero necesito pedirte algo, Li.—Me miraba resignado.

—Dime, cariño, lo que sea —respondí con esperanza.

—Si me pasa algo, guarda bien esta llave y el código, te serán útiles en el futuro.

—Me estás asustando... ¿Cómo pueden serme útiles si ni siquiera sé de dónde son?, no entiendo nada. ¿Me lo explicas? —insistí.

—Si llega el momento lo sabrás, *polita,* te lo prometo.

Capítulo 19

Volví de mis recuerdos a la ermita, cuando noté a Santi sentado junto a mí en el colchón.

—¿Rememorando viejos tiempos? —me dijo con complicidad acercándose un poco más.

—Intentando no olvidar los momentos bonitos —contesté con una sonrisa.

—¿Me dejas mirar? —preguntó aproximándose un poco más al teléfono.

No me apetecía compartir tanta intimidad, pero no supe negarme y he de reconocer que me hizo bien tener aquel rato con él. Por un momento el mundo se paró y me pareció estar en un lugar seguro. Santi era mi lugar seguro. Sus manos fuertes y cálidas, su sonrisa cariñosa, su mirada dulce…

—Siento no haber bajado a tu habitación… —me atreví a decir, necesitaba hablar sobre ello, aunque me costaba horrores hacerlo. Santi me abrazó por los hombros con una sonrisa y sentí como mis ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Estás bien? —me susurró con ternura—. ¿He hecho algo? —preguntó desconcertado.

—No —respondí con un nudo en el estómago mientras me abrazaba fuerte a su brazo—. Al revés… Soy yo Santi, que no estoy bien —Intentaba secarme las lágrimas y dejar de llorar, pero no lo conseguía. Mis manos empezaron a temblar.

—¿Ha pasado algo más que yo no sepa? —preguntó con delicadeza—. Para mí ha sido un regalo volverme a encontrar contigo, te lo juro, Li… Siempre me has gustado…

Rompí a llorar todavía más al oír sus palabras y me quedé unos segundos abrazada a él buscando consuelo. “Siempre me has gustado”, cuántos años soñando con aquella frase y cuando por fin la oía estaba desmontada emocionalmente.

—Yo también Santi —logré decir apartándome un poco de su pecho y mirándolo a los ojos—. Es que no paran de venirme recuerdos muy nítidos a la mente y algunos son muy dolorosos… Pero volver a estar contigo ha sido un regalo que no sé ni si merezco…

—Venga ya, qué dices tía… Nos merecemos vivir, ¿me oyes? —Asentí con la cabeza y Santi me besó con pasión. Sentía ahogo de tanta emoción.

—Si quieres compartir esos recuerdos feos, yo estaré encantado de

escucharte, de verdad —sugirió mirándome—. Quien más o quien menos arrastramos mierdas varias de estos últimos años.

Dudé unos instantes entre si abrir ese melón o guardármelo para mí. Santi me gustaba de verdad y no quería cargar con secretos, así que me lancé sin pensármelo demasiado.

—Me dejé llevar la otra noche contigo, deseaba sentirte, tocar tu piel, amarte... —le confesé con esfuerzo—, pero no haber usado condón desencadenó una movida interna muy fuerte. —Agaché la cabeza, las palabras me salían entrecortadas y experimenté cierto pudor.

—Ostras, lo siento, Li. Yo también me dejé llevar, pero te prometo que no me corrí dentro. Tampoco tenía preservativos, cada vez cuesta más conseguirlos —expresó preocupado.

—Ya, ya... Yo tampoco tenía... —me apresuré a decir, lo último que quería era responsabilizarlo a él—. Soy yo Santi... Viví un aborto clandestino cuando reclutaron a Mateo, una película de terror. —Respiré profundamente y agaché la mirada—. Desde entonces le tengo pavor a otro embarazo, no sé si sería capaz de volver a pasar por aquello otra vez. —Rompí a llorar de nuevo con aquella confesión y cubrí mi cara con las manos.

—¡Uf!, Li, joder —me abrazaba fuerte y me acariciaba la cabeza—. No sé qué decir. Lo siento mucho... Puto JD, es para matarlos a todos... No imagino por lo que has tenido que pasar...

—Pensaba que lo llevaba mejor, lo siento...

—Ni se te ocurra disculparte, madre mía... Si sois unas guerreras...

Nos besamos y nos acurrucamos en el colchón de noventa bajo el saco de dormir. Nos acariciamos los cuerpos por debajo de la ropa. Con ternura, con delicadeza y con deseo. Rocé rítmicamente mi vulva contra su pene caliente y duro. Verlo estremecerse de placer, me encendía. Santi me encendía. Tumbaba, una a una, todas mis defensas. Con él sacaba una parte loba y salvaje de mí que apenas reconocía. Con Mateo el sexo fue muy diferente y en la última época casi inexistente. Jugamos a tocarnos lentamente, suave, sintiendo como lo eléctrico se apoderaba de nuevo de nuestros cuerpos y los poseía. Transformamos nuestro sexo desenfrenado de la primera noche en una experiencia sensorial dulce y morbosa. Nos masturbamos mutuamente sin dejar de mirarnos desfallecer de placer. Nuestros jadeos sordos y las respiraciones entrecortadas no despertaron a Biel que seguía roncando a unos metros de distancia.

—Li —dijo Santi al rato rompiendo el silencio—. Siento sacar este tema ahora, pero es urgente y quería hablarlo contigo.

—Dime —respondí incorporándome y apoyando mi espalda en la pared fría del ábside. Santi también se sentó a mi lado. Presentía algo que no me gustaba.

—He de quedarme en Can Figuera, las Ortiz no pueden gestionar lo de *Barrakuda* y no sé cuántas bajas habrá en la asamblea con todo lo que está pasando estos días —expresó con resignación.

—Esperaba que vinieses a la Seu —respondí confundida, aquella información me pilló por sorpresa—. No me fío nada de él —dije señalando a Biel.

—Es inofensivo, un tanto egoísta, pero lo veo incapaz de matar a una mosca.

—Me gustaría creerte, pero me da muy mala espina. Aún no hemos resuelto lo del teléfono de Arnau, por ejemplo... —insistí con cautela. No quería separarme de Santi.

—¡Ay, Lili! —me dijo mientras me abrazaba por el hombro—. Has visto demasiadas películas de policías, esto es el mundo real. Es Biel, no un asesino en serie. Confía en mí, todo va a ir bien, Astrid también os acompañará. Después lo hablamos los tres, ¿vale?

Sus palabras sonaban bien, pero yo empecé a sentir cierto enfado. Estaba disgustada por no haber sabido establecer límites y por haber abandonado mis planes originales del búnker. Ahora Santi se quedaba a medio camino y yo deseaba que siguiera conmigo, ¿lo volvería a ver?

Pensé en mis sesiones de terapia en torno a la asertividad y sentí que no habían sido provechosas. Seguía actuando igual, repitiendo patrones. No tenía planeado aquel viaje suicida, pero tampoco tenía coraje suficiente para abandonar el barco. Esa falta de iniciativa me cabreaba. “Te tienes que empoderar, Lili”. Laura, la terapeuta, me repitió esa afirmación infinidad de veces. ¿Cómo me empodero ahora?, ¿los dejo tirados a medio camino?, ¿podría abandonar al grupo sin sentirme culpable de por vida?, ¿qué pensarán de mí? Qué fácil era decir ese tipo de afirmaciones baratas en consulta, Laura no tenía ni idea de a lo que me enfrentaba. ¿Y qué pasaba con Santi?, ¿dejaba nuestra historia a medias otra vez y salía corriendo?

Salí despedida de mi bucle mental cuando oí el grito seco de Astrid. Corrimos nerviosos hacia el exterior de la ermita, sin tener ni idea de lo que estaba ocurriendo. Biel también se despertó de un salto y nos siguió.

Cuando abrí la puerta de un golpe, no podía creer lo que veía. Marta apuntaba a Astrid con una escopeta de caza, mientras Júlia intentaba hacerla entrar en razón para que tirase el arma. Marta parecía estar fuera de sí. Dirigí la mirada hacia Astrid, nos miraba desesperada. Pude sentir el pánico en sus ojos.

—Vienes a matar a nuestra niña, lo sé —le gritaba Marta con toda su ira—. A mí no me engañas, ¡eres una traidora! ¡Bruja!

Júlia luchaba por calmarla, asegurándole que no permitiría que nadie hiciera daño a Telma, pero Marta estaba completamente fuera

de sí y no atendía a razones. Júlia lloraba desesperada suplicándole que bajara el arma.

¿Qué narices le había dicho Astrid para desencadenar aquel brote de locura en ella?, su vena de salvadora universal se le habría girado en contra. Marta no estaba en sus cabales y parecía capaz de cualquier cosa.

Santi hizo el ademán de acercarse a ella y Marta se alteró todavía más.

—¡Tú! ¡Alto ahí! No des ni un paso más —le dijo apuntando en nuestra dirección. Casi por instinto sujeté a Santi del brazo para evitar que avanzase.

—Venimos a ayudar, te lo prometo. Astrid no quiere hacerle nada a Telma —Santi hablaba lo más tranquilo que podía, pero Marta era impredecible en aquel estado—. ¿Me dejas acercarme a ti y lo hablamos tranquilamente? No me gustan las armas, me pongo muy nervioso. ¿La puedes bajar?

—¡Y una mierda! —respondió la mujer con la cara desencajada—, ¿estás con ella? Dime, ¿tú también te has vendido? Hay que matar a esta cucaracha, ¿no la ves? Solo una madre sabe cuándo sus cachorros están en peligro y yo, por Telma, ¡hago lo que sea! —Se giró hacia Astrid de nuevo para gritarle—. ¡Lo que sea, ¿me oyes?!

El pulso le temblaba cada vez más de la rabia que vivía. Astrid no abría la boca, creo que sabía que era mejor no hablar. Si intentaba decir cualquier cosa, se arriesgaba a hacerla disparar. A partir de ese momento, todo fue muy rápido. En milésimas de segundo, vi a Júlia abalanzarse sobre su hermana en un intento desesperado por arrebatarle el arma. Las dos cayeron al suelo y la escopeta se disparó. Un proyectil impactó en el hombro de Astrid que cayó de inmediato al suelo emitiendo un grito de dolor.

—¡Noooo! ¡Maldita sea! —les grité mientras corría hacia Astrid.

Biel y Santi corrieron a ayudar a Júlia para arrebatarle el arma a Marta. La entraron con esfuerzo en casa, era increíble la fuerza que tenía con ese brote. Me acerqué a Astrid muy angustiada, no podía perderla, no superaría su muerte. Ella no, ella no, pensaba. Mi hermana, mi compañera de fatigas, mi apoyo incondicional, la única que sabía quién era yo con todas mis luces y mis sombras. Astrid no, por favor, Astrid no, me repetía.

—¡Astrid, Astrid! —Le di unas palmadas en la cara hasta que logré que volviera en sí—. Te vas a poner bien, te vas a poner bien.

—¡Lili, no la muevas! —me gritó Santi mientras salía de la casa—. Tenemos que localizar la bala primero.

Inspeccionamos la herida bajo la luz de la linterna y, rápidamente, vimos que la bala había entrado por el hombro derecho y había salido por la espalda. No parecía que hubiese órganos vitales afectados por el

impacto.

—Tenéis que presionar fuerte la herida para parar la hemorragia —decía Astrid con un hilo de voz—. Desinfectarla con alcohol o con algún licor, con lo que sea, pero que no se infecte…

Astrid perdió de nuevo el conocimiento. Dejé a Santi presionando la herida con un trapo de cocina y corrí a por el botiquín. Júlia trajo un poco de coñac, a falta de alcohol, el coñac serviría. Limpiamos bien la herida y conseguimos detener aquella hemorragia. Astrid seguía inconsciente y había perdido mucha sangre.

—Hay que coser la herida —les dije—. Yo no me veo capaz, no puedo. —Santi me miraba apurado, percibí que él tampoco quería hacerlo.

—Lo haré yo —dijo Biel—. Vamos a entrarla dentro que aquí no hay apenas luz.

Con todo aquel revuelo no me había percatado de su presencia y me sorprendió escuchar su ofrecimiento altruista. Entramos a Astrid en brazos a la ermita y Biel comenzó a coser la herida con una habilidad extraordinaria, era evidente que no era la primera vez que lo hacía.

—¿Dónde te enseñaron a suturar? —le pregunté sin tapujos, sosteniendo el brazo de Astrid para que no se moviera. Volvió en sí y gritaba de dolor.

—Uno tiene que estar preparado para todo —me respondió concentrado, sin mirarme—. Ya casi estoy, Astrid. Intenta no moverte.

¿Había recibido entrenamiento militar?, ¿a qué se refería con lo de prepararse para todo? Biel era una auténtica caja de sorpresas.

Capítulo 20

Aquella noche fue crucial para garantizar la supervivencia de Astrid, puse mi colchón a su lado y le sostuve la mano. No teníamos antibióticos, por lo que una infección podría ser fatal. Le di un ansiolítico, el dolor era fuerte y no se me ocurría como podía ayudarla más. Procurar que la herida estuviese lo más limpia posible y confiar en que cicatrizase rápido. Eché de menos a Carmen y a sus remedios naturales para todo, su sabiduría nos hubiera venido muy bien, y su entereza también.

Santi fue de nuevo a la casa, debíamos tener bajo control a las hermanas, no podíamos arriesgarnos a que Marta sufriera otro brote como el de aquella noche. Minutos más tarde yo también entré un momento en Can Figuera a por agua y los oí hablar en la cocina.

—No sé qué decir, Santi —se disculpó Júlia, trayendo un par de infusiones a la mesa—. Conoces a Marta, ella no es así...

—No es culpa tuya. ¿Es la primera vez que hace esto?

—Es la primera vez que hace algo así de grave, pero ya ha pasado por episodios en los que parecía ver alucinaciones. Por eso conseguí los calmantes, son para ganado, pero es que no pude encontrar nada mejor —respondió abatida.

—Lo siento, tía. Esto tiene que ser muy doloroso para ti. Quizás podrían instalarse con vosotras otras personas del colectivo, no sé...

—Ya, le he estado dando vueltas a eso. Los del colmado de Manresa, El Murciano y Clara, ¿sabes? —continuó Júlia sentándose en la mesa.

—Sí, las que organizaban las paellas en las fiestas populares de Manresa, ¿verdad? —respondió Santi.

—Sí, eso es... —siguió Júlia—. Pues les cerraron el colmado sin previo aviso y los tuvieron detenidos casi una semana. Nos temíamos lo peor. Según parece, algún vecino malnacido los denunció por traición a la patria y los sometieron a largos interrogatorios, pero no consiguieron sacarles nada y las soltaron.

—¡No me jodas! Pobre gente... No tenía ni idea —Santi parecía preocupado.

—Clara perdió la visión de un ojo a causa de los golpes y El Murciano fue operado de urgencias por una grave hemorragia interna. Se le reventó el bazo de las patadas que le propinaron. Una salvajada... —Oía a Júlia asustada.

—¿Y qué hacen ahora?, ¿dónde paran? —preguntó Santi

conmocionado.

—Ese es el tema, también les expropiaron la casa, así que hasta el momento están en una caseta de esas de guardar herramientas en la finca de un compañero. Había pensado en comentar el caso en la asamblea e invitarlos a vivir aquí —explicaba Júlia con voz más pausada.

—No le veo problema, si os podéis organizar para subsistir aquí las cinco, os podríais ayudar. Llevan años colaborando con vosotras, ¿no? Es decir, ¿confías en ellas?

—Sí, están con La Resistencia, siempre que han podido nos han echado un cable y, a pesar de las torturas, han sabido mantener silencio. Eso no es capaz de hacerlo cualquiera, ya lo sabes —apuntó Júlia.

Después de escucharlos unos minutos desde la sala, me decidí a entrar en la cocina. Júlia sostenía su taza con las dos manos y Santi jugaba pensativo con la cucharilla.

—¿Cómo está? —preguntó Júlia inquieta al verme.

—Le he dado un ansiolítico para el dolor y se ha dormido —respondí bastante seca pasando por su lado.

—Lo siento, Lili, no sé cómo ha podido pasar. —Júlia me miraba con desespero.

—Lo sé, no es culpa tuya. Lo importante ahora es que Astrid se recupere y podamos cerrar este capítulo tan feo… —Me acerqué al fregadero y cogí un vaso limpio.

—Sí, tienes razón… —suspiró Júlia.

—¿Tenéis agua potable?

—Sí, en esa jarra. Cógela si quieres, por si Astrid necesita beber durante la noche —me ofreció Júlia levantándose para indicarme la jarra en cuestión.

—Gracias. —Tomé la jarra, el vaso y salí por la puerta dando las buenas noches.

No pude evitar pensar que aquellas dos mujeres, necesitaban ayuda con urgencia. El CMEX-26 era muy cínico, en la mayoría de las ocasiones lograba no matarte, aunque te dejaba incapacitada de por vida: vacía, trastornada o tirada en una cama a merced de quien pudiese cuidar tu cuerpo. Los daños cerebrales en situaciones tan extremas como la de Telma, eran irreversibles. La persona ya no estaba y los familiares se enfrentaban a la terrible decisión de elegir entre el peso de la eutanasia sobre sus espaldas o el de la esclavitud permanente de los cuidados. Las familias más adineradas conseguían plaza en residencias o psiquiátricos, pero la mayoría de la población no disponía de recursos para ello. La diferencia de clases era más que evidente ¿Qué sociedad nos quedaba a los cuerdos? No podía dejar de dar las gracias por no haber sufrido aquellas secuelas durante mi

contagio. Las lagunas mentales que aún persistían en mi cabeza me inquietaban, pero resultaban insignificantes al lado de Telma.

Con aquel panorama era cuestión de tiempo que alguna desgracia aconteciese en Can Figuera. Habían desatado a Marta y descansaba en el sofá bajo los efectos de aquellos calmantes para ganado que le puso Júlia. Santi se quedó allí junto a ella, vigilando. Biel volvió como si tal cosa a su saco y se durmió a pierna suelta. Yo estaba tan acelerada que no podía pegar ojo. Decidí salir a la puerta de la ermita y me senté en los tres escalones de piedra a intentar relajarme.

Aquel nuevo escenario no me ayudaba en absoluto, no quería dejar a Astrid en aquel estado y mucho menos ir con Biel a salvar el mundo. Solo de imaginar que me quedaba sola con él, se me erizaban todos los vellos del cuerpo y me sobrevenía una taquicardia. Íbamos contra reloj, teníamos tres días para localizar el USB y pasárselo a la periodista. Aún no había resuelto el misterio de la llave de Mateo, ni el de aquel trisquel rojo, ni el del teléfono oculto en la habitación de Arnau. Aquello era un despropósito que se complicaba por momentos.

Mientras estaba fuera con mis cábalas vi venir a Santi.

—¿Va todo bien?, ¿cómo está? —me susurró agachándose para sentarse a mi vera.

—Igual, se queja de dolor y tiene algunas décimas. Estoy asustada. Lo de Marta es grave.

—La vigilaré, tranquila. Cerraremos la puerta de la ermita con llave —me respondió mostrándome la llave.

—Se les va la cabeza, mira cómo hablaban de Telma durante la cena. Son imprevisibles —insistí asustada.

—Lili, os tenéis que ir mañana, yo cuidaré de Astrid, te lo prometo —me dijo preocupado, mirándome fijamente—. Ella es una tía fuerte, en unos días la tenemos dando guerra de nuevo. Verás que sí.

—Me quiero quedar, no quiero irme. —Los ojos se me empezaron a llenar de lágrimas con aquella confesión.

—No podemos dejar solo a Biel. Iría yo, pero *Barrakuda* es vital también. Si vuestra misión fracasa será nuestra única alternativa. —Santi me cogía las manos con firmeza, no me daba opción a bajar del barco. Me sentía en una encrucijada, sin escapatoria.

—Sé lo grave que es todo esto, pero ¿qué quieres que haga yo si las cosas salen mal? Soy una cualquiera...

—Confío en ti, no te subestimes, todo va a salir bien. —Su tono motivador me desesperaba. Él no podía saber si todo iba a salir bien, de hecho, posiblemente, saliera todo mal.

—Ay, Santi, todo esto es una auténtica locura, ¡yo no puedo más! —iba a estallar, el enfado y la rabia me subían desde el estómago. Me levanté en un intento fallido de autocontrol, no podía respirar y empecé a darle pataditas a las escaleras de la entrada hasta que las

malditas llagas me hicieron detenerme. Él me dejó desahogarme unos minutos y después vino tras de mí. Logró agarrarme por detrás para calmarme y me deshice en lágrimas.

—Tranquila, tranquila —me susurraba meciéndome—. Siento haberte presionado, lo siento. En dos días esto se habrá acabado, es el último esfuerzo.

Estaba totalmente sobrepasada, agotada, adolorida por las llagas de los pies que me latían en carne viva… Aquel esfuerzo del que me hablaba iba a ser titánico, tenía miedo de colapsar y de que no hubiese vuelta atrás. Santi me consolaba, pero seguía presionándome para que siguiese con el plan, estaba entre asustada y enfadada.

—¿Vendréis para la Seu?, ¿qué planes tienes cuando acabes lo de *Barrakuda*? —le pregunté angustiada.

—No sé, Li. Imagino que volver a Campre en cuanto levanten el toque de queda —respondió confundido—, ¿y tú?

—Yo quería llegar a la Cerdaña y quedarme en el búnker con mi familia…

—¿Y ahora qué quieres? —Me miraba fijamente con aquellos ojos celestes que tanto me gustaban.

—Pues no sé, no sé qué narices hacer con mi vida, esa es la verdad… —Era una locura, pero en realidad, lo que yo quería en aquellos momentos era quedarme con él.

—A mí me gustaría ver a dónde nos lleva lo nuestro —confesó tímidamente.

Me quedé en shock, no esperaba aquella declaración de intenciones por su parte, Santi no actuaba igual que tiempo atrás, se mostraba más claro y decidido.

—Quiero decir, que me gustaría que nos siguiésemos viendo —matizó—. Podrías venirte a Campre una temporada mientras decides qué hacer…

Le sostuve la cara entre mis manos y lo besé con ternura. Sí, quería irme con él donde fuera y olvidar toda aquella pesadilla, pero sabía que no era real por ahora y seguía muy asustada. Mi viaje a la Seu era peligroso y la misión de distribuir *Barrakuda*, también. Si nos descubrían, no nos volveríamos a ver. Sentía terror a las torturas policiales que había escuchado infinidad de veces, yo no resistiría aquello. No era tan fuerte como ellos. No podía ni pensar en la posibilidad de perder a Santi o a Astrid. Sentía mi cabeza a punto de explotar.

—Si llegamos vivos a la Seu, intentaré llegar a la Cerdaña, Santi… —lo miré con tristeza—. Me encantaría estar contigo, pero necesito parar un tiempo. Cuando se calme un poco todo, quizás me anime a pasar en Campre una temporada —Le sonreí con cariño mientras sentía cómo se me humedecían los ojos. Tenía las emociones a flor de

piel.

—Lo entiendo, Li, estamos muy agotadas... Serás muy bienvenida si decides volver. —Me pareció ver sus ojos vidriosos. Nos abrazamos con cariño sintiendo en nuestras carnes el regusto amargo de despedida.

Me quedé dormida entre sus brazos, aún no sé ni cómo, aquel cansancio extremo me dejó extenuada. Amanecí unas horas más tarde junto a Astrid y sin rastro de Santi. Al abrir los ojos, me apresuré a tocarla y me pareció que ya no tenía fiebre. Aquello era una buena señal, una buena noticia para empezar el día.

—Buenos días —me sorprendió Biel ya preparado—. Hay café y algo de pan rancio en la cocina. Si lo mojas llega a ser aceptable. Come algo que tenemos un día largo.

Mi alegría inicial por el estado de Astrid empezó a agriarse con el saludo de Biel recordándome mi destino. Hice caso omiso a sus palabras y lo oí salir de la ermita. Me acerqué a Astrid y vi cómo ella también abría los ojos. Tenía ganas de volver a llorar, la intensidad de los acontecimientos no me daba tregua. Sentía los ojos hinchados e irritados de tantas lágrimas derramadas.

—¿Lili? —susurró con un hilo de voz.

—Estoy aquí, no te muevas que la herida se puede abrir. Te vas a poner bien.

—Marta se volvió loca de repente, no pude...

—Tranquila —la interrumpí—, la tenemos vigilada, no se volverá a acercar a ti.

—Hay que ir a la Seu, se nos tira el tiempo encima. —Astrid parecía no aceptar su situación.

—Tú no vienes, no puedes viajar —le dije tajante.

—Y tanto que voy. —Hizo un intento de levantarse del colchón y gimió de dolor. Era increíble la fuerza que mostraba.

—¿Qué haces? Para, tía, no es broma, tus heridas no pueden infectarse y aún te la vas a abrir. Estate quieta. —La detuve con mi brazo y volvió a recostarse en el colchón.

—¡Joder! Marta me ha fastidiado, pero bien. —Observé muestras de dolor en su rostro. Astrid no reclamaba, pero parecía que la herida le dolía bastante.

—Es un desastre, Astrid. No quiero ir a la Seu con Biel y mucho menos dejarte aquí —le confesé desesperada.

—Lo sé, nena... Esto no tenía que pasar. ¡Maldita sea! —resopló—. Piensa que son dos días. Dos días y se acaba. —Astrid intentaba animarme, pero yo no estaba de humor para escuchar aquel tipo de afirmaciones inciertas.

—Esto es surrealista, acompañaré al hombre de hielo a la Seu, pero después, tú y yo nos vamos a la Cerdaña. Pase lo que pase, ¡basta ya

de ir de salvadoras del mundo! Menuda mierda, en serio. Estoy muy cabreada. —Astrid me miraba con cierta compasión; sé que le dolía no poder venir. Después de aquello pensaba encerrarme en el búnker o en casa de mi madre durante un tiempo para procesar el huracán de emociones que me atravesaba.

—¿Qué pasa con Santi? Y no me digas que nada porque se te ve en la cara —me preguntó, levantando una ceja.

—¡Buf! ¿Tanto se me nota? —Sentí como mis mejillas enrojecían sin control.

—Tú dirás si se nota... —respondió con una mirada cómplice.

—Pues que ya me ha puesto la vida patas arriba... ¡Joder! Es que no puedo controlarlo, me gusta mucho, tía... —Poder hablar con Astrid sobre Santi me estaba liberando.

—Lo sabía —respondió, conteniendo su risa para no sentir dolor—. Santi es muy buen tío, yo le daría una oportunidad...

—Es que no puedo ni pensar, esto de la Seu me tiene la moral comida. —Sentía angustia cada vez que conectaba con el viaje—. No me creo que lo de Santi esté pasando. Me ha invitado a pasar una temporada en Campre para ver qué pasa con nosotros...

—Venga ya, ¿en serio? —Astrid abrió los ojos de par en par—. ¡Buah! Qué lo tienes colado, te lo digo yo... Ni se te ocurra escaparte a la Cerdaña, llevas años pillada por él, ¿me oyes?

—Ya... Pero es que necesito descansar, poner mi vida en orden, me siento desbordada. Voy como viajando en un caballo desbocado, tía. No puedo pensar... Voy a petar en cualquier momento...

—Pero qué pensar ni qué pensar... Eso no se piensa, Li, eso se vive, tía. Te lo debes. ¿Cuántas veces hemos hablado de Santi en estos años? No te vayas a esconder ahora, que te conozco... —Astrid insistía, era directa y en el fondo sabía que no le faltaba razón. Cuando me asustaba, mi tendencia natural era esconderme, protegerme.

—Es que desde lo de Mateo que no me veo con nadie...

—Santi no es nadie. Como te vayas a la Cerdaña te llevo arrastras de vuelta a Campre —sentenció cogiéndome fuerte de la mano—. Ya sabes que para cabezota, yo. Ahora en serio, Li, no te quites la oportunidad de vivirlo, mereces ser feliz, tía.

Asentí con la cabeza, sus palabras sinceras me llegaron hondo. Tenía demasiadas cosas en que pensar y poco tiempo para ello. Lo de Santi se me estaba yendo de las manos por momentos.

Dejé a Astrid descansando y me dirigí a la cocina a por el pan rancio y el café aguado. Al bajar los tres escalones de la ermita, por poco me caigo de bruces al suelo. Uno de los adoquines de la escalera bailaba y acabó cediendo. Al girarme para mirar si tenía arreglo, vi cómo asomaba un papel blanco bien doblado y con varios corazones dibujados en donde pude leer el nombre de Telma dentro. Lo agarré

con cuidado y lo abrí. Era una carta:

¡Hola, Telma!

¿Puedes creer que soy tú misma escribiendo esto? Suena superraro, pero necesito hacerlo antes de que todo se vuelva un caos en mi cabeza. ¡El virus me está jugando una mala pasada y estoy perdiendo la memoria!

Tengo 15 años y mi mundo gira en torno a mamá, papá (Marta y José) y tía Júlia. Ellos me quieren un montón, lo sé, aunque no sé por cuánto tiempo más lo recordaré.

Mis macarrones a la carbonara son lo más top, pero ¡puaj!, detesto los pepinillos en vinagre y la sobrasada. ¡Qué asco!

Daría lo que fuera por tener un perrito llamado Sancho, al estilo del colega del Quijote. Ojalá siga queriendo eso, aunque me olvide de todo.

Ana es mi mejor amiga, vive en Manresa, cerca de Martí, Joan, Aina y Carla. Juntos somos un equipo de la hostia, pero hace un montón que no los veo. Mi madre me deja llamarlos por teléfono una vez a la semana. ¡No pienso perder esa conexión por nada del mundo!

En el insti me va bien. Soy buena estudiante y sueño con ser veterinaria o bióloga para viajar por todo el mundo y cuidar animales. ¿Te imaginas lo loco que sería eso?

Confieso que Joan me mola, pero él va detrás de Aina. No voy a rendirme, ¡un día Joan será para mí!

Estoy un poco cagada por todo lo que está pasando, pero si llega el día en que no sé quién soy, espero que esta carta me eche un cable y me ayude a recordar.

Con amor, Telma, la que aún tiene todas las neuronas conectadas.

Aquellas líneas de Telma me dejaron sin aliento, la imaginé con miedo escribiéndose a sí misma para no olvidarse de quién era. Como por inercia, entré en Can Figuera con la carta en la mano y empecé a subir por las escaleras hasta dar con su habitación. Hacía años que no la veía y estaba muy cambiada. Se había hecho mayor. Su imagen en ese estado no me dejó indiferente. Aquella habitación lúgubre y cargada me cortaba la respiración. Podía sentir el dolor impregnado en las paredes, en el suelo, en los muebles. La tenían postrada en una cama, con las piernas elevadas con almohadones para facilitar la circulación de sus piernas. Una manta de ganchillo colorida cubría su cuerpo y desentonaba con la atmósfera oscura del habitáculo.

La vi muy delgada, sus brazos parecían dos alambres y su tez se había vuelto grisácea y apagada. Sus ojos hundidos no dejaban de moverse bajo los párpados cerrados y sus labios estaban agrietados y secos. Telma ya no estaba allí. ¿Cuánto tiempo hacía que la tenían en aquel estado? Ante aquella imagen entendí los esfuerzos de Astrid por liberarla, Telma merecía irse con dignidad. Me juré a mí misma que cuando aquella locura acabase, intentaría convencer personalmente a

las Ortiz para que la dejasen ir en paz. Tenía la esperanza de que, con un poco de suerte, el débil cuerpo de Telma se apagase antes.

Me senté a su lado sobre la cama y desplegué la carta. Se la leí con cariño, poco a poco y con voz suave para que no nos oyesen desde fuera. Me emocioné. Le estaba dando voz, estaba cumpliendo uno de sus deseos.

Cogí su huesuda mano con cuidado y le prometí que volvería. Puede que fueran imaginaciones mías, pero sentí como su frágil mano se movía bajo la mía. Ver a Telma y encontrar su escrito me brindó las fuerzas que no encontraba para poder continuar con aquella locura. Dejé su carta bajo el colchón y le di un beso en la frente.

—Todo va a ir bien, cariño —susurré conteniendo las lágrimas.

—¿Qué haces? —me dijo Biel desde la puerta—. Hace rato que te busco. Nos vamos ya.

Me giré y lo seguí de cerca hacia el patio exterior. Parecía nervioso, caminaba rápido.

—Tienen una moto eléctrica en el cobertizo —me informó señalando con el dedo el lugar.

—¿Quieres salir de aquí en moto? —pregunté sorprendida.

—La furgo es de gasolina, hace demasiado ruido. Con la moto podemos meternos mejor por caminos de montaña. ¡Vamos!

—Solo me faltaba ir en moto —murmuré entre dientes.

—¿Qué dices? —se volteó de repente.

—Nada, voy a por la mochila. Ahora vengo.

Entré en la ermita y me despedí fugazmente de Astrid. Odiaba las despedidas, era algo irracional que no podía controlar; la pena me carcomía por dentro. En el exterior de la ermita me esperaba Santi. Recuerdo perfectamente como si fuera hoy ese nudo en el estómago que no me dejaba casi ni hablar.

—Volveremos a vernos, Li. Si no vuelves tú, yo vendré a por ti —me susurró al oído mientras me abraza fuerte junto a su pecho—. Cuídate mucho, por favor…

—Te quiero… —logré decir controlando mi llanto.

—Y yo a ti… —respondió melancólico—. Esto solo es un hasta luego, ¿vale?

Asentí con la cabeza y nos besamos. Sentí su abrazo aferrándome como si quisiera quedarse grabado en mi piel. Continué mi camino con paso firme, resistiendo la tentación de mirar atrás. No podía verlo ahí de pie sin romperme en mil pedazos, debía estar lo más entera posible para afrontar aquel loco viaje.

Cuando crucé el patio en dirección al cobertizo, vi a las Ortiz en la ventana de Telma, no osaron bajar para despedirnos, parecían avergonzadas por lo sucedido la noche anterior. No eran mala gente, tanto dolor las había trastornado. Levanté mi mano y les dije adiós

desde el patio. Respondieron de inmediato de la misma manera con la expresión más relajada y una ligera sonrisa.

—La llevo yo —le propiné a Biel, sin darle opción a réplica. No me gustaban las motos y llevarla yo misma me daba cierta seguridad.

—Como quieras, cuando te canses me avisas. —Me miró intrigado mientras me daba uno de los cascos.

Subimos a la moto intentando rozarnos lo menos posible en aquel sillín estrecho e incómodo, encendí el motor y partimos en dirección El Miracle por los caminos de montaña de la sierra de Castelltallat. Biel llevaba un mapa y me iba señalando las rutas. En moto, el frío se hacía insoportable; los guantes que cogió Astrid de la tienda de Marga me salvaron de una congelación de dedos asegurada. Seguimos hacia La Bassella e hicimos una parada cerca de Coll de Nargó. El frío me había calado hasta los huesos y empezaba a lloviznar. Encontramos una pequeña caseta de campo, de las que servían para guardar herramientas, que parecía abandonada y decidimos parar para resguardarnos un rato de la lluvia y el frío. Durante todo el camino no vimos un alma.

Biel pudo abrir la caseta después de unos cuantos golpes magistrales con el pie. El tipo era alto y flacucho, aunque tenía fuerza y estaba fibrado. Durante los días anteriores, lo vi entrenando a diario para mantener un buen estado físico. Lucía una media melena fina más corta por los costados que enseguida se le ensuciaba. Con toda probabilidad, un buen corte de pelo le hubiese favorecido más.

Ambos parecíamos dos desconocidos, apenas nos hablábamos, era evidente mi rechazo hacia él y Biel parecía conformarse sin más. Atrás quedaron los años compartidos con Mateo y con Arnau. Biel me había demostrado con creces que no respetaba la amistad y no podía perdonarlo.

Nos metimos en aquel zulo lleno de chatarra y polvo a esperar que dejase de llover. Necesitaba entrar un poco en calor, así que saqué mi manta térmica, de aquellas metalizadas que se usan en accidentes. Biel me miraba con asombro, creo que no se esperaba verme tan preparada. Aproveché aquella parada para comer una de mis barritas energéticas mientras contemplaba por la ventana cómo caía la lluvia. La última vez que vimos llover, perdimos a Arnau y pensar en él me hizo estremecer, sentía dolor en el corazón. Pobre Arnau, qué final tan trágico. Del *Informatiks Team* solo quedaba Biel. Quién nos iba a decir, cinco años atrás, que viviríamos tantas desgracias seguidas. Volvería sin dudarlo a La Bodegueta a tomarme unas cañas o unos vinos, con la despreocupación y la alegría de aquellos años.

Capítulo 21

Recuerdo que aquel otoño fue especialmente lluvioso y frío, algo extraño dado que, en los últimos años, el cambio climático había reducido drásticamente las lluvias y las estaciones se habían polarizado.

Mateo seguía sin encontrar trabajo, al principio le puso interés, buscaba e iba a entrevistas laborales cada semana, pero al encontrarse con tantas negativas empezó a desanimarse y dejó de moverse. La frustración que llevaba lo estaba sumiendo en una depresión. Pasaron los meses y una tarde, cuando llegué del trabajo, las nuevas noticias me sorprendieron.

—El padre de Biel va a contratarme por medio año. Empiezo mañana —me soltó de repente.

—¿En serio? —No podía ocultar mi desconfianza con aquella propuesta de Castro pero Mateo parecía tan contento que me dejé contagiar por su emoción.

—Sí, me han llamado hoy de su empresa de seguridad privada para que lleve el control informático, las cámaras, los GPS y todas esas cosas. —Al fin podía ver cierta ilusión en sus ojos.

—¿En su casa de Vallvidrera?

—Sí, y también en la sede principal de la farmacéutica Castro, en Balmes. Dicen que necesitan una mano.

—¿Estás seguro de querer trabajar ahí? —pregunté con cautela.

—Sí, Li. Necesitamos la pasta, al menos un tiempo hasta que me salga otra cosa.

—Pues entonces esta noche abrimos un vino y lo celebramos—dije emocionada dándole un abrazo.

Por fin un poco de suerte, Biel y su padre no habían movido un dedo por nosotros durante todo ese tiempo, pero aquello podía servir para olvidar el rencor que sentía hacia ellos. Mateo parecía vivo otra vez con aquella propuesta, el sueldo era bastante vergonzoso, pero no nos quejamos. Hacía años que sobrevivíamos con mi nómina y no nos quedó más opción que usar los pocos ahorros que teníamos para comer y pagar las facturas.

Las semanas fueron pasando y Mateo cada vez aparecía menos por casa, sus jornadas laborales se le alargaban y a veces trabajaba incluso hasta altas horas de la madrugada. La familia de Biel se estaba excediendo, aquello era explotación laboral. Luís Castro parecía haberlo apadrinado. No me gustaban aquellas confianzas que se

tomaba el padre de Biel, tenía absorbido a Mateo. Hacía tiempo que sospechaba de los negocios del señor Castro, y empecé a sufrir por la implicación de Mateo en toda aquella trama oscura. A veces, me despertaba en mitad de la noche y lo escuchaba en el ordenador. Se volvió hermético con las cosas del trabajo, apenas me contaba nada y si le preguntaba, me respondía con evasivas. Castro le había dado un teléfono y tenía línea directa con él. Con el tiempo, hizo que lo acompañase a eventos y a viajes por la península en los que nunca supe bien qué transacciones hacían. Mateo no era muy alto, pero con aquellos trajes nuevos que le proporcionaba la empresa, imponía cierto respeto. Nunca lo había visto tan arreglado ni tan elegante. Trabajar para Castro implicaba mantener siempre una buena imagen física, y se había vuelto bastante cuidadoso de su aspecto.

En la primavera del 2030, algo cambió repentinamente. Mateo se mostraba más nervioso de lo habitual, asustado. Comprobaba varias veces al día que las ventanas y la puerta principal de casa estuvieran debidamente cerradas, no me dejaba coger el teléfono... Me empecé a preocupar con aquella situación. Me desconcertaba verlo actuar de aquella manera.

—Cariño, ¿qué haces? —pregunté con delicadeza.

—Compruebo que todo esté bien cerrado. Hay que poner cortinas más oscuras —respondió, tocando los visillos blancos del comedor.

—Hace media hora que lo has revisado. ¿Qué pasa? Si ponemos las cortinas más oscuras no pasará la luz... Me agobia mucho la sensación de cueva, ya lo sabes.

—Voy a instalar un par de cámaras de seguridad, estaremos más seguros. —Él seguía obcecado con lo de estar seguros.

—¿Seguros? ¿De qué tienes miedo? —Me acerqué a él y lo miré fijamente.

—Me siguen, Lili. Hace unos días ya. —Estaba visiblemente ansioso, y yo no sé qué cara le debí poner al escuchar aquella noticia. Me quedé perpleja.

—¿Cómo que te siguen? ¿Quién te sigue? —Mi preocupación iba en aumento.

—No lo sé, entraron en mi coche y lo encontré todo revuelto. Me siguen con un furgón blanco, me llaman varias veces al día y no dicen nada, y han intentado hackear mi ordenador. —Mateo hablaba deprisa, iba del sofá a la mesa nervioso—. Pondremos dos cámaras e intentaré rastrear las llamadas. Y, por favor, no te olvides de cambiar esas cortinas.

—¿Sospechas de alguien?, ¿de Castro? Escúchame bien —le dije, sosteniendo su rostro con mis manos—. Deja ese trabajo, ya encontrarás otra cosa. Mi madre nos puede ayudar.

—No, *polita*. ¡No lo entiendes! —Mateo elevó el tono de voz y yo di

un paso atrás. Él solía ser una persona con bastante autocontrol, y los gritos no entraban dentro de su registro comunicativo. Se alejó hacia la ventana y miró de reojo a la calle a través de la cortina.

—¿Qué es lo que no entiendo? Explícamelo —le suplicaba confianza, pero él parecía no oír mis peticiones.

—Lo solucionaré, lo juro. Lo solucionaré. —Hablaba en bucle sin apenas levantar la mirada. Era absurdo continuar insistiéndole, Mateo no soltaba prenda.

Aquella noche, oí cómo lo llamaba Castro y, a los pocos minutos, salió de casa convenientemente vestido con un traje gris oscuro y una camisa blanca. Me quedé tremendamente preocupada, ¿en qué lío andaba metido? Eran las dos de la madrugada, Castro no respetaba ya ni unas mínimas horas de sueño, apretaba mucho a Mateo. Ya no pude pegar ojo y me puse a registrar el despacho en busca de pistas que arrojaran luz sobre aquel enigma de la seguridad que tenía a Mateo trastornado. Lo puse todo patas arriba, examiné detenidamente todos los papeles que había sobre el escritorio y descubrí, escondido bajo el portátil, lo que parecía ser un informe médico sobre un medicamento llamado Rotavil. El estudio había sido llevado a cabo por la farmacéutica de Castro. No pude averiguar mucho más sobre la finalidad de dicho informe porque tenía muchas partes censuradas en negro, pero lo más sorprendente de todo lo encontré en su última página. Estaba firmado por un tal doctor Heiner y llevaba el sello del Ministerio Sanidad del Gobierno.

LilBit entró en acción de inmediato. El informe no arrojaba mucha luz a aquel misterio, pero quizás el nombre de Heiner me revelara algo interesante, algún hilo del que poder tirar. Intenté acceder al portátil de Mateo y me quedé helada. Había bloqueado el acceso, nunca había hecho tal cosa. Sabía que me tomaría mucho tiempo descifrar su contraseña, así que decidí dejarlo para otro momento por miedo a que Mateo regresara en cualquier momento. Ordené el despacho y me senté en la cama dispuesta a realizar mis pesquisas con mi portátil. Trabajar para el hospital me facilitaría la búsqueda de datos sobre aquel médico y quizás sobre el Rotavil. Estaba tan concentrada en mi objetivo que no lo oí entrar.

—¿Qué haces despierta a estas horas? —preguntó sorprendido desde la puerta.

—No podía dormir. ¿Ha ido bien el trabajo? —respondí nerviosa mientras me apresuraba a bajar la pantalla del portátil. Sentí mi corazón acelerado.

—Sí, normal. ¿Necesitas ayuda con algo? —Se sentó en la cama y me dio un beso en la mejilla.

—No, tranquilo. Solo estaba pasando datos para el hospital, así mañana acabo antes. No podía dormir —me excusé, tratando de

aparentar cierta normalidad.

Mateo se levantó, cogió una toalla y se metió en la ducha. Mientras tanto, yo me apresuré a seguir con mis pesquisas unos minutos más. Por lo que podía leer en la red, Heiner era un reconocido neurólogo alemán que residía en Mallorca. Encontré varias publicaciones que hablaban de su trabajo con el Alzheimer. Di con unas noticias del 2026 en las que informaban sobre una investigación policial ya cerrada, en la que se le acusaba de uso indebido de medicamentos experimentales y de atentado a la salud pública. Al parecer, había utilizado a pacientes tutelados por el Estado para realizar pruebas ilegales con el Rotavil sin el consentimiento de los usuarios. Los residentes en el geriátrico eran pacientes gravemente afectados por algún tipo de demencia, Alzheimer, CMEX-26, etc. Según los periódicos de la época, la policía no encontró pruebas suficientes para inculparlo de la muerte de siete personas. Algunos familiares de las víctimas presentaron una denuncia conjunta, pero esta fue desestimada poco después por falta de pruebas.

LilBit debía volver a la acción, esta vez para investigar con más detenimiento a aquel médico sin escrúpulos. Que la policía no encontrase pruebas en su momento no quería decir que no lo hubiese hecho; por aquellos tiempos, la policía era muy corrupta y nada fiable.

Escuché cómo Mateo apagaba el agua de la ducha y supuse que no tardaría en salir. Sin embargo, me quedé unos segundos más, atónita frente a la pantalla. No daba crédito a la foto que acababa de encontrar: Luís Castro y Rickard Heiner juntos en una gala benéfica para recaudar fondos para el geriátrico El Trébol, un evento organizado por la misma farmacéutica. ¿Acaso Castro y Heiner se conocían? ¿Estaban trabajando juntos? ¿Mateo había robado aquel informe confidencial por alguna razón relacionada con ellos?

Capítulo 22

Los ronquidos de Biel me devolvieron a la caseta. La lluvia se había animado dejando paso a una buena tormenta, y el agua empezaba a filtrarse por debajo de la puerta roída del zulo.

Biel parecía estar profundamente dormido, pensé que quizás no tendría más oportunidades para encontrar el teléfono que escondía. Sacando el poco coraje que me quedaba, empecé a abrir la cremallera de su mochila con sumo cuidado, la dejé a la mitad y metí mi mano palpando en su interior a ciegas. No me llevó mucho tiempo dar con él, cerré de nuevo la mochila con cuidado y escondí el dispositivo bajo la manta para poder manipularlo con más seguridad.

Para mi asombro, pude desbloquearlo con facilidad dibujando el patrón de la letra A mayúscula. Arnau no había sido demasiado original escogiéndolo y Biel no se había tomado la molestia de cambiarlo. En la agenda había guardado un único número de teléfono, y con un único mensaje de texto proveniente de aquel mismo número:

<*caja seguridad 102, Banco Nacional*>.

Traté de memorizar uno a uno los dígitos del número mientras reflexionaba sobre ese hallazgo. En la Seu tendría que averiguar si el Banco Nacional disponía de cajas de seguridad e intentaría contactar con aquel número de teléfono misterioso.

De repente, Biel empezó a toser, iba a despertarse de un momento a otro. ¡Mierda! No me daba tiempo a devolver el aparato a su lugar.

Capítulo 23

—¿Has oído eso? —me preguntó haciendo el gesto del silencio con la mano —¡Hostias! Es el sonido de una furgoneta. Hay que irse. ¡Ya!

Tenía taquicardia, ¿qué hacía una furgona por aquellos caminos?, ¿alguien había dado la alerta de nuestra presencia en la zona?, ¿eran los nacionales o unos asaltantes? Nosotros no vimos a nadie durante el trayecto. La situación era muy grave. Metí la manta en la mochila y salimos a toda prisa hacia el camino, allí teníamos la moto. El suelo estaba embarrado y parecía una balsa de aceite. Nada más salir de la caseta caí de rodillas.

—¡Venga arriba, hay que irse! —Biel me levantó de un tirón de brazo, estábamos los dos muy nerviosos.

No recuerdo haber corrido así en toda mi vida; el corazón se me salía por la boca y mi mente me repetía "No pares, venga, no pares". No sentía las llagas de tanto que me dolían y hacía equilibrios con los pies para evitar caerme de nuevo en el barro; mis pantalones estaban completamente mojados y sucios. Pocos metros antes de llegar a la moto empezaron los disparos. ¡Nos iban a matar! Sentí la muerte como una sombra tras de mí.

—¡Ponte el casco! —me gritó. Aquello nos permitió no ser identificados y protegernos la cabeza. Llevarlo puesto me dificultaba mucho la marcha y me sentía como una muñeca articulada sin pilas en pleno estado de pánico.

Biel vio mi bloqueo, sabía que si me dejaba sola no llegaría viva a la moto, así que me cogió fuerte del brazo y tiró de mí. Empecé a correr con él como una auténtica autómata hasta que logramos llegar a la moto. Tomó la iniciativa y condujo con gran habilidad y a toda velocidad por los caminos estrechos de montaña. Cerré los ojos y me concentré en agarrarme fuerte para no caerme. Los caminos estaban en mejor estado que el campillo de la caseta gracias a las piedras y la moto parecía no patinar en exceso. Por fortuna para nosotros, la furgo no pudo pasar por el último camino que tomó Biel y conseguimos escabullirnos. Tardamos más de quince minutos en perderlos de vista, quince minutos que parecieron ser una eternidad. Quince minutos de angustia sostenida y de miedo voraz. Biel detuvo la moto a las afueras del pueblo de Fígols. Yo tenía que bajar, estaba sufriendo un ataque de pánico tras otro.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —No dejaba de gritar agitando los brazos con fuerza— ¡No nos han matado de milagro! —Estaba sumamente

alterada, con la respiración tan agitada que empezaba a marearme. Me senté en una roca y apoyé mi cabeza entre las manos para recobrar el equilibrio.

Biel me observaba desde la moto con la respiración entrecortada sin mediar palabra. Atónito ante mi reacción. Aquella experiencia había superado todas mis expectativas; en aquellos momentos solo quería esconderme y parar aquella locura ¿A qué estábamos jugando? Estuve maldiciendo entre dientes a todo el mundo y a parte del universo durante un buen rato, hasta que conseguí recomponerme un poco para volver a la maldita moto. Estaba empapada, asqueada y profundamente asustada.

—¿Cuál es el plan? —pregunté acalorada por la rabia cogiendo el casco del suelo.

—Es peligroso entrar en la Seu sin microchip, pararemos y haremos noche en Cal Carreter, Tomás nos ayudará. Me debe un par de favores —me informó Biel con bastante temple—. ¿Estás lista para seguir?

No dije nada, asentí con el casco y seguimos la ruta pactada. Aún me temblaba todo el cuerpo, así que tuve que volverme a agarrar a él. Biel no era de mi agrado, pero era todo lo que tenía y, a fin de cuentas, me había ayudado a salir viva de aquel desastre.

Pasados unos cuarenta y cinco minutos, llegamos a una nave bastante grande y vieja situada en los alrededores de la Seu, en pleno campo. Según me dijo Biel, Cal Carreter era una chatarrería de los años noventa. Tomás, el dueño, almacenaba todo tipo de materiales usados y luego los malvendía. Llevaba años haciéndolo y había logrado hacerse con un lugar en el mercado. Unos cuantos metros antes de llegar, escondimos la moto tras unos arbustos y bordeamos la nave hasta dar con una pequeña entrada trasera. Biel golpeó la puerta metálica con su puño tres veces contó hasta cinco y volvió a golpearla tres veces más. Estaba muy paranoica después de todo lo que había acontecido y no dejaba de mirar a un lado y al otro, vigilando. Imaginaba militares o bandidos en cualquier lado.

—¿Qué haces? Aquí no hay nadie —murmuré.

—Espera un momento —me pidió haciéndome señas para que me callase.

Biel repitió el ritual de llamada una vez más. Tres golpes, contar a cinco y tres golpes más.

—¿Quién es? —contestó una voz ronca desde el otro lado.

—Castro Junior. —Era la primera vez que lo oía llamarse así y lo miré con extrañeza.

La puerta se abrió y Tomás nos hizo pasar rápido hacia dentro con un movimiento de cabeza. Aquella nave oscura y gélida estaba a rebosar de todo tipo de andróminas, cachivaches, pedazos de

diferentes tipos de materiales, muebles viejos, bicicletas rotas e incluso algún vehículo tapado bajo unas lonas. En el lateral izquierdo se veían unas escaleras metálicas que subían a un habitáculo acristalado con vidrios turbios llenos de suciedad. Deduje que era una especie de despacho.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Tomás con cara de indiferencia.

—Necesito tu ayuda, tenemos que reprogramar nuestros microchips con la identidad de otras personas. Bueno, yo necesito uno nuevo, ¿tú lo llevas desconectado? —me preguntó, volviéndose hacia mí.

—Sí, sí, yo lo llevo pero, está desconectado —me apresuré a decir.

—Vamos arriba —nos indicó Tomás con semblante serio.

La idea de volver a llevar el microchip me daba algo de tranquilidad para movernos, pero aún no estaba segura de si sería factible hacerlo sin tener que pasar por una comisaría de policía. Oficialmente, los microchips se ponían en las jefaturas.

Tomás era un tipo extravagante, cuando lo vi por primera vez me recordó a un duende del bosque o a un gnomo. Calculé que pasaba ya la setentena, llevaba una barba y un pelo largos de un tono blanco desvaído, casi amarillento. Vestía un mono de trabajo azul oscuro y llevaba un gorro rojo de lana con una bufanda a juego. Sus robustas manos llamaron mi atención, estaban cubiertas por unos guantes negros con los dedos recortados. Como estaba entrado en carnes, sus rodillas le flaqueaban y a duras penas podía subir aquellas escaleras empinadas. Se detuvo un par de veces a medio camino y se agarró fuerte a la barandilla para no desplomarse. Resoplaba agotado.

Cuando al fin llegamos a la estancia acristalada, Tomás se dejó caer en una vieja butaca floreada y mugrienta de color beige. Respiraba con dificultad, y mientras le dábamos tiempo para recuperarse, aproveché para explorar el lugar con la mirada y fijarme bien en los detalles. Al fondo de la estancia, había un escritorio grande, bastante destartalado, con un ordenador, una impresora 3D y montones de papeles esparcidos sin ningún orden aparente. Un teléfono fijo blanco colgaba de la pared y una luz roja se encendía si alguien entraba por la puerta principal. Del techo pendía un panel metálico de luz amarilla, y un pequeño radiador junto a los pies de Tomás pretendía dar cierto confort térmico al lugar.

—Junior, ya no me dedico a eso —anunció el viejo sofocado.

—Tendrás que hacer una excepción. No te lo pediría si no fuese importante. —El tono de Biel era severo, como si Tomás fuese más bien un subordinado y no un amigo.

—Veamos, ¿para cuándo lo necesitáis? —dijo resignado, sin moverse de su asiento—. Tengo microchips de sobras, ese no es el problema. El tema es conseguir la información pirata para

reprogramarlos.

—Mañana tenemos que estar en la estación de autobuses a las doce, los necesitamos antes —contestó con voz grave.

—¡Imposible! No lo conseguiré —replicó sacudiendo la cabeza en señal de negativa.

—Nosotros nos encargamos del robo de identidad si nos dejas el ordenador —apuntó Biel, dejando su mochila al lado de la puerta.

—Adelante, todo vuestro —Tomás nos miraba incrédulo y se levantó con esfuerzo de la butaca—. Voy abajo a buscarte un microchip nuevo y a preparar la máquina.

Tomás salió con torpeza de la habitación profiriendo algunas palabras que no logré entender, y se dispuso a bajar las escaleras poco a poco para evitar caerse.

—¿Mañana a las doce en la estación?, ¿cuándo me lo pensabas contar? —pregunté en tono inquisidor, sentándome en la butaca mugrienta.

—Después te lo cuento, ¿tienes las claves de acceso del Hospital de Martorell? —respondió sin inmutarse encendiendo el ordenador.

—Sí, claro. ¿Para qué?

—Suplantaremos nuestra identidad con la de alguna de las personas fallecidas esta semana, el censo de defunciones no estará actualizado hasta final de mes.

—¿Me pides que robe información?

—¡Están muertos, Lili! Venga, va. —Biel se impacientaba por momentos.

—Tendré que hackear la base de datos del Hospital de la Cerdaña. Los pacientes de Martorell no nos sirven, el estado de alarma limita la movilidad, ¿recuerdas? —expuse en tono altivo.

—¿Cuánto tardas? —respondió con ansia.

—Mínimo unas dos horas. Si no te importa, necesito trabajar sola —No volvería a tener la oportunidad de disponer de un ordenador con conexión, tenía que echarlo de aquel despacho para poder investigar a mis anchas. Me levanté y me senté frente al ordenador de Tomás apartando un montón de papeles que reposaban sobre el teclado.

—Voy con Tomás, después te subo algo caliente. A ver qué encuentro.

Biel salió por la puerta receloso. En cuanto lo oí bajar el último escalón, me puse manos a la obra. No tenía demasiado tiempo. Vi su mochila junto a la puerta y, sin pensármelo dos veces, dejé el teléfono de Arnau de inmediato en su interior. A los pocos segundos volvió a por ella.

—Se me olvidaba la mochila, ¿seguro que puedes sola? —insistió desde el umbral de la puerta.

—Necesito concentración, gracias —respondí sin apartar la mirada

de la pantalla.

Biel se fue y yo me puse con mis indagaciones. Estaba ansiosa por encontrar nuevas pistas que me ayudasen a entender lo que estaba pasando en realidad más allá de lo que contaba Biel.

Volví a pensar en la trama del doctor Heiner y en el famoso Rotavil. Algo me decía que los Castro estaban involucrados en todo ese entramado de abusos y de poder. En el pasado, no encontré la conexión entre el estudio clandestino del medicamento y la farmacéutica, pero ahora estaba dispuesta a volver a intentarlo. No podía confiar en Biel si no conocía la verdad. Después de robar las identidades de dos fallecidos del Hospital de la Cerdaña, me sumergí en la base de datos del geriátrico El Trébol en busca de información relevante. Revisé uno a uno los informes médicos de los siete pacientes fallecidos en 2016 bajo extrañas circunstancias. Todos presentaron síntomas similares: rigidez en las articulaciones, distrofia muscular, fiebre, sarpullidos en la piel... ¿A nadie le pareció extraño que siete pacientes muriesen en un intervalo de un mes con síntomas similares? ¿No tenían pruebas suficientes?

Aquello no parecía creíble. La policía había cerrado los expedientes a conciencia a pesar de las denuncias claras de los familiares de algunas víctimas. Entré en los archivos policiales del caso *hackeando* su base de datos y repasé las autopsias, en todas apuntaban como causa de la muerte una parada cardíaca e iban firmadas por el mismo médico, el doctor Blai Abad. ¡Ajá! Ahí estaba la conexión que tanto buscaba. El doctor Abad era la mano derecha de Castro; poseía acciones en la farmacéutica y se les veía juntos públicamente con asiduidad. Algo no cuadraba, ¿por qué firmaba aquellas autopsias? No trabajaba en el departamento de policía ni lo tenían en plantilla. Según mis últimos datos, ejercía de catedrático de la Universidad de Barcelona, en la última década había cambiado los quirófanos por las aulas. No tenía sentido que estampara su firma en aquellos documentos. Empezaba a sospechar que el incidente en el geriátrico podría estar relacionado de alguna manera con los atentados actuales. El Rotavil podría ser el medicamento al que se refería Biel cuando hablaba del Proyecto *Boomerang*. Seguí buscando los certificados de defunción de otros pacientes que estuvieran bajo tutela del Estado en geriátricos o residencias psiquiátricas públicas durante la primera mitad del 2026. No me costó mucho trabajo sacar una lista y me quedé escandalizada. Solo en Cataluña se contabilizaron setenta y ocho muertes similares a las de El Trébol. Aquello no podía ser casualidad; el Rotavil había sido probado de manera ilegal en pacientes humanos desprotegidos, y la policía había hecho todo lo posible por maquillar aquellas muertes. ¿Qué pretendían lograr con el Rotavil?, ¿el Proyecto *Boomerang* estaba destinado a comercializar

aquel fármaco en cuestión? Aquella información era una auténtica revelación. ¿Qué papel jugaba Biel en todo eso?

Continué mi investigación, esta vez enfocándome en establecer una conexión entre la farmacéutica Taler y la de Castro. El hecho de que Biel estuviera infiltrado en Taler, pero no trabajara para su propio padre, me resultaba cada vez más sospechoso. ¿Acaso Taler tenía la intención de desenmascarar a Castro para quedarse con la exclusividad del mercado? No me cuadraba el interés de Biel por infiltrarse en Taler, no lo entendía. Alguna pieza no encajaba.

Después de unas cuantas pesquisas por la red, *voilà*, ahí estaba. En 2019, Taler había vendido acciones para evitar caer en bancarrota. ¿Quién las había comprado convirtiéndose así en socio mayoritario? Luis Castro. Así que, a fin de cuentas, ambas farmacéuticas venían a ser prácticamente lo mismo. La coartada de Biel hacía aguas por momentos y empecé a temer por Santi y Astrid. ¿Y si todo era una encerrona?, ¿y si Biel era un topo y les enviaba a los nacionales a Can Figuera? No tenía manera de avisarles de mis nuevos hallazgos y la ansiedad empezó a apoderarse de mí.

En seguida pensé en Mateo. Cada vez estaba más segura de que tuvo que presenciar cosas comprometedoras de aquella época. Posiblemente, él también había investigado por su cuenta. El informe del Rotavil escondido bajo su portátil, la llave misteriosa del trisquel rojo con el código, la persecución que sentía y su temor por nuestra seguridad eran señales claras de que algo estaba sucediendo. ¿En qué andabas, Mateo?

Capítulo 24

Los contagios por CMEX-26 se habían reducido drásticamente con el uso de los microchips o eso era lo que se repetía día y noche en los medios de comunicación. Astrid me aseguraba que sus antiguas compañeras del hospital no le decían lo mismo. Ella abandonó su trabajo en el allí el día en que se volvió obligatorio el uso de los microchips, se negaba rotundamente a ponérselo y encontró un empleo temporal de teleoperadora. Estaba muy mal pagado, pero le permitía trabajar a distancia desde casa sin tener que darle explicaciones a nadie.

Los delirios de Mateo con la seguridad no desaparecieron, tenía comportamientos extraños y logré persuadirlo para que se sometiera a un chequeo médico para descartar el contagio por CMEX-26. Los resultados, afortunadamente, fueron negativos, el TAC no mostró daños cerebrales y las analíticas no registraron la presencia del virus en su organismo. Estaba limpio, pero seguía mostrando conductas muy chocantes en él. Empecé a pensar que el tema era psicológico, pero Mateo se resistía a recibir terapia. Decía que no podría estar seguro con ningún terapeuta, que lo manipularía y querría sacarle información. A mí todo aquello de la seguridad y la persecución empezó a parecerme irreal, un delirio de su mente. Se me acabaron las herramientas y no sabía cómo ayudarlo.

Aquella verbena de San Juan, quedamos en juntarnos con los *Informatiks Team* en la playa de Castelldefels, con la idea de disfrutar de un pícnic nocturno al aire libre. Evitábamos lugares cerrados y hacía mucho tiempo que no nos reuníamos. Biel estaba a punto de mudarse a Bilbao para unirse al equipo de Taler y era una buena ocasión para despedirnos. El calor de aquel verano prometía ser extremo, estábamos acabando el mes con unas temperaturas muy elevadas para la época y yo llevaba fatal aquel bochorno.

Recuerdo que, aquella mañana, Mateo se levantó como siempre. Se duchó, se puso uno de sus trajes grises y desayunamos juntos unas tortitas con un café con leche en la mesa de la cocina. Estaba especialmente cariñoso, no dejaba de repetirme que era lo mejor que le había pasado en la vida y que pasase lo que pasase, siempre estaríamos juntos. Yo teletrabajaba hasta las tres y quedamos en que sobre las cinco él me pasaría a recoger con el coche e iríamos a Castelldefels para aprovechar y darnos un baño. Salió por la puerta hacia las nueve y media de la mañana dándome un beso.

—Te quiero, *polita*.

—Y yo —le dije con una sonrisa.

Tres horas y pico más tarde, sobre la una del mediodía, el teléfono fijo de casa empezó a sonar.

—¿Es la señorita Liliana Mir? —me preguntó una voz solemne desde el otro lado del aparato.

—Sí, yo misma —respondí, sintiendo un escalofrío en la espalda.

—¿La novia de Mateo Robles Penas?

—Sí, ¿qué pasa? —pregunté con impaciencia.

—Verá, soy el agente Valderrama y me temo que tengo malas noticias. Ha pasado algo grave, un accidente. Su compañero ha fallecido.

—¿Cómo dice? No es posible, tiene que ser un error. —Mi voz empezó a temblar. Me fui escurriendo pared abajo hasta quedar hecha un ovillo en el suelo de la cocina.

—Lamento decirle que no es un error —prosiguió el agente con tono compasivo.

—¿Qué dice?, ¿cómo ha sido? —Mis palabras eran apenas un susurro, me costaba respirar y no vocalizaba correctamente.

—No le puedo avanzar gran cosa por teléfono, venga a la comisaría de Hospitalet Sur, el señor Robles ha sido arrollado por un tren hace una hora. Lo lamento mucho.

Colgué el teléfono de inmediato y empecé a temblar, estaba en shock, no podía creerme lo que acababa de pasar. Me quedé paralizada en el suelo frío de la cocina intentando controlar mi respiración, me faltaba el aire y todo me daba vueltas. Pensé que me desvanecería en cualquier momento.

Cuando pude reponerme y sostener el teléfono en mi mano sin que se me cayese al suelo por los temblores, llamé a Astrid. En poco tiempo, nos presentamos en la comisaría de Hospitalet Sur. No podía ser verdad, Mateo no. Estaba viviendo mi peor pesadilla.

—Tengo que hablar con el agente Valderrama. Es urgente —le espeté al policía de detrás del mostrador.

—¿Tiene cita? Hay que pedir cita previa para ser atendido —dijo sin mirarnos siquiera.

—Nos ha llamado él. —Astrid empezaba a cabrearse, lo noté en su voz.

—Un momento pues. —Aquel hombre descolgó el teléfono con una parsimonia irritante y después de unas cuantas indagaciones nos dio el paso hacia el despacho tres—. Vayan todo recto y la tercera puerta a la derecha. Llamen antes de entrar.

Seguimos sus indicaciones como si fuésemos dos fantasmas hasta dar con la puerta número tres. Llamamos con prudencia y enseguida nos abrieron. Al entrar en aquel pequeño despacho, el agente

Valderrama nos saludó y se apresuró a bajar el estor metalizado para evitar la tentación de miradas curiosas.

—Buenos días, soy el inspector Delgado y él es el agente que les ha llamado, Valderrama. —El inspector nos hablaba sentado tras un escritorio, agitando su mano para indicarnos que nos sentásemos frente a él. Aquel señor debía estar a punto de jubilarse, era regordete y parecía ser bastante bajo, tenía un bigote canoso y una alopecia más que visible, la calva le brillaba debido al calor infernal de aquel día. Los recortes habían dejado a la comisaría sin aire acondicionado y el calor se hacía insoportable a esas horas. Un ventilador de pared movía el aire cálido de un lado a otro de la estancia.

—¿Qué ha pasado? —le dije con prisa. No estaba para florituras, necesitaba saber la verdad.

El agente suspiró y se ajustó sus gafas antes de hablar.

—Como le ha comentado mi compañero, siento decirle que el señor Robles ha fallecido —me informó Delgado con tono pausado.

—Pero ¿cómo? —insistí con desesperación mientras me aferraba a la mano de Astrid.

—Parece imposible que no oyera de las señales sonoras y luminosas del tren. Falta realizar la autopsia, pero me temo que todo apunta a un suicidio. —Aquella información fue demoledora, el estómago me dio un vuelco y empecé a escuchar con dificultad, como si estuviese bajo el agua—. Su novio se lanzó a las vías del tren. ¿Sabe usted si estaba deprimido?, ¿quizás estaba infectado por el CMEX?

—No, no estaba contagiado. Es imposible, Mateo no se suicidaría nunca. Esta noche íbamos de verbena, teníamos planes, salió contento. Se equivoca de persona. —Verbalizaba mis pensamientos encadenados uno tras otro sin filtro alguno.

—Entiendo —dijo el inspector.

—Mateo no paraba de decir que lo seguían, estaba muy asustado. ¡Lo han matado! —expresé entre lágrimas.

—Intente calmarse, señorita —me espetó aquel hombre desde detrás del escritorio—. Las primeras impresiones del escenario no sugieren actividad criminal, siento decirle esto.

—¡No, eso no puede ser! —exclamé en shock, negando con la cabeza. Astrid apretó mi mano con más fuerza, tratando de reconfortarme.

—Lo siento mucho, señorita Mir. Comprendo que es una situación devastadora. Estamos realizando una investigación completa para determinar las circunstancias exactas. Si usted tiene alguna pregunta o necesita más información, estaré aquí para ayudar.

—¿Podemos verle? —lo interrumpió Astrid.

—Lamento decirles que eso no va a ser posible, el cuerpo ha quedado desmembrado e irreconocible debido a las heridas del

atropello. No obstante, llevaba la documentación encima, su teléfono, las llaves de su domicilio y el microchip que no da lugar a errores. Se trata de Mateo Robles Penas.

No logramos que nos dejaran ver su cuerpo por última vez y nos informaron de que en una semana se daría por concluida la autopsia y podríamos enterrarlo. Astrid y yo salimos de allí derrotadas, sin poder asimilar todo lo que acabábamos de escuchar. Me sentía frustrada, enfadada con Mateo por abandonarme así, rota de dolor. Me resistía a creer que estuviera muerto, aunque sabía que el inspector Delgado estaba en lo cierto; el microchip no dejaba lugar a dudas. Nos dieron sus objetos personales en una bolsa de plástico y abandonamos la comisaría devastadas por la noticia. ¿Qué iba a hacer ahora? No concebía una vida sin Mateo, quise morirme con él, pero no tuve el valor para ejecutar mi plan. Ante mi locura mental, decidí mudarme a casa de Astrid unos días, era incapaz de volver a nuestra casa sin perder definitivamente la poca cordura que me quedaba. Miré a Astrid, sus ojos reflejaban la misma incredulidad y dolor que yo sentía en ese momento. Las pruebas decían una cosa, pero a mí el corazón me decía lo contrario.

—Astrid, es que no puede ser —le repetía entre lágrimas—. Tú sabes que Mateo no se suicidaría, estaba deprimido, pero no me dejaría sola, lo sé.

—Ya, Li, no cuadra. Tenemos que insistir en ver el cuerpo. No te lo pueden prohibir. —Ella quería poder ver el cadáver, pero aquello parecía una misión imposible.

—Si no está muerto, ¿dónde está?, ¿lo habrán secuestrado? Estaba obsesionado con la seguridad… —pregunté con ansia.

—Primero descartemos lo del cuerpo, Li, y si no es él seguiremos investigando, te lo juro —me aseguró Astrid haciendo gala de su pragmatismo.

Recurrimos a los contactos infiltrados de Astrid para obtener información certera y, finalmente, un día ella apareció con la copia de la autopsia de Mateo, que incluía fotografías de su muerte.

No tengo palabras para describir ese momento. Fue desgarrador. Las fotografías eran dantescas. Cuando alguien es arrollado por un tren, este no suele pasarle por encima como solemos imaginar, la máquina lo enrolla y lo mete para dentro hacia las vías, rompiendo sus huesos y desfigurando su rostro. El inspector no me mintió, el cuerpo aparecía desmembrado y, entre la sangre, las vísceras y el barro, me pareció reconocer el traje gris de Mateo. El informe confirmaba sin lugar a duda su identidad, aunque nosotras no pudimos reconocerlo al 100% en aquellas imágenes tan gores. Tuve pesadillas durante meses después de aquel espectáculo visual y me sumí en una profunda tristeza. ¿Lo habrían matado? Me costaba creer

en la idea del suicidio. No tenía sentido.

Los *Informatiks Team* me dejaron muy sola después de la muerte de Mateo. Me sumergí en un duelo cruel y doloroso, Astrid estuvo a mi lado en todo momento y, después de unos meses muy oscuros, para aquellas navidades, empecé a encontrar algo de armonía en mi interior. Todo iba medianamente bien, hasta que en enero del año siguiente empezó todo el delirio de los últimos días. Los fantasmas estaban decididos a no dejarme en paz.

Capítulo 25

Biel subió por las escaleras y entró por la puerta del despacho impaciente en busca de los resultados de mi trabajo.

—Han pasado más de dos horas, ¿lo tienes? —preguntó sin contemplaciones.

—Sí, son dos archivos, eres Joel Ponts y yo Marta Coll. Murieron en un accidente de tráfico la semana pasada, 34 y 32 años respectivamente. Eran pareja —respondí pasándole el lápiz de memoria con orgullo.

—Perfecto, ¡eres una máquina! Le bajo el USB a Tomás para que los pueda instalar en la máquina de reprogramar.

—¿Y después?

—Algo indoloro, con un láser te activa de nuevo el microchip con la nueva identidad. En mi caso, primero programará el microchip nuevo y después me lo insertará con la pistola. Un poco más engorroso, pero lo tuyo ni enterarte. ¡Verás! Baja y lo tendremos todo listo.

—Cierro el ordenador y vengo —respondí algo más aliviada.

Me quedé en aquel habitáculo, sentada en la butaca mugrienta, sumida en mis pensamientos acerca de todo lo que había descubierto. Biel me confundía, parecía decir la verdad, incluso me protegió a su manera durante la emboscada en el bosque. Sin embargo, la empresa de Castro estaba implicada hasta las trancas en aquella trama, y no me creía que fuese capaz de traicionar a su propio padre, así como así. Por seguridad, decidí esconder la llave de Mateo con su código en el forro del relleno de mi sujetador. Aún no sabía su utilidad, pero intuía que era una pieza clave para resolver aquel embrollo. Mateo me advirtió de que sabría cuándo y cómo usarla.

Borré el historial del ordenador y bajé a la nave para reprogramar mi microchip, Tomás ya lo tenía todo a punto. Biel tenía razón, el procedimiento fue muy rápido e indoloro, confiaba en que lo hubieran hecho bien, ya que sin microchip nos detendrían de inmediato en cualquier control policial de rigor. No podía olvidarme del nombre de Marta Coll, mi nueva yo en aquella ciudad.

—Me voy, si no vuelvo en tres horas es que algo no va bien y tendrás que seguir sola —dijo Biel como si tal cosa.

—¿Te vas a dónde?, ¿de qué hablas? —pregunté atónita, sujetándolo del brazo.

—Tengo que resolver unos asuntos —respondió, dejándose ir.

—Voy contigo —expresé con firmeza—. Estoy cansada de tus secretitos.

—Ni de broma, ¡no vienes! —dijo en tono serio antes de darse la vuelta para marcharse.

Biel salió por la puerta con una bicicleta vieja de la nave. Yo me quedé con Tomás, que no dejaba de mirarme intrigado después de presenciar aquella escena de desplante tan descarada.

—¿Qué hace una chica como tú con un pieza como este? —me soltó sin tapujos.

No dije nada, lo miré con resignación y con rabia por el plantón de Biel.

—No soy mucho de dar consejos —prosiguió, acercándose un poco más a mí—. Voy a hacer una excepción contigo. Escucha bien: ¡huye, niña!—Tomás estaba siendo muy categórico y me dejó pensativa.

—¿Trabajas para su padre? —le pregunté, manteniéndole la mirada.

Digamos que trabajaba para ellos, les debo algunos favores. Nunca te dejan en paz los Castro —Se encogió de hombros y sacó un paquete de tabaco negro—. ¿Fumas?

—No —respondí—. Gracias, Tomás, mañana nos vamos. No te daremos problemas.

—Eso espero, niña. Estoy muy viejo para sobrevivir en las COTAVO.

Tomás era un tipo rudo y tosco, pero a mí me evocaba cierta ternura. Tenía ganas de abrazarlo, sentía mucho la falta de cariño en esos momentos tan complicados.

—Puede que coincidieras con mi novio. Mateo Robles. —No sé con qué objetivo mencioné eso, pero en ese momento ya me estaba arrepintiendo.

—Claro, era un buen chico, qué final tan triste. Supongo que no superó lo del despido.

—¿Cómo? —pregunté con asombro, fijando mi mirada en él.

—Disculpa, estoy hablando demasiado —respondió visiblemente incómodo.

—No, por favor. Sigue. Necesito respuestas —le imploré con tristeza.

—Lo despidieron una semana antes de su muerte, ¿no te dijo nada?

—No.

—Fue de un día para otro, en la empresa corrían rumores... —dijo titubeante, observando mi reacción.

—¿Qué rumores? Por favor, necesito saber —supliqué de nuevo.

—Nunca nadie pudo confirmarlo. Se hablaba del robo de información de documentación importante. Castro estaba furioso, eso sí que te lo puedo asegurar. ¿Junior tampoco te ha dicho nada? —Hice

que no con la cabeza, eso lo cambiaba todo. Mateo me mintió durante su última semana de vida y si Castro estaba enfadado y descubrió lo del robo, ¿quién dice que no fue un asesinato? Si Biel lo sabía, ¿por qué nunca me dijo nada?

—¿Crees que pudieron asesinarlo? —No sé qué respuesta esperaba oír, estaba impactada.

—Recuerda lo primero que te he dicho. ¡Huye! Los Castro son capaces de cualquier cosa. Yo ya soy un perro viejo, pero a ti te queda más de media vida por delante —me repitió con preocupación mientras encendía su cigarrillo.

—Mateo no se quitó la vida, no me hubiese abandonado. ¡Lo asesinaron! —dije con contundencia.

—No sigas por ahí, el pasado es mejor enterrarlo. No tendría que haber hablado sobre esto. —Tomás se giró y se fue cojeando en dirección a unas taquillas situadas en una de las paredes de la nave—. Ven, anda.

Sacó un llavero repleto de llaves y escogió una bastante pequeña, abrió con dificultad una de las taquillas oxidadas y rebuscó algo en su interior, al fin dio con lo que buscaba.

—Toma, considéralo un regalo. Con ese tipo nunca se sabe. —Tomás me alargó un objeto envuelto en un pañuelo gris.

—¿Un arma? —pregunté de inmediato con cara de asombro.

—Sí, niña. ¿La sabes usar? Solo hay que desbloquearla de esta manera y apretar el gatillo. Te la doy cargada. —Al ver mi cara de estupefacción, me dio una clase práctica de uso y me pidió que la guardase a buen recaudo.

—Gracias, espero no tener que usarla —le respondí asustada.

Aquel hombre me había apadrinado sin yo pedírselo. No sabía nada de su vida, quizás le recordaba a una hija o pretendía purgar sus errores echándome una mano. Sentía escalofríos al sostener aquella pistola compacta entre mis manos y me apresuré a esconderla en el bolsillo interior de mi abrigo, no podía perderla de vista en ningún momento. Comprobé cuatro veces más que tuviera el seguro puesto y la volví a guardar.

Capítulo 26

No dejaba de darle vueltas al asesinato de Mateo, Biel seguía sin aparecer y a esas alturas hubiese preferido no volverlo a ver nunca más. Estaba muy enfadada e iba a tener verdaderas dificultades para fingir lo contrario delante de él. ¿Por qué no me dijo que su padre echó a Mateo de la empresa? Él era el primero en despotricar de su progenitor. ¿Por qué desapareció después de su muerte?

Le pregunté a Tomás si conocía a algún amigo de Biel por la zona, pero no le sonaba nadie en particular. Solo pudo confirmarme que los Castro tenían cuentas bancarias en Andorra y que, cada cierto tiempo, Junior aparecía por ahí para ingresar dinero al otro lado de la frontera. Él mismo reconoció haber sido elegido para desempeñar esa tarea en sus buenos tiempos en la farmacéutica. Nunca había dejado de atender su chatarrería. Aun trabajando para Castro, subía los fines de semana para ocuparse de ella, imaginé que debió ser el motivo por el que lo eligieron a él para lo del blanqueo de capital.

Lo único que sabía con certeza Tomás era que Biel solía quedarse en la Pensión Rosita y, según él, aquel lugar no era más que otra de las tapaderas de las que disponía la familia Castro para sus negocios turbios. La pensión estaba regentada por una tal Espe, una mujer entrada ya en años que había dejado atrás Barcelona para ponerse al frente del negocio hacía más de una década. Tomás la conocía personalmente y estaba convencido de que era una antigua amante de Luis Castro a la que desplazó a la Seu para alejarla de su círculo más cercano. Contaba que las malas lenguas decían que antes se había dedicado a la prostitución de lujo.

Probablemente, Biel había escogido la Seu como punto de encuentro con la supuesta periodista porque conocía bien la ciudad y porque estaba a un paso de la frontera. Las últimas noticias que obtuvimos con la radio de Campreciós informaban del cierre de fronteras en Girona debido al Protocolo 13, pero La Seu d'Urgell pertenecía a Lleida y, hasta dónde se sabía, aquí no entraba en vigor tal restricción. Era presumible que se pudiese llegar a Andorra con relativa facilidad. Había limitaciones de movilidad y controles habituales, pero aquello no era nada nuevo, hacía tiempo que pasaba. Con las nuevas identidades censadas en la Seu, no tendríamos problemas para movernos. Cruzaba los dedos para que la información del microchip funcionase.

Pasadas unas dos horas largas desde su enigmática salida, Biel

entró de nuevo en la nave. Venía tranquilo y con un par de latas de lentejas en las manos.

—He traído cena. Esta noche nos quedamos aquí, mañana nos trasladamos a la pensión de una conocida —expuso como si tal cosa.

—¿Pensión Rosita? —pregunté en tono provocador, no podía disimular mi rabia contenida. Aquella pregunta lo desconcertó.

—¿De qué la conoces?

—Yo también tengo mis recursos, ¡qué piensas! —respondí airada.

—Vamos a cenar, mañana hay que estar a las doce en la estación. —No cayó en mis provocaciones, lo cual solo incrementó mi creciente rabia.

—¿Me explicas detalles? No pienso ir a ciegas, quiero saber a qué nos enfrentamos —deseaba saber el plan con todo lujo de detalles para relajar mis miedos confabulando opciones de huida. Recrear situaciones fatídicas me ayudaba a afrontar después posibles adversidades y me mantenía la mente ocupada.

—He recibido un mensaje de mi contacto, el del USB. A las doce dejará un paquete con las indicaciones necesarias en la papelera de al lado de los taxis. No sé más.

—¿Quién es tu contacto? Dime. —Estaba ansiosa y no dejaba de increparlo.

—No nos conocemos en persona, solo conozco su alter ego.

—No fastidies, tío. ¿Hemos venido hasta aquí y no sabes a quién buscamos? ¿Cómo puedes confiar en alguien que no conoces? Estoy alucinando, en menuda encerrona me has metido —Estaba que echaba humo por las orejas—. Te hacía más inteligente, ¡joder!

—Es de fiar, lo juro. Llevamos tiempo colaborando, nunca ha fallado. ¡Nunca! —Biel me profirió una mirada penetrante.

—¿Pero tú te das cuenta de que puede ser cualquiera? —Biel empezaba a ponerse nervioso, podía oler sus dudas tras esa fachada de absoluta confianza—. A ver, dime su alter ego, que lo busco. Al final *LilBit* no para de salvarte el puto culo.

—No, es por tu seguridad, no te lo puedo decir. —No quería dar su brazo a torcer e hizo el amago de dejar la conversación.

—Déjate ya de gilipolleces, ¿qué seguridad?, ¿la de ir mañana vendida a un encuentro misterioso? Biel, dame el nombre. —Yo misma estaba asombrada de mi poder de convicción, el miedo me estaba centrando.

—Deja que piense un momento —Salió de la nave escopeteado. Me acerqué a la puerta y lo vi dar vueltas agobiado por los alrededores. Pasados unos minutos, volvió a entrar—. Está bien, intenta averiguar su verdadera identidad: *TriskelRojo*.

—¿Me lo puedes repetir? —Estaba en shock y hacía esfuerzos por aparentar normalidad ante él.

—*TriskelRojo* —repitió.

—¿Cómo contacta contigo?

—Con una dirección de correo electrónico, pero ya he probado a rastrearla yo mismo y nada —me informó acariciando las puntas de su melena con cierto nerviosismo.

—Deja que lo pruebe yo también —insistí—. Cuatro ojos ven más que dos.

—3triskelrojo@yahoo.com —confesó entre dientes.

Fui de inmediato al despacho de Tomás, Biel me seguía de cerca y cogió una silla con la idea de permanecer a mi lado.

—Ya sabes que no trabajo acompañada —sentencié al intuir sus intenciones.

—Tienes treinta minutos, después subo y me cuentas —expresó receloso.

Lo del trisquel rojo ya no podía ser una mera casualidad. Aquel llavero que encontré en la carta dirigida a Mateo y el papel con el código numérico bajo la cama de Arnau debían de pertenecer al tal *TrisKelRojo*, pero ¿quién era?, ¿estuvieron Arnau y Mateo colaborando con Biel?, ¿qué los unía? Nunca pensé en la posibilidad de que el trisquel rojo hiciera referencia a una persona. Aquella información abrió una nueva línea de investigación.

Me esforcé al máximo por desvelar la identidad de aquel individuo, pero el tipo dominaba el tema y no conseguía rastrearlo, había sido muy cuidadoso borrando sus huellas en la red. Empecé a constatar que me enfrentaba a un *hacker* experimentado. Después de unos cuantos intentos fallidos decidí probar en la *dark web,* allí tuve más suerte y di con un pequeño rastro en un foro sobre la venta ilegal de medicamentos. Me arriesgué y bajo el seudónimo de *Boomerang32* le dejé una nota privada, esperando a que picase el anzuelo:

> **Boomerang32:** Quiero un lote entero de Rotavil. Tengo capital. Contacta para indicaciones.

Mientras tanto, seguí intentando rastrear la IP y la localización desde la que envió el último correo. Aquella última pesquisa dio resultados: la antena de su última comunicación coincidía con la de la Seu. Era bastante probable que estuviera en la ciudad.

—¿Y? —me interrumpió Biel entrando por la puerta.

—Poca cosa, sabe lo que hace, no he podido rastrearle la pista en la red, pero he tenido suerte con la localización de la IP. Puedo confirmarte que está en la ciudad.

—Pensaba que podrías sacar algo más —me dijo frustrado, acercándose a la pantalla.

—No tengo el equipo adecuado, este tipo juega en la liga top del hackeo y no me has dado gran cosa para trabajar. Quizás si me

hubieras contado antes esta historia, ahora no estaríamos así. —Me irritaba enormemente que me viniera con exigencias después de todo.

—Te he dado todo lo que tenía —expuso en tono pacificador—. En fin, mañana seguimos con el plan. He calentado la cena.

—Cierro unas cosas y bajo, dame diez minutos. —Necesitaba un poco de tiempo extra para comprobar si *TrisKelRojo* se había creído el señuelo.

Cuando volví a quedarme sola, me apresuré a regresar al foro. Tenía un mensaje:

TrisKelRojo: Te equivocas de persona. Sigue buscando.

Mis últimas esperanzas de desenmascararlo se desvanecieron con aquellas seis palabras. No había mordido el anzuelo. Estaba cansada de todo y no tenía energía para seguir con ese lío. Mañana iríamos a aquel encuentro con muy pocas garantías de seguridad.

Bajé a comerme aquellas lentejas insípidas y luego me preparé la cama con unos cartones reciclados al lado de la butaca mugrienta. La pequeña estufa eléctrica apenas calentaba; la nave era una auténtica nevera. Tomás subió un par de mantas. Me quedé dormida con el abrigo y los guantes puestos, no me quité ni las botas por miedo a congelarme. Bajo la manta toqué el arma. Me atemorizaba la idea de tener que usarla, pero también me aportaba tranquilidad y control saberla mía.

Biel también subió a dormir al despacho, se acomodó bajo el escritorio, la butaca hacía de pared entre nosotros para no vernos. Tomás tenía un remolque viejo, a modo de vivienda, aparcado cerca de la nave. Biel me contó que después de dejar de trabajar para Castro, el banco le expropió su piso. La chatarrería no generaba suficientes ingresos para cubrir los gastos, así que se vio obligado a conformarse con aquel destartalado refugio.

La noche me pasó volando; estaba tan cansada y helada que no me moví ni un milímetro durante horas. Cuando desperté, el sol asomaba por la claraboya principal de la nave. Después de tantos días, al fin veía el sol. Una fuerte emoción me invadió por dentro. Biel seguía dormido, bajé rápido hacia el exterior, quería ver el sol, quería sentirlo en mi piel, disfrutarlo. Casi al instante, las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos sin previo aviso. Tomás abrió tímidamente la puerta de su remolque y me acercó un café con unas gachas de avena aguadas y disfrazadas con canela.

—¿Todo bien, niña? —preguntó con cautela.

—Mejor que nunca. —Aquellos rayos de sol me dieron esperanza; aquel día acabaría todo, recuperaríamos el USB y se lo daríamos a la prensa internacional. Punto—. ¿Tienes alguna otra bici para mí?

—Aquí no falta de nada —me dijo con una sonrisa—. Veamos que

apañamos para ti.

Entre la chatarra de la nave sacó una bici roja oxidada. Nos pusimos a hincharle las ruedas y a engrasarle la cadena. Era una tartana, pero me serviría para llegar a la estación y para moverme por los alrededores, la moto no estaba registrada a nuestro nombre, así que debía seguir escondida donde la dejamos.

—Sé que la pregunta es algo extraña, pero ¿te suena de algo un trisquel rojo?

—El trisquel es un símbolo céltico. Un talismán sagrado y mágico. Representa cuerpo, mente y espíritu. Pasado, presente y futuro. Ese tipo de cosas —Tomás logró sorprenderme—. No me mires así, no es mérito mío —hizo un guiño con el ojo izquierdo y prosiguió—, mi hijo era un apasionado del mundo céltico... —Me fijé en la expresión de su rostro, se ensombreció de repente al nombrar a su hijo.

—No sabía que tenías un hijo, ¿cuántos años tiene?

—Ahora tendría veinticinco —respondió apesadumbrado—. Murió en las cargas policiales de una de las manis del 2027. —Vi sus ojos vidriosos mirando al horizonte con añoranza.

—Lo siento mucho... —Me quedé sin palabras, no tenía ni idea de aquella historia sobre la vida de Tomás.

—Gracias, niña... Esta vida es jodidamente dura... —Resopló, volviendo su mirada hacia mí. Asentí con la cabeza en silencio, y pasados unos minutos volví a preguntarle.

—Perdona que insista, con esta pregunta acabo. ¿Viste algún logo con ese símbolo cuándo trabajabas para Castro? —Tomás me miró con atención.

—No, lo recordaría... Cuando veo símbolos célticos me acuerdo de mi mozo... —Tomás negó con la cabeza y me resigné a aceptar mi derrota.

No tenía ni la menor idea de quién estaba detrás del trisquel rojo ni de la relación de los *Informatiks Team* con él. Apoyé mi cabeza sobre el hombro de Tomás y me quedé unos minutos así, disfrutando del sol acariciando mi rostro.

Cuando Biel bajó del despacho, nos apresuramos a recoger nuestras mochilas y nos despedimos de Tomás. Cogimos nuestras bicicletas recicladas y partimos en dirección a la estación de autobuses.

Seguramente no vería más a aquel hombre tosco y entrañable que me había ofrecido su ayuda desinteresada. Al despedirnos volvió a susurrarme un “Huye en cuanto puedas, niña”, con cariño. Tantas despedidas me abatían; no hacía ni veinticuatro horas que conocía a Tomás, pero la intensidad de aquellos momentos era tan alta que ya me sentía vinculada a él.

Con las bicis tardamos apenas quince minutos en llegar, la estación se encontraba a unos escasos doscientos cincuenta metros del centro

de la ciudad. Nos sentamos en el bordillo de una acera cercana a repasar el plan: Biel iría a por el sobre de la papelera y yo me quedaría en la zona trasera de la estación, cerca del bar, vigilando movimientos extraños o cualquier cosa que me llamase la atención.

Me había imaginado diferente ese lugar, más moderno, más grande, más activo. Me sorprendió comprobar que no era más que un aparcamiento sencillo para unos ocho autobuses, semicubierto por un techo metalizado. La estación estaba ubicada en los bajos de un bloque de viviendas, detrás de una calle principal, y apenas mostraba signos de actividad. Observé dos autobuses aparcados y poco más. La papelera se encontraba justo enfrente, en la acera donde aparcaban los taxis.

Me di una vuelta a la manzana para inspeccionar el terreno, yo me esperaría en la parte de atrás de la estación, junto a la calle principal. En ese lugar, había un bar cerrado con una persiana metálica y una pequeña cabina telefónica. Para llegar hasta donde estaría Biel, tenía la opción de pasar por un pequeño túnel por el que podían transitar los vehículos, o bien podía ir bordeando la manzana por la calle principal.

Eran las doce, Biel y yo nos separamos y fuimos hacia nuestros destinos. Estaba atenta a todo lo que ocurría a mi alrededor. Un señor con su perro, una pareja fumando en su coche y un gato pardo cruzando la acera. Allí no había nada que ver más allá de las banalidades diarias. Ningún movimiento fuera de lugar, nadie sospechoso. Nada.

En cambio, sentía cómo la cabina me llamaba a voces para que no dejase pasar aquella oportunidad. Recordaba perfectamente los nueve dígitos del único contacto que tenía guardado el teléfono clandestino de Arnau. Lo tenía que probar, tenía que llamar aun a sabiendas de que lo más probable fuese que no me atendieran. No tenía mucho tiempo, Biel estaría pronto de vuelta. Me puse muy nerviosa, las manos me sudaban, descolgué el teléfono, metí una moneda de euro que rondaba por un bolsillo de mi abrigo y marqué rápido los nueve dígitos. Un tono, dos tonos, tres tonos y pasó.

—¿Arnau? ¿Eres tú?

Colgué de inmediato temblando como una hoja mientras me sentía palidecer, todo empezaba a darme vueltas y solo pude sujetarme contra la pared para evitar caerme redonda al suelo. Era la voz de Mateo.

Capítulo 27

No podía creerlo, ¿por qué narices había colgado el teléfono tan rápido? Intenté calmarme y volví a levantar el auricular para marcar el número de nuevo, pero esta vez nadie atendió. ¿A quién se le ocurre colgar?, ¿y si no era él?

No entendía nada. ¿Estaba perdiendo la cabeza? Me sentía completamente desconcertada. Aquella voz... se parecía tanto a la de Mateo, pero eso no podía ser posible, ¿verdad? Las imágenes espeluznantes de su autopsia se apoderaron de mi mente y un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Intentaba buscar explicaciones razonables para tratar de entender lo que estaba sucediendo, pero mi mente seguía sumida en la confusión. ¿Cómo era posible que fuera él? Traté de convencerme de que solo eran alucinaciones mías, que Mateo no podía estar vivo. Si de verdad estuviera vivo, habría venido a buscarme hacía mucho tiempo, ¿no es así? Pero entonces, ¿qué significaba aquella voz? Mis pensamientos daban vueltas en círculos, buscando una respuesta que se me escapaba. Biel apareció de repente con un sobre marrón en la mano cuando yo todavía estaba bajo los efectos de aquel shock inesperado.

—Vámonos de aquí. Lo abriremos en la pensión —me espetó nervioso.

Apenas escuchaba lo que me decía, no recuerdo cómo fui capaz de pedalear sobre aquella bicicleta oxidada sin caerme, ni tampoco del camino que seguimos para llegar. Estaba completamente desconectada del sobre, de Biel y de todo.

La Pensión Rosita se hallaba en el casco viejo de la ciudad. Era una edificación antigua de tres pisos con dos ventanas estrechas por planta. La fachada tenía un color marrón crema sucio como consecuencia de las inclemencias del clima y del paso de los años. Sobre la puerta de entrada colgaba un rótulo color rosa chicle con las letras negras en dónde se podía leer el nombre *Pensión Rosita.* Me dio la sensación de estar frente a una pensión de mala muerte de las series de crímenes americanas o de puticlub encubierto.

Una mujer nos abrió la puerta con asombro, no creo que contase con mi presencia y aquello suponía una novedad. Según Tomás, Biel siempre viajaba solo.

—Bienvenida. Soy Espe —me saludó alargando su mano—. Me alegro de verte Junior, hacía meses que no te dejabas caer por estas tierras.

—He estado liado por Bilbao —apuntó Biel sin mucho entusiasmo.

—Siento el frío, pero la calefacción no funciona. Por más que me quejo, nunca vienen a arreglarla. Es un fastidio —se excusó la mujer mientras nos dejaba entrar en su casa.

Me fijé bien en ella, era una mujer bastante alta, con buena planta. Vestía un vestido negro de punto que le llegaba a las rodillas y llevaba un chal granate que le cubría los hombros. Emanaba elegancia y belleza pese a la austeridad que la rodeaba. Rondaría los sesenta largos, llevaba el pelo teñido de rubio platino, recogido en un moño alto y los labios maquillados de rojo carmín. Podría haber pasado por *madame* sin problema alguno o por la mujer de un gánster cualquiera. Lucía unos pendientes largos bañados en oro de los que colgaban tres piedras rojizas y un ostentoso anillo con una considerable piedra de obsidiana incrustada.

Espe me hizo un mini *tour* de cortesía por su casa. Vivía en los bajos del edificio, en un piso estrecho y oscuro que olía fuertemente a humedad, a pesar de los ambientadores repartidos por diferentes esquinas. Dudé de la salubridad de aquel espacio, estaba segura de que el moho invadía el aire que respirábamos. Nada más entrar por la puerta principal te encontrabas con una sala mediana y una cocina americana con su barra de madera. En un extremo del comedor había una mesa redonda de marrón oscura con cuatro sillas a juego y un sofá de cuadros en tonos azules y amarillos con unos tapetes de ganchillo blanco que decoraban los brazos y el respaldo. Una pequeña ventana con rejas que daba a la calle era el único punto de luz natural de la sala y Espe le había puesto una cortina floreada demasiado tupida. Siguiendo por un pasillo estrecho que acababa en un pequeño patio interior, había dos puertas, una daba a un baño sencillo de los ochenta en tonos azules y la otra daba a su dormitorio, decorado como el resto de la casa. Sencillo, antiguo y, a mi parecer, con poco gusto. Juntar flores con cuadros me pareció bastante hortera.

—¿Queréis un vaso de agua? —Los dos negamos con la cabeza—. Pues os acompaño a las habitaciones. Os doy las llaves de la 7 y de la 8, están en el último piso. Son las mejores que tengo, pero tampoco esperes gran cosa —dijo mirándome directamente.

Subimos por una escalera estrecha y amarillenta siguiendo a la mujer hasta el segundo piso. Un suelo de moqueta gris oscuro cubría el rellano de cuatro puertas. Nuestras estancias daban al interior.

—Dan al patio para tener más privacidad. Los vecinos no pueden sospechar nada. Recorrer la cortina opaca de noche y no hagáis jaleo —nos dijo con un retintín final.

—Me olvidaba, el aseo está en la primera planta —nos informó mientras se iba con su particular movimiento de caderas al andar y marcando el ritmo con sus tacones—, el de aquí arriba está embozado

y por más que llamo, nunca vienen. Parece que quieran que cerremos…

Creo que Espe asumió que éramos amantes. Él tenía fama de don Juan, pero a mí no me atraía en absoluto. Su narcisismo me sacaba de quicio.

Biel cogió la llave 8 y yo me quedé con la 7. Mis suposiciones sobre la pensión no iban mal encaminadas. La habitación tenía una cama de matrimonio en el centro con una mesita de noche a la izquierda. La única luz que funcionaba era la de una lámpara de hierro antigua y pesada que reposaba encima de la mesita de noche. Había una pequeña ventana con una cortina opaca que daba al patio interior y una silla junto a una estantería de apenas un metro de altura que servía de armario. Me consolé pensando que por lo menos aquella noche dormiría en una cama, los cartones de la noche anterior me habían dejado las articulaciones entumecidas. Me daba asco tumbarme en aquel colchón y las mantas me causaban repulsión. Tendría que volver a dormir con ropa, no estaba dispuesta a que mi piel tocara nada de aquello y sin calefacción, hacía un frío de narices. Cogí la toalla de microfibra de la mochila y la puse sobre la almohada, la manta térmica me sirvió de cubrecolchón improvisado y con las mantas no tenía nada que hacer, conformarme y no mirarlas demasiado. Cuando acabé rápido de instalarme, pasé a la habitación de Biel. No podía dejar de pensar en la llamada, pero intenté centrarme en el misterio del sobre.

Al abrir la puerta vi que las dos habitaciones eran exactamente iguales.

—¿Puedo pasar? —pregunté al abrir la puerta—. ¿Has abierto el sobre?

—Sí. —Aquella afirmación me molestó, seguía sin contar conmigo.

—¿Y qué había?

—Mira, unas indicaciones sobre una caja de seguridad en el Banco Nacional. —Dejó caer la carta sobre su cama y se puso detrás de mí para dejarme espacio.

El sobre contenía un anónimo hecho de recortes de revistas y periódicos antiguos firmado con un trisquel rojo como los que ya había visto con anterioridad:

> *CAJA 102 DEL BANCO NACIONAL. USA LA LLAVE Y LOS 2 CÓDIGOS*

La misma caja 102 del Banco Nacional que nombraba el SMS del teléfono de Arnau. ¿Mateo era *TriskelRojo*? No podía estar más confundida. La llave era la mía, estaba segura y también tenía los dos códigos. ¿Por qué jugaba Mateo a ese juego con Biel?, ¿lo estaba chantajeando con algo? Ninguna hipótesis me cuadraba. Mateo estaba

muerto, yo misma vi esas fotos.

—¿No había nada más? —pregunté mirando el anónimo por detrás.

—No, nada.

—¿Tienes la llave y los códigos? —Actué como si no supiera nada, esperando a ver qué respondía.

De repente y sin previo aviso, sentí cómo el brazo de Biel me rodeaba el cuello con fuerza desde atrás y cómo me clavaba un objeto punzante a la altura de los riñones. Me pilló completamente desprevenida y no tuve tiempo de reaccionar. En esa posición no podía coger el arma, estaba vendida en manos de aquel descerebrado.

—La llave me la vas a dar tú —me susurró en la oreja.

—¿Qué haces, tío?, ¿me haces daño? —le dije con cierto tono chulesco que no sé de dónde conseguí sacar.

—¡Que me des la llave! ¿Dónde la tienes? —Biel hablaba con cierta ansiedad y no parecía ir de farol—. Lo sé todo, Lili. Mateo nos quería joder y acabó en las vías del tren. No me va a temblar el pulso contigo.

—¡No sé de qué me hablas! —grité entre sollozos.

Biel me apretó tanto el cuello que me quedé sin respiración y perdí el conocimiento. Volví en mí con un golpe seco que me propinó en la cara. Me había maniatado con unas bridas a la silla y tenía algo de ropa en la boca. Pensaba que vomitaría de un momento a otro, la sensación de ahogo me producía mucha angustia.

—Fue fácil seguir el rastro del GPS de tu teléfono. Que decidieras ir a Campreciós fue un auténtico golpe de suerte, pude matar dos pájaros de un tiro. El retrasado de Arnau había ayudado a Mateo. Suerte tuvo de perder la cabeza a tiempo porque si no hubiese corrido el mismo destino que tu novio —confesó con una media sonrisa dibujada en el rostro.

Su sarcasmo me repugnaba, quería escupirle en la cara, era una asquerosa rata de cloaca. Lo sabía. La mala hierba nunca muere.

La única carta que tenía a mi favor en aquellas condiciones era que aún tenía la llave en mi poder. Empecé a retorcerme de rabia en la silla.

—No te esfuerces, aquí nadie puede oírte. Espe sabe de sobras que aquí es ver, oír y callar. Mateo nos la jugó, confiamos en él, le dimos una oportunidad para salir del pozo y, aun así, nos la jugó. —No dejaba de deambular por la habitación—. Se quedó con algo que no era suyo y voy a recuperarlo. ¿Dónde tienes la maldita llave? —me gritó apretando con fuerza su frente contra la mía.

Yo negaba con la cabeza y entonces, me proyectó otro guantazo lleno de ira, esta vez, contra mi nariz. Recuerdo ver multitud de destellos blancos a mi alrededor y un dolor terrible, estaba sangrando

mucho. Seguramente me había partido el tabique nasal. Entre el pañuelo, o lo que fuese, tapando mi boca y la nariz sangrando a borbotones, pensé que me ahogaría rápido con mi propia sangre. Biel estaba dispuesto a todo y me lo estaba dejando claro.

Al levantar de nuevo la mirada lo vi con mi mochila. La vació entera delante de mí y esparció todas mis cosas por el suelo. Las tocaba una a una con ansia, como un perro hambriento en busca de comida. Pude notar como volvía a enfurecerse al no encontrar lo que buscaba.

—¡Hostia! ¿Dónde tienes la maldita llave? Sé que la tienes, Arnau lo apuntó para no olvidarse cuando supo que estaba contagiado. Pero claro, el muy tonto, luego se olvidó de que lo había dejado por escrito. —Se le escapó una carcajada muy delirante—. Aquella nota nos estaba esperando en la puerta de la nevera cuando registramos su casa. Parecía que nos decía "¡Cógeme, cógeme!" —dijo fingiendo hablar como un crío pequeño.

Biel se había levantado del suelo y me hablaba a pocos centímetros del rostro, quería intimidarme y no puedo negar que lo consiguió. Estaba aterrada. Lo vi completamente fuera de sí. A los pocos segundos me empezó a cachear de abajo arriba, empezando por mis botas. No tardó nada en descubrir la pistola que me había dado Tomás, mi estado de pánico era más que evidente, sin quererlo le había proporcionado un arma letal a un pirado. Me puse a rezar, no creía en nada, pero me puse a rezar para mis adentros. Fue algo instintivo, un impulso por sobrevivir.

—Pero bueno, esto sí que no me lo esperaba, Lili. Logras sorprenderme. ¿Qué pensabas hacer con ella?, ¿matarme? —volvió a acabar la frase con aquel tono de voz infantil tan inquietante.

Me apuntó fijamente a la frente y, de repente, levantó el tono de voz para amenazarme con matarme allí mismo. Cerré los ojos de inmediato, fui incapaz de sostenerle la mirada porque sentía que aquel era mi final. Un final para el que no estaba preparada.

Después de apretar el cañón con fuerza contra mi frente durante unos minutos, retiró el arma con rapidez y, por inercia, mi cabeza hizo un rebote brusco hacia delante. Seguro que mi frente ya estaba amoratada cuando la retiró.

—Tranquila, Li. Tranquila. Si te portas bien y me dices dónde tienes la llave, no hará falta que la use. —Me cogió fuerte por la trenza y tiró de ella hacia abajo con enfado. Hice una mueca de dolor.

Pasaba de hablarme con furia a hacerlo con sarcasmo, era absolutamente imprevisible. Con la mano que tenía libre volvió a retomar su registro, me abrió el abrigo y empezó a palpar mi vulva. Quería matarlo e intenté darle algunas patadas frustradas. Tenía mis pies inmovilizados con unas bridas atadas a las patas de la silla. La

mano de Biel subió por mi barriga hasta que llegó a mis pechos. El relleno del sujetador no pudo disimular lo suficiente la llave y, aquel chalado, dio con ella de inmediato.

—¿Mira que tenemos aquí? ¿Ves? Al final, no ha sido tan difícil. ¿No crees? —Se reía de mí en la cara, parecía disfrutar con aquello.

Volví a revolverme con más rabia aún en aquella silla, emitiendo sonidos guturales. Las muñecas me ardían de tanto moverlas, las bridas me estaban dejando heridas que empezaban a sangrar. Aún no entiendo de dónde sacaba las fuerzas para mantenerme consciente. Intuía que el único motivo por el que no me mataba en aquel mismo instante era porque tenía que comprobar que la llave era la auténtica. No podía arriesgarse a hacerme desaparecer sin estar seguro de ello.

—Sé buena, no tardo en volver. Tranquila. —me susurró al oído. El aliento caliente de su boca en mi oreja me revolvió el estómago.

Biel salió por la puerta con una sonrisa perversa de quien no conoce el respeto ni la dignidad. Estaba totalmente desesperada y aterrada, pero fui capaz de mirarlo a los ojos una vez más con una ira insaciable.

¿En qué momento se había pasado al lado oscuro?, ¿fue desde la muerte de Elena? Mi mente empezó a pensar sin parar, parecía una olla exprés a punto de explotar. El teléfono de Arnau tenía un SMS con las mismas indicaciones que el anónimo, así que empecé a pensar que quizás el *TriskelRojo* era Mateo. ¿Estaría vivo? De ser así, mucho me temía que Mateo aún no sabía lo de la muerte de Arnau y Biel se había aprovechado de eso para hacerse pasar por él y obtener así la información que necesitaba. Aquel soberbio de Biel pensaba que lo tenía todo bajo control, que *TrisKelRojo* era un contacto de Arnau y de Mateo para guardar la información robada, pero yo aún albergaba la esperanza de que aquel contacto fuese Mateo o algún otro compañero afín a La Resistencia.

Aparté las teorías sin fundamento de mi mente y me centré en intentar liberarme. Empecé a balancearme para tirarme al suelo con cuidado, tenía que intentar de todas las maneras posibles e imaginables desatarme de aquella silla y huir de allí de inmediato. Biel volvería en cualquier momento y yo era un cabo suelto en su misión.

Entre mis cosas tiradas por el suelo había un tenedor de viaje. Me arrastré como una serpiente con la silla pegada a mi cuerpo hasta que conseguí dar con él. Era muy difícil romper aquellas bridas con las manos a la espalda, el tenedor no cortaba y por mucha palanca que hacía, no lograba poder liberar mis muñecas. Cambié de estrategia e intenté golpear la silla contra el suelo para probar de romperla, estaba completamente sudada y no conseguí ni tan solo resquebrajarla. Mi cabeza no paraba, necesitaba pensar en otra opción viable. Se me

ocurrió intentar meter una pata del somier entre mis muñecas y tirar fuerte para hacer palanca. Me hice muchísimo daño y para cuando estaba a punto de lograrlo me detuve en seco al ver cómo la puerta de la habitación se abría de nuevo.

Aquel era mi final, el pánico se apoderó de mí. Me quedé inmóvil con los ojos cerrados esperando mi muerte.

Capítulo 28

Me quedé hecha un ovillo junto a la pata del somier, temblando, deseando que todo acabase rápido y de una vez por todas. Escuché los pasos acercándose cada vez más y, de repente, una mano que acariciaba mi sien.

—*Polita*, ¿estás bien?, ¿estás herida?

No podía creerlo. Una sensación de irrealidad y de alivio me recorrió el cuerpo. Mateo se apresuró a liberarme de los calcetines que llevaba en la boca. Estaba conmocionada. Una mezcla de emociones abrumadoras se apoderó de mí mientras mi mente intentaba procesar la información. Sentí mis manos temblorosas amarradas a la silla y las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos.

—Espera, voy a desatarte. No estás bien, *polita*. ¡Maldita sea! ¿Qué haces con Biel? —Estaba muy nervioso y lo sentí abatido.

Sacó una pequeña navaja y cortó las bridas hirientes. Mis muñecas estaban totalmente erosionadas y en carne viva debido a mis esfuerzos por sobrevivir. No podía moverme del suelo, Mateo me abrazó aún más fuerte mientras me mecía.

—Lo siento, Lili. Lo siento mucho. Intenté protegerte, pero no lo conseguí. Tú no tendrías que estar aquí —confesó angustiado.

—¿Por qué Mateo?, ¿por qué me dejaste? —No dejaba de llorar, no podía contenerme.

—No tuve otra opción. Cómo lo siento, *polita*. —Me miraba con desespero, desconcertado.

—Biel se ha llevado la llave del trisquel con el código, me ha engañado para traerme aquí —dije con angustia—. Se puso hecho una fiera y me ha pegado con mucha violencia. No creo que tarde en volver para acabar el trabajo —Seguía aterrada y sin poder articular bien las palabras.

—Hay que irse, *polita*. Lo sorprenderemos al salir del banco. Esa información es vital, mucha más gente morirá si no la recuperamos —hablaba alterado y muy rápido—. No me puedo creer que Biel se haya vendido a su padre… ¡Hostias!

—El plan era recuperar la información para dársela a la prensa internacional, pero solo era un cebo de Biel para traerme hasta aquí. —Estaba muy frustrada—. Astrid y Santi también están metidos en esto, hay que avisarlos…

—Tengo contactos importantes en la prensa de Andorra, podemos filtrar la información desde allí. Lo tenía todo preparado. ¿Puedes

caminar? Agárrate a mí —Se levantó e intentó incorporarme—. Intentaremos avisar a Santi y a Astrid cuando tengamos a Biel bajo control, ¡te lo prometo!

Aquello me dio cierta esperanza, no todo había sido en vano, aún podíamos acabar con aquella pesadilla y huir para siempre. Pensaba en Astrid y en Santi, no podía fallarles ahora. Tenía que llegar hasta el final.

Mateo me sujetó con fuerza para levantarme. Podía caminar, pero el golpe en la nariz me había desencadenado un vértigo muy desagradable, y la habitación me daba vueltas. No era de ninguna ayuda en aquel estado.

—Todo gira a mi alrededor —le dije volviéndome a sentar—. Así no llegaremos a tiempo, tendrás que ir solo.

—Ni loco. No volveré a dejarte, ¿me oyes? —se apresuró a decir.

Volvió a cogerme y con esfuerzo, conseguimos salir al rellano. Cuando nos disponíamos a bajar por las escaleras, nos detuvimos en seco al oír la puerta de entrada. Espe salía y Biel entraba.

—Vengo en un rato. He de hacer unos encargos. Bajar a cenar después, yo invito —Oí cómo decía Espe.

—Lili no se encuentra bien, bajaré solo —respondió él con naturalidad.

—Vaya, pues luego le subes algo. Hasta luego.

Mateo me metió otra vez en la habitación y cerró la puerta con cuidado.

—No tenemos mucho tiempo. Ponte de nuevo en la silla, yo me escondo tras la puerta y lo tumbo. Te lo juro, Lili. ¡Lo tumbo! —me susurró decidido.

—Ves con cuidado, tiene un arma y es muy violento —le supliqué aterrorizada.

—Tranquila, puedo con él. Quédate ahí quieta, que no sospeche nada. —Sus palabras sonaban convincentes, pero yo seguía muy asustada.

Colocamos bien la silla y dando tumbos logré sentarme. Tuve que introducirme de nuevo aquellos calcetines repugnantes en la boca. Mi corazón latía a toda velocidad, no podía evitar pensar en esa maldita arma y lo irresponsable que fui al aceptarla sin más.

Mateo no dejaba de mirarme y de tranquilizarme en la distancia. Su muerte ficticia había sido un golpe terrible; no recordaba haber sentido nunca tanto dolor. Necesitaría mi tiempo y mi espacio para ver y recolocar todo lo que su regreso había movido en mi interior.

Decidí mirar al suelo, no quería verle la cara a mi agresor y continuaba muy mareada. La puerta se abrió con calma y Biel entró pausado. El corazón se me iba a salir del pecho y mis manos se humedecieron de un frío sudor. Sentía un fuerte zumbido en mis

orejas que iba aumentando de intensidad a medida que Biel avanzaba.

—¿Has visto, Lili? No ha sido tan difícil. —Su tono era repulsivo y a la vez aterrador. Volvió a imitar esa voz infantil que me perturbaba tanto.

Oí como sus botas se aproximaban hacia mí y, cuando empecé a verlas, Mateo salió con furia de su escondite para abalanzarse sobre él. Lo sorprendió por la espalda y no le dejó margen de reacción. Los dos hombres empezaron a revolverse por el suelo enmoquetado emitiendo diferentes sonidos guturales de fuerza y de rabia. Podía ver la furia que desprendía aquella batalla. Olía a traición, desprecio y poder.

Biel consiguió escabullirse, pero Mateo logró retenerlo de nuevo para estrellarlo con ira contra la pared. Aquel golpe lo hizo gemir de dolor.

—¡Déjalo ya, Biel! —le gritó.

Con un ataque de cólera y de adrenalina inhumano, Biel consiguió volver a liberar sus manos y siguieron golpeándose. La tensión del momento me había paralizado el cuerpo, me fui arrinconando hasta acabar en el hueco estrecho que había de la mesita a la pared lateral. Le pedía al universo que no nos abandonase, me concentré en pedir y pedir, como un disco rayado sin fin que lograba mantenerme medio cuerda.

Oí que Mateo me gritaba que me fuese, pero era incapaz de moverme de allí. El pánico me dominaba y anuló por completo mi razón.

Biel se movía como una sanguijuela; estaba en muy buen estado físico y, en un acto rápido, consiguió sacar el arma de su bolsillo.

—¡Noooo! —grité con desesperación.

Me maldecía hasta el infinito por haber sido tan tonta de aceptar el arma y después dejármela arrebatar. Aquello no pintaba bien, no jugaban con las mismas cartas. Pasmada junto a la cama, veía como Biel iba ganando terreno.

Mateo hacía verdaderos esfuerzos por sostener con fuerza la muñeca de su atacante para arrebatarle la pistola. Volvieron a caerse al suelo, pero esta vez Biel quedó encima. Su mirada estaba llena de odio; mataría a Mateo sin dudarlo sin remordimientos y después acabaría conmigo. Estaba horrorizada.

De golpe y porrazo, oí cómo el arma se disparó y sentí cómo algo superior a mí me poseía. Con un instinto y una fuerza sobrenaturales, cogí la lámpara de hierro de la mesita y le propiné tal golpe a Biel que se desplomó de inmediato.

Mateo se apartó del cuerpo inerte que cayó sobre él y vino veloz hacia mí. No podía moverme, me quedé congelada. Solté rápido la lámpara e impactó con dureza contra el suelo. Recuerdo quedarme petrificada con la mirada perdida en un punto fijo de la pared. ¿Lo

había matado? ¿Había matado a un ser humano?

—*Polita*, reacciona, ¡por favor! —Mateo me sacudía de los hombros angustiado.

Giré los ojos un poco para enfocarlos en la escena espeluznante que había frente a mí. Biel yacía en el suelo, boca abajo, con un charco de sangre que brotaba de su cabeza. Sentí miedo de mí misma. ¿Cómo le había podido golpear así? No lo había pensado, simplemente me dejé llevar por un impulso superior e ingobernable que nacía de mi interior.

Observé cómo Mateo registraba la bolsa de Biel y cogía el sobre grande marrón, la llave y el teléfono robado de Arnau. Usando la bufanda de su enemigo empezó a borrar precipitadamente las posibles huellas de la puerta, la mesita y la lámpara. La metió en su mochila junto a los otros enseres sustraídos y me sostuvo la cara entre sus manos. Con una mirada directa de desesperación me aseguró que no nos pasaría nada, que Biel era un asesino y que debíamos salir de allí de inmediato.

Me agarré con fuerza a su brazo para no caerme y me dejé llevar. Todo me daba igual, no sentía nada. Estaba viva, pero me sentía muerta.

Mateo me llevó a hombros por la escalera y, una vez en la calle, hicimos un último esfuerzo descomunal para llegar lo más rápido posible a su moto, escondida dos calles más abajo. Mantuve la mirada en el suelo de adoquines y me dejé guiar por Mateo. Al fin, llegamos a la moto y me subí en ella, agarrándome fuertemente a él.

—Lili, ¿llevas microchip? —me preguntó antes de arrancar.

—Sí

—¡Uf! Menos mal, en la frontera nos lo van a pedir...

Mateo encendió la moto y condujo hacia la frontera andorrana, sin mirar atrás.

Recuerdo cada segundo de aquel viaje. La brisa gélida erosionando mi cara, mi pelo trenzado se iba despeinando con el viento, el calor del cuerpo de Mateo, mi corazón acelerado, aquel olor a hierba cortada y a madera quemada que salía de las chimeneas, los adoquines mojados por la humedad... Había algo diferente en el ambiente.

Al fin me llegaba aroma a libertad.

Capítulo 29

Llegamos a la frontera una hora después, esquivando un par de controles policiales en el camino. Mi nariz parecía una patata morada y me preocupaba que no nos dejaran pasar debido a mi aspecto demacrado. Hice que Mateo se detuviera a medio camino para vomitar. Los vértigos me revolvían el estómago.

—Paren aquí —nos indicó el policía de aduanas—. Bajen, tenemos que revisar la moto.

Dos policías procedieron a inspeccionar nuestra moto, Mateo les entregó los papeles y esperamos instrucciones.

—¿Sus documentos? —nos preguntó el oficial más joven.

—Disculpe, señor —intervino Mateo con cordialidad—, nos robaron la mochila de camino, pero tenemos los microchips al día, tal y como dicta la ley.

Ni Mateo ni yo teníamos documentos físicos que acreditasen nuestras nuevas identidades robadas; el microchip era nuestra única vía de escape. Mateo había sido muy hábil respondiendo a la pregunta de aquel policía.

—Ya sabe, señor —continuó Mateo, intentando mantenerse sereno —, los asaltos están a la orden del día. Suerte tuvimos de que nos dejaran ir. Mire la cara de mi novia, le han partido la nariz de un puñetazo.

El policía nos miraba fijamente, tratando de averiguar si mentíamos o no. Yo solo podía asentir con la cabeza, mis vértigos no habían disminuido su intensidad y luchaba por mantenerme en pie frente a aquel hombre de semblante serio.

—¿No precisa asistencia médica? —me preguntó intimidante, sin dejar de mirarme.

—No, señor. Es solo un buen golpe. —Hice un esfuerzo sobrehumano por mantenerme en pie. La tensión del ambiente podía cortarse con un cuchillo.

—Está bien —dijo sin quitarme los ojos de encima—. Leeremos sus microchips. Esperen ahí mientras traigo el lector.

Mateo me miró con alivio, estábamos a un paso de entrar. Yo seguía en estado de shock, solo podía concentrarme en no desmayarme allí mismo. Giré un poco mi cabeza y vi cómo el policía volvía hacia nosotros con el lector de microchips. Era la prueba de fuego, confiaba en que Tomás no hubiese fallado activando el mío.

—Está todo en orden. Recuerden que el visado es para una

semana. ¿El motivo del viaje? —preguntó, mirándonos de nuevo con atención, resiguiéndose el bigote con el dedo.

—Una escapada, señor —respondió Mateo con naturalidad.

—¿Alojamiento? —El agente iba anotando todo en una *tablet*.

—El albergue La Comella en Andorra la Vella.

—No creo que la señorita pueda disfrutar demasiado con semejante golpe —sentenció levantando la mirada de sus anotaciones.

—Gracias, señor. Al menos disfrutaremos de las vistas —concluyó Mateo.

El policía asintió y nos dio paso con el brazo. Cuando nos disponíamos a arrancar de nuevo la moto, aparecieron corriendo dos oficiales más con semblante serio y nos hicieron detenernos. Sentí mi corazón acelerarse a la velocidad de la luz.

—Paren —nos ordenaron.

Mi respiración se cortó, estaba acojonada. Bajamos de nuevo de la moto y nos quitamos los cascos.

—Han llegado nuevas órdenes del Estado —continuó uno de los oficiales—. La frontera se cierra a civiles hasta nueva orden.

—¿Cómo dice? —preguntó Mateo cogiéndome de la mano.

—¿No me ha oído? —respondió aquel hombre con cara de pocos amigos—. Den media vuelta. Se cierra la frontera.

No rebatimos ni cuestionamos aquellas órdenes, era peligroso. Volvimos a la moto y retrocedimos hasta que los perdimos de vista. Mateo detuvo la moto en un camino rural apartado de la carretera general y bajamos.

—¡Mierda! —dijo acelerado sacando el teléfono de su chaqueta—. ¡Déjame pensar! Hay que salir del país cuanto antes.

—¡Van a venir a por nosotros! Seguro que Espe ya ha encontrado el cuerpo de Biel, madre mía, Mateo... No tardarán nada en relacionarme con la muerte... ¡Me cago en todo! —No dejaba de repetir penalidades mientras Mateo consultaba ansioso el teléfono.

—Lili, haz el favor de calmarte, ¡me estás poniendo histérico! —me callé unos instantes pasmada ante su reacción.

—¿Qué me calme? Pero no ves el marrón que se nos viene encima... ¡Cómo quieres que me calme! Estoy hasta las narices de todo, en menudo jaleo estamos metidos. ¡Hostias! —le grité sin filtros y me dejé caer de rodillas al suelo.

Mateo se agachó a mi altura y moderó su tono al hablarme.

—No podemos quedarnos aquí lamentándonos, ¿me oyes? —Empezaba a agitarse de nuevo al verme murmurar cabreada—. ¡Vamos a centrarnos! Que cada minuto que pasa, es un minuto que ellos ganan.

—¿Y qué coño hacemos?, a ver, sorpréndeme... ¿Quién me manda meterme en estas mierdas?, me lo tengo merecido por no plantarme a

tiempo… —Volví a levantarme nerviosa, pero las piernas me flaquearon y caí de bruces al suelo. Mateo vino rápido a socorrerme.

—Tienes que calmarte, es importante, por favor… —Mateo intentaba agarrarme y yo le hacía aspavientos con los brazos para evitar que me tocase.

—Hay otra opción —continuó—. Es más arriesgado, pero es nuestra única vía de salida. Es lo que miraba en el teléfono, lo del mapa…

—¿De qué hablas? —Me giré a mirarlo abriendo los ojos.

—Los túneles de los Olvidados, ¿te suenan? —Negué con la cabeza —. Son unos túneles excavados durante la postguerra por los maquis en el Valle del Valira. La gente de La Resistencia los usa en momentos límites como el nuestro. Los usan poco por miedo a ser descubiertos, derrumbes imprevistos o asaltantes.

—Vaya, me lo pintas maravilloso, ¿eh? —mi tono irónico lo irritó.

—¿Tienes alguna opción mejor? —Me encogí de hombros—. Pues entonces vamos a los túneles. No quiero discutir más. Iremos a las ruinas del molino a buscar las indicaciones para llegar a la Piedra del Paisaje que señala la entrada exacta.

—Cada vez flipo más, parece que me cuentas leyendas de brujas, ¿te oyes? Que si túneles, que si piedras mágicas, que si un mapa misterioso… —lo increpé una vez más.

—Te juro por lo que más quieras que digo la verdad. Vas a tener que confiar en mí —sentenció lanzándome una mirada de enfado como las que solía hacer cuando ya daba por acabada una discusión.

Intenté levantarme sola, pero todo daba vueltas a mi alrededor. En mi cabeza solo resonaba el “Tienes que confiar en mí” ¿Como cuando te hiciste pasar por muerto?, ¿cuándo pensabas dar señales de vida? Quería recriminarle un montón de cosas, pero me controlaba porque sabía que no era ni el momento ni el lugar para esas preguntas. Tuve que respirar hondo varias veces hasta lograr retomar cierto equilibrio mental y físico. Mateo me ofreció su brazo y me agarré sin rechistar.

Subimos a la moto y condujo rápido en dirección al Valle del Valira. Después de unos cuantos desvíos empecé a oír el sonido del agua correr por el río. El valle se caracterizaba por sus amplias extensiones de terreno montañoso, rodeado de imponentes picos y cumbres cubiertas de nieve. El río serpenteaba a lo largo del valle regalándonos una banda sonora natural que nos acompañó durante todo el viaje.

Después de seguir un buen trecho por un sendero paralelo al río, dimos con las ruinas del antiguo molino que Mateo había mencionado. Detuvimos la moto frente a él y contemplé atónita aquel espectacular paisaje.

Las ruinas de un molino antiguo yacían en silencio. ¿Cuántas

historias habrían presenciado aquellas piedras? Sus paredes medio derrumbadas estaban cubiertas de musgo y enredaderas. El paso del tiempo y la exposición permanente a los elementos desgastó las superficies de piedra, dando lugar a una textura rugosa y porosa. Las antiguas ruedas de molino descansaban en el suelo, cubiertas de óxido y rodeadas de fragmentos de madera podrida. Aquellas ruedas fueron el corazón del molino, y verlas caídas, rotas e inactivas me generó una sensación de decadencia amarga.

Entramos con cuidado por la que fue la puerta principal del edificio, y no tardamos en encontrar restos de maquinaria oxidada y pedazos de objetos abandonados, como viejas herramientas y utensilios de trabajo. Los rayos de sol se filtraban a través de las brechas en las paredes, creando juegos de luz y sombra que parecían dar vida a aquellas piedras desgastadas y enmohecidas. El susurro del viento entre los escombros y el sonido cercano del río incrementaban la atmósfera misteriosa y nostálgica de sus ruinas.

Cuando logré separarme un poco de la atracción que me producía aquel inquietante lugar, me fijé en Mateo. Me acerqué un poco más a él intrigada. Movía restos de escombros hacia un lado con sus pies como queriendo destapar algo.—¿Qué haces? —pregunté con sigilo.

—Espera un segundo. —Estaba ensimismado mirando al suelo mientras seguía barriendo restos con el pie—. Mira esto... Con el juego de luces me pareció ver un dibujo en el suelo.

—Estoy flipando... ¿No dirías que parece un mapa? Esto de aquí parece el molino y este otro dibujo podría representar la Piedra del Paisaje que buscamos. Mira, tiene como un agujero en el centro, ¿es así? —Me agaché para irle indicando con la mano los dibujos que quería mostrarle.

—Ostras, puede ser... Yo también estoy alucinando —respondió Mateo agachándose junto a mí—. Sí, la Piedra del Paisaje tiene un agujero central desde el que mirar. Me hablaron de que el mapa se encontraba en el molino, pero no pensé encontrarlo de esta forma.

—Ya, de repente, estamos a lo Indiana Jones... —dije en un tono burlesco que le hizo esbozar una sonrisa.

Estábamos más calmados y, tras ese descubrimiento, empecé a creer que la idea de los túneles quizás no eran charlatanerías. El mapa misterioso que encontramos en las baldosas desgastadas del molino era una obra maestra. Tallado con precisión, revelaba una serie de símbolos enigmáticos y líneas intrincadas que parecían guiarnos hacia la ubicación de la Piedra del Paisaje. Estaba dividido en cuatro secciones. Cada sección mostraba una serie de símbolos y líneas entrelazadas que representan caminos y elementos distintivos de cada ubicación.

—Mira —señalé la primera sección—, este símbolo en forma de

árbol de doble tronco parece el punto de partida. Me pareció verlo unos metros más allá del molino.

—Pues parece indicar un cruce de caminos y el que tendríamos seguir es el que va dirección al río, ¿verdad? —siguió Mateo más entusiasmado, resiguiendo el sendero tallado en las baldosas—. Seguro que es ese porque aquí está dibujado el río.

En la segunda sección, se encontraba una baldosa con el grabado de un antiguo puente de piedra que cruzaba el río.

—Sí —confirmé siguiendo a gatas hasta la segunda sección—, este puente cruza el río y nos lleva a la tercera parte del mapa.

En la tercera sección se mostraba el grabado de lo que parecían ser las ruinas de un antiguo monasterio, representado por un arco con un crucifijo tallado en una baldosa. Las líneas se entrecruzan y rodeaban las ruinas, insinuando nuestro camino a seguir.

—¿Te suena alguna iglesia o monasterio abandonado por la zona? —le pregunté levantando la cabeza.

—No sé decirte. —Sopló, apartándose su singular mechón ondulado de la frente que tanto me gustó en el pasado—. Hay varios por esta zona. Pero bueno, si seguimos hacia el río y cruzamos el puente de piedra, se supone que no tardaremos mucho en dar con él, ¿no?

—Eso espero —respondí absorta en el mapa de nuevo—. No sabemos de qué distancias estamos hablando. Menuda locura...

Finalmente, siguiendo el trazado que bordeaba el monasterio o la iglesia en ruinas, llegabas a la última sección del mapa en la que se hallaba un símbolo en forma de árbol solitario en una baldosa resquebrajada. Ese árbol marcaba el último punto antes de llegar a la Piedra del Paisaje. Sus ramas retorcidas parecían conducirnos al enigma final, a la entrada de los túneles que buscábamos.

Después de memorizar el mapa, salimos en busca de la moto. No tuvimos más opción que abandonarla unos metros más adelante, el sendero tupido y estrecho no nos permitía avanzar con ella. Cuando llevaba apenas cinco minutos de recorrido empecé a sentir el ardor de mis antiguas llagas en los pies. Hoy en día no sé qué fuerza sobrehumana me poseyó para poder emprender ese viaje a pie con mi estado maltrecho y herido.

—¿Seguro que puedes seguir? —preguntó Mateo al oír mis gemidos.

—Estoy hecha una mierda. —Prefería que no hablásemos, me estaba empezando a enfadar de nuevo ante la impotencia de la situación—. Vamos, te sigo...

Fuimos en dirección al río y cruzamos el puente de piedra. Después de una hora de camino entre una espesa maleza en la que pensé que no íbamos por el camino correcto, dimos con las ruinas que

buscábamos. La vegetación desbordante, había conquistado los espacios vacíos, otorgando al lugar un aspecto enigmático. A pesar de su estado de abandono, conservaba un encanto misterioso, como si guardara secretos del pasado que desearan ser descubiertos.

—Mateo, creo que es un antiguo monasterio, ven a ver este escudo —Me volteé para indicarle el lugar con el dedo—. Esta cruz tan desgastada parece dorada y está dibujada sobre un fondo azulado.

—¡Ah! Pues sí, pero no controlo nada de cruces ni de escudos, vete a saber… —dijo sacudiendo el polvo de la pared para observar mejor el grabado.

—Ya, yo tampoco. —Le hice una mueca y volvimos al exterior de las ruinas. No parecía haber nada interesante en aquel lugar y nos pusimos en marcha de nuevo.

Bordeamos el monasterio fantasma y seguimos por el único sendero que encontramos, Mateo decía que llevábamos un par de horas de ruta, pero a mí me parecía estar acabando una maratón. Luchaba con mi mente por no abandonar. Mateo iba contando banalidades cada cierto tiempo, yo ni contestaba. Supuse que lo hacía con la idea de distraerme, pero conseguía irritarme.

—¿Podemos ir en silencio? —pregunté cansada intentando contener mi enfado. Mateo se giró sorprendido, resopló y siguió sin decir nada más. Lejos de sentirme culpable, experimenté un gran alivio.

Aquel último tramo me resultó de lo más agonizante, empezaba a caer el sol y hacía un frío brutal, no me sentía las manos ni los pies. La cara amoratada parecía que me iba a explotar de un momento a otro y empecé a caminar curvada, exhausta.

—Ahí está el árbol. Ya estamos…—Vino a por mí y pasó mi brazo por sus hombros para ayudarme—. Mira la dichosa piedra.

Levanté la cabeza poco a poco hasta dar con aquella espectacular piedra. En medio de un lugar impresionante, estaba la Piedra del Paisaje con su agujero irregular en el centro. Se asemejaba a un dolmen con una ventana tallada por las manos del tiempo que enmarcaba el horizonte de manera asombrosa.

Fuimos directos a la piedra para posar nuestra mirada en él, primero Mateo y después yo. Estaba impaciente, al mirar a través del agujero noté algo peculiar. Detuve mi mirada en un antiguo árbol centenario, cuyas ramas se alzaban hacia el cielo. Era como si el agujero en la piedra apuntara directamente hacia aquel árbol, invitándonos a descubrir su secreto oculto.

—¿Es el árbol? —pregunté sin apartar la mirada.

—¡Bingo! —respondió entusiasmado—. Coincidimos. Seguro que es el árbol, ¡vamos!

Me giré un tanto descolocada, Mateo parecía estar sumergido en

un juego de pistas y aquella euforia me sobrepasaba. Al llegar al árbol no vimos nada que nos llamara la atención, Mateo lo bordeó con desespero.

—No puede ser, no puede ser… —Lo vi murmurando cada vez más frustrado, no dejaba de dar vueltas buscando la misteriosa entrada.

—¡No fastidies!, ¿será una broma? —Estaba perdiendo los nervios, no podía más y aquello parecía un engaño. Me senté en el suelo mojado, sin apenas fuerzas para discutir.

De repente, lo vi apartar hojas y ramas del suelo ansioso, no me hablaba. Respiraba fuerte mientras sus brazos dispersaban la maleza hacia todos lados.

—¿Pero qué haces? —pregunté poniéndome de rodillas.

—¡Lo sabía!, ¡lo sabía! —Mateo gritaba acelerado—. ¡Es aquí! Te lo dije, no eran leyendas. ¡Ven a ver esto!

Avancé a cuatro patas hacia él. No lo podía creer, una pequeña trampilla hecha de troncos y cubierta por vegetación daba entraba a lo que parecía un túnel. Me quedé sin respiración, había depositado mis esperanzas en aquellos túneles, pero ahora que los veía, estaba aterrorizada.

—¿Esto es seguro? Me mata la claustrofobia... ¡Uf! ¿Cuánto tardaremos en cruzar? —hablaba nerviosa. Era bastante más estrecho y oscuro que lo que había imaginado.

—A mí tampoco me hace especial ilusión, ya te dije que era más peligroso, pero no nos queda otra, Lili. —Mateo intentaba animarme —. Esto sí que es lo último que hacemos, después ya está, en Andorra hay gente que nos va a ayudar.

—¡Vamos a cruzar por la montaña!, seguro que hay caminos viables. Este túnel parece una tumba, ¿no lo ves? —Golpeé su pecho asustada.

—¿Confías en mí? —me susurró.

—Es que no es cuestión de si confío o no, esto es un suicidio, tío ¡joder! —Dejé caer mi cuerpo entero al suelo, la desesperación me consumía.

—*Polita*, no hay otra... Lo siento, pero vamos a entrar ahí —puso voz firme y me agarró del brazo para levantarme—. Cuanto antes entremos, antes salimos. ¿Llevas linterna en esa famosa mochila SOS?

Asentí resignada con la cabeza mientras me secaba las cuatro lágrimas que no logré contener.

—¿Vamos? —Mateo insistía alargándome la mano.

Me tomé unos minutos para respirar e intentar no perder el control de mi mente y de mi cuerpo. No podía entrar en pánico justo en aquellos instantes. Todas nuestras opciones eran un desastre, ir montaña a través sin saber hacia dónde ir era una locura y más con aquel clima, pero andar bajo tierra me resultaba aterrador. Hice un

acto de fe e intenté confiar en que las indicaciones de Mateo eran las más acertadas. Me repetí hasta la saciedad que todo saldría bien. No me lo creía, pero repetir aquella afirmación me ayudaba a calmar la ansiedad que me embargaba en aquel momento.

Mateo se puso la linterna en la boca y empezamos a bajar con cuidado por unas escaleras verticales hasta llegar al inicio del túnel.

—En principio siempre hemos de seguir hacia la izquierda, esas son las indicaciones que tenemos, ¿vale?

—¿De cuánto tiempo hablamos?... Necesito saberlo —pregunté angustiada.

—A ver, los túneles cuentan con oberturas que permiten la entrada de aire desde la superficie. No sufras por ese tema, ¿vale? —Mateo me conocía e intentaba rebajar mis torturas mentales—. Hay varios espacios así para asegurar el oxígeno, hace años que se usan, no somos los primeros, ¿ok?

Sus palabras arrojaron algo de luz a mis pensamientos oscuros.

—Vale ¿Y la distancia?, ¿cuánto tiempo? Estoy hecha una mierda, necesito saber el tiempo —insistí sacando mis barritas energéticas y ofreciéndole una—. No queda mucha agua y eso puede ser un problemón.

—Diría que son unas cuatro horas, unos quince quilómetros de recorrido, creo recordar. Pero tranqui, paramos a descansar si hace falta bajo alguna de estas oberturas que te he dicho. —Cogió mi mano con cariño mientras sostenía la linterna con la otra y empezamos a andar.

Me aferré con fuerza a él, sobresaltándome con cada ruido que resonaba en aquel lugar oscuro. Mi mente se llenaba de temores imaginando que nos descubrían o que algún animal nos atacaba en aquella enorme madriguera. Una rata, un murciélago, una serpiente. Prefería no ver demasiado, ya que las sombras avivaban mi imaginación. A pesar del frío que sentía, el nerviosismo me hacía sudar. Las cucarachas americanas iban correteando a sus anchas por el suelo húmedo y embarrado.

—¡Ah! —grité, sacudiendo mi pierna con desespero—, ¿qué ha sido eso? Algo me ha tocado, te lo prometo. ¡Enfoca, enfoca! ¡Aquí, joder, aquí!

Con angustia, le arrebaté la linterna a Mateo y la apunté hacia el suelo. Fue entonces cuando descubrí a tres enormes ratas que debían hacer dos palmos cada una, observándonos con sus ojos rojos y desafiantes. Un escalofrío me recorrió la espalda, y sin pensarlo dos veces, salté encima de Mateo con tal torpeza que caímos juntos al suelo. Volví a gritar sacudiendo mi cuerpo para que aquellos roedores no se me acercasen.

—¡Hostias! ¿Pero qué haces? —Mateo se tocaba el pie con dolor—.

No vuelvas a hacer eso… Creo que me he hecho un esguince… Jodeeeeer —me hablaba enfurruñado mientras de fondo aún podía oír los sonidos agudos de aquellas asquerosas ratas.

Me disculpé ochenta veces por aquel arrebato incontrolable de pánico mientras intentaba subsanar su dolor inútilmente tocándole el pie. A los pocos minutos me dijo que estaba mejor y seguimos la ruta agarrados. No puedo describir la angustia sostenida que soporté, tenía las manos engarrotadas de apretar el abrigo de Mateo. Al final me puse detrás de él casi todo el camino y apoyé mi frente en su espalda para intentar no ver demasiado. Paramos unos minutos a descansar y a comer las últimas barritas que llevaba junto con los últimos sorbos de agua, vigilando que a ninguna cucaracha le diese por colarse en mis botas o en mi abrigo o incluso en mi trenza. Estaba muy incómoda allí parada.

—No queda mucho, Lili. —Justo cuando acabó de pronunciar aquellas palabras, la luz tenue de la linterna se apagó por completo. Oí cómo Mateo le daba unos cuantos zarandeos para probar de encenderla, pero no funcionó.

—¡Es-tu-peeeeeen-dooooooo! —grité, riéndome como una auténtica enajenada mientras me levantaba rápido para no ser invadida por las cucarachas—. ¡Qué maravilla, oiiiiiigaaaaan! Maravilloso, ahora sin luz. Di que síiiiiii…

De la risa atormentada pasé al lloro casi al instante, Mateo me abrazó nervioso mientras me repetía que no quedaba apenas nada. Tenía razón, después de caminar abrazados otro buen rato, palpando las paredes para seguir los desvíos hacia la izquierda, empezamos a ver claridad de la luna al final del túnel. Intentamos correr emocionados, Mateo arrastrando su pie y yo encorvada para no caerme. La estampa desde fuera de los dos debió de ser bastante dantesca.

Subimos por otra escalera vertical que daba al exterior, apartamos con fuerza la trampilla desde la que se colaba la luz de la luna y nos tiramos agotados en el suelo helado. Contemplé la hermosa luna llena que asomaba sobre nuestras cabezas entre las ramas peladas de un montón de altos árboles. El silencio reinaba en aquel claro del bosque mientras recuperábamos el aliento. Los latidos de mi corazón poco a poco fueron recobrando su ritmo normal, y sentí un gran alivio. Habíamos logrado atravesar los túneles.

Miré a Mateo, que también estaba en el suelo, jadeando y agotado. Nuestras miradas se encontraron y compartimos una sonrisa cómplice.

—Lo conseguimos, Li —dijo Mateo con satisfacción en su voz—.No me lo puedo creer… Al fin, libres.

—Ha sido una locura… —respondí.

—La Casa Oblidada no tiene que andar muy lejos, hay que

encontrarla o sufriremos una hipotermia. —Se puso de rodillas e intentó dar con ella barriendo el entorno con la mirada.

—Mira, creo que es por ahí, veo un hilo de humo blanco. —Señalé con la mano temblorosa.

Yo quería moverme a cuatro patas, ya no podía sostenerme en pie, y la mera idea de continuar me resultaba abrumadora. Mateo también parecía bastante debilitado, pero aún sacó fuerzas para llevarme a hombros hasta la casa. Lo oía respirar con dificultad y a veces le flaqueaban las piernas, pero yo era incapaz de caminar más por mí misma, me sentía desfallecer. Tengo recuerdos borrosos de nuestra llegada a la Casa Oblidada, como de un sueño. El frío se me clavaba en los huesos mientras avanzábamos con dificultad entre la maleza, Mateo buscando señales de la casa y siguiendo el tenue hilo de humo blanco, el sonido lejano de un búho rompiendo el silencio de la noche… Me sentía agotada y lo siguiente que recuerdo es despertarme sobresaltada en mitad de la madrugada, en un colchón junto a Mateo.

—Estás soñando en voz alta —me susurró Mateo—. Llamas a Santi con desespero…

Al escuchar sus palabras, sentí como si un puñal me atravesara. No estaba preparada para tener una conversación sobre Santi, ni sobre nada y mucho menos a esas horas. Me di media vuelta y fingí dormirme de nuevo. Supuse que habíamos llegado a la Oblidada, pero no recordaba nada. Finalmente, volví a caer rendida en los brazos de Morfeo, rogándole que no me delatase en sueños.

Capítulo 30

—Mira, Santi está ahí —me alertó Astrid, dándome un codazo en el brazo.

Mi corazón dio un vuelco. No esperaba verlo esa noche, seguramente habría cambiado el turno en la pizzería. La fiesta en la playa del Prat ya era toda una tradición para despedirnos de las vacaciones. Durante ese verano, había tenido un rollo sexual intenso con Santi y no me lo sacaba de la cabeza. Me había pillado hasta las trancas de él, pero no me atrevía a pedirle nada más. Lo veía como un alma libre, incapaz de comprometerse. A pesar de eso, disfrutaba de cada encuentro, sintiendo su piel rozando la mía y el fuego que ardía entre nosotros.

—¿No le vas a decir nada? —insistió Astrid al verme la cara.

—Más tarde, está liado con los colegas —respondí con evasivas sin quitarle el ojo de encima a mi amante. Me moría de ganas de hablarle.

Astrid se dirigió al chiringuito a por unas cervezas y vi a Mateo acercarse. No sé cómo se las apañó porque yo andaba despistada con los movimientos de Santi, pero el caso es que se me declaró de forma inesperada. Me quedé a cuadros. Mateo siempre había sido un gran amigo, intuía que sentía algo por mí, pero yo nunca había pensado en él de esa manera.

—No sé qué decir —le confesé aturdida.

Astrid notó mi desconcierto desde la barra y se acercó hacia nosotros.

—Toma, Li —interrumpió dándome una lata de cerveza—. Ey, Mateo, ¿cómo te va?

Mateo se escabulló poco después con la excusa de saludar a unos colegas, y pude contarle a Astrid lo sucedido.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó mi amiga sin rodeos—. Santi está ahí y sé que te mueres de ganas de estar con él.

Suspiré, mirando a Santi que estaba a lo lejos, charlando animadamente con otros amigos.

—Sí, es cierto, pero creo que lo que tenemos ya le va bien... —respondí con inseguridad.

—¿Y tú? ¿Qué quieres tú? —insistió Astrid—. Piensa en ti, Li. Mateo es majo, pero lo que te mueve Santi es especial...

Me quedé en silencio, tenía miedo de perder a Santi si le pedía algo más serio y Mateo siempre había estado ahí, podíamos ser un buen equipo, quizás tenía que ampliar mis miras y darle una

oportunidad.

—Creo que necesito aclarar mis sentimientos —expresé con sinceridad intentando dar por acaba aquella conversación.

En un momento de la noche vi a Santi solo sentado en la arena junto a la hoguera. Dudé un instante, pero finalmente reuní el coraje para enfrentar mis fantasmas. Me acerqué a él lo más decidida que pude y, después de una breve conversación banal, me atreví a mirarle a los ojos y a hablarle con franqueza. Me costaba horrores exponerme así pero no podía más, necesitaba saber cuáles eran sus cartas.

—Santi, hace un tiempo que necesito compartir un tema contigo —empecé, sintiendo cómo mi corazón se aceleraba—. Sé que ambos podemos hacer lo que queramos y eso, pero... Hay algo en mí que no puedo evitar sentir —admití.

Santi me miró con atención y pude notar la sorpresa en sus ojos. Me sentí muy vulnerable en aquel momento y durante unos instantes, dudé de si seguir adelante con la conversación, pero no podía seguir escondiendo mis deseos. Pedían a gritos salir.

Después de una ligera pausa incómoda, reuní las agallas para seguir hablando.

—Me gustas de verdad, Santi —aquella frase espontánea me sacudió, poner palabras claras a mis emociones no era una tarea fácil para mí—. Cada vez que estamos juntos, siento que hay mucha conexión, algo que va más allá de un rollo. No sé si me entiendes... A mí me encantaría que nos diésemos la oportunidad de ir más allá y ver hacia dónde nos lleva todo esto que estamos viviendo...

Santi me miraba con cariño y al ver como mis manos temblaban de los nervios, me las sujetó y rompió su silencio.

—Yo también siento algo especial cuando estoy contigo, Li. No tengas dudas sobre eso... —dijo con suavidad—, ese vínculo especial del que hablas es real... —Santi resopló y bajó la cabeza—. Eres una tía genial, de verdad y puede que me arrepienta siempre de no apostar por ir más allá, pero necesito ser honesto contigo: ahora mismo no lo veo. Me da pánico estropear lo que tenemos si intentamos llevarlo a otro nivel. No estoy preparado para adentrarme en algo más serio.

Santi habla con dificultad, se atrancaba en su discurso. Parecía que a él también se le estaban removiendo emociones intensas en sus adentros, pero se mostraba firme en sus convicciones. A mí algo se me rompió con aquellas palabras, quise decirle que se dejara de hostias y nos diéramos una oportunidad de vivirlo sin tanta cabeza, que yo lo amaba, pero no fui capaz de sostener otro rechazo. Estaba siendo sincero conmigo y me tocaba encajar sus deseos.

—Te pido para la próxima vida, Santi...— atiné a decir con nostalgia.

—No sabes cuánto lo siento —respondió acercándose más a mí

para pasarme el brazo por la espalda—. No quiero hacerte daño pero es que ahora mismo no puedo comprometerme de la manera que mereces. No eres tú, soy yo y mis historias, Li…

Asentí con tristeza, sintiendo un puñetazo en la boca del estómago. Estuvimos abrazados en silencio durante un rato. No fue nada cómodo, yo estaba rígida como un palo sosteniendo un abrazo que en realidad me sobraba e intentando procesar todo lo que había pasado. Recuerdo la luna de aquella noche, como si fuera la única testigo de mi pérdida. Las palabras que siguieron tenían un sabor a despedida, y conforme nos alejábamos de esa conversación, me sentía luchando contra las lágrimas que amenazaban con escapar de mis ojos. La decisión de Santi había golpeado en lo más profundo de mi ser. A pesar de que dolía, agradecía su honestidad al no prometer lo que no podía cumplir.

Dejé a Santi y volví aturdida junto a la hoguera, había mucha gente pero yo me sentía muy sola. Fue entonces cuando Mateo apareció, detectando mi gesto apagado al instante. Me miró preocupado y, sin decir una palabra, me rodeó con sus brazos, ofreciéndome un consuelo silencioso.

—¿Vamos a dar un paseo por la playa? —preguntó con cautela.

Acepté con una pequeña sonrisa y comenzamos a caminar en silencio, escuchando el suave murmullo del mar mientras dejábamos atrás el barullo de la fiesta. La compañía de Mateo se convirtió en un refugio en medio de aquella confusión. No había necesidad de llenar ese espacio compartido con palabras incómodas. Mientras mi mente daba vueltas en círculos, intentando descifrar los sentimientos que Santi me dejó, Mateo estaba allí, como un faro en la oscuridad. Sus ojos parecían decir: "Estoy aquí para ti".

—Lili, sabes que me importas mucho, ¿verdad? —intervino con cariño—. Quiero que sepas que siempre estaré aquí para ti, pase lo que pase.

Asentí con un nudo en la garganta, incapaz de expresar con palabras lo que eso significaba para mí. Continuamos caminando por la playa, con el sonido de las olas de fondo y la brisa salada rozando mi piel. Mientras el viento jugueteaba con mi cabello y la arena acariciaba mis pies, me di cuenta de que tenía a alguien deseoso de caminar a mi lado. Echando la vista atrás pienso que quizás fue una reacción impulsiva o una búsqueda de consuelo en lo familiar, pero fuese como fuese, decidí apostar por Mateo y dejar atrás a Santi.

Capítulo 31

A la mañana siguiente, Mateo me despertó con dulzura. Traía un café y dos bollos de pan.

—¿Cómo estás?, ¿tienes hambre? —preguntó.

—Como si me hubiese embestido un camión —confesé con carraspera, incorporándome—. ¿Dónde estamos? Lo último que recuerdo es ir sobre tu espalda; si no me hubieras cargado, no habría llegado... —Le acaricié la mano y cogí el café con los bollos duros para mojar.

—Llegamos derrotados a la Oblidada. Por suerte, Marcia y Gustavo estaban en pie y me echaron un cable. Han salido temprano hacia la ciudad, tenían turno de mañana en la fábrica —me explicó visiblemente cansado.

—¿Tú estás bien? —Caí en la cuenta de que desde nuestro reencuentro aún no le había preguntado ni una sola vez por él. No conocía a las personas de la casa, pero imaginé que Mateo había colaborado con ellos en el pasado.

—He tenido días mejores —respondió rascándose la mejilla izquierda—. Pero ya se acaba, hoy filtro la info a la prensa y cerramos esta movida.

—Yo no podré cerrarla hasta saber que Astrid, Santi y los demás están bien —respondí apenada—. ¿Puedes conseguir un telégrafo?

Mateo abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo dices?

—Las comunicaciones entre casas son vía telégrafo, pensaba que lo sabrías...

—El lío del Rotavil y el Proyecto *Boomerang* era una historia entre Arnau y yo, nos hacíamos llamar el *Trisquel Rojo*... —me explicó—. Tenemos contactos en varios colectivos, pero no estábamos activos con La Resistencia en sí, íbamos por libre. Esos detalles que me cuentas no los sabía.

—Y tan libres... —respondí sin filtro—. Aún no entiendo cómo pudiste mantenerme al margen.

—Nos debemos una conversación, lo tengo presente, pero ahora hay que solucionar lo de la filtración de info —respondió en tono pragmático—. Investigaré lo del telégrafo, ¿*ok*? Venga, nos prestan un coche destartalado para llegar al Albergue de Encamp.

No lo presioné más para hablar, en realidad, me resultaba difícil encarar esa conversación. ¿Cómo iba a contarle lo de Santi? Recogí

mis cosas pensativa; mientras, Mateo salió a quitarle la escarcha al coche prestado.

Al salir de la casa observé el horizonte unos segundos, la sensación de libertad todavía no me parecía creíble. Me subí al coche e iniciamos la ruta hacia el albergue. Fuimos por carretera hasta que nos desviamos por un camino boscoso sin asfaltar que llevaba directo al albergue de montaña. Estaba ubicado cerca de la ciudad de Encamp. Recuerdo que para esas fechas estaba todo bastante nevado y el paisaje parecía una postal navideña. Aquel pequeño albergue de los años noventa se levantaba majestuoso dentro de una pared rocosa de color grisáceo.

—Nos quedaremos aquí. Mi contacto reside en Encamp, iré en su búsqueda para darle la información.

—Estoy muy mareada, no puedo seguirte —confesé con resignación.

—Lo sé, quédate en la habitación del albergue. Vengo rápido, te lo prometo. —me aseguró.

Asentí aliviada, los mareos a causa del golpe en la nariz se habían vuelto más intensos e iba todo el tiempo como en un globo.

El albergue estaba bastante vacío y no tuvimos problemas para que nos alquilasen una habitación. Pagando por adelantado, no nos pidieron documentación. Mateo llevaba algo de dinero en efectivo y dijo poseer una cuenta bancaria en el país. No estaba improvisando, había planeado bien aquella huida. Los dueños del albergue me consiguieron unos antiinflamatorios y nos ofrecieron llamar a un viejo amigo suyo médico para que me evaluase la nariz. Aquellas gentes fueron unos auténticos ángeles de la guarda. Cuando el doctor me examinó, procedió a tapar mis fosas nasales con unas grandes gasas que introdujo con cuidado dentro de mis cavidades, pensé que me desmayaba de la sensación tan horrible de ahogo y del dolor que sentía. El doctor estuvo un rato palpando mi tabique y me dijo que intentaría evitar la cirugía, por lo que me lo inmovilizó con un yeso y quedó en revisarlo en unos días. Me quedé en la cama hasta el día siguiente. El calmante inyectado y el agotamiento extremo hicieron su efecto. No recuerdo haber dormido un día entero en toda mi vida como en aquella ocasión.

Al abrir los ojos de nuevo, vi los primeros rayos de sol entrando por la ventana, Mateo ya estaba levantado y me miraba desde una silla. Aquel sol volvía a conectarme con la esperanza, recordé los primeros rayos en mi piel frente a la chatarrería de Tomás y aquel café rancio con las gachas de avena maquilladas con abundante canela. Pensé en Tomás, seguro que estaría orgulloso de saberme libre. Aquella chica ingenua había podido salir de las garras de Castro Junior.

—¿Cómo estás? Me tenías preocupado, el médico dice que en unos días estarás mejor. Tienes los ojos amoratados.

—Un poco mareada aún, pero me siento mejor. ¿Lo conseguiste? —pregunté con ansia, tocándome los ojos con sumo cuidado.

—Sí, sí —Mateo no podía ocultar su emoción y corrió a sentarse en la cama junto a mí—. Tienes que ver los titulares y los noticieros de hoy. Lo logramos, Lili. No se habla de otra cosa desde primera hora de la mañana.

Intenté sonreír, pero el yeso solo me dejó hacer una mueca. Todo había acabado. La prensa internacional, cadenas de televisión y periódicos reconocidos como la BBC o el New York Times se hacían eco del Proyecto *Boomerang* y de sus terribles efectos para la población española. Acorralaron a JD y a este no le quedó otra opción que tomar medidas drásticas. Las detenciones de Castro, del ministro de Sanidad y de dos altos cargos de Taler, así como de los médicos Heiner y Abad, fueron inminentes en los días que siguieron. No sabíamos si todo acabaría siendo una cortina de humo y si, con el tiempo y el olvido, volverían a ser libres, pero de lo que sí teníamos certeza era de que el Proyecto *Boomerang* había hecho aguas. No podía creerme que lo hubiéramos conseguido.

Mateo encendió la televisión de la habitación. En las noticias de las diez hablaron por primera vez de Biel:

Noticias de última hora. El primogénito de Castro ha sido hallado muerto en una pensión de la Seu d'Urgell. Las primeras investigaciones relacionan su muerte con un ajuste de cuentas. Han hallado su cadáver calcinado entre las ruinas de la pensión.

No entendía lo del incendio, nosotros nos fuimos rápido de allí, pero no vimos fuego. Volteé mi cabeza para mirar a Mateo con desconcierto. La confirmación de su muerte añadió un toque agridulce a nuestra victoria.

—Biel iba a matarnos. No tuviste otra opción —dijo sosteniendo mis manos y mirándome a los ojos con ternura.

Asentí con la cabeza y volví a estirarme con cuidado en la cama. Sentía el cuerpo como el de una anciana. Mateo intentaba consolarme, me conocía bien e intuía el estado caótico en el que me encontraba. Aquel hecho había supuesto un antes y un después en mi vida. Ya no era la misma Lili que abandonó su casa corriendo con miedo a ser asaltada hacía unos días. No, ya no era la misma Lili, gran parte de mi inocencia yacía desparramada junto al charco de sangre de Biel.

Estaba extasiada, pero Mateo quería explicarme lo que él había vivido y lo escuché paciente. Me relató que aquella fatídica mañana de su muerte, un sicario pagado por Castro lo sorprendió en su coche a punta de pistola. Lo obligó a conducir hasta el puente que pasaba

por encima de las vías de Hospitalet Centro con intención de darle muerte allí mismo. Mateo se giró bruscamente e intentó arrebatarle el arma. Todo aconteció muy rápido, después de un duro forcejeo aquel asesino cayó al vacío desde el puente y murió en el acto debido a la magnitud de sus heridas. Mateo bajó a comprobarlo y, sin apenas tiempo de reaccionar, decidió simular su propia muerte para escapar de las garras de Castro. Se quedó con el teléfono del sicario y su documentación, le cambió el abrigo y los zapatos, puso sus objetos personales en él y esperó escondido a que lo arrollase el siguiente tren. Luego, tomó una foto al cuerpo destrozado para enviársela a Castro con el teléfono robado y corrió al coche para recuperar su portátil. Fue entonces cuando se le ocurrió hackear el sistema de reconocimiento policial y cambiar las identidades del microchip con el muerto. Solo no podía hacerlo y recurrió Arnau. El único que sabía la verdad de todo, su compañero y su cómplice. Mateo me confesó que Arnau tuvo que alejarse de mí porque era incapaz de seguir mintiéndome como si tal cosa. Sentí un nudo en el estómago al recordar aquellos momentos del pasado.

Arnau y Mateo habían jugado a los justicieros, a ser los salvadores del mundo y habían llegado demasiado lejos. Habían cruzado la línea roja. Nombraron a su pequeña organización, el *Trisquel Rojo* y destaparon varios trapos sucios de empresas importantes durante la pandemia. ¿Cómo pude estar tan ciega? No me di cuenta de nada… ¿Por qué nunca contaron conmigo? Estaba desconcertada.

Ambos descubrieron la trama del Rotavil y las pruebas experimentales clandestinas con seres humanos vulnerables. Mateo aprovechó su puesto de seguridad en la farmacéutica Castro para seguir investigando hasta que dio con el maldito Proyecto *Boomerang*.

—Yo buscaba documentos del Rotavil para acabar con el doctor Heiner y con el mafioso de Luis Castro —dirigió su mirada al suelo—, pero acabé descubriendo el Proyecto *Boomerang*.

—Biel nos contó algo de *Boomerang* —intervine cogiendo aire—, dijo que lo diseñaron con la intención de generar el caos general y lucrarse con la venta millonaria del medicamento.

—Eso es, el Proyecto le deja vía libre al Estado para instaurar una dictadura con todas sus letras… Es tremendo. —Mateo apoyó la cabeza en su mano con preocupación—. Pensar en que han atentado ellos mismos contra las petroquímicas y lo de los trenes, llevándose centenares de vidas por delante sin escrúpulos me horroriza.

—Es muy heavy, es que no tengo palabras, me explota la cabeza —comenté angustiada—. Lo de las petroquímicas no fue azar, está claro… Contaminaron el aire, el agua y la tierra a conciencia… Pondría la mano en el fuego y creo que no me quemaría, si te digo que deben tener pesticidas y otras mierdas químicas preparadas para

“revertir” este destrozo.

—No te creas que no lo he pensado, Lili… La cosa debe ir por ahí, pero no pude encontrar más documentos que lo corroborasen. —Mateo resoplaba y lo sentí cansado.

—¿Qué pinta Arnau en todo esto? —pregunté confundida.

—Arnau se dedicó al seguimiento de Castro y pudo obtener fotografías más que comprometedoras de sus reuniones secretas. ¿Dónde está? —Mateo me miraba atentamente.

—Arnau ya no está. Murió con nosotros en Campreciós la semana pasada —la voz se me apagaba—. Pobre Arnau…

—No, joder, no… ¡Pobre Arnau! —Parecía impactado con la noticia— ¿Cómo ha sido?

—La nube tóxica de Martorell, salió al exterior sin tomar medidas y sufrió una especie de intoxicación, aún no lo tenemos claro, pero se puso muy enfermo. Tenía unas úlceras por el cuerpo muy feas y escupía espuma fétida… Una mierda… Ya llevaba tiempo enfermo por el CMEX-26, ¿no lo sabías?

—No, todo esto es demasiado duro… Arnau era un gran amigo y no puedo creer que ya no lo veré nunca más, que no verá que lo hemos logrado… —Las lágrimas recorrían sus mejillas y lo abracé entre mis brazos—. Arnau siempre fue ese amigo que está ahí, pase lo que pase, ¿sabes? Siempre listo para apoyar en todas estas movidas de lucha y resistencia. Su alegría me daba el empujón que necesitaba para seguir avanzando, hasta en esos momentos mega oscuros…

Cuando nos aserenamos un poco, seguimos hablando y poniéndonos al día.

—Creo que Biel te ha estado engañando para recuperar las fotos de Arnau y los documentos que robaste —le dije mirándole a los ojos.

—Fui cuidadoso, Lili, de verdad. No sé qué salió mal. —Vi tristeza en su mirada. Castro me descubrió y me sentenció a muerte. ¡Joder! Arnau… No me puedo creer que haya muerto…

Robar los documentos de Castro fue un error y no dudaron en ir a por él, ahora entendía su estado paranoico de aquella época. Mateo me contó que Arnau corrió más suerte y no fue descubierto como cómplice. Lo que él no sabía es que en realidad sí que lo descubrieron unos meses después, pero como para entonces, ya empezaba a mostrar síntomas voraces del contagio por CMEX-26 decidieron abandonarlo a su suerte dado que no suponía amenaza alguna. Después de todo lo vivido durante aquellos últimos meses, empecé a creer que a Arnau lo contagiaron a propósito.

—Fuiste tú quien me llamó ayer, ¿verdad? —Asentí con la cabeza—. Tu llamada me puso en alerta —continuó Mateo—, sospechaba que algo no iba bien y rastreé el teléfono de Arnau. Por eso fui a la pensión. Aluciné al ver salir a Biel, pero lo último que me podía

imaginar era encontrarte a ti. —Se aferró a mí con fuerza.

—¿Pero quién era el contacto de la Seu? —pregunté.

—Un viejo amigo de la infancia, Pedro. Nunca te hablé de él, coincidimos de reclutas en los Hogares del Bien. También andaba metido en movidas de La Resistencia y le pedí el favor de que guardase el USB a buen recaudo. Fue él quien envió la carta del trisquel y la llave. Lo dejó en la caja fuerte del Banco Nacional de la Seu. Pedro tuvo suerte, al poco de reencontrarnos, lo destinaron a temas de mantenimiento y pudo volver a su casa mucho antes que yo.

—¿Y Arnau? —pregunté intrigada.

—Quedé con Arnau en que me haría llegar las fotos que tenía, pero estuvo mucho tiempo sin contactar y pensé que se había echado atrás. Las últimas veces que hablamos estaba muy asustado y quería abandonar. Pensé en filtrar la info sin las imágenes, no quería enmarronarlo más.

—No te acabo de seguir… —intervine confundida.

—El tema es que hace unas tres semanas recibí un mensaje del teléfono que solo conocíamos él y yo donde me citaba en la Seu para darme las fotos. No sé, llámame ingenuo, pero al usar el teléfono, hablar de las fotos y mencionar la Seu, pues no sospeché nada. Caí de cuatro patas en la treta de Biel —Parecía enfadado con él mismo.

—Lo entiendo… ¿Cómo ibas a saber que Biel registró la casa de Arnau y qué lo habían descubierto a él también? —Respiré hondo—. Si ni siquiera estabas al corriente de su reciente contagio. Seguro que dejó de contactar contigo porque lo olvidó todo. Estaba muy mal, es mejor que lo recuerdes como era antes de este jodido virus…

—¿Por qué no me lo dijo cuando aún no había perdido la cabeza del todo? —preguntó con tristeza.

—No sé… Quizás no quiso preocuparte, ¿no crees?

—Seguramente, eso era muy típico de él —respondió con los ojos vidriosos al recordar de nuevo a su amigo.

—Siento insistir con esto ahora, pero es que necesito saber cómo está Astrid y los demás —expresé con ansiedad.

Mateo no sabía ni la mitad de aquella aventura y, durante la media hora siguiente, me esforcé por resumir al máximo todos los acontecimientos vividos.

El que fue mi fiel compañero no daba crédito a todo lo que le explicaba y ponía cara de preocupación. Poco a poco fue siendo consciente del riesgo que habíamos corrido.

—Lili, siento mucho por todo lo que has pasado, moveré cielo y tierra para intentar traer a Santi y a Astrid.

—¿Puedes conseguir el telégrafo? —pregunté con esperanza.

—No creo que pueda conseguir un telégrafo, desde Andorra las comunicaciones de La Resistencia van por carta —contestó con

frustración—. Tengo algún contacto en la zona que pasa la frontera con frecuencia con un camión de suministros. Escribe una carta y se la harán llegar, te lo prometo.

—¿Por qué no viniste a por mí? —le espeté en el último momento. Tenía un nudo en la garganta con ese tema.

—No quería meterte en este lío, estuvieron a punto de matarme. Me asusté —confesó cabizbajo.

—¿Y qué pensabas hacer? Que no confiaras en mí me duele, me duele mucho... He pasado los peores meses de mi vida —Sentía mis mejillas enrojecer de rabia y tristeza mientras la voz se me entrecortaba.

—Iba a volver a por ti cuando todo se hubiese calmado un poco más y la información se hubiera filtrado. Te lo juro —Me miraba con ojos tristes, como anhelando que lo creyese.

—Han pasado casi ocho putos meses...—le proferí con bastante ira.

—¿Te crees que no lo sé? Cuando recibí el supuesto mensaje de Arnau de las fotos, lo primero que pensé fue en ti. En que por fin podría acabar con esto e ir a buscarte...

—Todo esto se me hace bola. Ahora mismo no puedo seguir hablando, necesito tiempo —confesé con resignación.

Seguía sin conformarme con sus explicaciones, sentía mucho dolor y a la vez mucha ira. Preferí parar aquella conversación a tiempo, antes de que explotase de mala manera. Tenía muchas cosas por digerir.

Capítulo 32

A Mateo le gustaba tener objetivos y luchar para conseguirlos, durante aquellos días lo vi bastante recuperado de la depresión que experimentó meses atrás. Mostraba iniciativa y sonreía más. La idea de la carta era mi alternativa para contactar con Santi y Astrid, el único inconveniente era que tardaría una semana en recibir respuesta y la ansiedad me podía.

Aquella misma noche le pedí a Mateo un poco de espacio para poder escribirla con tranquilidad. No podía dar excesivos detalles por miedo a que la interceptase la Policía Nacional durante el trayecto. Me tenía que concentrar.

Superequipo,

¡Lo conseguimos! No puedo creerlo. Me faltáis vosotros para celebrar esta victoria. ¿Cómo van las cosas?, ¿tu herida, Astrid?, ¿las hermanas?, ¿Telma?, ¿nuestra familia de Campre?

Tengo muchas preguntas, deseo con todas mis fuerzas que estéis bien y a salvo. Desde aquí vamos a empezar todos los trámites burocráticos para poder reencontrarnos.

Mateo está conmigo. Habéis leído bien. He de contaros muchas cosas sobre todo lo que ha pasado en estos últimos tres días. Estoy bien, no os preocupéis.

Un beso enorme.

Lili

En los días posteriores, conseguimos que el Gobierno de Andorra nos concediera asilo político para poder empezar de nuevo en aquel pequeño y extraño país. Los trámites para traer a Santi y a Astrid, alegando su participación en el desmantelamiento del Proyecto *Boomerang* y el riesgo que corrían quedándose en territorio español, no fueron tarea fácil. Los contactos de Mateo nos proporcionaron el último número de *Barrakuda* y dicho panfleto nos resultó de gran ayuda para demostrar la implicación de mis amigos en la desarticulación del Proyecto *Boomerang*. Pasamos horas de negociaciones con el Gobierno andorrano. Suerte tuve de recibir respuesta a mi carta mientras tanto. De no ser por ella, aquella demora burocrática hubiese acabado por destrozarme los nervios.

Li, estamos emocionadas con tus palabras. Muy felices de saber que estás bien.

Confieso que no doy crédito a lo de Mateo y no veo la hora de saber detalles, espero que todo sea para bien.

Mi herida me ha dejado una cicatriz bastante fea, pero ya voy recuperando la movilidad del brazo. Hago ejercicios cada día. Ya debes saber que logramos nuestra parte. Estamos en el mismo lugar donde nos dejaste esperando esos papeles de los que hablas.

Las hermanas están derrotadas. Telma falleció. Dejó de respirar hace un par de días. No puedo negar mi alivio, entiendo su dolor, pero el sufrimiento de Telma era enorme. Apenas salgo de la ermita, Marta continua con sus brotes.

Nuestra familia de Campre está bien, sobreviviendo a la escasez de recursos como buenamente pueden aunque no quieren ni oír hablar de dejar su casa. Nos han hecho llegar el cello de Santi y desde entonces, las noches son más amenas.

Santi te manda besos y te nombra con frecuencia.

Espero abrazarte más pronto que tarde. Otro beso grande de vuelta para ti.

Astrid

Telma se había ido, así que encendí una vela en su memoria. Tenía las emociones a flor de piel, recordaba su frágil cuerpo, su mano bajo la mía. Aquella carta sincera. No merecía ese destino, era muy joven y tenía mucha vida por delante. El CMEX-26 no entendía de edades ni de clases cuando se cebaba con sus víctimas. Maldita enfermedad.

Las Ortiz debían de estar devastadas, vivían por su niña, afrontar un nuevo camino sin ella no les iba a resultar nada fácil. Me preocupaba que Marta agrediese a Astrid en alguno de sus brotes, pero también sentía una profunda compasión hacia ella. El dolor que vivía era tan demoledor, que se desconectaba de la realidad para poder sobrellevarlo. Con la vela prendida, le pedí a Telma que abrazara a su madre y a su tía desde donde estuviera.

Con Mateo teníamos muchos temas pendientes de los que hablar, me sentía afortunada de volver a tenerlo y él se desvivía por verme sonreír. No fue fácil reencontrarnos, lo amaba, pero no sabía cómo volver atrás en el tiempo. No le podía llamar rencor, era más bien un bloqueo, un shock del cual no salía.

—Mateo, tenemos que hablar... —dije una mañana en la que me sentí más recuperada.

—Vale —me respondió sentándose en la mesa delante de mí.

Mi corazón empezó a acelerarse y las manos me sudaban, había pensado mucho en lo que le iba a decir, pero estaba en blanco. Las palabras me salieron solas sin planificación bajo la mirada atenta de Mateo.

—Esto no es fácil para mí —empecé—, sabes que te quiero y te he

querido mucho…

—Y yo a ti, *polita* —se apresuró a decir.

—Entiendo tus motivos para fingir tu muerte, pero he sufrido muchísimo y continuo sin entender por qué no me diste una pista, algo, no sé… Es que mire por dónde lo mire, no logro comprenderlo. —Me rascaba el hombro con nerviosismo esperando una respuesta.

—Lo hice por ti, Li —respondió bastante a la defensiva.

—¿Por mí? ¿Pensaste que lo mejor para mí era romperme de dolor y dejarme al margen?, ¿cuándo pensabas aparecer? —La rabia empezaba a posarse detrás de mis orejas enrojecidas.

—Pensé que lo mejor era no enmarronarte con esto, estuvieron a punto de matarme ¿recuerdas? No quería ponerte en riesgo a ti también —me interrumpió acelerado—. Ostras, ¿crees que para mí ha sido fácil?

—No sé qué decir, Mateo —respiré profundamente y entrelacé mis manos sudorosas—. Intento volver atrás, pero no lo consigo —Mateo fruncía el ceño expectante a mis palabras—. Algo se ha roto por el camino, te quiero muchísimo pero ya no como compañero… —Mis ojos se llenaron de lágrimas y vi como Mateo apretaba los dientes y bajó sus hombros.

—A mí me gustaría seguir, podemos superarlo. Estamos traumatizados por todo lo que hemos pasado, pero lo que tú y yo tenemos es muy difícil de conseguir, no podemos dejarlo morir así… —Intentó agarrarme la mano, pero se la aparté.

—No vayas por ahí —Pedí negando con la cabeza.

—¿Por ahí por dónde? Solo digo la verdad, no podemos tomar esta decisión en este momento. Estamos confundidos —insistía con cierta ansiedad mirándome fijamente.

—Yo siento muy fuerte que lo nuestro no va… Y no puedo ir en contra de mis sentimientos, no es justo para nadie. Te amo, pero algo se ha roto y no puedo seguir fingiendo —Esta vez fui yo quien acercó mi mano a la suya.

—¿Y ya está?, ¿tiramos todos estos años de relación sin intentar siquiera arreglarlo? Estoy alucinando un poco… —Cerró sus manos y me clavó una mirada que denotaba enfado.

—Hay otra persona, quiero ser sincera contigo. —No tenía pensado hablar de Santi y al soltar esa bomba vi a Mateo palidecer.

—¿Cómo?, ¿quién? —Levantó sus cejas pasmado.

—Eso ahora no importa… Pensaba que estabas muerto… —Sentí las piernas temblorosas bajo la mesa. No estaba dispuesta a callar, esa vez no.

—No te culpo, pero me sorprende la rapidez con la que has rehecho la vida, ¿no? —Volví a sentir la rabia subiendo hacia mis orejas, su tono moralizador me irritó al instante.

—Eso ha sido un golpe bajo —respondí frunciendo el ceño—. No lo tenía previsto, surgió y ya está. Pensaba que estabas muerto, ¿qué esperabas que hiciera?

—Pero ahora estoy aquí y no me das ni una oportunidad para salvar lo nuestro. Yo he sido el primero en pasarlo como el culo ¿me oyes? Estuvieron a punto de matarme y parece que se te olvida —La expresión de su rostro se endureció y lo vi apretarse las manos con fuerza.

—¿Perdona? —Levanté las cejas estupefacta—. Estás tergiversando las cosas a tu favor. No dudo de que lo hayas pasado mal, pero tú jugabas con todas las cartas sobre la mesa desde el principio, yo no. No confiaste en mí, según tú para protegerme, pero, tío, ¡ni una mísera señal de que seguías vivo! ¿En serio?, ¿tú sabes el dolor que he pasado? —Di un golpe irracional en la mesa y se me escaparon un par de lágrimas que sequé con rapidez—. Es que no te llego a encontrar en la Seu y vete tú a saber cuándo me entero de tu resurrección... Lo siento, pero me parece muy fuerte.

Me estaba liberando de una losa enorme, pero a la vez sentía como si un jarrón imaginario, construido por nosotros dos durante años, se rompiese en mil pedazos. ¡Pum! Lo sentí explosionar frente a nosotros y desparramarse por todos lados. Respiré profundamente.

—¿Cómo puedes dudar de que hubiese vuelto a por ti? —me miraba con desesperación, mientras se apartaba aquel mechón ondulado de la frente.

—A ver, llevas más de ocho meses supuestamente muerto. ¿Qué quieres que piense? —Medí todo lo que pude mis palabras y suavicé el tono, pero las piernas no me dejaban de temblar.

A Mateo se le llenaron los ojos de lágrimas y se levantó contrariado de la tosca silla de la cocina.

—Lo siento... Lo siento de verdad —dijo acercándose a mi silla mientras yo también me levantaba—. Me duele que pienses eso sobre mí, eres lo que más me importa en la vida.

—Ojalá las cosas hubiesen sido diferentes —respondí con la voz quebrada y con el corazón apretando mi pecho—. Yo también lo siento...

Nos dimos un largo abrazo que arrasó con gran parte de la tensión del ambiente. Las lágrimas no tardaron en hacerse presentes.

—¿Seguimos adelante con lo de la casa? —preguntó con cautela apartándose un poco de mí—. Al menos hasta que puedas empezar por tu cuenta, ¿no?

—Sí, sé que no es lo ideal, pero ahora mismo no puedo buscar otra cosa. Podemos compartir un tiempo, hasta que encuentre curro. ¿Te parece?

Mateo asintió y salió por la puerta cabizbajo. Sentí mi corazón

partirse y al mismo tiempo una liberación interna que me cautivaba.

Con parte del dinero que Mateo tenía en una cuenta andorrana, habíamos conseguido alquilar una pequeña y modesta casa de campo a las afueras de Ordino. El paisaje era precioso, no tardé en acostumbrarme a la quietud y a los sonidos del campo. Quizás aquel lugar me ofreciera la paz que ansiaba mientras me organizaba para seguir adelante con mi vida sin Mateo. A pesar de mis reparos iniciales, conseguimos una convivencia bastante digna, antepusimos el respeto y el cariño a las rencillas y las malas caras.

Casi dos meses después de nuestra llegada, conseguimos arreglar los papeles para traer a Santi y a Astrid. Aquellos días de espera se habían vuelto una mezcla de ansias y nervios, pero cuando recibimos la noticia de que podrían venir, una inmensa felicidad llenó mi corazón.

El día esperado llegó, y cuando los vi bajar de aquel coche blanco, el tiempo pareció detenerse por unos instantes. A pesar de la distancia y el tiempo sin vernos, en sus rostros brillaba la misma alegría que en los míos. Sin pensarlo, corrí hacia ellos, con lágrimas en los ojos.

—¡Santi! ¡Astrid! —grité sin poder contener la emoción.

Nos abrazamos con fuerza, como si aquellos dos meses separados se hubieran evaporado en un instante. Eran mi familia, mis amigos, mis compañeros de aventuras en esa nueva etapa de mi vida. La sensación de tenerlos de vuelta junto a mí era abrumadora.

—Te dije que no te dejaría, Astrid —le dije con una sonrisa cómplice.

—Va, que no soporto que te pongas ñoña —respondió emocionada.

A Santi lo vi sonreír bajo el bigote, llegó con apenas una mochila bajo el brazo y su *cello* colgado a la espalda, Toni y Carmen se lo habían guardado con mucho mimo. Percibí un brillo especial en su mirada, no podía disimular el orgullo que sentía por nuestras recientes hazañas. Estaba guapísimo. Sentí paz con su llegada, nuestras desventuras habían tejido lazos fuertes e invisibles entre nosotros.

—Venid, que os enseño la casa —les indiqué entusiasmada—. Mateo llega en breve, ha ido a por provisiones.

Al poco de llegar, Astrid se las apañó para dejarnos intimidad a Santi y a mí. No me sentía cómoda dentro de casa ante la posible llegada de Mateo, así que lo invité a dar una vuelta por el monte. Cuando perdimos la casa de vista, me detuve a abrazarlo de verdad y me fundí entre sus brazos. Al separarnos nos sentamos en unas rocas que daban al valle.

—Li —empezó Santi—, entendería que quisieras acabar…

—¡Sshh! —le interrumpí plantándole un beso en los labios—. Si no te importa cambiar Campre por una casa en estos lares, acepto la invitación que me hiciste el último día. —Le lancé una mirada

picarona y respondió con una sonrisa de oreja a oreja—. Si sigue en pie, claro —apunté con cariño.

Santi me cogió por el hombro con fuerza y me apretó hacia él. Los segundos que tardó en responder se me hicieron eternos.

—Venía pensando en que estabas con Mateo, pero deseaba que no lo hicieras —Sentí emoción en sus palabras—. Ya te dejé escapar una vez, Li y no voy a repetir ese error. La invitación sigue más en pie que nunca.

Estaba viviendo un sueño adolescente con él, no sabía dónde nos acabaría llevando la vida, pero no quería quitarme la oportunidad de vivirlo. Después de unos cuantos besos apasionados y unos arrumacos decidimos volver a casa. Por no hacerle daño a Mateo, decidimos vernos a escondidas hasta que consiguiéramos otro lugar donde ir y pudiera explicárselo a Mateo.

Al entrar en casa, Mateo salió a nuestro encuentro de inmediato.

—¡Hombre Santi! Cuánto tiempo, tío —saludó en un tono bastante forzado.

Los dos hombres se saludaron fingiendo naturalidad, pero la tensión se hizo palpable casi de inmediato. Mateo no sabía lo de Santi, pero viendo su reacción de ese momento, supuse que lo intuía. Astrid hizo una jugada maestra muy de su estilo, y consiguió sosegar el ambiente sacando una botella de vino para brindar. Yo no estaba capacitada para afrontar conversaciones importantes por aquellos entonces así que decidí dejar las cosas como estaban y dejar para más adelante aquellos asuntos. Empezaba a ser urgente que me saliera un trabajo para poder mantenerme. Con la huida, veníamos todos con una mano delante y otra detrás, excepto Mateo que tuvo tiempo de planificar su exilio. Los contactos de La Resistencia en Andorra nos ayudaron en más de una ocasión a empezar de nuevo en aquel pequeño país. Volver a España de momento no era una opción, el JD seguía en el Gobierno a sus anchas. El Proyecto *Boomerang* se había frenado, pero los abusos de poder por parte del Estado y sus reglas autoritarias seguían vigentes.

El médico que me ayudó con la nariz colocó a Astrid en un consultorio rural, la vi bastante feliz con el puesto. La doctora que lo llevaba era una mujer bastante mayor, pero sin pelos en la lengua y eso a Astrid le iba mucho. Santi seguía con sus chapuzas y yo pude entrar en una empresa de telefonía andorrana, no pagaban nada bien, pero el trabajo no era complicado.

Desde que Santi y Astrid llegaron, la tensión en casa era casi tangible. Trataba de evitar encontrarme con Mateo todo lo posible, incluso prolongando mi jornada laboral para evitar coincidir con él. Desde que le conté lo de Santi, se mostraba molesto y distante. Nuestra relación se volvió tensa y complicada.

Con Santi, en cambio, la conexión seguía intensa, y el fuego entre nosotros se avivaba con cada encuentro. Sin embargo, nos veíamos en secreto, para no herir a Mateo. Todo aquel culebrón empezaba a pesar demasiado. A veces me preguntaba si estaba tomando la decisión correcta, pero también sabía que no podía ignorar lo que sentía por Santi. Las emociones se mezclaban, y me sentía atrapada en un laberinto de sentimientos encontrados.

Después de apenas tres semanas de convivencia en casa, Santi y yo decidimos que era momento de buscar nuestro propio espacio. Gracias a la ayuda de Astrid, conseguimos una casita acogedora cerca del consultorio médico donde ella trabajaba. Necesitaba algunas reformas, pero nos pareció perfecta, con un ambiente tranquilo y rodeado de naturaleza.

La doctora que trabajaba con Astrid le cedió la vivienda destinada al médico del consultorio, ella hacía años que vivía en otro lugar y no le daba uso. Así que nos convertimos en vecinos.

A medida que Santi y yo nos mudamos a nuestra casita cerca del consultorio y empezamos nuestra nueva vida juntos, la relación con Mateo se fue enfriando poco a poco. A pesar de sus esfuerzos iniciales por respetar nuestra privacidad, seguía sintiéndose incómodo y herido. Nuestras interacciones ya no eran como antes. Cuando coincidíamos, las conversaciones solían ser tensas y escasas.

Solo me quedaba confiar en que el tiempo fuera poniendo las cosas en su lugar de la manera más amable posible.

Capítulo 33

Para finales de abril decidimos subir los cuatro juntos al pico de Casamanya ubicado a 2740 metros de altitud. La cima se alzaba en el centro justo del país, entre las parroquias de Ordino y Canillo. Desde allí podían apreciarse unas vistas espectaculares de 360° de todo el territorio andorrano. Entre los cuatro fuimos subiendo el *cello* de Santi, necesitábamos dejar ir sus notas al viento, por Arnau, por todas las personas que habíamos dejado en el camino y también por las que habían luchado junto a nosotros como Carmen y Toni. Me pasé gran parte del trayecto recordando detalles de aquellos días: las Ortiz, Telma, Tomás... Con algunos coincidí apenas unas horas, pero tenían un lugar especial en mi corazón. Mi madre, mi hermano, mi sobrino... Ansiaba poder organizar un encuentro pronto cuando las fronteras volvieran a abrirse y ellos pudieran venir, deseaba abrazarlos con todas mis fuerzas. Habíamos logrado comunicarnos por carta, pero sentía una fuerte añoranza por verlos, era consciente de que el reencuentro podría demorarse años o incluso no producirse nunca si mi madre moría antes.

Subir a la cima nos llevó casi cinco horas. Al llegar nos sentamos unos minutos a admirar el paisaje, imponente bajo nuestros pies y después encendimos un pequeño fuego. Lo rodeamos de piedras y flores rojas elegidas para la ocasión. Nos sentamos alrededor de la hoguera y la contemplamos en silencio. Las llamas danzaban sin cesar, como si llevaran nuestros mensajes y pensamientos al cielo. Las chispas se desprendían, flotando en el aire como pequeñas luciérnagas, evocando la fugacidad de la vida y la eternidad de los recuerdos. El crepitar del fuego y el chasquido de la leña formaban una melodía suave y reconfortante que envolvía el ambiente. El aroma del humo se mezclaba con los susurros del viento frío. Me sumergí en mis pensamientos, cada destello de la hoguera me evocaba recuerdos y emociones, como una danza que traía consuelo y cercanía a todos los allí presentes.

Cuando vimos apagarse la última llama, Santi empezó a hacer sonar su *cello* en aquel paisaje mágico. Las notas rebotaban en el aire y se extendían en todas direcciones, danzaban libres en el horizonte. Santi eligió la melodía de Enya, *Now we are free*, y mientras hacía sonar cada nota bajo sus dedos, nosotros fuimos dejando caer, de nuestras manos al vacío, las cenizas frías de aquel fuego apagado. Nuestro pasado se alejaba y nuestros sueños volaban, al fin, libres con

el viento. Me deshice mi antigua trenza y me dejé llevar.